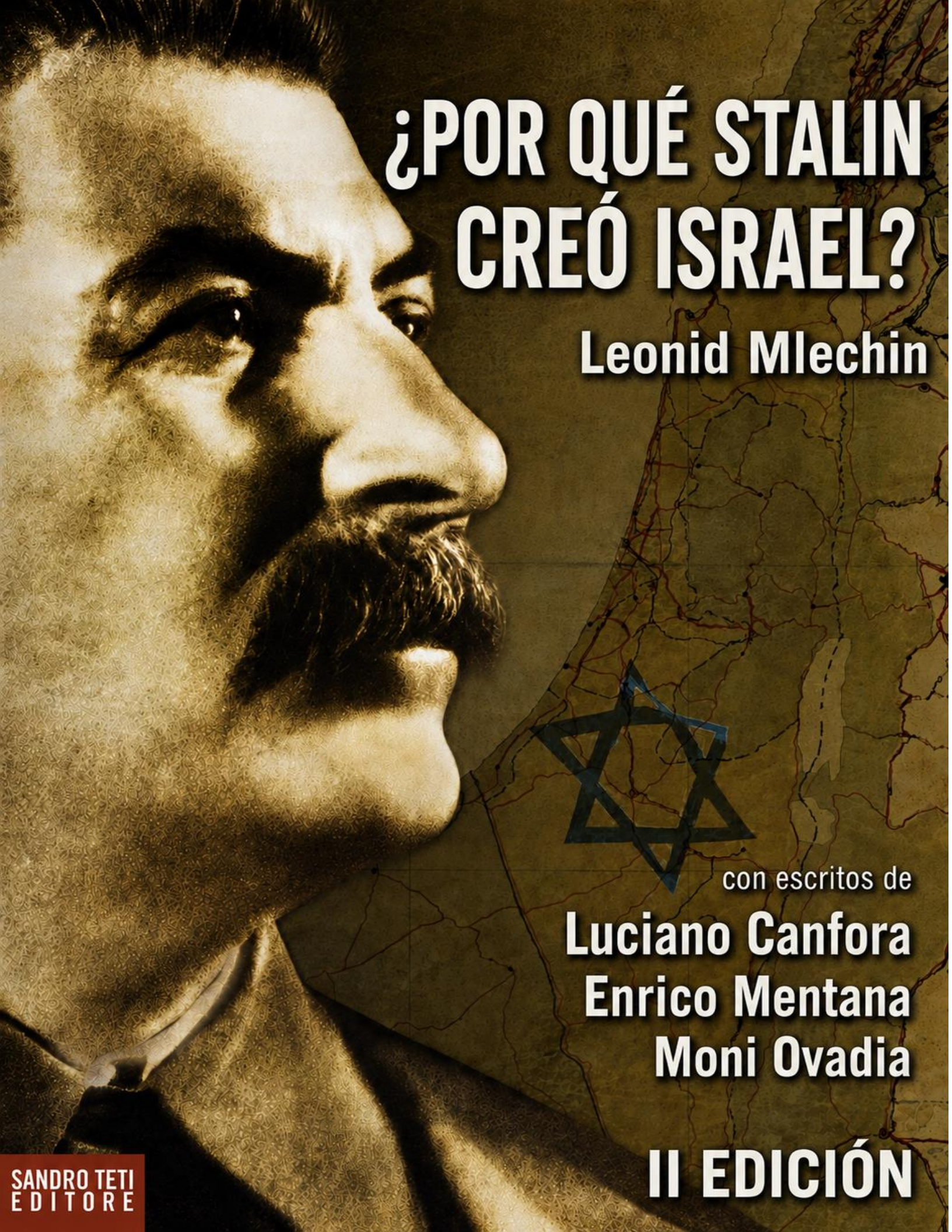

¿POR QUÉ STALIN CREÓ ISRAEL?

Leonid Mlechin

con escritos de

Luciano Canfora
Enrico Mentana
Moni Ovadia

II EDICIÓN

SANDRO TETI EDITORE

Leonid Mlečin

¿POR QUÉ STALIN CREÓ ISRAEL?

Prefacio de Luciano Canfora

Introducción de Enrico Mentana

Epílogo de Moni Ovadia

Colección Historos, dirigida por Luciano Canfora

Traducción al español

NOTA DEL AUTOR

Los amigos a quienes pedí que leyeran el manuscrito de este libro —y a quienes agradezco sus valiosas observaciones— me aconsejaron encontrar un título diferente: «No es exacto —me dijeron—, no fue Stalin quien creó Israel, sino la mayoría de los estados miembros de las Naciones Unidas».

Yo, sin embargo, estoy convencido de que, de no haber sido por Stalin, difícilmente el Estado judío habría visto la luz en Palestina. La decisión de Stalin no solo marcó el destino del Oriente Medio actual, sino que también influyó en la historia política de la Unión Soviética y de los Estados Unidos.

Esta tesis está respaldada por centenares de documentos de archivo sobre la política exterior soviética, hoy desclasificados y publicados en dos volúmenes: Las relaciones soviético-israelíes. 1941-1953, editado por el Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación Rusa, y El conflicto de Oriente Medio. 1947-1956, publicado por la Fundación Internacional Demokratija.

Es posible, por tanto, confrontar los documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores, los telegramas cifrados de los embajadores, las actas de las conversaciones entre ministros de Asuntos Exteriores, los informes dirigidos al Comité Central del Partido Comunista, con las memorias de políticos y diplomáticos, y las declaraciones de los protagonistas y testigos de aquellos dramáticos acontecimientos. Y, por fin, es posible responder a la pregunta más importante: ¿por qué Stalin quiso el Estado de Israel? ¿Cuáles eran sus proyectos para Oriente Medio? ¿Por qué, posteriormente, la política soviética en Oriente Medio cambió de rumbo de manera tan radical? ¿Qué beneficios obtuvo Rusia de ello?

Leonid Mlečin

PREFACIO

de Luciano Canfora

El Bund, movimiento socialdemócrata judío; el POSDR, Partido Obrero Socialdemócrata Ruso de Plejánov y Lenin; y el Movimiento Sionista nacieron casi simultáneamente, en el bienio 1897-98. Las relaciones entre el Bund y el Movimiento Sionista fueron, desde el principio, muy tensas, y no lo fueron menos las que existían entre el Bund y la socialdemocracia rusa y, en general, entre el Bund y la Internacional. El movimiento socialista, Lenin no menos que los demás líderes, hacía suya la postura «asimilacionista», que ya había sido puesta en práctica por la Revolución francesa, y consideraba contradictoria con el objetivo del socialismo internacionalista la opción «nacional» de los socialistas del Bund.

Sin embargo, algunos, aun entre las asperezas de la polémica, no pasaban por alto la singularidad de la situación de los judíos y, en particular, de los obreros judíos. En 1914, por ejemplo, Lenin escribe: «Ninguna nacionalidad está oprimida y perseguida como la judía. El antisemitismo echa raíces cada vez más profundas entre las clases dirigentes; los obreros judíos padecen un doble yugo que los oprime en tanto que obreros y en tanto que judíos[1]».

Inmediatamente después de la Revolución de octubre, las relaciones entre el Bund y los bolcheviques fueron especialmente ásperas. Resultó un fracaso sustancial la creación de una sección judía dentro del Partido bolchevique. Se llamaba Evsektsia y fue fuertemente impulsada por Stalin, en aquel entonces comisario de las Nacionalidades.

Estas son las premisas lejanas de una historia que en absoluto está concluida. La creación de un Estado judío dentro de la URSS, en el Birobidzhán, a mediados de los años veinte; la formación de un comité antifascista judío muy activo durante la Segunda Guerra Mundial; la elaboración, a cargo de dicho comité, de un «libro negro» sobre la ferocidad antisemita de los ocupantes nazis, alentado en un principio y luego bloqueado por Stalin, no son sino algunas de las etapas de esta historia.

Su momento culminante, sin embargo, es la decisión soviética, en el bienio 1944-46, de comprometerse a fondo con el nacimiento del Estado de Israel. Una precisa reconstrucción de los hechos puede encontrarse en el importante estudio de Laurent Rucker, Staline, Israël et les juifs[2]. Rucker es un estudioso muy alejado de cualquier «compañerismo de viaje» prosoviético: se sitúa desde las primeras páginas bajo la égida de Annie Kriegel, de Marc Lazar y de Stéphane Courtois.

Tanto más significativo resulta lo que ha extraído de su amplia investigación. Pese a que es habitual la acusación de instrumentalismo y realpolitik hacia la política exterior soviética, la decisión que culminó en el voto soviético a favor de la Resolución 181 de la Asamblea General de la ONU, el 26 de noviembre de 1947 —que establecía la división de Palestina en dos partes y la creación del Estado de Israel—, representa un resultado perfectamente coherente con las premisas sentadas casi tres años antes en la Conferencia Sindical Mundial de Londres, celebrada en febrero de 1945.

En aquella ocasión, la delegación soviética aprobó una resolución muy comprometida y de contenido inequívoco, que instaba en dos direcciones: proteger a los judíos contra la opresión y la discriminación en cualquier país; y dar al pueblo judío la posibilidad de constituir un «hogar nacional» en Palestina (promesa de Balfour tras la Primera Guerra Mundial que había quedado sin cumplir). En aquel momento, la postura soviética era ambigua.

Dicha ambigüedad perjudicaba a los árabes y, sobre todo, a los partidos comunistas del área —el palestino en particular—, a los que se les daba a entender —por ejemplo, a través del cónsul soviético en Beirut, Ruben Agronov— que el gobierno soviético no pretendía, con ello, manifestarse a favor de la creación de un Estado judío en Palestina.

Las repercusiones de tal ambigüedad se hicieron sentir pronto en el plano del prestigio soviético en el mundo árabe. No hay que olvidar que en 1954, cuando los Coroneles tomaron el poder en Egipto y se impuso el «nasserismo», el Partido Comunista egipcio fue diezmado y declarado ilegal. Sin embargo, aunque la lucha entre potencias llevó a Egipto a un acercamiento con la URSS, la hostilidad árabe hacia Moscú por la decisión de noviembre del 47 perduró inalterable, pues habría sido decisiva para el nacimiento de Israel. En la Asamblea General de la ONU se obtuvieron treinta y tres votos a favor, trece en contra y diez abstenciones. Junto a la URSS votaron Ucrania, Bielorrusia, Polonia y Checoslovaquia.

Si estos cinco votos hubieran pasado al bando de los contrarios o de los abstenidos, el resultado habría sido de empate: veintiocho contra veintiocho. Y la resolución para el nacimiento de Israel habría sido rechazada. Cabe añadir que Yugoslavia, ya en ruta de colisión —aunque aún no declarada— con Stalin, se contó entre los abstenidos. Apenas tres días después de la votación en las Naciones Unidas, estallaron los enfrentamientos en Palestina destinados a impedir la aplicación de la resolución relativa a la partición de la región. Los estados árabes, apoyados enérgicamente por Gran Bretaña, opusieron además un rechazo categórico a la aplicación de la Resolución 181 y dieron de facto inicio a las hostilidades. Los Estados Unidos se hallaron, durante un período no breve, en una situación de parálisis e incertidumbre.

Es indudable que precisamente las reticencias e incertidumbres estadounidenses de aquellos meses brindaron a los soviéticos la posibilidad de introducir un fuerte elemento de contradicción entre el movimiento sionista y su aliado «natural», los Estados Unidos. Existe un alarmante informe de enero de 1948 de George Kennan —el teórico de la doctrina del «containment» frente a la URSS— dirigido a explicar a Truman el riesgo de la situación.

«Si el plan de partición debe ser aplicado por la fuerza —le explica Kennan al presidente—, la URSS tendrá todo que ganar, pues encontrará en esa situación el pretexto para poder participar en el "mantenimiento del orden" en Palestina. Y si las tropas soviéticas entran en Palestina para permitir la aplicación de la partición, los agentes comunistas encontrarán una base excelente para extender sus actividades subversivas, desarrollar su propaganda, intentar derribar los actuales gobiernos árabes e instalar allí también "democracias populares"».

«Fuerzas soviéticas en Palestina serían una amenaza directa para nuestras posiciones en Grecia, Turquía e Irán, y una amenaza a largo plazo para todo el Mediterráneo». Kennan prosigue denunciando que la URSS ya está suministrando armas a los judíos, pero también a algunos de los árabes. En los primeros meses del 48, los Estados Unidos dan marcha atrás. El 19 de marzo,

Warren Austin, delegado en la ONU, propone incluso suspender la aplicación de la Resolución 181.

No hay que olvidar la fuerza de los movimientos antisemitas en Estados Unidos, que reprochaban al difunto presidente Roosevelt haber querido combatir junto a la URSS contra Alemania, y no al contrario, haber llevado a los Estados Unidos a la guerra contra Hitler «por los judíos». Son los meses en que madura el fenómeno del «macartismo», que en Estados Unidos retomará el lema típico del nazismo: «judíos comunistas».

El 23 de marzo, Gromyko, en el Consejo de Seguridad, denuncia las maniobras dilatorias de los Estados Unidos encaminadas a crear una «tutela ONU» sobre Palestina. Y es la firmeza soviética en la ONU la que conduce a la formación del Estado judío. En la sesión del 14 de mayo del 48 en el Consejo de Seguridad, Gromyko rechaza todas las propuestas alternativas o dilatorias.

Escribirá Abba Eban en su autobiografía: «La URSS era la única potencia mundial que apoyaba nuestra causa[3]».

La etapa posterior, la que Rucker define como el «segundo estalinismo», ve cómo la relación URSS-Israel se va enfriando progresivamente, aunque también hay que recordar que solo el masivo envío de armas checoslovacas, ordenado por Stalin, permitió al recién nacido Estado de Israel derrotar el ataque concéntrico de Egipto y Jordania —armados por los ingleses— en la primera guerra árabe-israelí, la de 1948.

Las causas del progresivo giro de postura fueron múltiples: la ruptura con Tito y la obsesión estaliniana de ver afirmarse posiciones análogas de autonomía respecto a la URSS en los vértices de las demás democracias populares —cuyos cuadros dirigentes, especialmente en Checoslovaquia, estaban en gran parte representados por comunistas de origen judío—; el fuerte antisemitismo residual aún arraigado tanto en Rusia como en Ucrania y Polonia; y la convicción de que, a la larga, la política de emigración desde la Europa del Este hacia Israel —inicialmente favorecida con gran intensidad por Stalin[4] — acarrearía un perjuicio para los estados socialistas «europeos». Las etapas de la creciente hostilidad antijudía en el último período estaliniano son bien conocidas: desde el asunto del «Estado judío en Crimea» hasta el monstruoso proceso contra los médicos acusados de haber asesinado a Zhdánov.

No es necesario repasarlas aquí: de ellas se habla en este volumen que se presenta a los lectores en traducción española[5] . Más allá de las oscilaciones tácticas —y como tal valoraron los estados árabes el acercamiento soviético-egipcio de 1956, que se mantuvo en vigor, entre altibajos, hasta el fracaso de la «guerra del Yom Kipur» en 1973—, es posible formular una reflexión ante el fenómeno más relevante: el del apoyo neto de la URSS estaliniana al nacimiento de Israel, país «socialista» en medio de monarquías feudales, y el subsiguiente distanciamiento.

La URSS entró también en colisión con otros países socialistas surgidos fuera de la estricta acción político-militar soviética: primero Yugoslavia, luego China. Es quizás, por tanto, la incapacidad de la dirección estaliniana —pero también de la jruschoviana y después de la brezneviana— para admitir la posibilidad misma de un policentrismo del área socialista la causa principal de esta historia y, en definitiva, del propio derrumbe de la URSS.

Luciano Canfora

Notas

[1] N. Lenin, Oeuvres, ed. Progress, Moscú 1958-1976, vol. XX, p. 178.

[2] L. Rucker, Staline, Israël et les juifs, Presses Universitaires de France, París 2001, cap. III-V, pp. 85-208.

[3] A. Eban, Autobiographie, Buchet Chastel, París 1979, p. 84.

[4] Para las cifras véase L. Rucker, Staline, Israël et les juifs, Presses Universitaires de France, París 2001, p. 149.

[5] Por decisión editorial acordada con el autor, este texto, a diferencia de la edición rusa, se detiene en 1953, año de la muerte de Stalin.

INTRODUCCIÓN

de Enrico Mentana

A veces el trabajo de un periodista, e incluso el de un periodista televisivo, consigue colmar también las lagunas de los historiadores. Ocurre sobre todo cuando los estudiosos dan por sentado o arrumban un dato evidente para la época en que viven. Sucede luego que esa evidencia se diluye en los acontecimientos posteriores hasta desaparecer de la memoria colectiva y de los manuales.

Es el caso de este libro y del papel decisivo jugado por la URSS de Stalin en el alumbramiento del Estado judío. En el juego de papeles que caracterizó a los dos campos político-estratégicos hasta el colapso del régimen soviético, nadie tenía ya interés en recordarlo: ni Washington, que se había ligado cada vez más estrechamente a Israel, ni Moscú, convertida en el punto de referencia de gran parte de los países árabes.

En la vulgata histórica, el «sí» soviético al nuevo estado pasaba por una rareza o por un cálculo maquiavélico, mientras que solo una vaga huella quedaba de los apuros americanos y de la oposición británica, y ninguna mención se hacía de los intereses petroleros que los habían originado. Cuando, con retraso, empezó a afirmarse la conciencia del horror de los campos de exterminio, el rastro de todos los manejos diplomáticos quedó como borrado.

La gran mayoría de nuestros contemporáneos cree que Israel nació a raíz de la emoción provocada por el descubrimiento del Holocausto: pero no fue así. Ni para Occidente, que estaba reposicionando a antiguos enemigos y antiguos aliados, ni para el Kremlin, donde el único que decidía no era precisamente el tipo de impresionarse por los exterminios ajenos.

El hecho de que Auschwitz fuera descubierto y liberado por los soldados de caballería del Ejército Rojo nos llega hoy únicamente a través del testimonio imperecedero de Primo Levi. Ninguna propaganda lo ha vuelto a enfatizar: una omisión elocuente. Este libro de Leonid Mlečin —que es uno de los periodistas de mayor prestigio de la televisión rusa, conductor de programas de debate e historiador apasionado— reescribe una historia factualmente inobjetable, aún más tras la apertura de los archivos soviéticos, pero que evidentemente pesaba demasiado reunir a otros, cita tras cita, página tras página. De no haber existido la URSS de Stalin —precisamente él, Koba el Terrible— la nación israelí jamás habría nacido.

Es una simplificación, sin duda: ¿pero quién puede ponerla en discusión? Solo a través de las memorias de los diplomáticos, y nunca a través de los actos públicos, sabemos que uno de los protagonistas de esta historia, Andréi Gromyko, convertido en jefe de Estado soviético, mostraba a sus interlocutores que le preguntaban sobre la situación de Oriente Medio su mano derecha, diciéndoles: «Con esta mano voté hace cuarenta años en la ONU a favor del nacimiento de Israel». Los materiales que Mlečin cita en su libro confirman este papel de la URSS estalinista, y también el progresivo aflojamiento de la relación entre Tel Aviv y Moscú, envenenada por la cuestión de los judíos rusos y su derecho a «regresar» donde todo comenzó.

Este tema es el alfa y el omega de la peripecia de los sionistas de Rusia, y siempre ha estado entrelazado con la historia de ese país, de manera decisiva para su suerte, y en coincidencia con momentos cruciales de la historia europea. En 1881, el año en que los revolucionarios de Naródnaya Volia asesinaron al zar Alejandro II, en Palestina vivían tan solo veinticinco mil judíos. Antes de acabar el siglo ya eran el doble, con la llegada de los judíos rusos que huían de los pogromos desencadenados en toda la «zona de residencia» como reacción popular al atentado, del que, por lo demás, los judíos no tenían ninguna responsabilidad. Es lo que se considera el acontecimiento desencadenante del sionismo organizado, aunque de los casi tres millones de judíos que abandonan la Europa oriental entre 1881 y el estallido de la Primera Guerra Mundial, solo uno de cada cien elige Palestina: pero será una elección fundacional. Gran parte de los pioneros que harán la historia del Estado judío —y que se cuentan entre los protagonistas del relato de Mlečin— son hijos de ese éxodo, la primera aliyá de Eretz Israel.

No siempre la historia repite sus tragedias en forma de farsa, pero desde luego tiene su ironía. Así, más de un siglo después, la otra gran cesura de la historia rusa, el derrumbe de la Unión Soviética, abrió el camino a la última aliyá, de proporciones mucho más considerables que la de los pioneros. La disolución del imperio comunista llevó, en el espacio de una década, a casi un millón de rusos de ascendencia judía a servirse de la «ley del retorno» para establecerse en Israel. Un tercio de ellos no es judío. La nueva migración —inesperada e imprevisible por su magnitud y sus motivaciones— ha hecho de la comunidad rusa la principal del país, modificando estructuralmente el perfil demográfico de la nación. Entre estos dos éxodos se encuentra la historia narrada por el libro que tienen en sus manos.

Enrico Mentana

PARTE I

MOSCÚ Y LOS SIONISTAS: HISTORIA DE UNA AMISTAD

Cómo podía Iván Maiski conservar su puesto de embajador en Londres era un misterio. Sobre todo para el *rezident*[1] del Comisariado del Pueblo[2] para la Seguridad del Estado, quien, encargado entre otras cosas de vigilar a los diplomáticos, había podido consultar el expediente personal del embajador y a menudo se había preguntado: «¿Por qué el camarada Stalin tolera que Maiski ocupe un cargo tan importante?».

Sus capacidades profesionales no estaban en discusión: conocía perfectamente Inglaterra, hablaba varios idiomas extranjeros, era muy culto, conocía a todos los políticos británicos. ¡Pero su expediente! ¡Su pasado político! Había sido menchevique, lo que habría bastado para enviarlo directamente a Kolymá con el artículo 583[3]; pero, más grave aún, durante la guerra civil se había puesto del lado de los enemigos del poder soviético. Su verdadero apellido era Lajovétski. En 1902 fue expulsado de la Universidad de San Petersburgo por sus frecuentaciones socialdemócratas y desterrado a Siberia. Participó luego con los mencheviques en la Primera Revolución Rusa y en 1906 fue nuevamente arrestado y devuelto a Siberia. Dos años después huyó al extranjero.

En 1912, tras licenciarse en Economía en la Universidad de Múnich, se trasladó a Londres, donde conoció a Maksim Litvínov, futuro comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores, pero en aquella época tesorero del partido, un tesorero más bien apurado que, posteriormente, se dedicó a una actividad mucho más fascinante y peligrosa: el envío de armas a Rusia. Más tarde, la simpatía de Litvínov salvaría la vida a Maiski. Después de la revolución, este permaneció con los mencheviques, fue elegido en el Comité Central y participó en el último intento de salvar la democracia en Rusia llevado a cabo por algunos miembros de la Asamblea Constituyente disuelta por los bolcheviques: la iniciativa fue de los cinco elegidos en la gobernación de Samara, a quienes pronto se sumaron otros cien diputados, con la intención de restablecer la actividad del único organismo de poder que había sido elegido legalmente.

Temiendo que la eventual caída del gobierno bolchevique pudiera conducir al restablecimiento de la monarquía o a la ocupación alemana, decidieron instituir un gobierno republicano

---

[1] Término ruso con el que se designa al responsable de los servicios de inteligencia en una determinada área denominada *rezidentura* (residencia). En el texto se han mantenido los términos *rezident* y *rezidentura* (N. del E.).

[2] Así fueron denominados los distintos ministerios tras la Revolución de Octubre; recuperaron la denominación de ministerios en 1946 (N. del E.).

[3] El artículo 58 del Código Penal de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia, introducido el 25 de febrero de 1927, penalizaba las actividades contrarrevolucionarias y fue utilizado, en particular, durante las grandes purgas que sacudieron el país en los años treinta y, posteriormente, contra los disidentes en los años sesenta, setenta y ochenta. Sus diversos apartados contemplaban distintos delitos, desde la propaganda hasta el sabotaje, desde la traición hasta la omisión de denuncia. La península de Kolimá, en el extremo noreste de Siberia, fue uno de los principales enclaves de deportación (N. del E.)

auténticamente democrático, que pasó a la historia como el Komuch de Samara[4]. En agosto de 1918, Maiski también llegó a la ciudad: «En contraste con el vacío de las tiendas de Moscú, aquí los escaparates estaban llenos de productos de todo tipo. La ciudad, con su aspecto familiar, "a la antigua", aún no abrasada por el aliento ardiente de la revolución socialista, halagaba nuestra mirada de adversarios del régimen soviético. Nuestro entusiasmo alcanzó su punto culminante cuando llegamos al mercado. Aturdidos por aquellas montañas de pan blanco, carne, aves, mantequilla, manteca y una infinidad de otras golosinas vendidas libremente, nos pareció haber llegado a un cuento de *Las mil y una noches*. Máxime cuando los precios eran relativamente moderados». Maiski se convirtió en director (de hecho, ministro) del Departamento de Trabajo del Komuch de Samara.

Es sorprendente que, con estos antecedentes, Maiski lograra salir airoso. En 1921 tomó nota de la realidad y se pasó a los bolcheviques. En 1922, Litvínov, convertido entretanto en vicecomisario del Pueblo para Asuntos Exteriores, lo puso al frente de la oficina de prensa y, en mayo de 1925, lo envió a la Representación Diplomática de Londres como agregado de prensa.

En el verano de 1927, Inglaterra rompió las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y los funcionarios soviéticos tuvieron que regresar a casa. Maiski trabajó aún dos años como consejero en Japón y luego otros tres como jefe de la representación en Finlandia, pero en octubre de 1932 estaba de nuevo en Londres, esta vez como jefe de misión, y permaneció allí durante los diez años siguientes.

El brillante Iván Maiski había sido nombrado representante plenipotenciario de la RSFSR5[5], cargo diplomático instituido por el Consejo de Comisarios del Pueblo el 4 de julio de 1918, pero un decreto del Sóviet Supremo de la URSS, de fecha 9 de mayo de 1941, que introducía en la diplomacia soviética el rango de «embajador extraordinario y plenipotenciario», lo equiparó a los demás embajadores extranjeros acreditados en Londres. En 1941, Stalin lo nombró miembro candidato del Comité Central del partido.

[4] *Samarskij Komitet chlenov Uchreditel'nogo sobranija* (Comité de los miembros de la Asamblea Constituyente de Samara) (N. del E.).

[5] Acrónimo de *Rossijskaja Socialisticheskaja Federativnaja Sovetskaja Respublika* (República Socialista Federativa Soviética de Rusia) (N. del E.).

MAISKI Y WEIZMANN

El 3 de febrero de 1941, Maiski recibió la singular visita de Chaim Weizmann, químico de fama mundial y, desde 1920, presidente de la Organización Mundial Sionista. Había nacido, súbdito del Imperio ruso, en una pequeña ciudad fronteriza entre Bielorrusia, Lituania y Polonia; no había olvidado el ruso, y a los diplomáticos soviéticos les contaba complacido que en la Conferencia de Génova, en la primavera de 1922, alguien lo había llegado a confundir con Lenin.

«Hace unos días —escribió Maiski a Moscú— recibí la visita inesperada del doctor Weizmann. Es un caballero alto, ya no joven, elegante, de tez amarillo-pálida y con una pronunciada calvicie [...] Habla el ruso perfectamente, a pesar de haber abandonado el país hace cuarenta y cinco años. Vino a proponernos intercambiar naranjas —que actualmente Palestina no logra exportar— por pieles fácilmente comercializables en América a través de empresas judías. Le dije que no estaba en condiciones de darle una respuesta inmediata, pero le prometí tomar las medidas necesarias. De manera preliminar, sin embargo, le hice notar que los judíos palestinos no debían hacerse demasiadas ilusiones, ya que, por lo general, nosotros no importamos fruta del exterior. Y en efecto, su propuesta no fue aceptada, y hoy le he comunicado la respuesta por escrito. En el transcurso de la conversación sobre las naranjas, Weizmann abordó el problema de Palestina en general y, hablando de la situación y de las perspectivas de los judíos en el mundo, se mostró bastante pesimista. Según sus cálculos, los judíos son diecisiete millones, diez u once de los cuales —los que residen en los Estados Unidos, en el Imperio británico y en la URSS— viven de manera relativamente aceptable, o al menos no están amenazados de aniquilamiento [...] "Pero lo que me aterra es el destino de esos seis o siete millones de judíos que se encuentran en la Europa centrooriental y meridional, en Alemania, Austria, Checoslovaquia, los Balcanes, y sobre todo en Polonia. ¿Qué será de ellos? ¿Qué les espera?"». Weizmann añadió, con un profundo suspiro: «"Si Alemania gana la guerra —cosa de la que, por lo demás, dudo—, sucumbirán todos; pero aunque venciera Inglaterra, ¿qué ocurriría?"». Y aquí expresó sus temores. Los ingleses, y en particular los funcionarios coloniales, no gustan de los judíos, y esto es especialmente evidente en Palestina, donde hay judíos y hay árabes, a quienes los «altos comisarios» prefieren indiscutiblemente. El funcionario colonial inglés se forma en Nigeria, en Sudán, en Rodesia, donde todo es sencillo y tranquilo: ningún problema, ninguna exigencia por parte de los indígenas. Y eso es lo que le gusta al funcionario inglés, a eso está acostumbrado. ¿Pero en Palestina? «"Aquí —continuó Weizmann, acalorándose— es cosa muy distinta; hay problemas enormes y complejos. Sí, el funcionario considera a los árabes palestinos como dóciles cobayas que sabe cómo tratar, mientras que los judíos lo desesperan: nunca están contentos, hacen preguntas, exigen respuestas, a veces nada simples. El funcionario empieza a irritarse [...] acaba por indisponerse contra los judíos y por apreciar más bien a los árabes, que son otra cosa: no quieren nada y no crean molestias"».

Maiski envió a Moscú un informe detallado y conmovido, y no es de extrañar que el embajador guardara un recuerdo extraordinario de aquella conversación: el presidente de la Organización Mundial Sionista causaba siempre una notable impresión en sus interlocutores, y sin duda también su innata capacidad de persuasión contribuyó a la creación del Estado judío.

Es opinión generalizada que Israel fue creado por las potencias occidentales después de la Segunda Guerra Mundial, como compensación parcial por el asesinato de seis millones de judíos a manos

de los nazis. Además, muchos políticos occidentales, fervientes cristianos, albergaron la convicción romántico-religiosa de que el retorno de los judíos a Palestina descrito por la Biblia debía hacerse realidad.

No hay que pasar por alto, sin embargo, consideraciones de política interior, teniendo en cuenta que en los Estados Unidos los votantes judíos eran suficientemente numerosos como para condicionar las elecciones presidenciales. Durante la guerra no se escribió prácticamente nada sobre el exterminio de los judíos, y lo que trascendió sobre los campos de concentración fue considerado increíble. En los años treinta, los refugiados de la Alemania nazi que habían intentado explicar a hombres de negocios americanos la situación de su país no habían sido tomados en serio: en Alemania las cosas no van tan mal. Las calles están limpias, tranquilas. Hay orden y legalidad. Ninguna huelga, ningún sindicato que genere únicamente molestias, ningún agitador. En 1943, en plena guerra, un fugitivo de Alemania logró llegar hasta Felix Frankfurter, miembro del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, y le habló de los campos de exterminio, del aniquilamiento de los judíos. Frankfurter, también él judío, tras escucharle, sacudió la cabeza con escepticismo: «Veo que usted cree que todo esto es verdad. Pero yo, sencillamente, no puedo creerlo».

En 1945, sin embargo, cuando se conoció la enormidad de los crímenes nazis, el mundo occidental se mostró horrorizado, y muchos europeos y americanos, conmovidos, solidarizaron sinceramente con aquellos judíos alemanes, polacos, rumanos, etc. que, dispersos tras la derrota de la Alemania nazi, habían quedado sin ningún refugio, sin poder ni querer regresar a vivir entre quienes los habían expulsado y enviado a los campos de concentración, que habían matado a sus seres queridos, saqueado sus casas y celebrado su desgracia. Pero no fueron los sentimientos de la opinión pública liberal los que determinaron la constitución del Estado judío. El destino de Palestina y de los judíos palestinos estaba en manos de los políticos americanos y británicos, que en general eran contrarios a la creación de Israel. El Estado judío no habría surgido sin Stalin.

LA DECLARACIÓN BALFOUR

Esta historia comienza el 5 de diciembre de 1916, día en que en Gran Bretaña David Lloyd George, reputado hombre decidido y amante de la justicia, se convirtió en primer ministro, y Arthur James Balfour, vástago de una dinastía de diplomáticos, fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores.

Balfour era un hombre de carácter muy rígido y temperamento contemplativo, aunque también era un apasionado del tenis y del golf. De su padre había heredado un patrimonio que lo había situado entre los hombres más acaudalados del país, y de su madre, descendiente de un célebre linaje aristocrático, la tradición del servicio al Imperio. La mujer que amó murió de tifus y él nunca contrajo matrimonio; fue una de sus hermanas, que permaneció a su lado durante toda su vida, quien gobernó su hogar.

Balfour inició su carrera política como secretario de su tío, Lord Salisbury, quien a finales del siglo XIX había sido ministro de Asuntos Exteriores y a quien él sucedió, a comienzos del nuevo siglo, al frente del Partido Conservador, desempeñando durante tres años también el cargo de primer ministro. Durante la Gran Guerra aceptó integrarse en el gobierno de coalición de Lloyd George, primero como Primer Lord del Almirantazgo [Nota del traductor: equivalente al ministerio de Marina y Guerra] y posteriormente como ministro de Asuntos Exteriores. No albergaba grandes ambiciones, se hallaba satisfecho con su posición de segundo hombre, y por ello la compenetración con Lloyd George fue perfecta.

En 1916 la Entente tomó la delantera: Alemania, Austria-Hungría, Turquía y Bulgaria estaban ya derrotadas. Las tropas británicas al mando de Lord Edmund Allenby, junto a quienes combatía la Legión Judía constituida por cuatro batallones de fusileros voluntarios procedentes de diversos países, derrotaron a los turcos que dominaban Palestina y numerosos otros territorios de Oriente Medio. El 31 de octubre de 1917 el Consejo de Ministros de Gran Bretaña debatió el futuro ordenamiento de Palestina. Y dado que ya se había establecido que el Imperio otomano habría de ceder todos sus dominios territoriales —cuya suerte, al igual que la de los pueblos que los habían habitado, decidirían las potencias vencedoras— el gobierno de Su Majestad aprobó la constitución de un protectorado británico en la Palestina de posguerra, donde el pueblo judío podría iniciar una nueva fase histórica de su existencia. Balfour, en su calidad de ministro de Asuntos Exteriores, recibió el encargo de comunicar esta decisión a los judíos sionistas británicos, que propugnaban el retorno de su pueblo a aquella Palestina de la que en su día había sido expulsado. La célebre Declaración Balfour del 2 de noviembre de 1917 es, pues, una carta del ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, Arthur James Balfour, a Lord Walter Rothschild, presidente de la Federación Sionista de Gran Bretaña, aprobada por el Consejo de Ministros tras una larga y acalorada deliberación:

Estimado Lord Rothschild:

Tengo el gran honor de transmitirle, en nombre del Gobierno de Su Majestad, la siguiente declaración de simpatía hacia las aspiraciones judías sionistas, que ha sido sometida al Gobierno y aprobada por él: "El Gobierno de Su Majestad contempla con beneplácito el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío, y hará cuanto esté en su mano para facilitar la consecución de este objetivo, en el bien entendido de que nada se hará

que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías en Palestina, ni los derechos y la condición política de que gozan los judíos en cualquier otro país".

Le quedaré agradecido si tuviera a bien comunicar esta declaración a la Federación Sionista.

Cordiales saludos,

Arthur James Balfour[6]

Los periódicos ingleses publicaron la noticia el 8 de noviembre, en coincidencia con las crónicas enviadas desde Rusia sobre el golpe de Estado bolchevique. *The Times* tituló: *Palestina para los judíos. El respaldo del gobierno.*

La fórmula «hogar nacional» había sido elegida diplomáticamente: ¿se trataba de la promesa de ayudar a los judíos a crear su propio Estado, o de la simple intención de garantizarles alguna forma de autonomía en Palestina? Cada cual podía interpretarla de manera distinta, según sus deseos y su posición. Y las posiciones del gobierno británico variaban al compás de los cambios en la situación política. En 1919, Neville Chamberlain, futuro primer ministro, defendió con energía las aspiraciones de los sionistas: «Una gran tarea aguarda a los sionistas que, con alegría en el corazón, pronto se dirigirán a su antigua patria, tan descuidada y mal gobernada, para edificar en ella una nueva civilización». Lloyd George, hombre devoto que se había vuelto aún más religioso tras la trágica muerte de su hija predilecta, y lector asiduo de la Biblia —hasta el punto de afirmar: «Conozco la historia de los judíos mejor que la de mi propio pueblo; puedo citar a todos los reyes de Israel, mientras que a duras penas recuerdo una docena de los ingleses»— consideró que con el retorno de los judíos a Palestina se cumpliría la voluntad de Dios. Prometió, por tanto, hacer todo lo posible para que aquella tierra se convirtiera en un Estado para los judíos: «Son precisamente los pueblos pequeños los elegidos para las grandes empresas».

También Lord Balfour percibía en la Biblia una referencia al tiempo presente. La idea del retorno de los judíos a su patria lo había conquistado; estimaba, como otros políticos británicos de fe cristiana, que el mundo cristiano tenía una deuda con el pueblo judío injustamente expulsado de Palestina y privado de una patria, y que, en consecuencia, para que se hiciera justicia, los judíos habrían de recuperar su propio Estado. Antes de la guerra, Balfour propuso a Weizmann constituir el Estado judío en el territorio de la actual Uganda, por entonces en gran parte despoblado, donde las autoridades británicas habrían visto con buenos ojos el asentamiento de laboriosos colonos judíos. Gracias a sus trabajos científicos, que habían tenido gran importancia para la industria bélica inglesa, Weizmann gozaba de la estima y la gratitud del gobierno británico de Lloyd George, el cual consideraba que Inglaterra estaba en deuda con él.

«¿Y si propusiera a los británicos establecer su capital en París en lugar de en Londres —había replicado Weizmann con una pregunta—, estarían de acuerdo?»

---

[6] Cfr. el texto original de la Declaración: *Foreign Office, 2 de noviembre de 1917. Tengo el placer de comunicarle, en nombre del Gobierno de Su Majestad, la siguiente declaración de simpatía hacia las aspiraciones sionistas judías, que ha sido sometida al Gabinete y aprobada por él. "El Gobierno de Su Majestad contempla con agrado el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío, y hará cuanto esté en su mano para facilitar la consecución de este objetivo, quedando claramente entendido que no se hará nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina, ni los derechos y el estatuto político de que disfrutan los judíos en cualquier otro país". Le agradecería que pusiera esta declaración en conocimiento de la Federación Sionista. Atentamente, Arthur James Balfour.* (N. del E.).

«Pero nosotros ya tenemos Londres», dijo Balfour.

«Exactamente. Y nosotros teníamos Jerusalén cuando Londres no era más que un pantano. Durante dos mil años, los judíos en el exilio han mantenido inquebrantable una esperanza: ¡el año que viene en Jerusalén!»

Balfour reflexionó y luego preguntó:

«¿Son muchos los que piensan como usted?»

«Creo —respondió Weizmann con convicción— expresar la opinión de millones de judíos a quienes usted nunca tendrá ocasión de conocer y que jamás podrán pronunciarse en primera persona».

No en vano Weizmann era célebre por sus dotes persuasivos. Tras esta conversación, Balfour se convirtió en un firme defensor de la constitución del Estado judío en Palestina.

Hay quienes sostienen que los británicos y los judíos palestinos no tenían derecho a dividir un territorio ajeno sustrayendo Palestina a los árabes, y consideran al Israel actual un cuerpo extraño en el corazón del mundo árabe [...]. En realidad, en aquella época Palestina era un dominio otomano. Pues bien, las potencias vencedoras convinieron en que, al término de la guerra, los pueblos hasta entonces sometidos a dominación extranjera debían obtener la independencia.

Y así ocurrió, tanto en Europa como en Oriente Medio. De la desintegración del Imperio otomano surgieron Estados como Irak, Siria, Líbano [...]. Irak, por ejemplo, fue constituido por los ingleses a partir de tres provincias del antiguo Imperio, y nadie puso en duda el derecho de los iraquíes a tener su propio Estado, aunque los turcos hubieran dominado aquellas tierras durante más de tres siglos. Por lo demás, ni los sirios, ni los iraquíes, ni los libaneses se opusieron a las potencias europeas que disponían de ese modo de su destino. Cuestión aparte es que los vencedores dividieran el enorme legado del Imperio trazando fronteras aproximativas, causa, más adelante, de graves conflictos.

Ciertamente, las decisiones adoptadas entonces por las potencias vencedoras son discutibles, dado que, por ejemplo, los sirios obtuvieron un Estado, mientras que los kurdos —que son incluso bastante más numerosos que los árabes palestinos— no lo obtuvieron. En cualquier caso, en el marco de la reorganización de toda la región, se consideró del todo natural el restablecimiento de un Estado judío en Palestina, donde los judíos aspiraban tenazmente a regresar y donde diversas comunidades suyas habían permanecido también tras la diáspora. En Jerusalén, la presencia judía solo se había interrumpido en la época de las Cruzadas. Cien años antes del nacimiento de Israel, en 1844, en la ciudad vivían siete mil judíos, tres mil cristianos y cinco mil musulmanes. A finales del siglo XIX, la ciudad contaba con veintiocho mil habitantes judíos y diecisiete mil entre musulmanes y cristianos. En el momento de la proclamación del Estado de Israel había cien mil judíos, cuarenta mil musulmanes y veinticinco mil cristianos.

Naturalmente, los británicos estaban guiados también por consideraciones políticas y abrigaban la esperanza de que un Estado judío se revelara un aliado fiable en Oriente Medio, sobre todo para garantizar la seguridad de las rutas marítimas hacia la India, por entonces dominio inglés, para lo cual era indispensable el control directo sobre Egipto y Palestina. Lloyd George fue muy explícito

al respecto: «Los árabes palestinos, que podrían haber sido muy útiles, durante la guerra se mostraron unos míseros cobardes. Lucharon junto a los turcos en nuestra contra».

También Francia e Italia respaldaron la idea de un Estado judío independiente y en 1918 se sumaron a la declaración del gobierno británico.

En 1919 el presidente americano Woodrow Wilson propuso que el mandato sobre Palestina fuera confiado a los Estados Unidos. Había llegado a París con motivo de la conferencia que debía establecer las condiciones para la firma del tratado de paz con los países derrotados —Alemania, Austria-Hungría y Turquía— y era el primer presidente americano en viajar al extranjero, enfrentándose a una parte de la opinión pública de su país, según la cual el líder de la nación debía consagrar su atención preferentemente a los problemas internos. Wilson se presentó ante el mundo como un hombre de paz y fue escuchado.

Idealista, ferviente creyente y defensor del principio de justicia étnica y de autodeterminación de los pueblos, promovió la constitución en Estado de diversas naciones europeas. Así, tras la guerra, aparecieron en el mapa político del mundo Hungría, Polonia, Rumanía, Checoslovaquia y el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos (Yugoslavia). El presidente americano estaba convencido de que también el pueblo judío merecía poder tener su propio Estado. El 3 de marzo de 1919 declaró: «Las naciones aliadas, en sintonía con nuestro gobierno y con nuestro pueblo, coinciden en la conveniencia de apoyar el asentamiento del pueblo judío en Palestina».

Lamentablemente, Wilson se hallaba gravemente enfermo. En octubre, en el cénit de su carrera y antes de haber concluido su labor, sufriría un ictus.

El tratado de paz con Turquía, que habría de decidir la suerte de Oriente Medio, se redactó en San Remo en abril de 1920. Francia e Inglaterra se disputaron el control de la región y, en lo que respectaba a Palestina e Irak, Lloyd George se impuso a Millerand —exsocialista, primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores francés, elegido luego, ese mismo año, presidente de la República.

El 25 de abril el Consejo Supremo Aliado confirió a Gran Bretaña —incluyéndolo en el tratado de paz con Turquía firmado posteriormente en Sèvres el 10 de agosto— el mandato sobre Palestina, con el cometido, en primer término, de poner en práctica la Declaración Balfour. A partir de ese momento, la realización de un «hogar nacional para el pueblo judío» pasó a ser un compromiso asumido por Inglaterra ante la comunidad internacional, sancionado oficialmente por cincuenta y un países miembros de la Sociedad de Naciones [Nota del traductor: *Société des Nations*, el organismo internacional precursor de la ONU] el 2 de junio de 1922. El Congreso de los Estados Unidos, que no formaban parte de la Sociedad de Naciones, adoptó el 30 de junio una resolución en la que, entre otras cosas, se leía:

Los Estados Unidos contemplan con beneplácito el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío.

En otras palabras, tras la Gran Guerra, la reinstauración de una entidad estatal en Palestina recibió el respaldo sin reservas de la mayoría absoluta de los países europeos, de los Estados Unidos y de la propia Sociedad de Naciones.

Un territorio bajo mandato no es equiparable a una colonia. Para gobernar Palestina, Gran Bretaña disponía de poderes limitados, también en el tiempo. Pero el texto del mandato invocaba el vínculo

histórico del pueblo judío con Palestina, encomendaba a la administración inglesa la creación de condiciones políticas, administrativas y económicas para la constitución de un hogar nacional judío, y le imponía garantizar la inmigración a Palestina de los judíos que desearan trasladarse allí.

En un discurso pronunciado en la Cámara de los Comunes en 1939, Churchill reafirmó que la promesa había sido dirigida también «a los judíos de la diáspora, a esa gran masa de judíos desdichados, dispersos, perseguidos, marginados, para quienes la creación de un hogar nacional constituía una aspiración firme e irreprimible». Sin embargo, desde el principio los políticos ingleses sentaron las bases del futuro conflicto territorial al prohibir en Transjordania —la región al este del Jordán— el asentamiento de judíos, a quienes también fueron vedados los Altos del Golán, asignados a Siria bajo mandato francés.

El primer Alto Comisario británico fue sir Herbert Samuel, exdiputado en la Cámara de los Comunes y exministro de Comunicaciones, que asumió sus funciones el 1 de julio de 1920. Al elegirlo, el gobierno británico tuvo en cuenta su origen judío, casi como si quisiera subrayar la intención de mantener la promesa contraída con la Declaración Balfour. Cuando, tras la guerra, los ingleses llegaron a Palestina —poniendo fin así a la dominación otomana que había durado cuatrocientos años—, los judíos los acogieron como libertadores, pero los militares ingleses no respondieron a sus expectativas. Muy pronto la política británica en Palestina cambió de rumbo, porque Inglaterra prefirió privilegiar a la población árabe, que era considerablemente más numerosa que la judía. Lord Plumer sucedió a Herbert Samuel, quien, de regreso a Londres, encabezó el grupo liberal en la Cámara de los Comunes para pasar posteriormente a la Cámara de los Lores.

LA OPINIÓN DE DZERZHINSKI

La Rusia soviética observaba con indiferencia el desarrollo de los acontecimientos en la lejana Palestina. Las ideas del sionismo habían penetrado ampliamente en el ambiente judío-ruso, pero los elementos más activos habían abandonado ya el país antes de la Revolución, o inmediatamente después. Por otra parte, en Rusia no habría habido siquiera presencia judía si, al anexionarse una parte considerable del reino polaco, Catalina II no hubiera adquirido entre sus nuevos súbditos a numerosos judíos, a quienes prometió, sin cumplirlo después, la igualdad de derechos. Durante largo tiempo los judíos del Imperio ruso vivieron en un aislamiento total, sin dejar por ello de constituir un problema para las autoridades. Todo lo contrario.

En 1845 un decreto gubernamental les impuso la obligación de abandonar la indumentaria tradicional y adoptar vestimenta moderna. Simultáneamente, se introdujo en las escuelas el estudio de la lengua rusa. Esta medida redujo el aislamiento de los judíos del shtetl[7], que tuvieron acceso a la educación pública general. El desmantelamiento de la comunidad judía tradicional comportó una implicación cada vez mayor de los judíos en la vida del país; sin embargo, una integración real en la sociedad rusa siguió siendo dificultosa: los judíos no podían ocupar empleos estatales, les estaba vedada la carrera militar, así como la agricultura —pues carecían del derecho a adquirir tierras— y la industria, dado que tenían prohibido establecerse en las grandes ciudades donde se hallaban ubicadas las fábricas. Quedaban la medicina, la investigación y la cultura, que no podían, con todo, absorber a toda la población.

La mayoría de los judíos vivía en la miseria más extrema, subsistiendo mediante la artesanía y el pequeño comercio, dando así origen al estereotipo del judío traficante, incapaz de desempeñar cualquier otra actividad. La juventud judía instruida, sensible a las condiciones desesperadas en que se hallaban también los campesinos rusos, se sumó a la empresa educativa y cultural del movimiento populista, y si hasta entonces a los judíos se les había acusado de desinterés por la suerte del país y de repliegue sobre sí mismos, ahora se les imputaba un excesivo compromiso político. También las organizaciones nacionalistas judías condenaron la adhesión de los jóvenes judíos al movimiento revolucionario, por considerar que sus camaradas rusos habrían de seguir teniéndolos por elementos ajenos. El movimiento sionista, por su parte, los exhortaba a desinteresarse de los problemas rusos.

Antes del inicio de la Gran Guerra, un millón y medio de judíos huyó de Rusia para establecerse en los Estados Unidos, donde contribuyó en gran medida al desarrollo del país. Con frecuencia se emplea el término «sionistas» sin conocer bien su significado: los sionistas estiman que todos los judíos deben regresar a su patria histórica y que, en la espera, no deben asimilarse ni participar en la vida política del país al que el exilio los ha conducido.

---

[7] (Plural *shtetlekh*) pequeña ciudad, del yídish *shtot*, ciudad (cfr. alemán *Städtle*, diminutivo de *Stadt*, ciudad). En el Imperio ruso, aldeas situadas en la llamada «zona de asentamiento», entre Rusia, Polonia, Lituania, Bielorrusia, Besarabia y Ucrania, donde a los judíos les era permitido —y a la vez impuesto— residir. El término se utiliza también para designar la particular cultura y las singulares costumbres de aquellas comunidades, que fueron primero erosionadas por la revolución, la guerra civil, la industrialización y la «sovietización», y después definitivamente borradas por la Shoá y las migraciones posteriores de los supervivientes hacia Estados Unidos e Israel (N. del E.).

Pero muchos jóvenes judíos consideraban Rusia como su propio país y pensaban que no tenían derecho a permanecer al margen en el momento en que estaba en juego la suerte de la patria. Fue así como se formó toda una generación de revolucionarios que no otorgaban ninguna importancia a la nacionalidad ni a la religión, y tampoco a su propia condición de judíos. Como toda Rusia, también los judíos fueron desgarrados por contradicciones internas. Algunos apoyaron la Revolución de octubre; otros huyeron del país; otros más permanecieron, aguardando el retorno a la normalidad.

Durante la guerra civil, sobre todo en Ucrania —donde durante largo tiempo faltó un poder consolidado y donde campearon a sus anchas atamanes[8] como Néstor Majnó y Nikolái Grigóriev—, los judíos fueron víctimas de aterradores pogromos: decenas de miles de personas fueron aniquiladas y trescientos mil niños judíos quedaron huérfanos. El antisemitismo se extendió en los territorios ocupados por los «blancos», pero muchas unidades del Ejército Rojo[9] no se distinguieron demasiado de los hombres de Majnó. Hay que decir, en aras de la verdad, que los pogromos contra los judíos representan solo una parte de aquel pogromo contra toda Rusia que fue la guerra civil, con su millón de víctimas.

El advenimiento del poder bolchevique no benefició a la mayor parte de la población judía que, tras la Revolución de octubre, había permanecido en el shtetl; al contrario, trastornó su existencia: fueron prohibidas las actividades como la artesanía y el comercio que habían dado sustento a los judíos, quienes fueron asimismo privados de numerosos derechos, entre ellos los derechos electorales. Al igual que las iglesias ortodoxas, las sinagogas fueron clausuradas.

Los religiosos fueron encarcelados y el judaísmo duramente perseguido. En busca de trabajo para huir del hambre, la juventud judía se volcó hacia las ciudades. La presencia, tras Octubre, de numerosos judíos sobre todo en el aparato del partido y en la VChK[10] se explica por la escasez

---

[8] *Atamán*: (en Ucrania, entre los cosacos) jefe, comandante civil o militar, elegido o nombrado por las autoridades estatales. Néstor Majnó, revolucionario y anarquista de origen campesino, creó en Ucrania entre 1918 y 1921 un movimiento libertario que combatió contra los austrohúngaros, los blancos y los bolcheviques, pero que se distinguió también por su despiadado antisemitismo (N. del E.).

[9] El ejército soviético se llamó desde 1918 hasta 1946 *Raboche-Krest'yanskaya Krasnaya Armiya* (Ejército Rojo Obrero y Campesino) y desde 1946 hasta 1991 *Sovetskaya Armiya* (Ejército Soviético). El nombre actual de las fuerzas armadas es *Rossijskaya Armiya* (Ejército ruso) (N. del E.)

[10] Acrónimo de *Vserossijskaya Chrezvychajnaya Komissiya* (Comisión Extraordinaria Panrusa), creada para combatir la contrarrevolución y el sabotaje. El Servicio de Seguridad soviético recibió esta denominación desde 1917 hasta 1922; de 1922 a 1923 fue integrado en el NKVD (*Narodnyj Komissariat Vnutrennikh Del* — Comisariado del Pueblo para los Asuntos Internos), bajo la denominación de GPU (*Glavnoe Politicheskoe Upravlenie* — Dirección General de Asuntos Políticos); desde 1923, de nuevo independiente, se llamó OGPU (*Ob'edinënnoe Gosudarstvennoe Politicheskoe Upravlenie* — Departamento Político Unificado del Estado) hasta 1934, cuando fue reabsorbido una vez más, como GUGB (*Glavnoe Upravlenie Gosudarstvennoj Bezopasnosti* — Dirección General de Seguridad del Estado), por el NKVD; de febrero a julio de 1941 pasó a denominarse NKGB (*Narodnyj Komissariat Gosudarstvennoj Bezopasnosti* — Comisariado del Pueblo para la Seguridad del Estado), en cuya estructura permaneció hasta 1946; con la transformación de los Comisariados del Pueblo en ministerios, en 1946 adoptó el nombre de MGB (*Ministerstvo Gosudarstvennoj Bezopasnosti* — Ministerio de Seguridad del Estado); entre 1953 y 1954 se denominó MVD (*Ministerstvo Vnutrennikh Del* — Ministerio de Asuntos Internos), y desde 1954 hasta la caída del régimen soviético recibió el nombre de KGB (*Komitet Gosudarstvennoj Bezopasnosti* — Comité para la Seguridad del Estado). Los miembros de la Comisión eran denominados *chekisty*, término de connotación siniestra que sigue empleándose hoy en día, con carácter peyorativo, para referirse a los miembros de los servicios de seguridad (N. del E.).

numérica del grupo dirigente bolchevique: había más cargos que candidatos, y los judíos bolcheviques eran fieles a la revolución, confiables y leales hacia el nuevo poder, que apreciaba de manera particular su férreo apoyo —mientras el país se desmoronaba— a un Estado fuerte y centralizado.

Durante mucho tiempo se creyó que los chekistas [Nota del traductor: agentes de la VChK] y los comisarios políticos judíos se comportaban con una crueldad particularmente extrema, sencillamente porque eran ajenos y, por tanto, desapiadados hacia Rusia y los rusos. En realidad, los judíos bolcheviques se consideraban rusos a todos los efectos, habían abandonado su lengua y cortado cualquier otro vínculo con el entorno judío que, en cambio, temía la revolución.

Trotski abordó el tema durante la reunión del Comité Central en octubre de 1923, explicando por qué había rechazado algunos cargos importantes: «Estoy marcado por mi origen judío. El 25 de octubre de 1917, Vladímir Lenin, tendido en el suelo del Smólny[11], me dijo: "Lo nombraremos comisario del Pueblo para Asuntos Internos, con el cometido de aplastar a aristócratas y burgueses". Pero yo me negué. Lenin, que despreciaba a los antisemitas, estalló: "Estamos haciendo una gran revolución internacional; ¿qué importancia pueden tener semejantes tonterías?". "La revolución es grande. Pero de estúpidos todavía quedan muchos". "¿Y vamos a ponernos al nivel de los imbéciles?". "No, pero una pequeña concesión a la estupidez es a veces necesaria; ¿por qué habríamos de crearnos dificultades precisamente al principio?"». Trotski rechazó también el Comisariado para la Guerra: «y en el fondo, tuve razón. Ser judío fue un elemento insignificante en mi vida privada, pero un obstáculo considerable en el plano político. Vladímir Lenin lo consideraba una obsesión mía y me propuso ser su adjunto en el Consejo de Comisarios. Pero yo me negué, siempre por las mismas razones...».

Los revolucionarios como Trotski se consideraban por encima de las cuestiones de nacionalidad, porque perseguían objetivos de alcance mundial y no atendían a la pertenencia étnica ni de los amigos ni de los enemigos; pero en cuanto a crueldad ciega e injustificada, durante la guerra civil no fueron inferiores a todos los demás.

Stalin había formulado la posición de Lenin sobre la cuestión nacional ya en 1913: la nación es una sociedad constituida sobre un territorio determinado a lo largo de la historia; por tanto, según tal concepción, al no disponer de territorio propio y compartir únicamente una creencia religiosa, los judíos no constituían una nación.

Los bolcheviques veían en la asimilación la solución del problema, que desaparecería si todos los judíos de Rusia se convirtieran en rusos. A comienzos de 1918, dentro del Comisariado de las Nacionalidades dirigido por Stalin, fue instituida una oficina especial para la cuestión judía bajo la dirección de Semen Dimanstein. Acérrimo adversario del sionismo, bolchevique desde antes de la revolución, condenado a cuatro años de trabajos forzados por el tribunal militar de Riga, fue traductor del programa del partido al hebreo y al yídish. Dirigió asimismo la oficina central de las secciones judías del Partido Comunista Ruso (bolchevique)[12], constituidas a partir de 1918 en las

---

[11] El Instituto Smólny (colegio para señoritas nobles fundado en San Petersburgo en 1764, junto al monasterio femenino de la Resurrección) fue en 1917 sede del Comité revolucionario y albergó posteriormente el primer Soviet (N. del E.).

[12] *Rossijskaya Kommunisticheskaya Partiya (bol'shevikov)*, citado más adelante como PCR(b). Fundado en 1898 como *Rossijskaya Social-Demokraticheskaya Rabochaya Partiya* (Partido Socialdemócrata Obrero Ruso), el

ciudades con una fuerte presencia judía y disueltas posteriormente en 1930. Pero del sionismo y de la situación en Palestina, Moscú no se interesaba: en la Rusia soviética la cuestión judía habría de resolverse, mientras que Palestina correspondía a las competencias de la Internacional Comunista (Komintern)[13].

Cualquier mención a la presencia de sionistas en el país suscitaba el estupor de los dirigentes. El 13 de febrero de 1923 la Agencia Telegráfica Judía comunicó desde Moscú: *Bloqueada la expulsión de los judíos de Moscú. A raíz de una denuncia presentada al vicepresidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, Lev Kámenev, y a otros miembros del gobierno, la expulsión masiva de Moscú de los denominados elementos «indeseables» (casi todos judíos) ha sido detenida. En respuesta al memorando sobre el asunto que la comunidad judía de Moscú y el Comité Social Judío de Solidaridad le han enviado, el gobierno ha garantizado que, de ahora en adelante, sobre cada expulsión individual se llevará a cabo una investigación preliminar.*

Traducida al ruso, la comunicación fue puesta en conocimiento de los máximos dirigentes del país, entre ellos Félix Dzerzhinski, presidente de la OGPU[14], cuyos subordinados habían precisamente expulsado de la capital a los «elementos socialmente parasitarios», personas de origen no proletario definidas como «pertenecientes al mundo de ayer». Dzerzhinski envió una nota indignada a su adjunto Viacheslav Menzhinski, responsable asimismo del Departamento Secreto Operativo: «Un telegrama así es inadmisible. ¿Qué es esa Agencia Telegráfica Judía? ¿No cree que sería útil restablecer el confinamiento para esta escoria y publicar en las *Izvestia* un relato detallado sobre los proscritos, sus fechorías y los motivos de las medidas adoptadas? ¿Y qué es ese Comité Social Judío? ¿Cómo debemos reaccionar ante esta porquería? ¿Acaso transmitiendo todo el expediente a la Sección Judía para que lo utilice contra el sionismo?»

En el aparato de la Seguridad del Estado, de ocuparse de los sionistas —al igual que de los Cadetes[15], los monárquicos, las Centurias Negras[16] y los ex gendarmes— se encargaba la cuarta sección del Departamento Político-Secreto, dirigida por Yakov Genkin, antiguo aprendiz de fontanero y luego soldador, quien, tras la revolución, se había convertido en presidente del gobierno de Jersón, para pasar a la clandestinidad en 1919 cuando el Ejército Rojo abandonó la ciudad.

Al año siguiente había ingresado en la VChK y dos años después contrajo tifus en Tambov, donde, a causa de una grave complicación, le fue amputada una pierna; Genkin, no obstante, continuó trabajando en el servicio de seguridad. A petición del presidente de la OGPU, la cuarta sección

---

partido se escindió en 1917 en dos fracciones: la mayoritaria recibió el nombre de bolcheviques (del ruso *bol'she* — más), y la minoritaria, el de mencheviques (del ruso *men'she* — menos). En el séptimo congreso, en 1918, adoptó el nombre de PCR(b), que mantuvo hasta 1925, cuando el XIV Congreso lo cambió por el de *Vsesoyuznaya Kommunisticheskaya Partiya (bol'shevikov)* — Partido Comunista Pansovíetico (Bolchevique). Desde 1952 hasta 1991, año en que fue disuelto, el partido se llamó *Kommunisticheskaya Partiya Sovetskogo Soyuza* — Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) (N. del E.).

[13] Forma italianizada de Komintern, abreviatura de *Kommunisticheskij Internacional* ([Tercera] Internacional Comunista): organización internacional de los partidos comunistas, 1919–1943 (N. del E.).

[14] Cfr. Nota n.° 10.

[15] *Kadety*: miembros del Partido Constitucional Democrático (*Konstitucionnaya Demokraticheskaya Partiya*) (N. del E.).

[16] *Chërnye Sotni*, organización extremista de derecha, de orientación monárquica y antisemita (N. del E.).

elaboró un informe sobre los sionistas rusos. Dzerzhinski quedó impresionado y escribió a sus adjuntos Menzhinski y Yagoda:

He examinado el material sobre los sionistas. Francamente, no logro entender por qué debemos perseguirlos, dado que nos acusan precisamente de eso y son mil veces más peligrosos perseguidos que libres de desarrollar su actividad en los ambientes de la burguesía dedicada a la pequeña y gran especulación. Los obreros (los auténticos) no los seguirán, mientras que sus gritos sobre las detenciones llegarán hasta los banqueros de todos los países y nos perjudicarán no poco. El programa de los sionistas no es peligroso; es más, lo considero incluso útil. En otro tiempo, también yo fui asimilacionista, pero fue una "enfermedad infantil". Ahora nos basta con que solo un mínimo porcentaje de judíos se asimile; los demás pueden seguir siendo sionistas, y nosotros no debemos combatirlos, siempre que no se inmiscuyan en nuestra política. Es necesario llamar al orden a las secciones judías, pero al mismo tiempo castigar sin piedad a los especuladores (la canalla) y a quienes violan nuestras leyes; venir al encuentro de los sionistas, sin encomendarles, empero, cargos de responsabilidad, que deben conferirse en cambio a quienes reconocen en la URSS, y no en Palestina, su patria.

En otro tiempo Dzerzhinski, sincero internacionalista, había refutado la posición de los bolcheviques sobre el derecho de los pueblos a la autodeterminación: «Solo la completa democratización del Estado y la lucha por el socialismo pueden eliminar la opresión». Era fieramente contrario incluso a los nacionalistas polacos, que soñaban con un Estado independiente, y a propósito de la separación de Polonia de la Rusia revolucionaria afirmó: «Constituiremos una única familia de pueblos, sin discordia ni disensiones».

Lenin lo hizo cambiar de opinión, y ahora Dzerzhinski consideraba absurdo combatir a los judíos que soñaban con un Estado propio en Palestina. Un año después volvió sobre el tema en una nota dirigida a Menzhinski:

¿Es justo combatir a los sionistas? Yo creo que es un error político. Los mencheviques que trabajan entre los judíos no son un peligro para nosotros; al contrario, hacen mala propaganda al menchevismo. Debemos revisar nuestra táctica. No es correcta.

Un mes más tarde, Dzerzhinski recibió un informe sobre la represión de los sionistas firmado por Genkin y Deribas —responsable del Departamento Secreto de la OGPU y destinado a una gran carrera y al fusilamiento—. En la primavera de 1925, había treinta y cuatro sionistas detenidos en prisión; otros quince habían sido enviados durante tres años a campo de concentración y ciento veinticuatro se encontraban en confinamiento. El informe decía: *Para ciento cincuenta y dos personas el confinamiento ha sido conmutado por la autorización para abandonar el país, según un criterio por el que se deja partir hacia Palestina a los elementos menos comprometidos, mientras que los más activos, que han ocupado cargos públicos o políticos y en cuyos domicilios han sido hallados folletos antisoviéticos, llamamientos o material tipográfico, son retenidos. Esta táctica se funda en la experiencia: hasta finales de 1924 se recurría a la expulsión hacia Palestina, que sin embargo incrementó la acción ilegal, dado que, de este modo, con sus actividades antisoviéticas, los sionistas se garantizaban un salvoconducto hacia Palestina a expensas de las organizaciones sociales sionistas y eludían el castigo por los delitos cometidos.* Dzerzhinski mantuvo su postura y respondió a Menzhinski: *A pesar de todo, sigo pensando que la persecución de los sionistas nos perjudica. Me parece que deberíamos, en cambio, convencerlos de que renuncien a su actividad contrarrevolucionaria. De hecho, en principio, podríamos incluso*

ser amigos de los sionistas. Esta cuestión debe ser estudiada y sometida al Politburó[17]*. Los sionistas tienen una gran influencia tanto en Polonia como en América. ¿Por qué granjearnos su enemistad?*

En julio de 1926, Dzerzhinski, ya gravemente enfermo, murió repentinamente de un ataque cardíaco mientras concluía su intervención ante el Comité Central; la policía política continuó considerando a los sionistas enemigos del poder soviético. La Lubianka18[18] consideraba hostil también al Partido Comunista Obrero Judío —Poalei Zion (Trabajadores de Sion)—, que, sin embargo, al no desarrollar actividades antisoviéticas en modo alguno, no había sido suprimido. El partido había sido fundado en Minsk a comienzos del siglo XX y se había ramificado posteriormente en otros países, incluida Palestina.

En 1919, a raíz de una escisión, nació un nuevo Partido Comunista Judío, que en 1922, respondiendo al llamamiento del Komintern, renunció a su programa, se autodisolvió e invitó a todos sus miembros a adherirse al PCR(b) [Nota del traductor: Partido Comunista Ruso (bolchevique)]. El 4 de diciembre de 1924, el Politburó, por indicación de la OGPU, declaró «inútil, habida cuenta de su decisión de autodisolverse, liquidar el PCJ mediante una medida policial, pero también inoportuno autorizar su registro ante el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos».

El partido original, el PCOJ [Nota del traductor: Partido Comunista Obrero Judío], en cambio, continuó activo legalmente durante algunos años más e intentó incluso, aunque sin éxito, integrarse como sección autónoma en el Komintern. Uno a uno, sus activistas fueron arrestados, a pesar de las ideas bolcheviques que profesaba la juventud judía inscrita en el partido y que era absolutamente leal hacia el poder soviético; el 24 de mayo de 1928 el Politburó lo disolvió por decreto. En la noche del 26 de junio, en todo el país fueron arrestados los pocos miembros del partido que seguían en libertad.

En los primeros años tras la revolución, el poder se había mostrado benévolo con los representantes de todas las minorías nacionales, incluidos los judíos leales. La Rusia soviética fue el primer Estado en combatir el antisemitismo y en castigar a los antisemitas, aunque, a decir verdad, ello no duró mucho tiempo. Los judíos crearon teatros, periódicos y escuelas donde se actuaba, se escribía y se estudiaba en yídish. Surgieron koljoses[19] y regiones judías, como el Birobidzhán, constituido en 1928 con la contribución de comunidades judías de numerosos países, donde se asentaron en busca de una nueva patria también judíos procedentes del extranjero, incluidos algunos judíos palestinos desilusionados por el incumplimiento de las promesas inglesas.

En una de sus reuniones el Politburó decretó: *Permitir, a través de una negociación entre el Comisariado de Agricultura y representantes del Partido Comunista palestino, sin costo alguno para nosotros, la inmigración desde Palestina de setenta y cinco judíos agricultores.* Los judíos estaban dispuestos a ir hasta el confín del mundo con tal de poder trabajar la tierra y sentirse hombres en pleno derecho, considerados iguales por sus vecinos. El publicista Otto Heller, en su libro *La caída de Jerusalén*, publicado en Viena en

---

[17] Abreviatura de *Politicheskoe byuro* (Oficina Política) o Dirección del Partido Comunista Ruso (Bolchevique).

[18] Es el nombre de la plaza de Moscú donde se encuentra el edificio construido a finales del siglo XIX para la compañía de seguros Rossiya, célebre por haber sido sede de los servicios secretos soviéticos desde 1918 hasta 1991 y por albergar actualmente los rusos. Con este nombre se designan en general los servicios secretos (N. del E.).

[19] *Kollektivnoe khozyajstvo* (granjas colectivas soviéticas) (N. del E.).

1931, escribió entusiasmado: *Los judíos parten hacia la taiga. Si se les menciona Palestina, se ríen. Los sueños sobre Palestina serán olvidados cuando en el Birobidzhán aparezcan automóviles, ferrocarriles y barcos, y humeen las chimeneas de fábricas gigantescas. ¿El año que viene en Jerusalén? La historia ya ha respondido a esta pregunta. El proletariado judío, los artesanos hambrientos de la Europa Oriental, dicen ahora: ¡el año que viene en la sociedad socialista! ¡El año que viene en Crimea! ¡El año que viene en el Birobidzhán!*

Pero el experimento fracasó, porque el lugar elegido no era adecuado para el desarrollo y nada ligaba a los judíos a las orillas del Amur.

En un momento dado, los servicios secretos soviéticos habían considerado la posibilidad de una revolución en Palestina y, a finales de 1923, la OGPU envió allí al famoso agente Yakov Serebriansky, quien, antes de la revolución, había sido un socialista revolucionario maximalista y había participado en el asesinato del director de la prisión de Minsk.

Condecorado con la Orden de la Bandera Roja por el secuestro en París del jefe de la emigración militar rusa, el exgeneral del Ejército Blanco Aleksandr Kutepov, había dirigido asimismo la unidad especial para las operaciones de sabotaje y terrorismo en el exterior del Comisariado para Asuntos Internos. Serebriansky permaneció dos años en Palestina y regresó decepcionado: la revolución, en lo que se presentaba como un pequeño país soñoliento y atrasado, debía postergarse para tiempos mejores.

En la oficina de la GPU competente para Oriente Medio —dirigida sucesivamente por Jan Peters, Stilian Triandofilov, que trabajaba para la VChK desde 1921, y luego por Georgi Agabekov, quien en 1930 sería el primer agente soviético en desertar a Occidente— de Palestina se ocupaba Efraim Goldenstein, médico de profesión, que había sido *rezident* en Ankara e intentado infiltrarse entre los comunistas palestinos. Según Agabekov, algunos sionistas llegaron a Moscú a solicitar armas para combatir contra los ingleses. Pero en la OGPU los tomaron por agentes británicos y cortaron las negociaciones.

En el aparato central del servicio de espionaje, en cambio, las cuestiones palestinas estaban encomendadas a Moisés Akselrod, célebre arabista, licenciado en derecho por la Universidad de Moscú y en árabe por el Instituto de Estudios Orientales, quien en su momento fue enviado a trabajar en Arabia Saudita. Akselrod confesó a Agabekov: «En Egipto recibimos copia de todos los informes del Alto Comisario inglés en El Cairo y estamos, por tanto, al corriente de todo. También las informaciones sobre Palestina llegan de las mismas fuentes inglesas; para Siria recurrimos a los informes del agregado militar francés en Constantinopla. La organización de nuestra propia red en Siria y Palestina es reciente. Bliumkin lleva solo seis meses operativo y ya ha reclutado a algunos agentes, pero de momento no ha llegado aún ninguna información».

Yakov Bliumkin —el mismo que el 6 de julio de 1918 había matado al conde Wilhelm Mirbach, representante diplomático de Alemania ante el gobierno de la Rusia soviética— fue enviado a Constantinopla en calidad de *rezident* ilegal de la Oficina Exterior de la OGPU[20] en octubre de 1928. El *rezident* legal bajo cobertura diplomática era Yakov Minski, con muchos años de antigüedad en el servicio de inteligencia. En la misma sede operó también otro agente importante, Naum (Leonid) Eitingon, quien alcanzaría el grado de general y sería arrestado en 1951 bajo la

[20] Sección de espionaje (N. del E.).

acusación de «pertenencia a una organización sionista dentro del Ministerio de Seguridad del Estado». Pero el más conocido de todos ellos es sin duda Bliumkin.

El 6 de julio de 1918, a las dos de la tarde, Yakov Bliumkin y Nikolái Andréiev —empleado como fotógrafo en la oficina para la Lucha contra la contrarrevolución— se presentaron en la embajada alemana, exhibieron una orden firmada por Dzerzhinski con el sello de la VChK y pidieron ver al embajador. Mirbach los recibió en un saloncito[21].

«Le hablaba, lo miraba a los ojos —contará posteriormente Bliumkin— y me decía: tengo que matar a este hombre. En el maletín, entre los documentos, llevaba una Browning. "Aquí, tomé estos papeles", y le disparé a quemarropa. Su secretario se desplomó detrás de un sillón; Mirbach, herido, echó a correr a través del gran salón, donde cayó, y entonces yo arrojé una granada sobre el mármol del suelo». Fue la señal para el levantamiento armado de los socialistas revolucionarios, únicos aliados de los bolcheviques, quienes habían acogido sin embargo con indignación la conclusión de la paz con Alemania. La firma de Dzerzhinski en la orden era falsa; el sello, en cambio, era auténtico y había sido estampado por Viacheslav Alexándrovich (alias Pierre Orange, apellido real: Dmitrievski), un socialista revolucionario de izquierda que había soñado con una sociedad justa y próspera y gozaba de gran estima por su desinterés y su honradez. En aquel entonces Alexándrovich era vicepresidente de la VChK y responsable de la oficina «para la lucha contra el abuso de poder», y para el asesinato de Mirbach y la revuelta de los socialistas revolucionarios de izquierda fue sencillamente utilizado.

Durante el interrogatorio, Dzerzhinski explicó: «Alexándrovich fue cooptado en la Comisión en diciembre pasado por exigencia categórica de los socialistas revolucionarios. Custodiaba un sello que fue estampado sobre un documento con una firma mía falsificada, por medio del cual Bliumkin —también él contratado por la Comisión por recomendación del Comité Central de los socialistas revolucionarios de izquierda— y Andréiev cometieron el homicidio».

Bliumkin había ingresado en el ala izquierda del Partido Socialista Revolucionario tras la revolución de febrero, a los diecisiete años. En junio de 1918 fue puesto al frente de la sección de la VChK que se ocupaba del contraespionaje frente a Alemania. Se entregó de inmediato a una actividad intensa, pero en tanto que socialista revolucionario fue considerado poco fiable y la sección fue clausurada apenas un mes después de su nombramiento. Bliumkin quedó desempleado.

Así explicaría, más adelante, los motivos de su acción terrorista: «Estoy en contra de la paz separada con Alemania y pienso que tenemos el deber de romper este tratado que deshonra a Rusia [...]. Pero además de estas razones generales y de algunas personales mías como socialista, hay otras motivaciones en el origen de esta acción. Los antisemitas de las Centurias Negras, que son en su mayor parte germanófilos, al comienzo de la guerra acusaron a los judíos de germanofilia, y ahora vierten sobre los judíos la responsabilidad de la política bolchevique y de la paz separada con los

[21] La Representación alemana tenía su sede en una villa del antiguo barrio moscovita del Arbat que el ingeniero Berg había mandado construir para su familia. Fue la primera vivienda privada de Moscú en contar con instalación eléctrica de iluminación. Tras la ruptura de relaciones diplomáticas que siguió al asesinato de Mirbach, la casa fue ocupada durante algún tiempo por el Comintern, para convertirse definitivamente, a partir de 1924 y con la sola interrupción de los años del segundo conflicto mundial, en sede de la Embajada de Italia. El Ministerio de Asuntos Exteriores italiano ha preservado a lo largo de los años su aspecto y sus decoraciones originales, y hoy es uno de los poquísimos edificios prerrevolucionarios de Moscú que se han conservado íntegros (N. del E.).

alemanes. Es por ello, que la reacción de un judío a la traición de Rusia y de sus aliados, perpetrada en Brest-Litovsk por los bolcheviques, tiene un significado particular, y yo he realizado un gesto de protesta, como judío y socialista».

Sofocada la revuelta, Alexándrovich fue fusilado de inmediato junto con otras doce personas; Andréiev y Bliumkin huyeron a Ucrania, donde el primero murió de tifus mientras Bliumkin participó en el intento fallido de asesinar al atamán Skoropadski y fue condenado a tres años de cárcel por un tribunal revolucionario. En la primavera de 1919 se declaró arrepentido y fue rehabilitado; combatió en el frente meridional, estudió en la Academia Militar, trabajó luego en la secretaría del Comisariado para la Guerra dirigido por Trotski y en 1923 fue cooptado en la OGPU.

Bliumkin gozaba de gran estima en los círculos literarios y entre los funcionarios del Komintern. *Conocía a Bliumkin, y me era simpático*, escribe Viktor Serge (Viktor Kibalchich, agente del Komintern)[22]. *Alto, delgado, varonil, con el perfil altivo de un antiguo guerrero judío, en el Hotel Metropol*[23] *ocupaba una habitación helada contigua a la de Chicherin y, por aquel entonces, se preparaba para partir hacia Oriente con una misión secreta.* Sobre su actividad en Constantinopla, donde permaneció solo un año y donde ciertamente no pudo hacer gran cosa, circulan versiones contradictorias, pero, según Agabekov, en Palestina tenía un único agente: un panadero de Jaffa.

Su carrera concluyó cuando se entrevistó secretamente con Trotski, que había sido expulsado de Rusia, y aceptó llevar a Moscú algunas cartas suyas. Bliumkin había estado ausente durante mucho tiempo y no había captado los cambios sobrevenidos. Consideraba a Trotski y a sus amigos como ex dirigentes del partido en disidencia con la mayoría, pero no por ello enemigos. Y pagó muy caro la ingenuidad con que habló de sus conversaciones con Trotski a diversas personas, entre ellas Elizaveta Gorskaya, quien lo comunicó de inmediato a sus superiores. La Gorskaya llevaba el apellido de su primer marido, que prestaba servicio en la *rezidentura* de Londres. En segundas nupcias se casó con Vasili Zarubin, otro funcionario de la Seguridad del Estado, que alcanzaría el grado de general[24].

El 25 de octubre de 1929, Bliumkin fue arrestado en la calle cerca de la estación de Kazán, cuando se dirigía a una cita que le había concertado la Gorskaya. Stalin no consideró necesario un proceso. El 5 de noviembre, el Politburó decretó: *a) llamar la atención de la OGPU sobre la incapacidad demostrada para descubrir y liquidar oportunamente la actividad traidora y antisoviética de Bliumkin; b) arrestar a Bliumkin; c) encomendar a la OGPU la vigilancia de la Gorskaya.* Un contacto con Trotski era, pues, considerado un crimen mucho más grave que el asesinato de un embajador alemán.

Elizaveta Gorskaya no sufrió consecuencia alguna por este asunto; al contrario, la OGPU valoró positivamente su conducta. El 31 de octubre fue, en cambio, relevado de sus funciones como responsable de la Oficina de Oriente de los servicios de inteligencia Jan Peters, que fue sustituido por Torichan Dyiakov. Menos de un año después, el 10 de septiembre de 1930, la oficina fue

---

[22] Escritor y revolucionario ruso (1890–1947) (N. del E.)

[23] Hotel de lujo en el centro de Moscú, destinado en los años veinte y treinta a residencia de numerosos funcionarios del partido y del Estado (N. del E.).

[24] El general Vasili Zarubín participó antes de la guerra en la eliminación de prisioneros polacos y durante el conflicto fue *rezident* del servicio de espionaje en Washington. De regreso a Moscú, se convirtió en alto funcionario del Estado. Su esposa, pese a sus méritos pasados, fue despedida durante la «purga» contra los judíos (N. del E.).

absorbida por una sección especial de contraespionaje de la OGPU, y los servicios de inteligencia quedaron concentrados en la Oficina Exterior. El 5 de febrero, el Politburó adoptó una resolución que establecía los ámbitos de actividad de los diferentes servicios de inteligencia: Oriente Medio no figuraba en ella. Y cuando, el 26 de mayo de 1934, fue reorganizado el Servicio de Inteligencia del Ejército Rojo, tampoco entonces fue incluido Oriente Medio entre los objetivos sensibles.

Algunos miembros de la Haganá[25] habían viajado a Moscú y habían regresado convencidos comunistas, pero la organización, en su conjunto, no cayó bajo el control del Komintern, pese a la orientación socialista de muchos judíos palestinos. Los miembros de la Haganá trabajaban en los sindicatos de izquierda (Histadrut[26] o bien en los kibutzim, cooperativas agrícolas similares a los koljoses), o mejor dicho colonias basadas en el principio comunista «de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades».

Estas fueron fundadas por la juventud judía procedente de Rusia, Polonia y Rumanía que, con sacrificios enormes, una abnegación sin precedentes, abundante sudor y sangre, hizo fértil la árida tierra palestina, en el inédito intento de construir una sociedad feliz. En agosto de 1923, también David Ben Gurión, futuro primer ministro de Israel, viajó a Moscú con una delegación del Histadrut a la Exposición Pansoviética de Agricultura y Artesanía. En el documento expedido por la Confederación puede leerse aún: *Los señores D. Ben Gurión, secretario general de la CGTT de Palestina, y Meer Rumberg, director de la Cooperativa Central de Consumo "Hamashbir", están delegados para participar en la Exposición de Agricultura de Moscú y actuar en calidad de representantes de la Confederación Unitaria de "Hamashbir", del Banco Obrero y de otros organismos miembros de dicha Confederación, para conducir negociaciones con el gobierno y con instituciones comerciales soviéticas sobre el restablecimiento de las relaciones económicas entre Rusia y Palestina y, si fuera necesario, para fundar una compañía comercial ruso-palestina.*

Ben Gurión y sus compañeros llevaron a Moscú conservas de fruta, tabaco en hoja y picado, plátanos, aceite de oliva, vino, almendras, limones y naranjas. La delegación redactó para la Oficina Exterior de la Dirección de la Exposición un memorando sobre la historia de las relaciones comerciales entre Rusia y Palestina, y presentó a esta última como un mercado posible y conveniente para los productos industriales y los materiales de construcción rusos. Al final, sin embargo, Ben Gurión tuvo más éxito en la política que en el comercio: el viaje no produjo contratos, pero en el plano político la impresión causada por los palestinos fue muy intensa. Las opiniones del joven David Ben Gurión constituían una mezcla exótica de socialismo e idealismo sionista. «Es necesario organizar a la clase obrera, pero no basta: hay que también educarla y ayudarla a integrarse en Palestina», decía el futuro líder de Israel. Admiraba a Lenin y creía que el comunismo garantizaría a los judíos contra el antisemitismo, pero habría de sentirse amargamente decepcionado por la política soviética hacia Israel y los judíos.

Dado que no albergaba ninguna esperanza en un levantamiento revolucionario del país, el Komintern no se interesó particularmente por Palestina. El 5 de julio de 1920, la denominada

---

[25] «La defensa», unidades combatientes clandestinas que constituyeron el núcleo originario del futuro Ejército de Defensa de Israel (*zahal — Tzva Haganah le-Israel*), fundado el 29 de mayo de 1948 y conocido hoy comúnmente como IDF (*Israel Defence Forces*). Su nacimiento coincidió con la disolución de todas las formaciones militares que habían combatido a los británicos y defendido los asentamientos judíos de las incursiones árabes (N. del A.).

[26] *Ha-Histadrut ha-Klalit shel ha-Ovdim ha-Ivrim be-Eretz Israel* (Federación General de los Trabajadores Judíos en Tierra de Israel) (N. del E.).

«Pequeña Oficina» —que era en realidad el órgano directivo del Comité Ejecutivo del Komintern y estaba presidida por Grigori Zinóviev, miembro del Politburó y uno de los hombres más próximos a Lenin— encargó a Elena Stasova, ex secretaria del Comité Central del partido, organizar una oficina para Oriente Medio que, sin embargo, antes incluso de ponerse en marcha, fue disuelta por el Segundo Congreso del Komintern y sustituida por un Departamento dirigido por Georgi Safarov, experto en cuestiones orientales[27].

Los orientalistas del Komintern se interesaban sobre todo por China, Japón e India y, en lo que respecta a Oriente Medio, por Irán, Afganistán y Turquía. Los acontecimientos del Oriente más próximo eran observados, y no muy atentamente, a través del prisma de Turquía.

En Constantinopla, entre otras cosas, fue establecida una sede de la sección secreta —o de enlace internacional— creada desde 1920 dentro del aparato del Komintern para mantener las relaciones clandestinas con los partidos comunistas extranjeros: impartir directivas, enviar materiales, dinero y armas, y organizar el tránsito de fronteras para los agentes. Esta sección, que desde el 2 de mayo de 1921 era dirigida por Iosif (Osip) Piatnitski, disponía de un servicio logístico que proporcionaba pasaportes falsos y se encargaba de obtener viviendas seguras. De hecho, era un servicio secreto muy poderoso y dotado de un presupuesto considerable, que colaboraba estrechamente con los servicios de inteligencia política y militar.

En 1919 había sido fundado ilegalmente el Partido Socialista Obrero de Palestina, rebautizado comunista apenas dos años después. Lo encabezaba Iosif Berger, natural de Cracovia, que se hacía llamar Barzilai y se había trasladado a Palestina en 1920, donde encontró trabajo en la construcción de carreteras. Berger viajó varias veces a la URSS y en 1929 fue incluso recibido por Stalin. Por indicación de Moscú, Berger intentó «arabizar» el partido. En 1932 fue llamado al Komintern y en 1935 fue arrestado y condenado a muerte, aunque no ejecutado.

Berger cumplió veintiún años en los campos de trabajo soviéticos y fue rehabilitado en 1956. Se le permitió también trasladarse a Polonia porque había nacido en Cracovia, pero apenas un año después solicitó emigrar a Israel. El 22 de junio de 1957, el secretario general del Partido Comunista israelí, Mikunis, se presentó ante el embajador soviético en Tel Aviv, Abramov, y le rogó que

[27] A comienzos de los años treinta, el Politburó encomendó la redacción de un nuevo manual de historia «de los pueblos coloniales y semicoloniales» (los que hoy se denominarían pueblos de Asia, África y América Latina) a un grupo de autores coordinado por Karl Radek, que hasta hacía poco tiempo había sido miembro del Comité Central del partido y del Comité Ejecutivo del Comintern. Tras revisar los trabajos elaborados por los especialistas, en septiembre de 1934 Radek escribió a Stalin: «Si insiste en el plazo fijado, es decir, el junio del año próximo, la única solución es que el libro lo escribamos únicamente Safarov y yo. Sé que muchos camaradas desconfían de Safarov, pero creo que ello se debe más bien a su tendencia a contemporizar. En cuanto a conocimiento de la historia de Japón, China e India, Safarov es, sin duda, la persona más competente». Georgi Safarov había sido redactor del periódico *Leningradskaya Pravda* y era amigo de Zinóviev, pero cuando este fue marginado, Safarov perdió también su puesto y fue destinado, en calidad de secretario, a la representación diplomática soviética en China y luego en Turquía. En 1929 fue readmitido en el aparato del Comité Ejecutivo del Comintern, donde permaneció hasta su detención, ocurrida en diciembre de 1934. Radek dirigió durante un breve período en 1923 la oficina creada por la Stásova. Fue relevado posteriormente por el que fuera plenipotenciario en Afganistán, Fëdor Raskolnikov (alias Petrov), y este, a su vez, cuando la oficina cambió de denominación por enésima vez, por Otto Kuusinen —uno de los poquísimos supervivientes entre los dirigentes relevantes del Comintern— quien mantuvo su puesto de mando bajo Stalin, bajo Jruschov y también bajo Brézhnev, y es conocido por haber advertido el talento del joven Yuri Andrópov y haber impulsado su ascenso (N. del A.).

presionara a los polacos para que no dejaran partir a Berger. «Barzilai es enemigo de la Unión Soviética —explicó—; pretende que en la apertura del congreso del partido se rinda homenaje a los caídos a manos de los fascistas soviéticos. La llegada de ese hombre no hará sino perjudicarnos».

El responsable de la actividad militar del partido palestino era Ierahmiel Lukasher, natural de Taskent, quien durante la Gran Guerra había servido en el ejército turco y había iniciado su actividad ilegal en 1923 con el asesinato de Tawfiq Bey, un policía turco responsable de un pogromo antijudío. Tras el homicidio, Lukasher huyó a Alemania, donde se hizo comunista; luego llegó a Palestina, ingresó en el Partido Comunista y organizó para los colonos judíos una escuela militar clandestina. En 1931 fue enviado a la Unión Soviética, donde se pierde su rastro. En Palestina, junto a un grupo de judíos llegados de la Unión Soviética, operaron también para constituir grupos prosovéticos Adolf Kraus y Konstantin Vais (Avigdor), quienes, al mismo tiempo, organizaron con éxito el movimiento comunista en el cercano Egipto.

Avigdor estuvo durante un breve período incluso al frente del Partido Comunista egipcio, pero fue luego expulsado de él por ser extranjero. Posteriormente, algunos comunistas egipcios llegarían a admirar en Hitler al adversario de los ingleses y al exterminador de los judíos. Los judíos comunistas, en cambio, consideraban como sus aliados en la lucha de clases a los trabajadores árabes, quienes, no obstante, no eran proclives a sentimientos de clase y en Palestina participaban en los pogromos antijudíos. Un «sionismo proletario» se difundió, por ello, entre los judíos de izquierda que, si bien continuaban creyendo en el comunismo, comprendieron que solo podían contar consigo mismos.

Los dirigentes del Poalei Zion de Palestina habrían querido mantener buenas relaciones con el Komintern y participaban activamente en sus congresos, donde eran duramente criticados por su postura que distinguía la lucha del proletariado judío de la de la mayoría árabe.

El Komintern exigía un rechazo categórico del sionismo para reconocer en el Poalei Zion «la organización del proletariado judío mundial socialista». En las tesis del Segundo Congreso del Komintern, a propósito de la cuestión nacional y colonial, puede leerse: *El sionismo, mientras finge aspirar a la construcción de un Estado judío en Palestina, sacrifica a los trabajadores árabes a la explotación inglesa.* En contrapartida, el movimiento nacional árabe era considerado progresista, por estar constituido esencialmente por campesinos[28].

Los comunistas acabaron saliendo del Poalei Zion y fundando su propio partido, cuyo secretario general se convirtió Wolf Averbuch. Este había combatido en el ejército ruso durante la Primera Guerra Mundial y desde 1922 vivía en Palestina. Fue el primer judío comunista en intentar una colaboración con los árabes, quienes, pese a haber sido llamados desde el principio a una acción común, no habían querido incorporarse al Partido Comunista palestino[29]. El primer militante árabe se registra en 1925. *El obrero judío, soldado de la revolución —proclamaba un folleto—, os tiende la mano para la lucha común contra los financieros ingleses, judíos y árabes. Su destino es el vuestro.*

---

[28] Cfr. G. Kosach, *Krasnyj flag nad Blizhnim Vostokom?* (¿Bandera Roja sobre Oriente Medio?) (N. del A.).
[29] En 1930 fue repatriado por las autoridades británicas a la Rusia soviética, donde murió trágicamente durante los años de las represiones (N. del A.).

Sin embargo, los intentos de crear un frente unido entre la clase obrera judía y la árabe no fueron coronados por el éxito.

Las masas trabajadoras árabes no podían confiar en hombres que llevaban nombres como Chaim, Avraham o Yitzhak; no podían marchar bajo su dirección aunque fueran los mejores en la lucha por la independencia nacional; a los ojos de las masas árabes representaban ante todo una minoría étnica a la que el imperialismo había concedido inmensos privilegios a expensas de los pueblos árabes [...], escribió uno de los dirigentes del Partido Comunista palestino, Mahmoud al Atrash, quien estudió tres años en la Universidad Comunista para los Trabajadores de Oriente de Moscú antes de ser cooptado en el Comité Central.

Y el futuro secretario general, Ridwan al Chelou, ingresó en el partido precisamente con la intención de convertirlo en un instrumento de lucha contra el sionismo. Desconfiaba de los judíos comunistas y sostuvo —en sintonía con el Comité Ejecutivo del Komintern en Moscú— que la dirección del Partido Comunista palestino debía ser confiada a árabes. Poco a poco, los judíos fueron marginados del mismo. El 16 de octubre de 1929, el Komintern adoptó una resolución «Sobre el movimiento insurreccional en el mundo árabe»: los disturbios antijudíos, durante los cuales en Palestina los árabes habían matado a judíos, fueron valorados como el inicio de la revolución democrático-burguesa, como un grandioso movimiento de liberación del pueblo árabe.

Al Partido Comunista palestino se le requirió categóricamente que acelerara la «arabización» y colaborara con los nacionalistas árabes. Siguiendo estas indicaciones, en el otoño de 1935 el Comité Central del PCP aprobó un llamamiento: «Por la alianza de todos los árabes y sus amigos contra el imperialismo», con el que convocaba a la lucha para «liquidar el sionismo, hacer cesar la inmigración judía y desarmar a todos los sionistas».

La afluencia de judíos a Palestina era considerada una conspiración imperialista destinada a la «constitución de un frente reaccionario antisoviético en una región de importancia estratégica». Tras lo cual, los comunistas árabes de Palestina establecieron contactos con Amin al Husseini, Gran Muftí de Jerusalén, acérrimo enemigo de los judíos, que más tarde se aliaría con Hitler.

Para árabes y judíos trabajar juntos dentro del partido se había vuelto imposible.

PHILBY PADRE, PHILBY HIJO Y LOS WAHABITAS

Fueron muchos, entre políticos, diplomáticos, militares y agentes secretos ingleses que se ocuparon de Palestina, los que se opusieron decididamente al sionismo y, entre ellos, Sir John Philby padre, progenitor de Kim Philby, el famoso agente soviético, quien desempeñó un papel esencial, aunque poco conocido, en la historia de Oriente Medio: contribuyó a la constitución de Arabia Saudita.

Philby había nacido en Ceilán, y luego se había empleado en la administración colonial británica en la India, pero no había hecho carrera; por ello aceptó muy gustoso un traslado a Bagdad, adonde llegó en 1915, en plena Primera Guerra Mundial, y donde descubrió el mundo del espionaje: en la red de intrigas se sintió como pez en el agua. Conocía bien el árabe y a menudo vestía ropas de beduino. Alguien, en son de broma, observó que solo sus pies no lo suficientemente sucios delataban su origen europeo. Haciéndose pasar por árabe, en septiembre de 1920 Philby participó en Bakú en el Primer Congreso de los Pueblos de Oriente junto con otros dos mil delegados procedentes de más de treinta países.

Era verdaderamente una persona fuera de lo común. Sus detractores le atribuían curiosas tendencias sexuales afirmando que los hombres no le interesaban menos que las mujeres, pero los historiadores del espionaje sostienen que, si los servicios estadounidenses temían a los homosexuales como al fuego y desconfiaban de ellos por considerarlos sujetos susceptibles de chantaje, los ingleses, en cambio, los contrataban gustosamente porque conferían al espionaje británico el tono exclusivo de un club masculino. La división del mundo árabe en esferas de influencia operada por franceses e ingleses no gustó a Philby, quien, para los árabes, propugnaba una plena independencia; y aún menos le gustó la Declaración Balfour que, a su parecer, arriesgaba, debido a unos pocos judíos palestinos, a arruinar las relaciones de Inglaterra con los pueblos árabes.

En Arabia, los ingleses tenían un buen aliado en el guardián de los lugares santos de La Meca y Medina (adonde los musulmanes acuden en peregrinación desde todo el mundo), el sharif Husein ibn Alí, descendiente de Hashim, antepasado del profeta Mahoma. Con el apoyo de los servicios ingleses, durante la Primera Guerra Mundial, Husein provocó una insurrección contra el dominio turco. En señal de gratitud, los ingleses en 1916 le permitieron transformar la provincia del Hiyaz, cuna del islam, en un reino autónomo. Mientras luchaba con los ingleses contra los turcos, Husein tuvo que hacer frente también a la oposición de Abd al Aziz ibn Saud, emir de Néyed y jefe de la secta de los wahabitas.

Por orden de Londres, en el otoño de 1917 Philby se reunió con Ibn Saud para ponerlo en cintura, pero, en lugar de llevar a término la misión, entabló con el emir una alianza y una amistad que serían precursoras de graves consecuencias políticas y, más tarde, lo ayudó a convertirse en rey de Arabia Saudita. En efecto, en 1921 Philby fue nombrado *rezident* en Amán, que era entonces la capital del nuevo emirato de Transjordania, un pequeño Estado con una población de apenas doscientas treinta mil personas gobernado por Abdalá, hijo del sharif Husein. Philby se posicionó contra él, que tenía opiniones políticas y religiosas bastante moderadas, y tomó partido por Ibn Saud, quien, apoyado también por formaciones beduinas, salió victorioso del enfrentamiento: en 1925 conquistó La Meca y Medina, y dos años después se autoproclamó rey del Estado de «Hiyaz,

Néyed y provincias limítrofes», que a partir de 1932 se llama Arabia Saudita y cuya religión oficial es la variante wahabita del islam.

El movimiento de los wahabitas es una corriente suní fundada en Arabia hacia mediados del siglo XVIII por Mohammed ibn Abd al-Wahab, quien consideraba que los musulmanes, fascinados por las innovaciones, habían abandonado la enseñanza de Alá y que, por tanto, se hacía necesaria una purificación del islam. Los wahabitas son muy devotos, se consideran una minoría perseguida y siempre se han distinguido por su extremismo fanático en las cuestiones de fe y en la lucha contra los adversarios políticos, llegando incluso a invocar la guerra santa contra los musulmanes que se han alejado del islam originario.

El cristianismo y el judaísmo son tenidos por ellos como «falsas creencias»: quien no se adhiere al islam, es un enemigo de Alá y de cuantos profesan la fe auténtica. Desde que los musulmanes de Rusia han sido autorizados a realizar la santa peregrinación a Arabia Saudita, el movimiento wahabita hace prosélitos en el Cáucaso septentrional, adonde también han llegado agentes sauditas que traen dinero para la construcción de mezquitas y armas para los guerrilleros comprometidos en Chechenia. El movimiento se ha convertido en la bandera de los elementos más radicales de la región.

Philby padre se convirtió en el consejero financiero del rey Ibn Saud. A los cuarenta y cinco años se hizo circuncidar y se convirtió al islam con el nombre de Abdalá y, por especial concesión de Ibn Saud, obtuvo el derecho a tener cuatro esposas. Varios testigos afirman que Philby encontró de su gusto las costumbres de la corte, donde pasaba agradablemente el tiempo con sus nuevos amigos en compañía de odaliscas. Fue en Oriente Medio donde Philby estableció relaciones de interés con Allen Dulles, el futuro director de la CIA.

Los Dulles eran miembros de una de las familias más influyentes de América. Un tío suyo, por parte de madre, era Robert Lansing, secretario de Estado de Estados Unidos y fundador del primer servicio de información dentro del Departamento. También John Foster Dulles ocupó el cargo de secretario de Estado, mientras que Allen fue durante muchos años jefe de los servicios secretos.

En los años treinta, Allen Dulles y John Philby compartían las mismas opiniones sobre la situación en Palestina. En sintonía con los demás agentes secretos sus colegas, Philby se oponía a la inmigración judía en Palestina. Como Thomas Edward Lawrence, el arabista británico más conocido como Lawrence de Arabia, partidario de la constitución de un Estado árabe independiente. En otras palabras, los servicios secretos británicos que desempeñaron un papel importante en los motines antijudíos de la población árabe y el Ministerio de Asuntos Exteriores, vinieron a encontrarse en posiciones contrapuestas. Philby consideraba al Alto Comisionado Herbert Samuel un enemigo suyo. Tampoco los hermanos Dulles sentían simpatía por los judíos.

En la época en que el joven Allen Dulles comenzó su carrera de agente en Constantinopla, Philby dirigía los servicios secretos británicos en Transjordania y se dice que fue precisamente él quien lo introdujo en el mundo de la política árabe y lo convenció de que los Estados Unidos no obtendrían ningún beneficio de la creación de un Estado judío que, al contrario, habría obstaculizado a las compañías petroleras estadounidenses en sus negocios con los países árabes. Las argumentaciones de los hermanos Dulles encontraron crédito en Washington, suscitando y manteniendo durante

mucho tiempo viva la oposición de la diplomacia estadounidense a la aparición de Israel en el mapa político del mundo.

En los años veinte, la compañía estadounidense Gulf Oil inició la explotación de los yacimientos de Baréin y, cuando pasó a los más ricos de Kuwait, fue sustituida por la Standard Oil of California, a la que John Philby introdujo también en Arabia Saudita, después de convencer al rey de que los petroleros estadounidenses llenarían de oro las arcas de su erario.

Para la explotación de los gigantescos campos petrolíferos de Arabia Saudita se constituyó la Compañía Petrolera Árabe-Estadounidense (Aramco). Y puesto que había abierto el camino a aquellos tesoros subterráneos, Philby no descuidó hacerse compensar generosamente por la Compañía, que, a partir de 1933, le asignó un salario mensual de mil dólares y cinco años después, cuando el petróleo comenzó a brotar, le abonó un premio de veinticinco mil dólares, una suma verdaderamente notable para aquella época. John Philby también estuvo en el centro del asunto concerniente al suministro de petróleo a Hitler.

Ibn Saud había prometido a emisarios nazis suministrar petróleo a través de España, una vez que Franco hubiera vencido y arrojado al mar a los comunistas. Pero Moscú fue informado de todo ello por el hijo de Philby, Kim, que se había enterado de las negociaciones por su padre y ya había sido reclutado por los servicios soviéticos en España, cuando estaba acreditado como corresponsal de *The Times* ante las tropas de Franco, donde, en cuanto hijo de John, fue acogido muy cordialmente. Stalin no quería ver en absoluto el petróleo de Oriente Medio caer en manos de Hitler, y por ello las negociaciones entre sauditas y nazis fueron hechas de dominio público para que fracasaran.

Apenas regresó a su país, John Philby fue arrestado con la acusación de connivencia con el enemigo. Pero cuatro meses más tarde, gracias a viejas relaciones en el ambiente de los servicios secretos, logró recobrar la libertad. Sin saber que había sido precisamente él quien había provocado su arresto, John Philby ayudó a su hijo Kim a entrar en los servicios británicos. La aprobación definitiva para la admisión correspondía a Valentine Vivian, número dos del MI6, el servicio británico de espionaje, quien, como Philby padre, había prestado servicio en la India. Vivian invitó a comer a los dos Philby y, en un momento en que el joven se había alejado, preguntó amistosamente al padre: «¿Pero es cierto que en Cambridge frecuentaba a los comunistas?». John minimizó: «Travesuras de estudiante. Agua pasada. Ahora es otro hombre». Y Valentine Vivian contrató a Kim Philby.

A la muerte de Ibn Saud, subió al trono el príncipe Saúd, más inclinado a los placeres de la vida que a la política. Con él John Philby nunca se llevó bien y en abril de 1955, un año y medio después de la muerte del rey, su amigo, terminó siendo expulsado del país. Su hijo fue a verlo: «Nunca he sentido, ni entonces ni nunca —recordará Kim Philby— el menor deseo de seguir sus huellas. Los espacios infinitos, la pureza del cielo nocturno y otras bellezas por el estilo deben tomarse en pequeñas dosis. Para mí era impensable pasar la vida en un país de naturaleza majestuosa, pero nada fascinante, en medio de hombres carentes de fascino y de majestad. Ignorancia y altivez son una pésima combinación y los habitantes de Arabia Saudita están provistos en abundancia de una y otra». Philby padre terminó estableciéndose en Beirut, y en agosto de 1956 también Kim se trasladó a la capital libanesa en calidad de corresponsal. Había perdido su puesto en los servicios después de la fuga a la Unión Soviética de sus amigos Guy Burgess y Donald MacLean, ocurrida

en 1951. Quizá por primera vez padre e hijo se encontraron juntos: Philby padre escribía artículos en favor de Nasser y Kim informaba a Moscú sobre la situación en Oriente Medio. Al final John se reconcilió con los sauditas y regresó a Riad, pero de vez en cuando, para ver a su hijo, pasaba por Beirut, donde murió en septiembre de 1960.

EL MOVIMIENTO SIONISTA, ROOSEVELT Y TRUMAN

La Organización Sionista Mundial (OSM) fue constituida con el objetivo de «crear un hogar nacional en Palestina para el pueblo judío» en agosto de 1897, durante el Congreso de Basilea, convocado por iniciativa de Theodor Herzl, jurista, periodista y dramaturgo húngaro de lengua alemana, quien el año anterior había publicado su libro *El Estado judío. Un intento moderno de resolver la cuestión judía*.

En aquella época, Herzl era quizás el único sobre la tierra que creía en la posibilidad de constituir un Estado judío, que consideraba importante no solo para los judíos: al abandonar Europa, estos harían desaparecer también el antisemitismo, que Herzl no imaginaba que pudiera arraigarse incluso en ausencia de comunidades judías.

Muchas leyendas gravitan en torno al primer congreso sionista. Se dice que fue precisamente en Basilea donde los judíos concibieron su plan para conquistar el mundo, del que tratan los infames *Protocolos de los Sabios de Sion*[30]. Quien quisiera profundizar en el asunto encontrará fácilmente confirmación de la falsedad de este mito [Nota del traductor: Los protocolos de los sabios de Sion son auténticos, léase Sion el último imperialismo de Walter Degreff y Los protocolos de los sabios de Sion y la subversión mundial de Aurelio Sallairai]. En Basilea había muchísimos periodistas, no hubo ni una sola sesión a puerta cerrada y todos los discursos fueron transcritos en actas.

El Congreso decidió solicitar al sultán turco la concesión de una autonomía judía en Palestina, pero la misión fracasó: el sultán rechazó la petición. Los sionistas, que ya recaudaban fondos para financiar el traslado de colonos y la fundación de explotaciones agrícolas en Palestina, intentaron entonces hacer ver a los políticos de los países europeos la necesidad de resolver la cuestión permitiendo a los judíos regresar a Palestina, y buscaron identificar algún Estado europeo dispuesto a respaldar la idea del retorno.

Fue Gran Bretaña, una gran potencia que se consideraba con derecho a decidir sobre la suerte del mundo, quien mostró mayor interés en el proyecto. El Congreso eligió a Chaim Weizmann para presidir el Sochnut (la Agencia Judía para Palestina)[31], que era el órgano ejecutivo de la OSM, prácticamente el gobierno de un Estado judío aún inexistente con sede en Palestina.

---

[30] *Protocolos de los Sabios Ancianos de Sion*. ¿Documento que se presenta falsamente? como elaborado del Congreso Sionista de Basilea de 1897 y describe un supuesto plan para la conquista de la dominación mundial por parte de los judíos. Su falsedad fue demostrada por *The Times* en 1921 (N. del E.)

[31] *HaSochnut HaYehudit* (Agencia Judía), conocida en su denominación completa como Agencia Judía para Palestina: organización sionista fundada en 1923 y reconocida oficialmente en 1929 para representar a la comunidad judía en Palestina. La Agencia Judía tenía como objetivo facilitar la inmigración judía a Palestina, adquirir tierras de propietarios árabes y aplicar la política de la dirigencia sionista. Durante el período del Mandato desempeñó el papel de un gobierno en la sombra para la comunidad judía, cuyos dirigentes eran elegidos por los judíos de todo el mundo. La Agencia promovió la construcción de escuelas y hospitales y creó la Haganá, que se convirtió en el núcleo de las fuerzas armadas regulares israelíes tras 1948. Las autoridades británicas propusieron crear una Agencia Árabe similar, pero la oferta fue rechazada por los líderes árabes (N. del E.).

La Declaración Balfour fue acogida inicialmente con beneplácito también por algunos exponentes del mundo árabe. En La Meca, Hussein ibn Ali saludó el retorno de los judíos a Palestina, «los hijos más antiguos de esta tierra, gracias a los cuales sus hermanos árabes obtendrán beneficios materiales y espirituales». Uno de sus hijos, el emir Faisal, futuro rey de Irak, en mayo de 1918 declaró durante un encuentro muy cordial con Weizmann que no se oponía al proyecto sionista, considerando que las antiguas discordias entre árabes y judíos habían sido artificialmente fomentadas por los turcos. Un año después los dos hombres se encontraron nuevamente y Faisal se dijo convencido de que en Palestina no habría fricciones entre las dos comunidades.

El 3 de enero de 1919 fue firmado incluso un acuerdo: Faisal declaró aceptar la Declaración Balfour y no oponerse a la constitución de una Palestina judía: «A los judíos les decimos con calidez bienvenidos a casa»; en nombre de la OSM, Weizmann prometió ayuda para el desarrollo del Estado árabe que Faisal se disponía a gobernar. El Congreso de los nacionalistas árabes, en marzo de 1920, lo proclamó rey de Siria, y Faisal, que abrigaba grandes proyectos, necesitaba también el apoyo de los judíos. Pero la Sociedad de Naciones confirió el mandato sobre Siria y el Líbano a Francia, que comenzó por expulsar a Faisal de Siria. Los ingleses lo instalaron entonces en el trono de Irak, y Faisal, que ahora podía prescindir del apoyo de los judíos palestinos, se declaró contrario a la creación del Estado judío.

Tras la Gran Guerra el sionismo se difundió rápidamente entre los judíos europeos, primeras víctimas de la disolución de los imperios. Considerados elementos indeseables en los nuevos países independientes, como Rumanía y Polonia, muchos judíos emigraron hacia Palestina que, en el período de entreguerras, vio duplicarse su población y se convirtió en el lugar más próspero de Oriente Medio. El 24 de noviembre de 1938, el ministro inglés de las Colonias, Malcolm MacDonald, diría en el Parlamento: «Gracias al moderno sistema sanitario establecido en Palestina por los judíos, hoy están vivos también hombres y mujeres árabes que en otras condiciones habrían muerto; y sus hijos, que no habrían visto la luz, han nacido y crecen sanos».

El ordenamiento de las relaciones con los árabes fue objeto de debate entre los judíos palestinos. Ben Gurión, que consideraba muy importante alcanzar un compromiso, decía, parafraseando a Dostoievski: «El sionismo no debe perjudicar ni a un solo niño árabe, aunque sea a costa de sacrificar todas las esperanzas de los sionistas». Los árabes eran considerados casi como hermanos por los primeros sionistas, que los contemplaban con una visión romántica: «Cierto, ya no convivimos desde hace mil quinientos años, pero ellos han permanecido sangre de nuestra sangre, carne de nuestra carne, y las relaciones entre nosotros y ellos no pueden ser sino fraternales, no solo en el plano político —pues la historia nos impone una existencia en común dentro de un mismo Estado—, sino también porque somos hijos del mismo pueblo, somos hermanos de raza».

Ben Gurión estaba sinceramente convencido de que los árabes palestinos eran descendientes de antiguos judíos obligados a convertirse al islam: «No cabe duda de que en sus venas corre mucha sangre judía, la sangre de aquellos judíos que, en tiempos difíciles, prefirieron renegarse de su fe con tal de conservar su tierra». Las relaciones entre las dos comunidades habían sido serenas hasta el comienzo de la Primera Guerra Mundial: muchos judíos, especialmente en Jerusalén, hablaban el árabe, y los niños judíos y árabes jugaban juntos. En general, sin embargo, los judíos de Palestina no prestaron demasiada atención a sus vecinos, no estudiaron su lengua, no procuraron comprenderlos; y fue un grave error, porque cuando percibieron la fuerte resistencia que los árabes

oponían a la presencia de extranjeros seguidores de otras confesiones religiosas, ya era demasiado tarde.

Es probable, de todos modos, que los colonos judíos no hubieran logrado ganarse la simpatía de los árabes entre quienes, ya en los años veinte, se movían profesionales de la lucha contra el sionismo, partidarios de una nueva expulsión de los judíos de Palestina, un objetivo que se convirtió en el eje del movimiento nacionalista árabe. Un artículo escrito por un pionero del kibutz de Ein Harod, fechado en 1922, describe el futuro próspero y feliz de la colonia. El autor imaginaba que, transcurridos cien años, en el centro del kibutz luciría un monumento: «dos obreros, uno árabe y uno judío, sostienen una bandera en la que está escrito libertad, igualdad, fraternidad».

Amnon Rubinshtein, el periodista israelí que encontró el artículo observó amargamente que en Ein Harod existe efectivamente un monumento, pero a la memoria de tres generaciones de la misma familia caídas en las guerras contra los árabes.

Durante los disturbios estallados en mayo de 1929, en Jaffa los árabes mataron a cerca de cien judíos; en Jerusalén, los enfrentamientos comenzaron a raíz del derecho de acceso al Muro de las Lamentaciones, el único fragmento del Segundo Templo que sobrevivió a su destrucción[32]. Fue, pues, la pretensión de limitar el acceso de los judíos a través de un único pasillo de tránsito, de tres metros y medio de anchura, lo que el 23 de agosto encendió los ánimos e impulsó a los árabes a tomar las armas: sesenta judíos cayeron en Hebrón y ello constituyó un punto de no retorno.

La lucha política contra los judíos se fundió con el fanatismo religioso. La tercera oleada de tumultos se alzó en abril de 1936, a raíz de un recrudecimiento de los sentimientos nacionalistas en el mundo árabe: los árabes palestinos exigieron la prohibición de la inmigración judía y de la venta de tierra a los judíos, y se mantuvieron en estado de agitación durante tres años. Todo intento sionista de acordar con los líderes árabes moderados condiciones de coexistencia se resolvió de manera trágica. Quien se sentaba a una mesa de negociaciones junto a los judíos firmaba con ello su propia sentencia de muerte.

En 1946, Fawzi Darwish al Husseini, primo del Gran Muftí de Jerusalén y jefe del grupo «Joven Palestina», se declaró dispuesto a suscribir un acuerdo para la creación de un Estado binacional igualitario. Era el 11 de noviembre. Doce días después, Fawzi fue asesinado por extremistas árabes. En definitiva, parecía que los judíos se estaban construyendo su casa sobre el cráter de un volcán.

Pese a la prohibición inglesa de constituir formaciones de autodefensa, los continuos ataques árabes indujeron a los sionistas a pertrecharse para la resistencia. Los más radicales y los más resueltos a defenderse eran los jóvenes obreros miembros del partido Poalei Zion, que en Rusia habían vivido los pogromos. Sostenían, entre otras cosas, que los judíos debían roturar y trabajar la tierra por sí mismos sin recurrir a mano de obra árabe; los árabes, por su parte, veían en esta postura un subterfugio para privarlos del trabajo.

---

[32] Construido por el rey Salomón, el edificio fue demolido por primera vez por Nabucodonosor II, rey de Babilonia, quien aniquiló el reino de Judá y llevó a los judíos al cautiverio. A su regreso, estos reconstruyeron el Templo, que fue nuevamente destruido, esta vez por los romanos, en el año 70 d. C. Desde entonces, los judíos rezan vueltos hacia el monte del Templo, el lugar más sagrado para ellos, sobre cuyas ruinas los árabes erigieron las dos mezquitas de Omar y de Al-Aqsa, convirtiéndolo a su vez en uno de los lugares santos del islam (N. del A.).

En la atrasada Palestina de aquella época no había nada valioso aparte de la tierra, y mientras a los judíos solo les estaba permitido adquirir terrenos arenosos, pantanosos o baldíos que lograron, no obstante, transformar en naranjales, a los árabes la tierra no les era sustraída por las compras de los judíos, sino porque —como ocurría también en Egipto— la acaparaban los grandes propietarios terratenientes árabes, quienes después, a veces con gran lucro, la revendían precisamente a los nuevos colonos. Era sobre estos últimos sobre quienes se concentraba el odio de los árabes pobres, que se oponían a la adquisición de tierras por parte de los judíos, temiendo convertirse en Palestina en una minoría de indigentes bajo su dominio.

Tras el ascenso de Hitler al poder, mientras crecía rápidamente entre los judíos alemanes y europeos en general el deseo de emigrar a Palestina, quedó en evidencia cuán poco habían obtenido los sionistas tras la Primera Guerra Mundial: los judíos debían huir de Alemania, sin saber, sin embargo, dónde encontrar refugio. Las tropas de Hitler anexionaban al Tercer Reich un país tras otro y el número de fugitivos aumentaba.

En la Conferencia internacional convocada en julio de 1938, a propuesta del presidente Franklin Delano Roosevelt, para socorrer a los refugiados judíos procedentes de Alemania, los representantes de diversos Estados expusieron las razones políticas y económicas que impedían su acogida, con la sola excepción de la lejana República Dominicana. Por singular que pueda parecer, ni siquiera las autoridades chinas pusieron objeciones, y Shanghái mantuvo sus puertas abiertas a los refugiados hasta agosto de 1939, cuando China fue ocupada por los japoneses. Estos, pese a no tener ninguna razón para mostrarse hostiles a los judíos, les prohibieron la entrada en el país únicamente para complacer al aliado nazi.

Se ha hablado de acuerdos secretos en virtud de los cuales los sionistas habrían pedido a los nazis que endurecieran las medidas antisemitas, con el fin de inducir a numerosos judíos a elegir trasladarse a Palestina. *La historia de una colaboración entre sionistas y nazis es un enorme disparate —escribe Walter Laqueur, conocido historiador británico—. Nunca existió un Mólotov judío que negociara con los nazis. Cierto, se podría haber negociado incluso con el diablo con tal de salvar vidas humanas, pero la verdad es que nadie quería acoger a los judíos y que los sionistas eran impotentes.* [Nota del traductor: véase el Acuerdo Haavara, que contradice lo referido por el autor del libro. Al respecto léase el libro The Transfer Agreement de Edwin Black].

En el verano de 1937 fue publicado el informe de una Comisión británica[33] que había llegado a la conclusión de que el conflicto surgido entre árabes y judíos era insoluble, que los dos pueblos no podrían coexistir y que, por consiguiente, Palestina debía ser dividida. En un primer momento, la propuesta fue rechazada no solo por los árabes, sino también por los judíos, quienes, sin embargo, comprendieron antes que nadie que se trataba de la única solución posible y decidieron luego aceptarla.

La recomendación de crear un pequeño Estado judío al oeste del Jordán, formulada por la Comisión, encontró el favor del gobierno inglés que, no obstante, presionado por las objeciones de los árabes, acabó por declararse contrario. En 1938, en el intento de hallar un compromiso,

[33] La Comisión Real, que tomó el nombre de su presidente, lord William Robert Peel, llegó a Palestina en noviembre de 1936 «para determinar […] las causas de los disturbios […] establecer si […] tanto los árabes como los judíos tienen motivos legítimos de malestar […] y asesorar sobre su resolución». Cfr.: B. Morris, *Víctimas*, Rizzoli, Milán, 2002, p. 179 (N. del E.).

fueron convocados en Londres los representantes palestinos, judíos y árabes, pero estos últimos no quisieron negociar ni compartir siquiera la mesa de conversaciones con los judíos. En 1939, el gobierno británico adoptó una resolución que habría de revelarse fatal: en el transcurso de los cinco años siguientes, no más de setenta mil judíos podrían inmigrar a Palestina.

Fue una condena a muerte para los judíos europeos, abandonados así a los atropellos de los nazis alemanes y de los muchos que en otros países deseaban deshacerse de ellos. En enero de ese mismo año Arabia Saudita estableció relaciones diplomáticas con la Alemania nazi. Ibn Saud declaró a los diplomáticos alemanes que «odiaba a los ingleses en lo más profundo de su alma», pero ello no le impidió suministrar petróleo a los americanos y, en febrero de 1945, cuando la victoria de los aliados era ya evidente, solicitar y obtener, a través de William Eddy, embajador y agente secreto americano, un encuentro con el presidente Roosevelt. A diferencia de sus asesores diplomáticos y de los agentes secretos, el presidente sentía simpatía por los sionistas, y al rey saudita le declaró que consideraba que los judíos debían tener la posibilidad de trasladarse y vivir en paz en Palestina.

Ibn Saud calificó de inconcebible tal eventualidad y sugirió alojar a los judíos supervivientes en las casas de los alemanes que los habían perseguido. Ibn Saud odiaba a los judíos, y se cuenta que durante una recepción organizada por la Aramco no quiso probar las naranjas que le ofrecían hasta que no le convencieron de que procedían de California y no habían sido cultivadas por judíos. La brusca reacción del rey impresionó a Roosevelt, quien habría de decir posteriormente que en cinco minutos de conversación con el soberano había aprendido sobre la cuestión de Oriente Medio más que en todos los años precedentes; pero no queriendo arriesgarse a tener que prescindir del petróleo saudita, al término de la entrevista afirmó que no apoyaría a los judíos en detrimento de los intereses árabes.

Roosevelt era ante todo un político y medía todo en función del interés de su presidencia: no necesitaba luchar por los votos de los judíos americanos, que lo habrían apoyado de todos modos; la suerte de Oriente Medio no le interesaba particularmente, y para mantener buenas relaciones con ambas partes, ante los políticos judíos sostenía una determinada posición y ante los árabes otra diferente. Decidió, no obstante, que no gastaría energías en la creación de un Estado judío en Palestina, y así se desvaneció la esperanza de los sionistas de obtener el respaldo de los Estados Unidos.

En un principio, Hitler se había propuesto obligar a todos los judíos alemanes a abandonar Alemania: temía la reacción de Occidente ante un antisemitismo demasiado radical. Pero Occidente calló. «Si abrimos las puertas de Palestina a todos los judíos adultos que abandonan un territorio hostil —llegó a declarar un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores inglés— habrá una afluencia que ya no podremos controlar». Y así Hitler optó finalmente por el aniquilamiento total de todo un pueblo: los nazis crearon para su política antijudía una auténtica industria de la muerte [Nota del traductor: lo afirmado por el autor del libro es falso, léase, entre otros, El mito de los 6 millones de Joaquín Bochaca]. En Oriente Medio encontraron aliados y cómplices, a quienes prometieron plena independencia a cambio de un apoyo de orientación antibritánica.

El general Rashid Alí al Gailani, llegado al poder en Bagdad también gracias al dinero de Hitler y Mussolini, en mayo de 1941 encabezó la insurrección árabe contra los ingleses. Una orden secreta firmada por Hitler estableció: *El movimiento de liberación árabe en Oriente Medio es nuestro aliado natural*

contra Inglaterra [...] He decidido, por tanto, alentarlo respaldando a Irak [...]. Pero las tropas británicas lograron sofocar rápidamente la revuelta. En el verano de 1942, en el norte de África, contra los ingleses combatió con éxito el cuerpo expedicionario del general Erwin Rommel, aclamado con entusiasmo por los nacionalistas egipcios, entre los cuales se encontraban los jóvenes oficiales encabezados por Gamal Abdel Nasser y Anwar el Sadat, ambos futuros presidentes del país. Pero cuando los alemanes fueron finalmente derrotados, los árabes tuvieron que continuar solos, sin su apoyo, la guerra contra los judíos palestinos.

En Europa, Hitler no había logrado eliminar a todos los judíos, y los supervivientes vagaban en busca de refugio. Tras la guerra, en los campos de acogida para ex internados, ubicados en Alemania, Austria e Italia, se hacinaban más de doscientos mil judíos. Otros ciento setenta y cinco mil, tras la derrota nazi, habían regresado a Polonia, pero habían huido de nuevo en el verano de 1946, tras el pogromo desencadenado en Kielce por los propios habitantes del lugar, que causó cuarenta y una víctimas. En aquel período, la suerte de los judíos europeos no interesaba a nadie y, por lo demás, tras el desastre, cada país trataba de levantarse de las destrucciones de la guerra. Durante el conflicto, los judíos palestinos habían sido fieles aliados de los ingleses y habían combatido a su lado.

Terminada la guerra, las autoridades británicas, sin reconocerles mérito alguno, volvieron a considerarlos elementos sospechosos y establecieron para la inmigración judía en Palestina una cuota de mil quinientas entradas mensuales. Esta medida suscitó una preocupación generalizada por la suerte de aquellos judíos que, salvados de milagro, no tenían ningún otro lugar donde establecerse.

En la primavera de 1945, el Comité Internacional Judío de Acción y la Unión Internacional de Emigrantes y Refugiados Antifascistas, dos organizaciones relativamente pequeñas, solicitaron a las grandes potencias que asentaran a los judíos supervivientes en el territorio de la Alemania derrotada. En aquel momento, las potencias vencedoras aún no habían decidido qué tratamiento reservar a Alemania, y se hablaba de desmembrar lo que había sido el Tercer Reich en una serie de pequeños estados, destinando uno de ellos al asentamiento de los judíos europeos.

La propuesta fue dirigida a la embajada soviética de Roma con solicitud de remisión a Viacheslav Mólotov, comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores. La embajada consideró la idea como la iniciativa extravagante de una organización sin autoridad, pero envió de todos modos a Moscú la misiva, que terminó sobre el escritorio del vicecomisario Vladímir Dekanozov, hombre muy próximo a Beria.

Antes de hacer carrera en los servicios secretos, Dekanozov había sido secretario del Comité Central del Partido y responsable de la economía en Georgia. Al trasladarse a Moscú, Beria lo había tomado consigo y lo había puesto al frente del Servicio de Espionaje Político. Un año y medio después, Dekanozov se convirtió en vicecomisario del Pueblo para Asuntos Exteriores y, antes de la guerra, fue embajador en la Alemania nazi. Dekanozov archivó la carta sin remitirla a Mólotov.

En los Estados Unidos, mientras tanto, a la muerte de Roosevelt acaecida en abril de 1945, se había convertido en presidente Harry Truman, quien no era en absoluto filosionista y, pese a solidarizar con los judíos, no sentía un interés particular por sus problemas [Nota del traductor: Roosvelt y Truman eran criptojudíos, léase Subversión internacional de Traian Romanescu].

En agosto de 1945, terminada la guerra, Truman declaró que no enviaría soldados americanos a establecer la paz en Palestina, pero que no podía suscribir el rechazo opuesto por los británicos a la entrada en el país de los judíos supervivientes de los campos de concentración nazis. Los ingleses intentaron convencer a los americanos de la necesidad de bloquear la inmigración, sosteniendo que los judíos no eran sino conspiradores comunistas, enviados allí por Stalin en el marco de un proyecto de penetración en Oriente Medio... Lo cual resulta verdaderamente curioso, si se piensa que en aquella época, en la Unión Soviética, los sionistas eran considerados enemigos del marxismo-leninismo [Nota del traductor: lo afirmado por el autor del libro es falso, léase Bajo el signo del escorpión de Jüri Lina y El secreto del comunismo de David Duke].

A los diplomáticos americanos que, por su parte, le recordaban la importancia de garantizarse suministros continuos de petróleo de Oriente Medio, el presidente respondió: «Para mí no es el petróleo lo que cuenta, sino la justicia». Truman se enorgullecía del poderío de los Estados Unidos y consideraba que América debía constituir un faro de libertad y progreso para toda la humanidad. Los Evangelios y las normas morales no eran palabras vanas para él, que luchó por la integración de los americanos de color y abolió la segregación racial en las fuerzas armadas. Bajo su presidencia dio comienzo el movimiento por los derechos civiles.

Poco apreciado en vida, fue muy reivindicado y celebrado tras su muerte. Truman fue capaz de tomar decisiones difíciles e impopulares, y cuando consideraba justa una cosa no se dejaba extraviar. En uno de los primeros informes que le fueron dirigidos, el Departamento de Estado, que mantenía una actitud bastante fría hacia los sionistas, recomendó al presidente que no permitiera a los judíos crear su propio Estado, porque «en el plazo de tres años este se habría convertido en una marioneta comunista». De hecho, el aparato estatal americano —es decir, la Casa Blanca, el Pentágono y el Departamento de Estado— obstaculizaba a los sionistas. «Nos enfrentábamos continuamente con la oposición encubierta pero tenaz de fuerzas que actuaban en la sombra —recordó Weizmann—, y nuestros esfuerzos por contrarrestar su acción fueron vanos».

PRIMEROS CONTACTOS CON LA DIPLOMACIA SOVIÉTICA

Y precisamente cuando las demás grandes potencias negaban a los judíos el derecho a construir su propio Estado, de repente en Stalin se despertó cierto interés por Palestina, el sionismo y la suerte de los judíos [Stalin era judío, léase Subversión internacional de Traian Romanescu]. A decir verdad, las relaciones entre el movimiento sionista y los dirigentes moscovitas ya habían experimentado un cambio tras la invasión nazi de la Unión Soviética en junio de 1941. La victoria sobre Hitler, enemigo común, se había vuelto más importante que las divergencias ideológicas.

Durante la guerra, Londres fue uno de los centros más importantes para la actividad diplomática, y el embajador Maiski era uno de los personajes más destacados de la capital británica. El 2 de septiembre de 1941, Weizmann volvió a visitar al embajador soviético y le dijo, entre otras cosas, que había quedado profundamente impresionado por el llamamiento a la unidad para derrotar a Hitler lanzado por los judíos soviéticos a la comunidad judía mundial. Habría querido enviar un telegrama de apoyo, pero se había abstenido a causa de la actitud negativa que el gobierno soviético mantenía hacia el sionismo. Maiski replicó con seguridad: «No veo ninguna razón por la que usted no deba enviar su telegrama».

Había sido idea de Stalin utilizar a los judíos soviéticos para ejercer una presión psicológica sobre la opinión pública mundial, y en primer lugar sobre la americana. A finales de 1941, junto al Comité Paneslavo, al Femenino, al Juvenil y al de los Científicos Soviéticos —todas organizaciones para la propaganda exterior—, fue constituido el Comité Antifascista Judío. Los judíos de todo el mundo recaudaron y enviaron a la Unión Soviética cuarenta y cinco millones de dólares [...].

Weizmann, que acababa de regresar de los Estados Unidos, confió al embajador sus impresiones sobre la orientación de los americanos, y este transmitió a Moscú que, según el dirigente sionista, en las últimas semanas el interés de los americanos por la guerra había decaído considerablemente. El americano medio razona más o menos así: «Los rusos combaten bien y, junto con los ingleses, de una manera u otra destruirán a Hitler. No tiene sentido que nosotros los americanos nos inmiscuyamos en este asunto». Weizmann considera superficial y culpable semejante actitud y piensa que los judíos americanos, convenientemente sensibilizados, podrían contrarrestarla. Por ello aprueba plenamente la iniciativa de los judíos soviéticos.

El telegrama de Maiski confirmó en Stalin la idea de que los judíos americanos podrían inducir a su gobierno a abrir rápidamente un segundo frente en Europa y que, a tal fin, los judíos soviéticos podían ser de gran utilidad. Ese fue, pues, el propósito del viaje a los Estados Unidos que una delegación del Comité Antifascista Judío, encabezada por Solomon Mikhoels, director artístico del Teatro Estatal Judío, y el célebre poeta en lengua yídish Isaak Fefer, emprendió en la primavera de 1943. Entre otras directivas redactadas para la delegación por el Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores y aprobadas por el Comité Central, figuraba también la recomendación de «no expresar opiniones sobre un eventual Estado judío en una Palestina libre, dado que Palestina se encuentra bajo mandato británico»; Mólotov no quería enfrentarse con Inglaterra por aquella Palestina en la que, por entonces, ningún burócrata moscovita parecía estar interesado.

Durante el viaje, Mikhoels y Fefer se entrevistaron también con Weizmann, quien les pidió que transmitieran al gobierno soviético que, si se creara en Palestina un Estado judío, este jamás consentiría intervenciones hostiles contra la Unión Soviética. Con anterioridad, en octubre de 1941, cuando parecía que nadie era capaz de frenar a las tropas alemanas ya a las puertas de Moscú, también David Ben Gurión, que era entonces presidente de la Agencia Judía para Palestina, había visitado a Maiski. Al presentarse, Ben Gurión consideró necesario hablarle al embajador comunista de su actividad sindical y de sus opiniones políticas: «Nos importan mucho nuestras convicciones socialistas y ya hemos constituido en Palestina la base de una sociedad de tipo socialista».

El futuro jefe del gobierno israelí preguntó luego al embajador qué podían hacer los judíos palestinos por la Unión Soviética en guerra. «Usted va a ir a América —respondió Maiski—. Nos haría un gran servicio si explicara a los americanos la urgencia de la ayuda que necesitamos: carros de combate, cañones, aviones. Cuantos más y, sobre todo, cuanto antes». Ben Gurión aseguró que haría todo lo posible.

También en Oriente Medio los judíos palestinos intentaron establecer contactos con los diplomáticos soviéticos. La embajada soviética más importante de la región se encontraba entonces en Turquía. Eliah Epstein, del Departamento Político (futuro Ministerio de Asuntos Exteriores) de la Agencia Judía para Palestina, informó a sus superiores: «Solo he logrado obtener escasas informaciones sobre el embajador y los funcionarios de la misión, dado que viven en total aislamiento dentro de la embajada: allí trabajan, allí comen y allí duermen.

Solo salen a la ciudad en casos excepcionales. Tienen prohibición absoluta de aceptar invitaciones de personas del lugar y de extranjeros, y únicamente pueden acudir a ceremonias oficiales o a recepciones en las embajadas o en las residencias de miembros del gobierno turco. Solo los corresponsales de la TASS[34] tienen libertad de movimiento». Las ocasiones habituales de encuentro para acercarse a los diplomáticos estaban, pues, vedadas, y por ello Epstein recurrió a la ayuda de los ingleses. En diciembre de 1941 envió a Serguéi Vinogradov, embajador soviético en Turquía, una carta de presentación redactada por la embajada británica en Ankara, en la que se decía: *La Agencia Judía está reconocida oficialmente por el Gobierno de Su Majestad como órgano consultivo para todas las cuestiones relativas al retorno y la creación de un hogar nacional judío en Palestina.* De este modo logró obtener una entrevista con el representante soviético. *El embajador —escribió en su informe— me hizo preguntas sobre la composición social de la población judía del país, y yo quedé sorprendido y ofendido por el tono ingenuamente asombrado de Vinogradov cuando me preguntó: "¿Y de verdad en Palestina los judíos trabajan?" Y solo entonces comprendí el lavado de cerebro llevado a cabo por la propaganda comunista, que presenta a los pueblos de la URSS el asentamiento de los judíos en Palestina como un movimiento de pura y simple explotación imperialista* [...] *En suma, la conversación con el embajador y con su secretario me ha hecho comprender que están completamente desinformados, pero tienen un gran deseo de saber* [...] *y, por tanto, este primer contacto con un diplomático soviético que, bien o mal, se ocupa de Palestina ha sido muy útil.* La vida de los judíos en Palestina había despertado la curiosidad de Vinogradov y, cuatro días después, Epstein recibió del embajador una invitación a la proyección de un documental sobre la guerra, seguida de una cena. Epstein visitó también al consejero comercial Potapov, de quien supo que un funcionario de la misión soviética se trasladaría pronto a Palestina. *Según Potapov —escribió Epstein— los rusos se interesan sobre todo por la industria médica,*

[34] *Telegrafnoe Agentstvo Sovetskogo Soyuza* (Agencia Telegráfica de la Unión Soviética). Era la agencia de prensa oficial de la URSS (N. del E.).

química y farmacéutica de Palestina [...] *Pero deberemos pensar también en la apertura de una representación del «Sovkino»*[35]*, para la venta de películas soviéticas, dado que, según Potapov, cada vez son más las solicitudes por parte de propietarios de salas cinematográficas, sobre todo en Tel Aviv* [...].

Hay que reconocer que Epstein había sacado conclusiones con rapidez: *Para concluir, dudo seriamente de que obtengamos de las autoridades soviéticas una respuesta positiva a nuestra solicitud de liberar a los sionistas detenidos o confinados, ni a la propuesta de enviar representantes de la Agencia Judía a la URSS para ocuparse del retorno de refugiados y familiares. La conversación con Vinogradov me ha hecho entender también cuán limitado es, incluso en cuestiones insignificantes, el margen de decisión del embajador soviético.*

Solo dirigiéndonos directamente a las autoridades soviéticas podremos, quizás, obtener algo. Por lo demás, todas las informaciones que he recibido de fuentes fidedignas confirman la ausencia de novedades en la política interior de la URSS [...] *Stalin controla incluso los pensamientos* [...] *No debemos hacernos ilusiones. Considero errónea la opinión según la cual en la URSS la situación habría cambiado y la actividad sionista estaría permitida* [...].

«La nuestra era una diplomacia centralizada —diría Mólotov ya retirado—. Los embajadores no tenían ni podían tener ninguna autonomía. Eran solo ejecutores de directivas [...]». En los tiempos de Litvinov, un embajador podía todavía discutir con el comisario del Pueblo y apelar al Comité Central o a Stalin en caso de discrepancias, pero bajo Mólotov ya no fue posible: la actividad diplomática estaba reservada a él y a Stalin; los demás debían limitarse a ejecutar, sin apartarse un ápice de las directivas.

Por lo demás, a los propios embajadores ni se les habría pasado por la cabeza discutir las órdenes. Las consideraban justas por el solo hecho de serlo. Vinogradov no pudo, pues, hacer otra cosa que informar a Moscú de sus conversaciones sobre la cuestión palestina. Su informe fue leído por el responsable de la oficina de Oriente Medio del Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores, Serguéi Kavtaradze[36], quien, mediante una nota fechada el 31 de diciembre de 1941, comunicó a

---

35 *Sovetskoe Kino* (Cine Soviético), ente estatal soviético para la cinematografía (N. del E.).

36 Un hombre con una historia extraordinaria. De joven había conocido a Stalin y en los años veinte fue Comisario del Pueblo para la Justicia en Georgia; trabajó luego en la Fiscalía de la URSS en Moscú. Habiendo tomado partido por Trotski, fue expulsado del partido y confinado en la región de Oremburgo; un año después fue detenido y condenado por la OGPU «como activista trotskista» a tres años de reclusión. Cumplida la condena, Kavtarádze regresó a Moscú, donde fue detenido de nuevo en octubre de 1936, esta vez «por participación en una organización antisoviética georgiana», y enviado a Tiflis. El NKVD de Georgia fusiló a sus cómplices, mientras Kavtarádze permaneció en prisión. Tras la muerte de Stalin, relató haber confesado «bajo insoportables torturas físicas y psíquicas, amenazas y fusilamientos simulados, que me agotaron y me llevaron al límite de la locura: tenía la impresión de que mi cabeza se contraía y el cráneo se encogía […]». No se sabe por qué no fue fusilado, pero poco más de dos años después, en febrero de 1939, fue trasladado inesperadamente a Moscú, y nueve meses más tarde, a mediados de diciembre, conducido a presencia de Beriya, quien, en su calidad de Comisario del Pueblo para los Asuntos Internos, le comunicó que el proceso iniciado contra él había sido anulado y que podía considerarse libre. Kavtarádze no lo creyó, y sin embargo fue puesto en libertad junto con su esposa, recibiendo además un alojamiento y un empleo. No obstante, hasta el final de sus días no logró explicarse qué había ocurrido. Quizás, en un momento de buen humor, Stalin había recordado a su amigo de juventud y ordenado que le fuera perdonada la vida. En otoño de 1940, Stalin realizó una visita inesperada a los dos esposos. Esta historia extraordinaria se hizo muy célebre: una noche tarde, el Líder había llamado a la puerta del apartamento que Serguéi y Sofía Kavtarádze compartían con otras familias. A Stalin le gustaban mucho estos gestos, que fueron escasos, pero se convirtieron en legendarios. Permanecieron a la mesa hasta el amanecer, como si nada hubiera ocurrido. Poco después, Kavtarádze fue cooptado entre los dirigentes del Comisariado del Pueblo para los Asuntos Exteriores (N. del A.).

Andréi Vyshinski, vicecomisario del Pueblo para Asuntos Exteriores, que el embajador soviético en Ankara había recibido a «Elias Menachem Epstein, representante de la Agencia Judía para Palestina, encargado de inmigración y asentamientos». Vinogradov consideró digna de atención la propuesta de los judíos palestinos de posibles suministros de medicamentos a la URSS: la Agencia Judía estaba dispuesta a enviar un grupo de médicos con hospitales de campaña y, además, deseaba adquirir películas soviéticas sobre la guerra, dado que en Palestina se había constituido una Liga de Amistad con la Unión Soviética que ya había organizado una «Semana de solidaridad con el pueblo soviético».

Muy distinta acogida encontró la solicitud de autorización para que ciudadanos soviéticos —ancianos parientes de judíos palestinos, para quienes los ingleses habían prometido cien permisos de entrada— emigraran a Palestina. Kavtaradze sugirió a Vyshinski consultar al Comisariado del Pueblo para el Comercio Exterior sobre la cuestión de los medicamentos; no acoger la propuesta de Epstein sobre el envío de médicos palestinos a la URSS; declarar inoportuna la emigración a Palestina de ciudadanos soviéticos, parientes ancianos de judíos palestinos; permitir a la representación comercial en Turquía vender a Epstein películas soviéticas sobre la guerra para ser proyectadas en Palestina y, finalmente, solicitar al NKVD información sobre Epstein y su organización.

El 2 de marzo de 1942, Weizmann envió a Maiski, siempre sinceramente interesado por la suerte de Palestina, un memorando sobre las posiciones de los sionistas. Escribía que consideraba llegado el momento de hacer regresar «al pueblo judío a su antiguo territorio»: *En todo el planeta no hay un solo país dispuesto a acoger un asentamiento compacto de dos o tres millones de judíos: ni los Estados Unidos, ni un dominio británico, ni una república sudamericana ni tampoco la Unión Soviética. Existen varios proyectos de traslado de refugiados a regiones árticas o tropicales, pero esto no resolvería el problema* [...].

Al gobierno soviético, Weizmann proponía reconsiderar su actitud hacia el sionismo y los sionistas: *No se puede dejar que viejos malentendidos sean un obstáculo para nuevas relaciones entre la URSS y el sionismo. Naturalmente, hemos protestado contra la prohibición del sionismo y de la lengua hebrea en la URSS, hemos rechazado que se nos califique de contrarrevolucionarios por ser sionistas, pero nunca hemos adoptado posiciones hostiles hacia el gobierno soviético y la URSS, una de las potencias responsables del destino del mundo donde reside casi un tercio de la población judía mundial* [...].

Weizmann escribió también que los judíos, abandonada la vida urbana a la que estaban acostumbrados, habían vuelto en Palestina a la tierra: *Construyen carreteras y puentes, tallan la piedra, plantan bosques en las colinas, drenan pantanos, conducen automóviles y autobuses, fabrican utensilios, trabajan en las centrales eléctricas y en los ferrocarriles, extraen potasa en la región del Mar Muerto* [...].

Las conversaciones de Epstein con el embajador en Ankara y la visita de Weizmann a Maiski despertaron el interés del Comisariado de Asuntos Exteriores: Palestina y la constitución de un Estado judío representaban una novedad, un problema del que hasta entonces los soviéticos no se habían ocupado. Estos primeros contactos, sin embargo, permanecieron infructuosos: la firma «Shenfield» acordó con la representación comercial soviética en Turquía la adquisición de veintiocho películas y cien noticieros cinematográficos, pero los ingleses no permitieron al propietario de la firma abandonar Palestina y este no pudo trasladarse a Ankara para la firma del contrato.

El 22 de junio de 1942 el encargado de negocios interino de la URSS en Turquía, Mijaíl Kostylev, escribió a Kavtaradze: *Empresas y comerciantes palestinos están muy interesados en establecer con la URSS relaciones comerciales que, en mi opinión, serían para nosotros mucho más útiles en el plano político que en el económico. Sin embargo, solo será posible establecer tales relaciones si contamos en Palestina al menos con un representante permanente de alguna organización comercial de la URSS. Convendría consultar al respecto al Comisariado de Asuntos Exteriores.*

En efecto, en agosto de 1942 llegaron a Palestina dos funcionarios de la embajada soviética en Ankara: el primer secretario Serguéi Mijáilov y el agregado de prensa Nikolái Petrenko, quienes mantuvieron una actitud prudente sobre el sionismo, pero quedaron impresionados por las realizaciones de la comunidad judía de Palestina, como la universidad y el hospital. Se entrevistaron también con los árabes, pero no alentaron sus declaraciones antisionistas. Con evidente satisfacción, Klinov, responsable del Departamento de Prensa e Información de la Agencia Judía para Palestina, escribió a Moshe Shertok, su director político: *Mijáilov ha dicho que esta magnífica tierra está destinada a dos pueblos. Ha visto las realizaciones del Yishuv*[37], ha reafirmado que judíos y árabes están históricamente ligados a esta tierra, donde hay suficiente espacio para ambos pueblos. *

Moshe Shertok, futuro ministro de Asuntos Exteriores del primer gobierno de Israel había sido ayudante de Viktor Arlosoroff, un sionista de larga trayectoria, nacido en el gobierno de Poltava. Gracias a sus dotes de excelente orador y buen organizador, llevó a cabo diversas misiones de carácter diplomático entre los Estados Unidos, Europa y Palestina. Como responsable de la oficina política de la Agencia Judía era considerado el brazo derecho de Weizmann, y de haber vivido hasta la proclamación del Estado de Israel habría sido sin duda su ministro de Asuntos Exteriores.

Era un político de miras amplias y, mientras los contactos con europeos y americanos le daban algún motivo de optimismo, los que mantenía con los dirigentes árabes lo desalentaban, pues tenía la sensación de que no querían ningún acuerdo. Para poner en contacto a Weizmann y otros representantes de la Agencia Judía con los jeques de Transjordania, el 8 de abril de 1933 Shertok organizó un fastuoso banquete en el Hotel King David de Jerusalén. Pero establecer un diálogo era demasiado peligroso para los árabes radicales, firmemente decididos a negar toda posibilidad de llegar a un entendimiento con los judíos.

La tarde del 16 de junio, Arlosoroff fue asesinado mientras paseaba con su esposa por el paseo marítimo de Tel Aviv. Dos hombres se le acercaron y le preguntaron la hora, cegándolo con una linterna. El disparo resonó antes de que pudiera responder. «Mira lo que me han hecho», susurró, unas horas antes de morir, al alcalde de Tel Aviv que se había precipitado al hospital. Tenía treinta y cuatro años. Del homicidio fue acusado Abraham Stavkovski, un extremista de derecha que el tribunal absolvió finalmente, dejando el crimen impune. Arlosoroff fue sustituido por Moshe Shertok.

---

[37] *Yishuv*, «asentamiento», o *HaYishuv HaYehudi b'Eretz Yisrael* (asentamiento judío en tierra de Israel). Con este término se designa a la comunidad judía presente en Palestina antes de la constitución del Estado de Israel; una parte de ella, denominada Viejo Yishuv, residía en el país desde tiempos muy antiguos, mientras que la población judía llegada a partir de 1882 fue conocida como Nuevo Yishuv. Los miembros del Viejo Yishuv eran conservadores en materia religiosa y hablaban también árabe, ladino (los sefardíes) y yídish (los asquenazíes) (N. del E.).

La Agencia Judía había solicitado al gobierno soviético que trasladara a Palestina a los judíos polacos, sobre todo a los niños que, en 1939 tras la partición de Polonia llevada a cabo por la Wehrmacht y el Ejército Rojo, se habían encontrado en la zona ocupada por los soviéticos, que contaba con una población de aproximadamente doce millones de personas. Pero el Comisariado de Asuntos Exteriores respondió que un decreto del Soviet Supremo de la URSS, fechado el 29 de noviembre de 1939, había resuelto el problema al otorgar la ciudadanía soviética a todos los habitantes de la zona, y que ninguno de ellos tenía intención de abandonar el país.

En abril de 1943, Shertok tuvo una conversación con Maiski, quien se mostró cauto: «No puede exigirme una respuesta inmediata. Hágame llegar una nota». Pero al acompañar a Shertok tras la conversación, el embajador manifestó su simpatía preguntándole informalmente:

«¿Cómo van las cosas en su tierra?»

«No demasiado mal», respondió diplomáticamente Shertok.

«¿Tienen un ejército?», preguntó Maiski, que no tenía una idea clara de la situación en Oriente Medio.

«¿Qué ejército?», se asombró Shertok.

«¡Un ejército judío!»

«No, no tenemos un ejército judío».

«¿Y por qué?»

«Por razones políticas. En el ejército británico hay algunas formaciones judías que, sin embargo, no tienen un estatuto particular».

«¿Y qué es lo que quieren ustedes?»

«Pedimos, y a propósito de ello he tenido una conversación con el ministro británico de la Guerra, que estas formaciones confluyan en una única unidad judía».

«¿Y qué ha obtenido?»

«El ministro ha dicho que no podía exigirle una respuesta inmediata y me ha rogado que le hiciera llegar una nota», respondió Shertok con ironía apenas disimulada.

Los judíos de Palestina habían comenzado a ingresar en el ejército británico como voluntarios desde 1939. A finales de 1942, el Mando Militar Británico autorizó la formación de unidades judías, tres de las cuales, con un efectivo de cinco mil hombres, constituyeron en septiembre de 1944 la Brigada Judía, que combatió en Italia hasta su disolución, acaecida en junio de 1946.

El 15 de mayo de 1943, la oficina consular del Comisariado de Asuntos Exteriores propuso al vicecomisario Dekanozov volver a considerar, de acuerdo con la embajada británica en Moscú, la apertura de un consulado soviético en Palestina, aduciendo como pretexto la presencia en el país

de unos cuatrocientos ciudadanos soviéticos[38]. Pero los ingleses, que consideraban Palestina como un feudo propio, no eran favorables a la presencia de diplomáticos soviéticos en el país.

Los sionistas, en cambio, buscaban ahora por todos los medios establecer relaciones con Moscú, que por primera vez se mostraba dispuesta a entablar contacto con ellos. El 27 de mayo de 1943, Nahum Goldman, representante de la Agencia Judía para Palestina, transmitió al presidente de Checoslovaquia en el exilio, Edvard Beneš, un «Memorando sobre las relaciones entre el movimiento sionista y la Rusia soviética». Beneš sentía simpatía por los judíos y los sionistas, quienes lo consideraban un aliado; esperaban una mediación suya para establecer contactos con los dirigentes soviéticos.

En el memorando se decía: *La Rusia soviética ha considerado hasta ahora el sionismo como portador de los intereses británicos en Oriente Medio o, según el modo de expresarse de los comunistas, lo ha tenido por representante del imperialismo británico en la región. Lo confirma la posición de los comunistas palestinos, judíos y no judíos, quienes durante los disturbios de 1936-1938 apoyaron abiertamente a los terroristas árabes que actuaban contra la población judía.* Ahora los judíos palestinos confiaban en una actitud diferente por parte de las autoridades soviéticas. En esta guerra, proseguía el memorando, los líderes de los países árabes habían adoptado posiciones abierta o implícitamente filonazis o filofascistas. En el transcurso de una nueva conversación con Weizmann, en septiembre de 1943, Maiski afirmó que consideraba, aunque sin poder «comprometerse en nombre de su gobierno», que Moscú apoyaría a los promotores de un Estado judío en Palestina.

No ocultó, sin embargo, al presidente su inquietud por la extensión limitada del país, que podría resultar inadecuada para acoger a todos los refugiados procedentes de Europa. Weizmann lo tranquilizó explicándole que el traslado a Palestina de aproximadamente dos millones de judíos era considerado posible incluso según los cálculos más restrictivos. El embajador, sin embargo, no permanecería mucho tiempo más en su puesto. Irritado por el enésimo aplazamiento de la apertura de un segundo frente, Stalin decidió rebajar de manera ostensible el nivel de las representaciones diplomáticas soviéticas: llamó a Litvinov de los Estados Unidos y a Maiski de Londres, y los sustituyó por jóvenes diplomáticos carentes de toda autoridad política. Al enviar a Andréi Gromyko a Washington y a Fiódor Gusev a Londres, Stalin ejecutaba una pequeña venganza contra Roosevelt y Churchill.

Antes de la partida, Gusev, que tenía treinta y siete años, fue recibido por Stalin y le dijo honestamente que se consideraba demasiado joven para aquel cargo. Pero Stalin lo tranquilizó: «No tenemos a nadie más. Muchos están ahora en el frente y nosotros debemos llamar a Maiski, porque se muestra demasiado tolerante con los ingleses que boicotean la apertura de un segundo frente en Europa».

Winston Churchill estimó insuficiente el nivel de la sustitución y se irritó por ello, hasta el punto de que durante mucho tiempo no quiso recibir al nuevo jefe de misión. Sin embargo, Stalin lograría restablecer el prestigio del joven embajador. Durante una visita a Moscú del primer ministro

[38] Un primer consulado ruso había sido inaugurado en Jerusalén en 1858 y, antes de 1914, cuando Rusia y Turquía, habiendo entrado en guerra entre sí, rompieron las relaciones diplomáticas, existían también consulados rusos en Haifa y en Jaffa (N. del A.).

británico, en octubre de 1944, quiso brindar a su salud: «¡A mi amigo personal, el camarada Gusev!». Y este simple gesto indujo a los ingleses a cambiar de actitud hacia el diplomático.

Concluida su misión en Londres en octubre de 1943, Ivan Maiski regresó a la patria recorriendo en automóvil el tramo desde El Cairo a Teherán por Jerusalén, Damasco y Bagdad. En Jerusalén se detuvo para visitar la ciudad y observar de cerca la vida de los colonos judíos. «Después de la guerra —le dijo a Ben Gurión— la cuestión judía será aún más compleja, y para poder afrontarla y resolverla necesitamos información de todo tipo.

Nos dicen que aquí en Palestina no hay sitio para nuevos inmigrantes; nosotros queremos saber si es verdad, queremos formarnos una opinión sobre las capacidades reales de este país». En la dirección de la Agencia Judía, reunida el 4 de octubre, Ben Gurión informó de haber acompañado a Maiski y a su esposa a visitar Jerusalén y las colonias de Kiriat Annavim y Maalé Hajamishah. Maiski había quedado muy impresionado. «Puedo decir que para él fue un descubrimiento —concluyó Ben Gurión— y yo no esperaba tanto. Ahora debemos trabajar aún con más intensidad, porque hay otro país que empieza a interesarse por nuestros problemas».

UMANSKI, LITVÍNOV Y GROMIKO

La guerra puso en evidencia la potencia de los Estados Unidos, que durante mucho tiempo habían mantenido una actitud aislacionista. Washington y Nueva York se convirtieron en el centro de la diplomacia mundial. Poco tiempo después de la agresión nazi a la Unión Soviética, el 17 de julio de 1941, E. Neumann, de la Agencia Judía, y el rabino Perzweig, responsable de la oficina Exterior del Congreso Sionista Mundial, visitaron a Konstantín Umanski, embajador soviético en Washington, un hombre de personalidad brillante e insólita, que había sido corresponsal de la TASS en Europa y había luego dirigido la oficina de prensa del Comisariado para Asuntos Exteriores.

En diversas ocasiones había actuado también como intérprete de Stalin, quien lo había apreciado hasta el punto de hacerle donación de una fotografía suya con dedicatoria: *A Umanski. Stalin*. Valía más que cualquier condecoración. En 1936 había sido enviado a Estados Unidos como plenipotenciario.

Umanski acogió con cortesía e interés a los visitantes. «En primer lugar abordamos el problema de la emigración de un cierto número de judíos desde Rusia hacia Palestina u otros países —informaron luego los representantes del movimiento sionista— y propusimos comenzar por los de las zonas al oeste de la frontera que Umanski ha llamado línea Curzon». La «línea Curzon» marcaba la frontera oriental de Polonia establecida por el Entente en 1919. En otras palabras, los representantes del Congreso Sionista Mundial volvían a solicitar la autorización para trasladarse a Palestina para los judíos polacos, entre los cuales se contaban muchos sionistas. «El señor Umanski nos propuso presentarle una lista de nombres para transmitir a su gobierno. Al final del coloquio, que duró más de una hora, observó que del futuro de Palestina decidirá la inminente Conferencia de Paz, en la cual la Rusia soviética participará con derecho a voto. Respondimos que naturalmente nosotros seríamos felices de tener en la conferencia a cuantos más amigos fuera posible».

Umanski, que había acogido con simpatía a los dos dirigentes del Congreso Sionista Mundial, tuvo que regresar pronto a Moscú. Mólotov y Stalin no estaban satisfechos con su desempeño y en 1943 lo enviaron como embajador a Ciudad de México, sede considerada de secundaria importancia[39]. En su lugar fue destinado Maksim Litvínov, el excomisario para Asuntos Exteriores que había sido dimitido en 1939 cuando Stalin se había acercado a la Alemania nazi. Por lo general, al despido seguía el arresto, y Litvínov lo esperaba de un momento a otro.

En cambio, extrañamente, Stalin no lo autorizó, y se cree que le ahorró la cárcel a Litvínov, personaje autoritario y conocido a nivel mundial, solo para no dañar aún más la reputación de la Unión Soviética. Esta versión de los hechos, sin embargo, es poco verosímil, considerando que otros políticos mucho más autoritarios que Litvínov desaparecieron en la nada. Es más probable que hubiera algo personal en la actitud de Stalin hacia el embajador. Litvínov permaneció dos años alejado del poder. Ni una llamada telefónica, ni una visita, salvo de los amigos más íntimos. Quizá a veces fue asaltado por la angustia, pero era un hombre de carácter y se mantuvo firme. Cuando

[39] En enero de 1945, el avión con destino a Costa Rica en el que viajaba se estrelló, y Umanski y su esposa perecieron. Un año y medio después, murió también trágicamente su hija Nina, asesinada por un amante que había abandonado y que, a su vez, acabaría quitándose la vida (N. del A.).

Hitler agredió a la Unión Soviética, se acordaron de él, que a los ojos del mundo era el símbolo de la política antifascista.

Fue invitado al Kremlin para conversar con diplomáticos extranjeros, encargado de hablar en la radio y de escribir para la prensa inglesa y estadounidense. El 9 de noviembre de 1941 fue repentinamente nombrado vicecomisario para Asuntos Exteriores y, al mismo tiempo, embajador en Washington. «Cuando la situación se volvió catastrófica para nosotros, Stalin recurrió a cualquier expediente y envió a Litvínov a Washington», recordaría Anastás Mikoyán[40]. Antes de la partida, Stalin lo recibió y le asignó como prioritario el cometido de inducir a América a ayudar a la Unión Soviética y a entrar en guerra. Litvínov supo aprovechar la simpatía de Roosevelt y de los políticos estadounidenses, y se puede decir que salvó a Rusia en aquel momento terrible, obteniendo la extensión a la Unión Soviética de la ley de Préstamo y Arriendo (*Lend-Lease*)[41] y un préstamo de mil millones de dólares. Desde Washington, Litvínov escribió a Mólotov que sería útil establecer buenas relaciones con el presidente Roosevelt, quien era favorable a una intensa colaboración con la Unión Soviética. Pero fue ignorado.

Litvínov fue probablemente el último embajador lo bastante valiente como para expresar su opinión a los superiores, aun siendo consciente de que podía ser castigado. A principios de 1943 llegó a decir a un periodista estadounidense: «Ya no puedo hacer más de chico de los recados. Cualquiera, entre mis colaboradores en la embajada, puede realizar el trabajo que se me encomienda, ya que debo limitarme a ejecutar órdenes. Es insoportable. Me vuelvo a casa». Declaraba prácticamente abiertamente su disenso con la política de Mólotov, sin ocultarlo siquiera a los diplomáticos extranjeros. A principios de abril de 1943 fue reclamado a Moscú. Al despedirse, Roosevelt le preguntó explícitamente: «¿Volverá?»; pero ni Litvínov estaba en condiciones de responder a esa pregunta. Durante algunos meses mantuvo el título de embajador, pero comprendió bien pronto que no regresaría a Washington, y en efecto a finales del verano fue sustituido por Gromiko. Conservó en cambio el cargo de vicecomisario, pero sin ningún poder ni cometidos precisos.

El nuevo embajador en Estados Unidos tendría un papel histórico en la creación del Estado judío. Andréi Gromiko, nacido en la aldea de Starye Gromyki, en Bielorrusia, había iniciado su carrera como investigador en la Academia de Ciencias y profesor de economía en el Instituto de Ingeniería para la Construcción de Viviendas de Moscú.

---

[40] Anastas Mikoyán (1895–1978). Político soviético de origen armenio. En diversas ocasiones Comisario del Pueblo y posteriormente ministro, fue también presidente del Consejo de Ministros y del Soviet Supremo de la URSS. De tendencias moderadas, fue uno de los promotores de la desestalinización. Se le recuerda como el «superviviente», por haber sorteado los rigores de todas las «purgas» y haberse mantenido en los escalones más altos del poder a lo largo de todas las distintas etapas políticas (N. del E.).

[41] *Lend-Lease* es el nombre del programa mediante el cual, desde marzo de 1941 —nueve meses antes del ataque a Pearl Harbor— hasta el 2 de septiembre de 1945, fecha en que concluyó la guerra, los Estados Unidos suministraron al Reino Unido, la Unión Soviética, Francia, China y otros países aliados grandes cantidades de material bélico. El *Lend-Lease* fue establecido por una ley, firmada por Franklin Delano Roosevelt, que facultaba al presidente de los Estados Unidos para «vender, transferir títulos, intercambiar, arrendar, prestar, o disponer de cualquier otro modo, a cualquiera de los gobiernos [cuya defensa sea considerada, por su presidente, vital para la defensa de los Estados Unidos] todo tipo de material bélico defensivo» (N. del E.).

En 1939 entró a formar parte de la comisión del Comité Central que seleccionaba funcionarios para destinarlos a Asuntos Exteriores, donde muchos puestos se habían quedado vacantes como consecuencia del arresto o el despido de los colaboradores de Litvínov. La Comisión estaba dirigida por Gueorgui Malenkov, secretario del Comité Central responsable de los cuadros, y por Mólotov, quienes en Gromiko, hombre de partido y provinciano, apreciaron el conocimiento del inglés, una rareza para la época. Contratado en el Comisariado con un grado diplomático correspondiente más o menos al actual consejero, apenas unos días después Gromiko fue puesto al frente de la oficina América que, sin embargo, en aquel tiempo era menos importante que las oficinas Europa. Gromiko tuvo suerte: las purgas le habían hecho un hueco en el trampolín de lanzamiento.

Unos meses más tarde, en presencia de Mólotov, impaciente por mostrar al Jefe su descubrimiento, fue convocado por Stalin, un honor reservado raramente incluso a los embajadores: «Camarada Gromiko, se ha propuesto su candidatura para el nombramiento como consejero en nuestra representación en América. ¿Cómo están sus relaciones con la lengua inglesa?»

«Empezamos a llevarnos bien —respondió el futuro ministro—, aunque el aprendizaje es complejo, especialmente cuando falta la práctica».

El Jefe le dio un consejo valioso: «Cuando esté en América, procure frecuentar, de vez en cuando, las iglesias estadounidenses y escuchar los sermones de los pastores. Ellos hablan un inglés muy claro y tienen una buena pronunciación. No en vano los revolucionarios rusos en el extranjero recurrían a este método para perfeccionar las lenguas extranjeras».

Gromiko partió para Washington en octubre de 1939 y se dedicó al estudio no solo de la lengua, sino también de la historia, la economía y la política de los Estados Unidos. No era de los que pierden el tiempo con los placeres de la vida estadounidense, y ello, además de su particular buena suerte, lo ayudó a convertirse en un gran diplomático con una brillante carrera. Mucho más tarde Mólotov diría: «Elegí a Gromiko, un diplomático muy joven e inexperto, pero honesto, porque sabía que no nos defraudaría». El nuevo embajador tenía apenas treinta y cuatro años. Había crecido en una remota provincia y había sido profesor de marxismo-leninismo, era un dogmático y tenía la mentalidad de un contable, características de las que posteriormente se liberó, pero solo en parte.

El 23 de septiembre de 1943, Najum Goldman se presentó en la embajada para conocerlo. «El gobierno soviético —usó Gromiko el evasivo lenguaje diplomático— manifestará interés por estas cuestiones y yo estaré encantado de verla cada vez que usted tenga informaciones que darme». Goldman registró la impresión de «un hombre tranquilo, juvenil, muy prudente, pero simpático».

En 1944, Gromiko dirigió la delegación soviética en Dumbarton Oaks[42], donde se constituyó la Organización de las Naciones Unidas, y en la Conferencia de San Francisco de junio de 1945 suscribió, en nombre del gobierno soviético, el Estatuto de la ONU, un acto simbólico que le dio para siempre un puesto en la historia de la diplomacia. Tras la constitución de la ONU, también

[42] Localidad próxima a Washington donde tuvo lugar, del 21 de agosto al 7 de octubre de 1944, una conferencia a la que asistieron 39 naciones para debatir el proyecto de la Carta de la ONU (N. del E.).

los países árabes comenzaron a interesarse por las posiciones de la URSS sobre las cuestiones de Oriente Medio.

El 11 de octubre de 1944, Abdrajmán Sultánov, segundo secretario de la misión soviética en El Cairo, envió a Moscú el relato de una conversación con Musa al Alami, delegado de los árabes palestinos en la Conferencia Preparatoria del Congreso Panárabe[43]. Musa al Alami, quien evidentemente no podía conocer la nueva orientación antiárabe y prosionista de Moscú, dijo al representante soviético: «Los árabes palestinos depositan grandes esperanzas en las posiciones que la Unión Soviética asumirá sobre el problema palestino en la Conferencia de Paz. Sabemos bien que la URSS no es parte implicada en esta cuestión, no tiene afanes imperialistas en los países árabes y no aprueba el movimiento sionista».

Lleva la fecha del 25 de noviembre de 1944 y las firmas de Iván Samylovski, responsable de la oficina Oriente Medio del Comisariado para Asuntos Exteriores, y de Alekséi Shiborin, embajador en Egipto, un informe para Dekanózov titulado *Nuestra posición sobre una Federación panárabe y sobre la constitución de un Estado judío en Palestina*, que da una valoración negativa de los proyectos árabes: *Las aspiraciones de los árabes a reunirse en una única Federación panárabe son alimentadas y sostenidas por los ingleses, que la consideran útil para consolidar su influencia en Oriente Medio y para contrarrestar una posible penetración soviética en la región.*

El informe finalmente sugiere no alentar tales aspiraciones, pero al mismo tiempo no obstaculizarlas públicamente. Los diplomáticos recomendaron además no expresar opinión favorable sobre la creación de un Estado judío en Palestina, para no provocar una reacción negativa por parte de los países árabes, y circunscribir los cometidos de la diplomacia soviética en la región a aspectos puramente técnicos: *En Palestina debemos concentrar nuestra atención sobre todo en la restitución de las propiedades del antiguo gobierno ruso, de la Misión religiosa y de la Sociedad de Palestina.*

[43] Sultánov era arabista. A comienzos de los años treinta había prestado servicio en la representación diplomática en Arabia Saudita, trabajó posteriormente en el Instituto de Problemas Nacionales y Coloniales y en el Museo de los Pueblos de la URSS, y durante la guerra fue llamado al Comisariado de Asuntos Exteriores (N. del A.).

ESTADOS UNIDOS E INGLATERRA: ENTRE DOS AGUAS...

Como ya había ocurrido con Litvínov, también Maiski a su regreso a Moscú fue nombrado vicecomisario para Asuntos Exteriores sin delegaciones. En 1944, Stalin solicitó al Comisariado un estudio sobre el futuro estatuto del mundo en la posguerra: tres comisiones de expertos, dirigidas respectivamente por Maiski, Litvínov y Lozovski, trabajaron durante algunos meses y llegaron a conclusiones sustancialmente idénticas, recomendando la creación de un espacio colchón de seguridad en torno a la Unión Soviética, la neutralización de Alemania, la oposición a la constitución en Europa de un bloque militar en función antisoviética, y la suscripción de tratados de mutua asistencia con los países de Europa oriental.

En la relación que presentó a Mólotov, Maiski puso en primer plano la necesidad de asegurar al país un largo período de paz garantizado por la constitución de una Europa socialista; cuando esta no pudiera realizarse a corto plazo, sería indispensable dar prioridad al mantenimiento de buenas relaciones con Occidente y en particular con Estados Unidos e Inglaterra. Su opinión, sin embargo, fue ignorada y Maiski fue marginado de la actividad corriente del Comisariado. A principios de 1945 fue puesto al frente de la Comisión para la reparación de los daños causados por la invasión hitleriana, pero en 1946 fue definitivamente apartado del Ministerio de Asuntos Exteriores. El futuro vicepresidente de Mólotov, Vladímir Semiónov, estuvo presente en la llamada telefónica que decidió la suerte de Maiski. Mólotov preguntó: «¿Y adónde lo mando?».

Stalin quiso saber si en el pasado Maiski había publicado algún escrito, y Mólotov recordó un libro suyo sobre el movimiento obrero británico. La cuestión estaba resuelta: Maiski fue a trabajar al Instituto de Historia de la Academia de Ciencias y fue incluso elegido académico. El 19 de febrero de 1952 fue arrestado y, por sus pasadas relaciones amistosas con los líderes occidentales, acusado de haber mantenido contactos con los servicios secretos británicos.

Inmediatamente después fueron arrestados también tres de sus colaboradores de la embajada soviética en Londres, entre ellos el conocido publicista Ernst Henri (alias Semión Rostovski, alias Leonid Jéntov, hombre extraordinario y autor de dos libros célebres en los años treinta: *Hitler sobre Europa* y *Hitler contra la URSS*). Henri fue liberado en febrero de 1954. Maiski, según consta en los documentos judiciales, después de la muerte de Stalin retractó su testimonio, declarándolo fruto de la invención, pero no fue puesto en libertad y en mayo de 1955 fue juzgado por traición a la patria por la sección militar del Tribunal Supremo. Liberado en julio de 1955, pudo finalmente regresar al Instituto de Historia, pero la sombra oscura de aquellas acusaciones absurdas continuó cerniéndose sobre él.

A principios de 1957, cuando hubo que proceder al nombramiento de un curador para la nueva edición de la *Historia de la diplomacia* y del *Diccionario diplomático*, el académico Maiski parecía ser el candidato mejor en absoluto. Pero Dmitri Shepílov, que era secretario del Comité Central para la ideología, hizo llegar a los miembros de la presidencia del Comité Central una comunicación que calificaba de inoportuna esa candidatura, en cuanto Maiski había sido reconocido culpable de abuso de cargo durante su misión de embajador en Londres, condenado y nunca rehabilitado, sino solo indultado. La presidencia del Comité Central discutió el caso el 21 de febrero de 1957. El recién nombrado ministro de Asuntos Exteriores, Gromiko, pidió que Maiski no fuera nombrado

curador ni siquiera incluido en el comité de redacción, por no estar afiliado al partido: en efecto, tras su arresto Maiski había sido expulsado y no había sido reintegrado.

La elección del curador fue encomendada a la secretaría del Comité Central, que también reexaminaría la cuestión de la afiliación al partido de Maiski, cuya condena fue anulada solo en 1960.

La segunda comisión terminó sus trabajos el 27 de julio de 1945. El presidente Litvínov se equivocó clamorosamente al pronosticar una contraposición entre Estados Unidos y Gran Bretaña, a la que la Unión Soviética debería haberse sumado para contrarrestar la hegemonía estadounidense. Litvínov dedicó un capítulo de su informe a la «Cuestión palestina», que resumía de modo objetivo la historia del problema, señalaba la inconciliabilidad de las posiciones de árabes y judíos y se cerraba con una deducción pesimista: *La cuestión palestina no puede resolverse sino en detrimento de los derechos y las aspiraciones, ya sea de los judíos o de los árabes, o quizá de ambos.*

El grupo dirigido por Litvínov propuso, con carácter provisional y en espera de una definición resolutiva del problema, solicitar la asignación de la tutela sobre Palestina a la Unión Soviética. Por lo demás, como era sabido que los ingleses no aceptarían la propuesta, sugirió en segunda instancia atribuir a Unión Soviética, Estados Unidos e Inglaterra la tutela conjunta sobre el país. Interpretando correctamente la orientación del Kremlin, los diplomáticos soviéticos insistieron en poder participar más activamente en la discusión sobre las cuestiones de Oriente Medio.

Daniil Solod, que desde 1944 hasta 1951 fue embajador en el Líbano y acreditado también en Siria, escribió a Samylovski: *Podemos y debemos exigir participar en la solución de este problema, porque en Europa no hay judíos solo en la zona ocupada por los angloamericanos, sino también en la zona soviética. Y, además, Palestina no se encuentra solo en las vías de comunicación del imperio británico, sino también en las líneas de conexión marítima con diversos puertos de nuestro país.* Los diplomáticos soviéticos expertos en Oriente Medio consideraban Palestina, y en general toda la región, como terreno de choque entre los intereses de Estados Unidos y Gran Bretaña, y pensaban también que apoyando el proyecto de un Estado judío los estadounidenses intentaban excluir a los ingleses del área.

Mólotov sostenía con fuerza la tesis de las contradicciones internas del imperialismo y en 1947 creía realmente que «en todos los países capitalistas evolucionados estaban ya maduras las condiciones para el advenimiento del socialismo». Stalin y el propio Mólotov estaban ciertamente anquilosados en los dogmas, pero hay que decir que sus opiniones eran rebotadas por embajadas, servicios secretos y aparato del Comité Central en forma de apuntes y de informes, y ellos por esto terminaban por creer que sus ideas eran confirmadas por los hechos, mientras que, en realidad, las informaciones que recibían eran expresamente manipuladas en la fuente, para hacerlas conformes al pensamiento de quienes estaban en la cúpula del país. En el otoño de 1947, por ejemplo, tanto la embajada como la *rezidentura* soviéticas en Estados Unidos señalaron a Stalin y Mólotov la «fascistización» de América, convertida en «el centro de la reacción mundial y de la actividad antisoviética».

Entretanto, la cuestión palestina había entrado en un callejón sin salida. En octubre de 1943, Churchill había declarado a Weizmann: «Tras la derrota de Hitler, los judíos deberán crear su Estado allí donde nacieron. Balfour me dejó esta tarea y no pienso incumplirla». Y un año después, en el curso de otra conversación, había reiterado: «Sería bueno que toda Palestina fuera vuestra.

Yo soy favorable a incluir en el Estado judío también el desierto del Néguev». Pero en la posguerra Churchill perdió las elecciones y Londres se dio un nuevo gobierno, cuyo ministro de Asuntos Exteriores, Ernest Bevin, no consideraba necesario crear un Estado para los judíos palestinos. Y en cambio, extrañamente, a contribuir al nacimiento de Israel fueron precisamente su obstinación, su reticencia al compromiso, y en particular a la concesión de un refugio en Palestina a los judíos que huían de Europa.

El 30 de abril de 1946, una comisión angloamericana propuso trasladar a cien mil refugiados judíos a Palestina, sin mencionar sin embargo la constitución de un Estado judío y de un Estado árabe en una región que debería haber permanecido bajo control británico. El gobierno de Londres rechazó la propuesta. El 4 de julio, Truman dirigió personalmente una petición a los ingleses para que permitieran a los cien mil judíos entrar en Palestina; si entonces Inglaterra hubiera accedido, el problema se habría redimensionado y los políticos estadounidenses se habrían dedicado a otra cosa. Pero la intransigencia inglesa agravó la cuestión, obligando a otros países, en primer lugar, a Estados Unidos a ocuparse de Palestina; así pues, también la terquedad de los británicos favoreció la creación de Israel.

El 15 de mayo de 1946, la oficina de Oriente Medio del Ministerio de Asuntos Exteriores soviético preparó un informe sobre la cuestión palestina. Considerando que los ingleses y los estadounidenses intentaban impedir la intervención de otros países en la solución de la cuestión palestina, hasta que no se hubieran apoderado completamente de la región, los diplomáticos soviéticos propusieron que la URSS declarara a la comisión angloamericana incompetente para discutir y resolver la cuestión palestina en ausencia de las partes interesadas; solicitara la revocación del mandato británico sobre Palestina, considerado un impedimento para la solución del problema, y el retiro de las tropas británicas; propusiera la tutela de la ONU sobre el territorio con vistas a la constitución de una Palestina independiente y democrática.

El vicecomisario Dekanózov acompañó el apunte con una anotación para Mólotov: *Las propuestas me parecen aceptables. Quedo a la espera de sus instrucciones.* Fuerte del apoyo de Beria, Dekanózov actuaba libremente, tomaba decisiones de todo tipo, daba indicaciones a los embajadores. A Vyshinski, de su mismo rango, no podían gustarle las intrusiones en su esfera de competencia, pero no manifestó nunca su descontento: temía a Dekanózov y a todos los demás *chequistas*. Mólotov, que no se orientaba bien en la problemática de Oriente Medio, convocó a todos sus vicepresidentes, «los camaradas Vyshinski, Lozovski, Dekanózov. Para discutir».

El gobierno de la URSS vacilaba en definir su posición y en decidir de qué lado ponerse. Ciertamente, su apoyo iría a quien, a cambio, siguiera luego una línea prosoviética, y Moscú, cuyo objetivo prioritario era forzar a Inglaterra a abandonar Palestina, terminó por intervenir a favor de la constitución de un Estado judío, visto y considerando que los judíos palestinos mantenían una orientación anti inglesa y conducían una guerra de hecho contra los británicos.

Por su parte, los dirigentes de la comunidad judía de Palestina seguían con atención la evolución de la posición de los soviéticos. Desde Jerusalén, Eliahu Sasson[44], responsable de la Sección Árabe del Departamento Político de la Agencia Judía, expuso en una carta fechada el 28 de junio de 1946

[44] Posteriormente jefe de la oficina de Oriente Medio del Ministerio de Asuntos Exteriores de Israel, y más tarde embajador en Turquía (N. del A.).

y dirigida a Epstein, nuevo representante de la Agencia Judía en Washington, su interpretación de la política soviética:

Moscú no puede aceptar que Gran Bretaña intente resolver los problemas de la región autónomamente y solo en función de sus propios intereses, sin involucrar a Rusia ni siquiera en la medida en que involucra a Estados Unidos. Los rusos han manifestado su irritación sobre todo con ocasión de la abolición del mandato sobre Transjordania, que así se ha vuelto independiente, y de la firma de un acuerdo militar entre la propia Transjordania e Inglaterra, que permitirá a esta última mantener en el territorio del nuevo Estado un contingente ilimitado de tropas. El acuerdo transforma Transjordania en una base militar inglesa que controla toda la región árabe y, en determinadas circunstancias, podría ser utilizada por Gran Bretaña como «trampolín» para alcanzar las fronteras de Rusia. Sin embargo, no habiendo podido impedir su firma, Rusia intenta ahora hacer saltar el tratado mediante una intervención indirecta en la solución del problema palestino.

La Unión Soviética alentaba toda forma de resistencia a los ingleses: las acciones de árabes y judíos en Palestina, de kurdos y chiíes en Irak, la oposición política en Egipto, Líbano y Siria. En cuanto a la cuestión palestina, la URSS permanecía a la espera de que la situación se volviera insostenible para Inglaterra y que el problema fuera llevado al examen de un consorcio internacional, en cuyo ámbito el gobierno soviético podría influir en la solución de este como también de los demás problemas del Oriente árabe.

«Considero este escenario muy próximo a la realidad —continuaba Sasson—. Si es así, no debemos temer la discusión del problema palestino en el Consejo de Seguridad o en la Asamblea de la ONU, ni pavimentar la hostilidad de Rusia; al contrario, hay fundadas razones para considerar que esta asumirá una posición amistosa hacia nosotros. No porque simpatice con nosotros ni porque deteste a los árabes, sino porque quiere ajustar cuentas con los ingleses. Si alguien sale perdiendo, serán los árabes y Gran Bretaña […]».

Los sionistas ya habían tenido demostraciones concretas de simpatía por parte de la dirección soviética. Después de la guerra, el gobierno provisional polaco y el gobierno soviético firmaron un acuerdo «Sobre el derecho de las personas de nacionalidad polaca o judía a renunciar a la ciudadanía soviética y a regresar a Polonia»[45]: todos los ciudadanos polacos que, tras la partición de 1939, se encontraban en territorio soviético, podían ahora volver a casa. La mayoría de los judíos polacos prefirió no quedarse en la Unión Soviética y partió hacia Polonia, donde sin embargo rápidamente comprendió que no era bienvenida; por ello, sin impedimentos de ningún tipo, prosiguió hacia Palestina.

Andréi Smirnov fue un diplomático célebre: ingresó en el Comisariado para Asuntos Exteriores en 1936, justo antes de la guerra fue acreditado como consejero en la representación en Alemania y, desde 1941, como embajador en Irán, donde estaban estacionadas tropas soviéticas. Más tarde ocuparía importantes cargos en el aparato del Comité Central, para ser luego nombrado embajador

[45] En la Unión Soviética, país multiétnico, existía una sola ciudadanía: la soviética. Sin embargo, junto a esta, en todos los documentos de cada ciudadano figuraba también la nacionalidad, vinculada en la mayoría de los casos a la familia de origen y al lugar de nacimiento. Existían así ciudadanos soviéticos de nacionalidad polaca, georgiana, armenia, ucraniana, tártara, kirguís y, naturalmente, también judía. Al alcanzar la mayoría de edad era posible, no obstante, optar por una nacionalidad distinta de la originaria, y muchos preferían convertirse en rusos.

primero en Alemania y luego en Austria, y finalmente viceministro de Asuntos Exteriores. Estaba al frente de la oficina Europa cuando, el 4 de septiembre de 1946, recibió una información del general Golubev, vice responsable de las actividades de repatriación ante el Consejo de Ministros de la URSS: *Le transmito, para su oportuno conocimiento, la comunicación del coronel Starov, encargado en Austria de las operaciones de repatriación: ha comenzado el tránsito, a través de Checoslovaquia y de la zona soviética de Austria, de los judíos procedentes de Polonia con destino a Palestina. Se calcula que son doscientos mil […]*

Según se sabe, los convoyes se dirigen hacia Múnich, en la zona de ocupación estadounidense, donde se habría instalado un centro de acogida para su posterior envío a Palestina […]. La fuga precipitada de exciudadanos soviéticos creaba una situación embarazosa y perjudicaba la reputación del socialismo; Smirnov se apresuró a pasar la comunicación al ministro para su posterior reenvío a Stalin, quien, sin embargo, informado, no se inmutó en absoluto y no detuvo la emigración.

LA URSS SOCORRE A LOS SIONISTAS

Las propuestas formuladas por la Comisión angloamericana el 30 de abril de 1946 fueron rechazadas con firmeza por los países árabes, y el 27 de julio otra Comisión de expertos presentó un nuevo proyecto que preveía la división de Palestina en cuatro regiones – una judía, una árabe y dos bajo control directo inglés – reunidas en un único Estado con un gobierno central presidido por el Alto Comisionado británico. Los diplomáticos soviéticos rechazaron de inmediato la idea y retomaron la propuesta de poner Palestina bajo la tutela de la ONU.

El único obstáculo que se interponía a la nueva alianza entre sionistas y Unión Soviética era la actitud que asumir respecto a la situación de los judíos soviéticos, que algunos dirigentes del movimiento sionista consideraban oportuno ignorar a cambio del apoyo soviético, mientras que otros rechazaban categóricamente la política de dos varas de medir.

Yakov Robinson, director del sector de Estudios Judíos del Congreso Sionista Mundial, declaró durante la reunión del Consejo Sionista Extraordinario Estadounidense del 19 de noviembre de 1946: «En 1941 comenzó una nueva fase en nuestras relaciones con la Unión Soviética. Empezamos a ensalzarla, a pesar de que conocíamos muy bien sus peores horrores. Y ello podía ser justificable mientras duró la guerra: la victoria sobre la Alemania nazi era lo más importante. Pero la "cortina de hierro" evocada por Churchill es hoy una realidad concreta. Los judíos estadounidenses no tienen la menor idea de lo que ocurre en la Unión Soviética. ¿Por qué se considera que allí el problema judío está resuelto? No es así, el antisemitismo se desboca […]».

De una «cortina de hierro» caída en Europa para separar a los países libres de los países sin libertad había hablado el exprimer ministro inglés en su famoso discurso pronunciado en Fulton el 5 de marzo de 1946, y la expresión era perfectamente adecuada: Europa se había dividido; pero en realidad Churchill ya había usado esa expresión en una carta dirigida a Truman, fechada el 12 de mayo de 1945: *Una cortina de hierro ha descendido sobre su frente. Nosotros no sabemos qué ocurre al otro lado de ella.*

Los judíos de Palestina consiguieron su objetivo: las autoridades británicas cedieron. El 14 de febrero de 1947, Bevin, visto y considerando que las propuestas inglesas habían sido rechazadas por los árabes, anunció la decisión de su gobierno de remitir a la ONU la cuestión de Palestina. Era un gesto que delataba desesperación. Pero la renuncia a Palestina por parte de Inglaterra fue grata a los diplomáticos soviéticos, que habían asumido una actitud benevolente hacia los grupos judíos clandestinos en lucha contra los ingleses.

Desde el Líbano, Solod escribió a Samylovski el 19 de febrero de 1947: *Los ingleses se han apasionado hasta tal punto con el juego de la guerra contra los terroristas judíos que, además de organizar las habituales redadas del ejército en Tel Aviv y pequeños batidas en las demás ciudades de Palestina, han cercado con alambre de espino barrios enteros de Haifa y Jerusalén. Y todo ello es tan ridículo que los palestinos han rebautizado estos barrios como "Bevingrado".*

En Inglaterra, el rígido invierno se acompañó de la crisis energética más grave de la historia del país. La industria de hecho se detuvo, los ingleses morían de frío y, como nunca, el gobierno británico deseaba buenas relaciones con los países árabes exportadores de petróleo.

El 6 de marzo de 1947, el consejero Borís Stein, a cuya consultoría el Ministerio recurría de tanto en tanto a pesar de que los judíos habían sido excluidos del servicio diplomático soviético, envió a Vyshinski un apunte sobre la cuestión palestina: *Hasta ahora la URSS no ha formulado su posición sobre la cuestión de Palestina. Pero, en vista de la inminente discusión en las Naciones Unidas, la definición del punto de vista soviético sobre el tema se vuelve necesaria*[46]. Stein consideraba inactual la idea de una tutela sobre Palestina: «La población (tanto árabe como judía) no la aceptaría; está madura para la independencia, y la exige. El hecho de que Gran Bretaña haya remitido la cuestión a las Naciones Unidas ofrece por primera vez a la URSS la posibilidad no solo de expresar su opinión al respecto, sino también de incidir efectivamente en los destinos de Palestina. La Unión Soviética no puede no apoyar la solicitud de plena independencia de Palestina como Estado».

Entretanto, en marzo de 1947 había concluido la carrera de Vladímir Dekanózov. La cuestión de Oriente Medio pasó a ser competencia de Andréi Vyshinski[47].

El 2 de abril de 1947, el gobierno de Gran Bretaña solicitó al Secretario General de la ONU que pusiera la cuestión palestina en el orden del día de la sesión ordinaria de la Asamblea General, o bien que convocara una sesión extraordinaria para proceder al nombramiento de una comisión *ad hoc*. Los gobiernos de Egipto, Irak, Siria, Líbano y Arabia Saudita presentaron una contrapropuesta, solicitando discutir en el curso de una sesión extraordinaria de la ONU la revocación del mandato inglés sobre Palestina y la proclamación de la independencia del país. En el mismo período, la oficina de Oriente Medio del Ministerio de Asuntos Exteriores elaboró la posición soviética apuntando a la liquidación del mandato y al retiro de las tropas británicas, y dejando el resto en la vaguedad.

El 28 de abril se abrió en Nueva York la sesión extraordinaria de la ONU sobre Palestina. La propuesta presentada por los países árabes de proclamar inmediatamente la independencia del país fue rechazada.

Considerando que los políticos británicos se habían, como suele decirse, lavado las manos, el destino de Palestina dependía ya de las otras dos grandes potencias: Estados Unidos y Unión Soviética. El presidente Truman no podía hacer mucho. Los exponentes más influyentes de su administración estaban categóricamente en contra de la constitución de un Estado judío y en aquel

---

[46] Stein había ingresado en el Comisariado de Asuntos Exteriores en 1920 y, antes de la guerra, había sido embajador en Finlandia y en Italia. Posteriormente emprendió la carrera académica y enseñó en la Escuela Superior Diplomática y en la del Partido Comunista (N. del E.).

[47] Este pasó a la historia primero como juez y luego como fiscal en los tristemente célebres procesos de Moscú de los años treinta. En realidad, Vishinski fue fiscal de la URSS solo durante cuatro años, los mismos que pasó como viceministro de Asuntos Exteriores. En el Ministerio, sin embargo, trabajó en total catorce años, muchos más que en la Fiscalía, de donde fue retirado ya en el verano de 1939 para convertirse en adjunto del jefe del gobierno con delegación para la cultura y la instrucción y, desde 1940, también en vicecomisario de Asuntos Exteriores. Para gran satisfacción de Stalin, Mólotov y Vishinski se detestaban: el primero no perdía ocasión para reprender al colega con frases como: «¡Usted solo sabe pronunciar discursos!», pero Vishinski hacía caso omiso y en el ámbito diplomático brillaba también por su distinguida presencia; cuando se presentaba en público siempre con su uniforme diplomático color acero, parecía un verdadero general. Entre los colaboradores de Stalin fue sin duda el más culto: dominaba muy bien el polaco y el francés, con soltura el alemán y el inglés, y era capaz de mantener elegantes conversaciones con los extranjeros sobre los que deseaba causar impresión. Dotado de cierto encanto y de ingenio, agradaba a los diplomáticos extranjeros, especialmente a aquellos que no comprendían demasiado bien la realidad soviética (N. del A.).

momento el futuro político del presidente parecía bastante sombrío: las encuestas lo daban inevitablemente perdedor en las elecciones, e incluso dentro de la propia administración su autoridad estaba resquebrajada. Estaba lidiando con problemas realmente graves y, por tanto, sobre la cuestión de los judíos palestinos, dejó que fuera la ONU la que decidiera.

En suma, la última palabra correspondía a Stalin. Con gran estupor de los sionistas, la Unión Soviética acudió en su socorro, y no se limitó a apoyarlos, sino que encomendó la tarea de insistir en la constitución de un Estado judío en Palestina a Gromiko, a quien en abril de 1946 Stalin había relevado del cargo de embajador en Washington para nombrarlo representante permanente ante las Naciones Unidas y, simultáneamente, a fin de elevar su estatus, viceministro de Asuntos Exteriores.

Gromiko ponía en práctica las directivas de Moscú con rapidez y eficiencia, era infatigable, y Mólotov no cesaba de congratularse: lo había elegido y promovido entre todos los diplomáticos soviéticos también porque tenía un carácter similar al suyo, había estado en su escuela y había adoptado su estilo diplomático, seco, rígido e intransigente. Por lo general debía decir «no», pero esta vez, ateniéndose a las instrucciones de Moscú, Gromiko, categórico como de costumbre, dijo «¡sí!» y la creación de un Estado judío dejó de ser solo una idea para convertirse en una posibilidad real. El 14 de mayo de 1947, el representante soviético intervino en la sesión extraordinaria de la Asamblea General convocada para nombrar una Comisión para Palestina, y en esa sede el suyo fue el único discurso políticamente significativo.

Tras reiterar que Inglaterra había incumplido el mandato, Gromiko afirmó que «a la cuestión de Palestina y de su futuro estatuto estatal estaban ligadas las aspiraciones de una gran parte del pueblo judío», y argumentó el derecho de los judíos a construir su propio Estado en Palestina diciendo: «Durante la última guerra, el pueblo judío ha padecido terribles e indescriptibles sufrimientos […]. Se calcula en unos seis millones el número de judíos caídos a manos de los verdugos fascistas, y solo un millón y medio de judíos ha sobrevivido a la guerra en Europa occidental. Pero estas cifras, si bien dan una idea de las pérdidas causadas al pueblo judío por los agresores fascistas, no representan la gravedad de la situación en que muchísimos judíos escapados de la masacre se han encontrado después de la guerra: sin patria, sin techo, ni medios de subsistencia. Cientos de miles de judíos vagan por Europa en busca de refugio. Muchos están aún en campos de internados, sometidos a grandes privaciones […]. Es lícito preguntarse cómo pueden las Naciones Unidas no tomar a pecho la difícil condición en que se encuentran estas personas arrancadas de sus casas y de su patria […]. Ha llegado el momento de prestarles ayuda no con palabras, sino concretamente […]. El hecho de que ningún Estado de Europa occidental haya sido capaz de garantizar los derechos elementales del pueblo judío y de protegerlo de la violencia fascista explica el deseo de los judíos de construirse un Estado propio. Sería injusto no tomar en consideración esta circunstancia y negar al pueblo judío el derecho a realizar sus propias aspiraciones […]».

Gromiko propuso cuatro posibles soluciones del problema: la creación de un único Estado de árabes y judíos con paridad de derechos; la división de Palestina en dos Estados; la creación de un Estado árabe con una minoría judía; la creación de un Estado judío con una minoría árabe. Concluyó diciéndose partidario de un «único Estado binacional, árabe-judío, independiente y democrático», pero añadió que, si la convivencia pacífica de árabes y judíos se revelara imposible, sería necesario constituir dos Estados independientes.

El discurso fue una agradabilísima sorpresa para los sionistas. Gromiko no solo había recordado los padecimientos del pueblo judío, sino que también había afirmado que este merecía tener su propio Estado. Los árabes, en cambio, quedaron estupefactos: no habían considerado a Moscú un actor de primer plano en la escena de Oriente Medio y se habrían contentado con provocar un choque entre Inglaterra y Rusia. Pero ahora se daban cuenta de que debían contar también con la opinión de esta última.

Wall, secretario de la Conferencia Judío-Estadounidense, el 15 de mayo de 1947 escribió desde Washington al presidente de la sección América de la Agencia Judía: *He trabajado mucho tanto con la embajada soviética como con la delegación en Nueva York y debo decirle que la embajada en Washington ha manifestado extremo interés por contribuciones y propuestas que pudieran llegar a la delegación soviética en la ONU por parte nuestra […] Por lo demás, en el curso de todas las conversaciones que he tenido, tanto en la embajada como con los representantes en la ONU, nunca he percibido aversión por los ideales del pueblo judío. Con mi —y espero que su— gran satisfacción, la delegación soviética nos ha apoyado más allá de toda previsión, si pensamos en lo que en general podemos esperar de las otras grandes potencias. Contrariamente a lo que ha publicado la prensa, ha habido notables divergencias entre las delegaciones árabes y la soviética, cuyas posiciones corresponden más bien a los objetivos de la Agencia Judía […].*

La línea política soviética sobre la cuestión palestina, sin embargo, contrastaba con lo que ocurría dentro del país: Stalin se disponía a donar un Estado a los judíos palestinos, pero prohibía a los soviéticos solidarizarse con los sionistas, cosa que en cambio permitía a sus diplomáticos. En la Unión Soviética incluso el apoyo moral al sionismo era considerado un crimen. Precisamente en los días en que en Nueva York se comentaba el discurso de Gromiko a favor del sionismo, en Ucrania el ministro de Seguridad del Estado, general Serguéi Savchenko, informó al primer secretario del Comité Central, Lázar Kaganóvich, quien aunque nunca había renegado de su origen judío y seguía patrocinando el teatro judío de Moscú, no dejaba de repetir que se había batido toda su vida contra el sionismo: «En el ámbito de la intelectualidad judía, elementos sionistas intensifican su actividad nacionalista […] acusando calumniosamente a los dirigentes del Partido y al Estado soviético de no haber creado las condiciones necesarias para preservar la nación judía en la URSS. Sostiene que, después de la guerra, la llamada cuestión judía se habría agudizado, por lo que se auspicia la constitución de un Estado judío autónomo y la emigración de la juventud judía a Palestina […]».

El 15 de mayo, la Asamblea General de la ONU encomendó a una Comisión Especial, formada por representantes de once países, la tarea de estudiar la situación en Palestina y formular las debidas recomendaciones al respecto. Según el informe presentado tres meses y medio después, la mayoría de los miembros de la Comisión consideraba necesario constituir dos Estados independientes y poner Jerusalén bajo la tutela de la ONU. La minoría, que comprendía Yugoslavia, India e Irán, propuso crear una federación de dos Estados con Jerusalén como capital: «Los judíos introducirán en esta tierra el dinamismo social y los métodos científicos de Occidente, mientras que los árabes traerán su individualismo y su concepción intuitiva de la vida. Palestina será un solo país, unido, en el que se realizarán los ideales de los pueblos semitas».

El 11 de septiembre de 1947, el primer secretario de la embajada soviética en Washington, Mijaíl Vavílov[48], invitó a desayunar a Epstein para discutir del trabajo realizado por la Comisión Especial de la ONU que decidiría la suerte de Palestina y, finalmente, le planteó de manera directa la pregunta que apremiaba a Moscú: «¿Qué tipo de relaciones prevé entre el futuro Estado judío en Palestina y la Unión Soviética?». Epstein respondió: «Por evidentes razones de orden geográfico, económico y político, la primera preocupación del Estado judío debe ser la instauración de buenas relaciones con la Unión Soviética. Los dos países están relativamente cerca y existen las condiciones para un intercambio comercial conveniente, por lo que el Estado judío está inevitablemente llevado a tratar de establecer con la URSS relaciones de amistad y de recíproca comprensión. Por lo demás, los sentimientos de amistad que los judíos palestinos profesan a los rusos son bien conocidos […]». Y esto era lo que el diplomático soviético esperaba oír.

Vista la delicadeza de la situación, a Nueva York llegó también Vyshinski, cosa que disgustó a Gromiko. Los dos hombres nutrían una recíproca antipatía. Gromiko, primero como embajador y luego como representante en la ONU, se había acostumbrado a una relativa autonomía, y además estaba irritado por las maneras aristocráticas de Vyshinski, quien a su vez mal toleraba el temperamento flemático de Gromiko.

Algunos documentos, hoy desclasificados, procedentes de los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores, revelan con claridad y sin eufemismos diplomáticos la posición asumida entonces por la Unión Soviética. El 30 de septiembre de 1947, Mólotov telegrafió a Vyshinski: *Tenga presente que nuestra propuesta de constituir un único Estado binacional, como primera variante para la solución de la cuestión palestina, estaba basada en consideraciones de carácter táctico. Nosotros no podemos tomar la iniciativa de crear un Estado judío, y es pues la segunda variante expuesta en las instrucciones enviadas a Gromiko, que usted bien conoce, la que mejor representa nuestra posición. Puesto que la mayoría de los miembros de la Comisión se ha pronunciado a favor de un Estado judío autónomo, usted deberá apoyar tal opinión. Le ruego enviar un acuse de recibo.*

Esas instrucciones para la delegación en la ONU habían sido aprobadas por el propio Stalin, quien, mientras por razones tácticas ordenaba a Gromiko promover la idea de un único Estado árabe-judío, en realidad en Palestina deseaba ver solo a Israel. El 15 de octubre, Vyshinski respondió a Mólotov: *Nuestra declaración sobre Palestina ha sido acogida con muy buenos ojos por los judíos. Los árabes en cambio están decepcionados, aunque, tras la intervención de Gromiko en la sesión extraordinaria, ya no esperaban que nuestra posición pudiera cambiar.*

La orientación de apoyar a los judíos estaba ya fuera de toda duda: Gromiko y Vyshinski recibieron orden de concordar su posición con los sionistas y de votar a su favor. El 16 de octubre, Mólotov envió a Vyshinski nuevas instrucciones de parte del Jefe: *No hay motivos para oponerse a la moción colombiana que, desde un punto de vista político, al contrario, consideramos oportuno apoyar. Esta prevé, en efecto, además de la solución de la cuestión ligada a la inmigración de ciento cincuenta mil judíos a Palestina, también la del problema de los judíos europeos reducidos a la miseria. Pero es necesario conocer la opinión de los propios judíos. Si la moción colombiana encuentra su aprobación, usted no deberá oponerse. Manténganos informados de los avances.*

El 26 de octubre, Moshé Shertok [Sharett] visitó al encargado de negocios *ad interim* soviético, Semión Zarapkin, quien, antes de ser destinado a la embajada, había dirigido la oficina América

[48] Ingeniero e investigador científico en el campo de la metalurgia, Vavilov fue destinado por el partido al Comisariado de Asuntos Exteriores; tras un período en Afganistán, fue vicecónsul en Los Ángeles y luego cónsul general en San Francisco (N. del A.).

del Comisariado para Asuntos Exteriores. Shertok anotó con agudeza: *La parte soviética no se ha declarado dispuesta a hacer suyo nuestro punto de vista, ni mucho menos lo ha prometido; sin embargo, ha demostrado querer conocer y comprender nuestra posición. En el curso de la conversación tuve casi la impresión de que se nos pedían instrucciones […].*

Shertok no sabía cuán importante era para los diplomáticos soviéticos conocer la opinión de los sionistas. Así lo quería Stalin, quien desde el fin de la guerra pasaba tres o cuatro meses al año en el sur del país y regresaba a Moscú solo para su cumpleaños, el 21 de diciembre, aunque seguía con gran atención, incluso de vacaciones, lo que ocurría en las Naciones Unidas, a través de un flujo continuo de telegramas cifrados. El 26 de octubre, Mólotov le escribió ampliamente: *Vyshinski comunica que el primer subcomité de la Comisión para Palestina ha iniciado la elaboración de un proyecto para el reajuste del país en el período de transición, basado en recomendaciones adoptadas por unanimidad y en el informe de mayoría del propio Comité. El proyecto preveía la revocación del mandato y el retiro de las tropas británicas, la proclamación de un Estado árabe y de un Estado judío y la definición de las fronteras.* Mólotov solicitaba la aprobación del Jefe: *Vyshinski observa que el proyecto calca sustancialmente la opinión de los representantes de la Agencia Judía. Propongo aprobar las sugerencias de Vyshinski.* En el apunte conservado en los archivos se puede leer: *El camarada Poskrebyshev comunica por teléfono el asentimiento del camarada Stalin.* Podtserob[49].

[49] Aleksandr Poskrëbyshev fue el secretario personal de Stalin durante casi tres décadas. Boris Podtserob, asistente de Mólotov, se convirtió en 1949 en secretario general del Ministerio de Asuntos Exteriores, y en 1952 en viceministro (N. del A.).

EL FAMOSO DISCURSO DE GROMIKO

Cuanto más explícitamente la Unión Soviética apoyaba a los sionistas, tanto más pertinaz, por parte estadounidense, se hacía la oposición a la idea de constituir un Estado judío. En Washington, los adversarios más influyentes de los sionistas, que de hecho determinaban la posición de los Estados Unidos, eran el Secretario de Estado George Marshall y el Secretario de Defensa James Forrestal, quienes habían temido que los países árabes se acercaran a la Unión Soviética y que ello pudiera privar a Estados Unidos del petróleo de Oriente Medio.

George Catlett Marshall pasó toda su vida en el ejército. Tras el ataque a Pearl Harbor, Truman lo nombró su consejero militar, y fue precisamente Marshall quien en 1945 le aconsejó lanzar la bomba atómica sobre Japón. Stalin lo condecoró con la Orden de Suvórov, que le fue entregada por Andréi Gromiko. Después de la guerra, Marshall se retiró y Truman lo nombró Secretario de Estado. Héroe de guerra, Marshall fue sin embargo también el autor del célebre plan de reconstrucción económica para Europa. Su primer vicepresidente y futuro sucesor fue Dean Acheson, hombre de carácter y de principios inquebrantables, que durante la Segunda Guerra Mundial había sostenido la necesidad de mantener buenas relaciones e incluso de compartir los secretos de la energía atómica con la Unión Soviética, para conservar la confianza de Estados Unidos e Inglaterra.

Posteriormente, sin embargo, ya en septiembre de 1945 cuando era subsecretario de Estado para asuntos políticos, el intento llevado a cabo por Stalin de forzar a Turquía a cederle el control sobre el Bósforo lo indujo a cambiar de opinión, y a partir de ese momento se esforzó por convencer a Truman de que contrastara con firmeza el expansionismo del líder soviético. Acheson fue el ideólogo de la llamada política de contención (*containment*). Durante las frecuentes ausencias de Washington de Marshall, era su vicepresidente quien dirigía, en perfecta sintonía con las convicciones de su superior, la actividad de la diplomacia estadounidense, la cual quería comprometida no solo y no tanto a defender los intereses petroleros del país, cuanto a impedir la constitución de una cabeza de puente en Oriente Medio por parte de Stalin. También en los servicios secretos estadounidenses el tono lo daban los partidarios de los países árabes.

Director General para la Información del Departamento de Estado era el exembajador en Arabia Saudita William Eddy, cuyas simpatías por el mundo árabe resultan evidentes si se piensa que, una vez jubilado, se convirtió en un consejero muy bien remunerado de la Aramco. En la CIA, el mayor experto en Oriente Medio era considerado Carmitt Roosevelt, nieto del fallecido presidente Theodore, quien, una vez dejado el servicio de Estado, obtuvo el puesto de vicepresidente de la Gulf Oil.

El repentino interés de la Unión Soviética por Oriente Medio y su declarado apoyo a los sionistas tomaron por sorpresa a los estadounidenses. El 2 de noviembre de 1947, Helber, consejero político en la representación de la Agencia Judía en Nueva York, tuvo una conversación con el director de la oficina de la ONU del Departamento de Estado, Dean Rusk: *Rusk me recibió en el hotel de Marshall* – escribió Helber en su informe. *Durante la guerra tenía el grado de coronel, y hasta marzo de este año ha trabajado como asistente para asuntos políticos del Secretario de Defensa. Es uno de los viejos compañeros de armas que el Secretario de Estado se ha traído al Departamento. Rusk no es un director como otros porque es el hombre*

de confianza de Marshall, y cuando habla lo hace en su nombre. Por tanto, es oportuno prestar la máxima atención a algunas de sus consideraciones, que reproduzco a continuación. Según Rusk, *está en nuestro interés evitar cualquier manifestación de simpatía hacia Rusia, cuya política repentinamente prosionista, favorable a la partición de Palestina, resulta bastante sorprendente. Se dice que actualmente muchos exinternados, desplazándose a través de la zona rusa, se van reuniendo en Constanza, en el Mar Negro, y se embarcan hacia Palestina. Este hecho, que nosotros podemos considerar como fruto de una actitud humanitaria por parte soviética, puede en cambio suscitar inquietud en el bloque angloamericano, si se interpreta como maniobra de una gran potencia en la que los exinternados juegan el papel de peones. Por consiguiente, Rusk nos aconseja evaluar el efecto que la constatación de cualquier relación privilegiada entre sionistas y Unión Soviética podría surtir sobre Estados Unidos y el mundo occidental.*

Cuando Helber le preguntó por qué, a su modo de ver, la URSS había empezado a simpatizar con los judíos de Palestina, Rusk respondió que los rusos se proponían ante todo torpedear el Plan Marshall y que, a tal fin, trataban de garantizarse el apoyo de los judíos de Europa y América. Pero Rusk, que estaba destinado a una gran carrera, hasta llegar a ser Secretario de Estado con Kennedy, se equivocaba. Y entonces, ¿qué indujo a Stalin a hacer todo cuanto estaba en su poder para crear el Estado de Israel?

Golda Meir, primera embajadora en Moscú, luego ministra de Asuntos Exteriores, y finalmente primera ministra de Israel, ha escrito: *Hoy no tengo más dudas: el objetivo de los soviéticos era excluir a Inglaterra de Oriente Medio. Sin embargo, en el otoño de 1947, durante el debate en la ONU, creí que el bloque soviético nos apoyaba porque los propios rusos habían pagado un precio espantoso por la victoria y, solidarizándose con los judíos que tanto habían padecido a manos nazis, comprendieran y reconocieran su derecho a tener un Estado.* Pero ¿la suerte de los judíos, víctimas de un genocidio, interesaba realmente a Stalin? La respuesta es simple: ciertamente no, como por lo demás no le interesaba el destino de otros pueblos. Stalin había dejado de sentirse georgiano hacía tiempo. Quería ser ruso y se consideraba tal. Su hijo Vasia, de niño, dijo un día a su hermana: «¿Pero sabes que nuestro papá una vez fue georgiano?».

Leonid Timoféiev, un profesor de Historia de la literatura, que durante toda la guerra llevó un diario minucioso publicado solo recientemente, anotó el 13 de diciembre de 1944: *Dicen que, en el último cuestionario que ha cumplimentado, Stalin se declaró de nacionalidad rusa.*

En realidad, ya desde hacía mucho tiempo Stalin no cumplimentaba cuestionarios, y las pocas personas que, por motivos de trabajo, habían tenido ocasión de verlos, eran muy reservadas al respecto, pero es en todo caso sintomático que se hablara de esto, visto que la cuestión nacional era candente. Aún de Timoféiev: *Ayer vino Evin. Quería colocarlo en el Instituto Pedagógico y al principio todo fue bien; pero cuando salió a relucir su nacionalidad, la candidatura fue rechazada bruscamente y sin comentarios. Extraño: pensaba que se había acabado […] En la Universidad es igual: para los judíos el acceso al doctorado ha sido suspendido, y de manera tan torpe que todos hablan de ello […] En los demás institutos universitarios se recomienda no asignar cursos de literatura rusa a judíos. Entre nosotros están en duda dos profesores agregados que tienen la desgracia de ocuparse de literatura rusa […] Detalle curioso: Egolin*[50] *me ha preguntado si tengo a alguien para enviar a trabajar con él, pero cuando le propuse a Shchirina, él dijo que no valía, porque es judía. En las Ediciones del Estado me han preguntado a quién se pueden encargar las antologías, pero ponen como condición ineludible que sean solo autores rusos, y en la reunión donde se discutía la nueva edición de la Enciclopedia de la Literatura, Chaguin dijo que hay que promover a personas "con nuestra nacionalidad". Se dice que los judíos*

[50] Funcionario del Comité Central (N. del A.).

están siendo despedidos en masa y sustituidos por rusos […] El antisemitismo ha aumentado tanto que en Moscú corre el rumor de que para Pascua los judíos han degollado a una niña […] Antes de la revolución, el antisemitismo estaba limitado a los ámbitos oficiales, rodeados además por la desaprobación de la opinión pública. Ahora en cambio desciende desde arriba en un ambiente compacto y obligado no a discutir, sino a comprender las disposiciones de los superiores, como decía en su momento Shchedrín. Es decir, que incluso los judíos deben apoyar y aplicar esta política.

Después de la guerra el antisemitismo se difundió aún más y, mientras en Nueva York se decidía el futuro de Palestina y Stalin daba orden a Mólotov, Vyshinski y Gromiko de apoyar a los sionistas, en la Unión Soviética precisamente el antisemitismo se insinuaba en el partido y en el Estado: la batalla por la creación de Israel se acompañaba de la expulsión de los judíos del aparato. Pero Stalin no vislumbraba contradicción alguna en todo esto. La constitución de un Estado judío en Palestina no era solo un medio para poner en dificultades a los ingleses y para reducir su influencia en Oriente Medio, por más que ello pudiera ser agradable.

La URSS había salido victoriosa de la guerra y ello debía comportar adquisiciones territoriales, pero también una acrecentada influencia suya en el mundo. «Tenía el cometido de ampliar las fronteras de la patria. Y me parece que Stalin y yo no lo hicimos mal del todo», recordaba complacido Mólotov. En el verano de 1946, Maksim Litvínov dijo a un periodista estadounidense: «Rusia ha regresado al viejo concepto de seguridad basado en la expansión de las fronteras: cuanto más territorio, más seguridad. Si Occidente cede a las actuales pretensiones soviéticas, tarde o temprano se encontrará ante otras». Según Erenburg, «Litvínov apreciaba la inteligencia de Stalin, pero era bastante reservado al hablar de él, y solo una vez, tratando de política exterior, suspiró: "No conoce Occidente […]. Si nuestros adversarios fueran un grupo de sah o de sheiques, entonces sí, los engañaría"».

Más o menos en la misma época, Alekséi Kuznetsov, secretario del Comité Central, llegó a decir: «Seguimos a la defensiva, pero el estatus de gran potencia que hemos adquirido con la victoria en la guerra nos impone una política exterior activa y autónoma en todos los sectores. Y también nuestros embajadores no deben replegarse, sino más bien moverse con mayor audacia».

Solomón Lozovski, miembro del Comité Central del Partido Comunista Soviético, daba lecciones a los militares a los que repetía: «Son importantes las relaciones de fuerza, y el hecho de que nosotros seamos capaces de partir la cara a cualquiera nos hace respetados y temidos. La Unión Soviética es ahora percibida como una gran potencia, una fuerza que, como tal, es siempre temida; que nos amen o no, es otra cuestión: de todas formas, nos respetan».

Después de la guerra, Stalin empezó a interesarse por regiones que antes había ignorado. Mólotov recordaría haber planteado pretensiones sobre Tripolitania, cuando se discutió de las colonias italianas en África durante una conversación con los estadounidenses: «Stalin me había dicho: "¡adelante!" y yo tuve que plantear la cuestión de un control nuestro sobre esos territorios, donde habríamos concedido autonomía a las poblaciones que los habitaban, pero bajo nuestro estricto control». Pero los estadounidenses no cedieron y Stalin tuvo que renunciar a Libia.

Mólotov intentó entonces bromear: «Si realmente no quieren cedernos una de las colonias italianas, eso quiere decir que nos conformaremos con el Congo belga». En el país ya se había descubierto uranio que, tras el lanzamiento de la primera bomba atómica, se volvió más precioso que el oro.

Stalin habría querido también el control sobre los estrechos del Mar Negro, e intentó instituir una república soviética en territorio iraní. Hizo construir bases navales en Finlandia y en China y contaba con algo parecido también en Palestina: si no era posible asentar allí una república socialista, había que al menos asegurarse un aliado fiable y bases militares.

Tras la derrota de la Alemania hitleriana y la instauración del control soviético sobre Europa del Este, todo parecía posible, y si los nuevos gobiernos de Polonia, Checoslovaquia o Bulgaria se conformaban en todo a las indicaciones de Moscú, ¿por qué no contar con un comportamiento análogo por parte de los dirigentes del futuro Estado judío? Pero ¿sería Stalin realmente capaz de intervenir en Oriente Medio y de trasladar sus tropas al territorio de Israel, como temían diplomáticos y agentes secretos estadounidenses? Más tarde Jruschov contó lo que había ocurrido en una región limítrofe: «Prácticamente Stalin preparó la invasión de Yugoslavia. Recuerdo que el ministro de Seguridad del Estado de Ucrania me informó de que desde el puerto de Odesa, con un barco con destino probablemente a Bulgaria, una gran cantidad de personas estaba siendo secretamente enviada a los Balcanes. Quien participó en la operación me habló de formaciones militares: aunque a la partida vestían ropas burguesas, los hombres llevaban en la maleta armas y uniformes. Me dijeron que se preparaba un golpe contra Yugoslavia. No sé por qué luego no se hizo nada. Debo decir, sin embargo, que de esta vicisitud yo nunca oí hablar a Stalin personalmente, sino a sus subordinados, que organizaron la partida y el embarque de esos hombres, manteniendo una actitud agresiva». Israel estaba mucho más lejos que Yugoslavia. La flota y la aviación soviéticas no habrían podido garantizar una operación de desembarco fulminante en Oriente Medio. Había que prepararse y sobre todo había que predisponer al país, por así decirlo, anfitrión.

El 30 de mayo de 1947, un decreto del gobierno instituyó el Comité de Información ante el Consejo de Ministros (Comité IV), que debería haber recogido informaciones políticas, militares y técnico-científicas. Al frente del Comité fue puesto Viacheslav Mólotov, quien mantuvo sin embargo su puesto de ministro de Asuntos Exteriores[51]. El primer *rezident* en Israel del Comité IV fue Vladímir Vertíporoj, un hombre alto, delgado, con bigote. Su aspecto exterior, por lo demás, tuvo un papel importante en su carrera, tanto que en 1953 Beria lo nombró jefe de la oficina de Oriente Medio de los servicios de información, precisamente por su buena presencia. Apenas diplomado en Química y en Tecnología de la industria de la carne, Vertíporoj ingresó en la NKVD y se convirtió en agente primero en Extremo Oriente y luego, desde 1942, en la zona de Irán ocupada por las tropas soviéticas. A Israel llegó a finales de 1948 y allí aprendió inglés.

Los agentes, que no conocían ni el hebreo ni el árabe, podían entrar en contacto solo con exiliados de Rusia, lo que limitaba seriamente su capacidad operativa, facilitada en cambio por el hecho de que el joven Estado no protegía particularmente sus secretos, ya que se hablaba y se actuaba muy abiertamente, sin demasiadas precauciones. Pável Sudoplátov escribe en sus memorias que los

[51] En el marco de aquella reforma de los Servicios de Inteligencia, como responsable del espionaje político en Oriente Medio, encargado de proporcionar a los dirigentes del país noticias fiables sobre lo que ocurría en Palestina, fue nombrado Andréi Otroshchenko, quien antes de la guerra había sido *rezident* en Teherán y era un hombre afortunado: detenido en 1938, puesto en libertad cuando Beriya sustituyó a Yezhov al frente del Comisariado del Interior, y luego incluso reincorporado al cuerpo de funcionarios, durante la guerra fue enviado de nuevo a Teherán. Al Servicio de Inteligencia sin cobertura legal, del que era responsable Korotkov, se le encomendó finalmente la tarea de reclutar agentes entre los judíos que partían hacia Palestina.

servicios de información recibieron orden de hacer pasar a través de Rumania a nuestros agentes destinados en Palestina para constituir una red que se utilizara en operaciones armadas y de sabotaje contra los ingleses.

El general Sudoplátov, que desde 1946 dirigió la oficina «Dr» —servicio de terror y sabotaje— del Ministerio de Seguridad del Estado, eligió para esta misión a tres oficiales: Garbuz, Semiónov (Aleksandr Taubman) y Kolesnikov.

Semiónov y Kolesnikov – escribe Sudoplátov – *se establecieron en Haifa y constituyeron dos redes de agentes, pero no participaron en acciones contra los ingleses. Kolesnikov logró hacer llegar desde Rumania armas de fuego y cohetes antitanque requisados a los alemanes. Garbuz permaneció en Rumania para seleccionar a los candidatos al traslado a Palestina.*

Los hombres de Sudoplátov[52] tenían el cometido específico de preparar el terreno para acciones terroristas y de sabotaje contra los países occidentales en caso de guerra. Si, al mismo tiempo, ayudaron a los judíos palestinos no se sabe, porque los documentos soviéticos al respecto están aún clasificados y las publicaciones israelíes no contienen ni siquiera una alusión a episodios de este género; pero si hubiera habido una participación de los servicios secretos soviéticos en alguna acción, Israel lo habría hecho saber con mucho gusto en las décadas posteriores.

Las memorias de Sudoplátov son muy interesantes y se leen como una novela de aventuras, pero no se pueden considerar una fuente del todo fiable. Ciertamente, agentes soviéticos llegaron y operaron en Palestina bajo la cobertura de diversas instituciones soviéticas, pero parecería que se limitaron a la tradicional recogida de información y al reclutamiento de nuevos agentes. Los judíos palestinos de izquierda y procedentes de Europa del Este entraban gustosamente en contacto con ellos y respondían a las preguntas con franqueza, contando todo lo que sabían a los agentes soviéticos, los cuales se interesaban sobre todo por los militares y por los dirigentes del Haganá y del Palmaj[53], las formaciones constituidas durante la Segunda Guerra Mundial para combatir a los alemanes y a sus aliados. Los militares judíos sentían simpatía por la Unión Soviética y no consideraban reprobable proporcionar a los soviéticos informaciones, aunque fueran consideradas secretas. Esta abundancia de fuentes de información, sin embargo, creó en los agentes de la

---

[52] El Garbuz al que hace referencia, coronel en la reserva, despedido de los Servicios de Seguridad del Estado en otoño de 1952, murió suicida en agosto de 2004. Taubman ha pasado a la historia de los servicios secretos por haber organizado el asesinato de Rudolf Klement, un comunista alemán entre los más fieles seguidores de Trotski. En 1938, en vísperas de la Conferencia constitutiva de la IV Internacional creada por Trotski, Taubman, por orden de Moscú, atrajo a Klement a un piso de los servicios secretos y lo hizo degollar. El cadáver fue arrojado al Sena. Taubman, antes incluso de que la policía encontrara e identificara el cuerpo, regresó a Moscú y continuó trabajando para la Seguridad del Estado bajo el nombre de Sëmenov. El coronel Yuri Kolesnikov (algunas fuentes citan como su verdadero nombre el de Yona Goldenstein, oriundo de Besarabia) pasó durante la guerra alrededor de tres años en la retaguardia enemiga al mando de una unidad de agentes y saboteadores, y fue propuesto en dos ocasiones para el título de Héroe de la Unión Soviética, aunque no recibió la estrella de oro de Héroe de Rusia hasta 1996. Tras abandonar los servicios de seguridad, se dedicó a la literatura y colaboró con el Comité Antisionista de la opinión pública soviética. Kolesnikov se negó siempre a hablar de su labor en Rumanía y en Palestina, excusándose en que lo contaría todo en las memorias que sostuvo durante años estar escribiendo (N. del A.).

[53] Abreviatura de *Plugot Mahaz* (compañías de asalto), fuerza de combate regular de la comunidad judía de Palestina antes de la fundación del Estado de Israel. Sección paramilitar de la Haganá, el Palmaj fue constituido en mayo de 1941 y, además de su indudable contribución militar a la causa de la creación del Estado, aportó un valioso apoyo a la formación cultural y ética de la nación (N. del E.).

rezidentura soviética una falaz impresión de poder; se ilusionaron con poder controlar Israel, y por su intermedio a la comunidad judía de América.

Esto porque no comprendieron el sistema político israelí, que no encargaba a militares radicales la dirección del país y la determinación de sus orientaciones, sino que elegía a políticos bastante moderados, entre los cuales no hubo agentes de los soviéticos.

El 26 de noviembre de 1947, la Asamblea General de la ONU abordó la discusión del problema palestino. En las primeras horas de ese mismo día, el presidente Truman y los principales ministros recibieron de la CIA un informe analítico, que describía Palestina como un país trastornado por el caos, en el cual «los soviéticos trataban por todos los medios de consolidar sus posiciones». Los servicios secretos estadounidenses ponían en guardia al gobierno: la constitución de un Estado judío, por una parte, podía privar a Estados Unidos del petróleo que le era necesario, y por otra, podía abrir el camino a la penetración soviética en Oriente Medio.

El Secretario de Defensa Forrestal mostró el informe secreto de la CIA al presidente del Partido Demócrata, y le rogó que presionara a Truman evidenciando que contra Estados Unidos no se alzarían solo los árabes, sino todo el mundo musulmán. Sin embargo, precisamente ese día los judíos palestinos vieron consolidarse la esperanza de obtener su propio Estado. Ante la Asamblea, Gromiko pronunció su famoso discurso —mucho más contundente y argumetado que el anterior— en defensa del derecho de los judíos a tener su propio Estado. En sus líneas esenciales, el discurso había sido escrito en Moscú y Gromiko, que solo le aportó algún toque personal de color, formuló dos posibles soluciones para el problema: la creación de un único Estado árabe-judío, o bien, si esta variante resultara impracticable, la partición de Palestina en dos Estados democráticos independientes, uno árabe, otro judío.

Ahora bien, puesto que tanto los árabes como los judíos declaraban no poder convivir, quedaba en pie solo la segunda hipótesis, impugnada únicamente por los Estados árabes. Nadie quizás mejor que Gromiko argumentó el derecho de los judíos a construir un Estado en Palestina: «Los representantes de los países árabes sostienen que la partición de Palestina constituiría una injusticia histórica, pero esta opinión no es compartible, porque en realidad el pueblo judío ha mantenido su vínculo con Palestina desde los tiempos más antiguos. Además, no podemos no tener en cuenta la situación en que este se ha encontrado después de la última guerra desencadenada por la Alemania hitleriana, que le ha causado más sufrimientos que a cualquier otro pueblo. Saben bien que ningún Estado de Europa occidental ha sabido defenderlo adecuadamente del arbitrio y de la violencia hitlerianos».

Las delegaciones árabes manifestaron su descontento por esta posición de la URSS, pero Gromiko replicó: «Estamos profundamente convencidos de que la partición de Palestina en dos Estados independientes responde a los intereses no solo de los judíos, sino también de los árabes». Según Gromiko, la partición tendría «un significado de alcance histórico»: «Esta solución acoge las legítimas reclamaciones del pueblo judío, de esas centenas de miles de judíos, sin techo ni comunidad, que se encuentran aún alojados provisionalmente en campos de acogida en diversos países de Europa occidental».

Gromiko se ensañó contra el gobierno inglés que se había declarado dispuesto a abandonar Palestina y a crear las condiciones para la constitución de dos Estados, solo si árabes y judíos

hubieran llegado a un acuerdo: «La misma discusión del problema en el seno de esta Asamblea demuestra que árabes y judíos no pueden entenderse, por tanto, plantear tal condición equivale a enterrar la decisión de la Asamblea antes incluso de que haya sido tomada». En sustancia, Gromiko apoyó la lucha armada de las formaciones judías clandestinas contra las autoridades británicas: «El ordenamiento vigente en Palestina es mal visto tanto por los judíos como por los árabes, y todos saben cómo los judíos, en particular, reaccionan a tal ordenamiento».

Gromiko se dirigió también a aquellas delegaciones árabes que insistían en negar el derecho de la ONU a decidir los destinos de Palestina: «La Asamblea, y la ONU en general, no solo tienen derecho a examinar la cuestión, sino, considerada la situación actual de Palestina, tienen el deber de tomar una decisión. Según el parecer de la delegación soviética, el proyecto de resolución preparado por el Comité *ad hoc*, que el Consejo de Seguridad debería aplicar a través de una serie de medidas concretas, responde plenamente a los intereses de la paz y de la cooperación mundial. Por esto la delegación soviética apoya la recomendación sobre la partición de Palestina». El discurso de Gromiko fue decisivo para el futuro de Israel: impreso y difundido en todo el mundo por los periódicos judíos, influyó también en los estadounidenses. Truman, visto que Stalin había decidido firmemente dar un Estado a los judíos, decidió que, por parte de Estados Unidos, oponerse sería estúpido.

El presidente estadounidense tuvo un encuentro secreto con Weizmann, a quien estimaba mucho: «[…] era una persona maravillosa, una de las más sabias que he conocido, un verdadero líder, único en su género […]», y le habló francamente de las preocupaciones de sus colaboradores, los cuales pensaban que la Unión Soviética estaba utilizando la creación del Estado judío para penetrar en la región. «Ello no ocurrirá —respondió Weizmann—. Si los soviéticos hubieran querido servirse de la emigración judía para la difusión de sus ideas, habrían podido hacerlo ya hace tiempo. Pero a nosotros vienen quienes huyen del comunismo. Los buenos agricultores y los obreros cualificados aspiran a un nivel de vida que es imposible en un régimen comunista. El comunismo solo puede difundirse en las capas empobrecidas e incultas de la sociedad».

A pesar de las opiniones encontradas dentro de la Administración estadounidense, Truman aprobó la propuesta de partición de Palestina e incluso pidió al Departamento de Estado que se esforzara por garantizar el voto favorable, o la abstención, de los países de América Latina. Sabiendo a los diplomáticos en desacuerdo y dispuestos a boicotear su línea, Truman se puso terco: telefoneaba cada día al Departamento para informarse sobre la aplicación de sus directivas. Pero se dice que quien aseguró los votos de los países sudamericanos fue Rockefeller [Nota del traductor: criptojudío, léase El gran secreto de las monarquías europeas: sus raíces judías de Joaquín Javaloys], exsubsecretario de Estado con delegación para América Latina, que había sido despedido por Truman por su apoyo a los dictadores locales.

Algunos explican el repentino apoyo de Rockefeller a los judíos palestinos con el sentimiento de culpa de un hombre que había hecho secretamente negocios con la Alemania nazi; otros en cambio consideran que, temiendo ser desenmascarado, el magnate habría canjeado su apoyo a los dirigentes sionistas por la promesa de estos de callar. Como quiera que sea, en solo tres días Rockefeller telefoneó a todos los que conocía en América Latina, y en cada país conocía a todos los que podían tomar decisiones. Evidentemente fue convincente, porque Brasil y Haití, que pensaban votar «no», votaron «sí», al igual que Nicaragua, Bolivia y Ecuador, que habrían querido abstenerse.

Argentina, Colombia y El Salvador, contrarios a la partición de Palestina, durante la votación se abstuvieron. La Resolución n.º 181 de la Asamblea General de la ONU «Sobre la constitución de dos Estados independientes en el territorio del mandato británico en Palestina» fue aprobada el sábado 29 de noviembre de 1947. A los judíos les eran necesarios los dos tercios de los votos, y la posición de Stalin, que disponía no de uno sino de cinco votos, desempeñó un papel fundamental. Cuando se habían instituido las Naciones Unidas, en efecto, Stalin, para acrecentar su propio peso, había intentado hacer entrar en ellas a todas las repúblicas soviéticas y, precisamente por esto, en enero de 1944 el Comité Central había aprobado una medida «Sobre la atribución a las Repúblicas de la Unión de plenos poderes en materia de relaciones exteriores y sobre la consiguiente transformación del Comisariado del Pueblo pansoviético para Asuntos Exteriores en Comisariado para Asuntos Exteriores de las Repúblicas de la Unión».

En febrero se modificó la Constitución y las Repúblicas de la Unión fueron habilitadas para establecer relaciones, suscribir acuerdos e incluso intercambiar misiones diplomáticas con otros Estados. El 28 de agosto de 1944, durante una reunión con diplomáticos estadounidenses y británicos, el embajador Gromiko declaró que «entre los fundadores de las Naciones Unidas deberían haber sido incluidas todas las Repúblicas socialistas de la Unión Soviética». Ingleses y estadounidenses fueron tomados por sorpresa, pero el presidente Roosevelt contraatacó diciendo que en tal caso también los cuarenta y ocho estados americanos de la Unión deberían haber sido admitidos en la ONU. Washington, sin embargo, prefirió mantener ocultas estas divergencias, temiendo que, si era informada, Alemania pudiera vislumbrar un desacuerdo entre los aliados y la guerra pudiera por ello prolongarse.

El primero de septiembre, Roosevelt escribió en una carta personal a Stalin que su solicitud ponía en peligro la propia constitución de las Naciones Unidas. Stalin respondió que para la Unión Soviética se trataba de una cuestión de principio, máxime cuando Ucrania y Bielorrusia, por ejemplo, «por cantidad de habitantes eran ampliamente superiores a varios otros países». Los estadounidenses consideraron la propuesta de Stalin «un capricho o una broma de mal gusto», cuando en realidad se trataba de una descarada jugada diplomática del tipo «lo intento, ¿por qué no? Quizá lo consigo». Y, en parte, lo consiguió. En febrero de 1945, Churchill y Roosevelt se trasladaron a Yalta para discutir el estatuto mundial en la posguerra. Mólotov propuso un compromiso: Moscú retiraría la solicitud para todas las dieciséis repúblicas, pero pedía que se admitieran tres: Ucrania, Bielorrusia y Lituania. O al menos dos.

Y, con un protocolo secreto, Estados Unidos y Gran Bretaña accedieron a apoyar la admisión de Ucrania y Bielorrusia en la futura organización mundial. El mundo estaba al oscuro de este acuerdo secreto. Roosevelt y Churchill deberían haber enfrentado, para convencerlos, a colaboradores y opinión pública de sus respectivos países. Pero en la primavera de 1945, Stalin y Mólotov decidieron enviar de todas formas a la Conferencia constitutiva de la ONU, que se celebraba en San Francisco, a las delegaciones de Bielorrusia y Ucrania. Los estadounidenses, tomados por sorpresa, intentaron oponerse sosteniendo que las dos Repúblicas deberían haber sido admitidas en la ONU solo después de su constitución. Según las instrucciones recibidas de Moscú, Gromiko se puso rígido. Sin su participación la conferencia habría fracasado. Ultimátum y amenazas surtieron el efecto deseado, y el 27 de abril se decidió incluir a Bielorrusia y Ucrania entre los miembros fundadores de la ONU. De este modo, Stalin llegó a disponer de tres votos, a los que se añadían los de Checoslovaquia y Polonia, que votarían según sus órdenes. Así fue como los

cinco votos de Stalin fueron decisivos para Israel: si hubieran sido contrarios, el Estado judío no habría nacido. Treinta y tres países votaron «a favor», trece «en contra». Algunos, entre ellos Australia e Inglaterra, se abstuvieron. La decisión había sido tomada.

Aunque no ha participado formalmente en ella – escribió el general Charles de Gaulle – *Francia ha saludado calurosamente la creación de Israel. No podía no ser conquistado por la grandeza de la empresa de reunir al pueblo judío y devolverle el derecho a disponer de sí mismo sobre esa tierra que le había pertenecido diecinueve siglos atrás y está marcada por su historia fabulosa. Consideraba justo, desde un punto de vista humano, que este pueblo tuviera su propio hogar nacional y veía en ello una cierta compensación por todos los sufrimientos que había padecido a lo largo de los siglos, el peor de los cuales ha sido el exterminio llevado a cabo por la Alemania hitleriana.*

Cientos de miles de judíos palestinos, locos de alegría, se echaron a las calles presa del entusiasmo. El día siguiente, 30 de noviembre, los árabes, indignados por la decisión de la ONU, se levantaron desatando tumultos en Palestina. Los judíos fueron agredidos en todo lugar: siete personas perdieron la vida. En Siria se constituyó el Ejército de Liberación Árabe para la conquista de Palestina, y ya en febrero de 1948 las tropas árabes lanzaron ataques contra los judíos en todo el país.

No lograron sin embargo ocupar y destruir los asentamientos judíos, que se defendían tenazmente, pero cortaron sus comunicaciones impidiendo a las formaciones judías de socorro llegar hasta las aldeas sitiadas. Los ingleses no hicieron nada para hacer cesar las violencias. Parecía que quisieran demostrar al mundo que la decisión de la ONU de dividir Palestina había sido una tontería. Con el inicio de la primavera, sin embargo, las formaciones judías de autodefensa se volvieron más aguerridas y tomaron la delantera a los ejércitos árabes.

El 4 de diciembre de 1947, Gromiko había recibido una carta de agradecimiento:

Excelencia,

La Agencia Judía para Palestina desea expresar su profundo reconocimiento al gobierno de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas por su apoyo a la resolución aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas a favor de la constitución del Estado judío. Esta recomendación señala un momento decisivo en la historia del pueblo judío, que, privado de un hogar nacional durante dos mil años, puede hoy entrar en el consorcio de las naciones y aportar su contribución a la comunidad internacional […] El pueblo judío estará siempre agradecido a su gobierno que lo ha ayudado, en el curso de la sesión de la Asamblea General, a conseguir la liberación nacional.

Le estaríamos verdaderamente agradecidos si quisiera transmitir el contenido de esta misiva a su gobierno.

Atentamente,

Su Abba Hillel Silver

Presidente de la Sección Americana de la Agencia Judía para Palestina.

ARMAS PARA LOS JUDÍOS

La posición soviética suscitó un gran resentimiento en los países árabes y consternación en los partidos comunistas árabes, acostumbrados a combatir «el sionismo, agente del imperialismo angloamericano». El 5 de noviembre de 1947, Abdrajman Sultánov, encargado de negocios interino de la URSS en Irak, escribió a la oficina de Oriente Medio del MID[54]: «En los ambientes árabes reinaba la certeza de que la Unión Soviética no consentiría la creación de un Estado sionista… En esta situación, será más fácil para los ingleses "constituir, con los países de la Liga Árabe, Turquía, Irán y Pakistán, un bloque musulmán de función antisoviética"».

En Moscú, el embajador egipcio Bindari Bajá solicitó audiencia al viceministro de Asuntos Exteriores Gúsev —el mismo que había sido embajador en Londres— y declaró «haber venido como amigo de la Unión Soviética»; manifestó su asombro por el voto emitido por el representante soviético a favor de la partición y concluyó afirmando que, en su opinión, se debería haber votado por el fin del Mandato y la retirada de las tropas británicas, dejando «a la población la decisión sobre el futuro de Palestina». Bindari Bajá añadió también que la posición de la URSS había alimentado en Egipto sentimientos antisoviéticos, pero el discurso del diplomático pasó inadvertido, pues Stalin no estaba interesado en la reacción de los países árabes, a los que no tenía en ninguna consideración. En Egipto reinaba Faruk, en Jordania Abdallah, en Irak Faisal: todos ellos fieles vasallos de Gran Bretaña. En Oriente Medio solo había una fuerza adversa a Inglaterra con la que Stalin podía contar. ¿Y quién, en aquella época, detestaba a los británicos más que los judíos palestinos?

El 18 de diciembre de 1947 el encargado de negocios interino de la URSS en los Estados Unidos, Semën Carapkin, transcribió el resumen de una conversación con Epstein, quien le había entregado un informe confidencial llegado de Jerusalén y, considerándolo un aliado, había sido con él extremadamente abierto: «Epstein dijo que en ese momento su problema más grave era la escasez de armas. Es cierto que en Palestina cuentan con alguna fábrica donde pueden producir granadas y morteros, pero por ahora solo de manera artesanal. Ilegalmente, importan armas sobre todo de los Estados Unidos, de algunos países europeos y de uno latinoamericano».

Epstein dijo también que, al igual que Suiza, el Estado judío se mantendría neutral en política exterior: «Israel ha surgido gracias sobre todo a dos países: los EE. UU. y la URSS. En el primero viven aproximadamente cinco millones de judíos, en el segundo tres. El nuevo Estado judío no desea alinearse con uno de los dos en particular y, por ello, la orientación más correcta en política exterior será la neutralidad y la referencia a la ONU». Epstein subrayó la considerable dependencia económica de los Estados Unidos en la que se encontraría el Estado judío, dado que, en ese momento, ese era el único país dispuesto a suministrarle armas, equipamiento y abastecimientos de otro tipo. En el corto plazo, Israel no presentaría solicitudes de armas ni de maquinaria a la Unión Soviética para no dar pie a insinuaciones, ya que los judíos eran acusados de haber suscrito acuerdos secretos con el gobierno soviético.

---

[54] *Ministerstvo Inostrannykh Del* (Ministerio de Asuntos Exteriores). Así se denominaba habitualmente el Ministerio de Exteriores soviético, nombre con el que hoy se designa el ruso (N. del E.).

Entretanto, resultaba evidente que los países árabes, cuyos gobernantes no ocultaban sus intenciones, boicotearían la aplicación de la resolución de la ONU e intentarían aniquilar a los judíos palestinos. Solod, representante soviético en el Líbano, resumió así una conversación con el primer ministro Riad as-Solh del 23 de diciembre de 1947: «Solh dijo que los países árabes se han puesto de acuerdo para oponerse, por todos los medios y sin tregua, a la partición de Palestina y a la creación de un Estado judío en el país.

Repitió también las palabras pronunciadas por el presidente de Siria, Shukri al-Kuatli: si fuera necesario, los árabes combatirían incluso durante doscientos años, como en tiempos de las cruzadas, antes de ceder Palestina […]. Los países árabes no aceptarán la partición ni la constitución del Estado judío, también porque ello implicaría la anexión del sector árabe de Palestina a Transjordania y reforzaría así la posición de Abdallah y de quienes le apoyan. Riad as-Solh, de hecho, ha confirmado indirectamente que quien inspiró e inició la lucha de los países árabes contra la partición fue Siria».

¿Lograría la ONU perseverar y llevar a la práctica la resolución sobre la partición y garantizar la seguridad en Palestina? Eso era lo que preocupaba a los judíos palestinos. En uno de los últimos días de diciembre, Moshe Shertok se dirigió a solicitar aclaraciones y consejo a Arkadi Sobolev, que era entonces secretario general adjunto de la ONU y dirigía el Departamento de Asuntos Políticos del Consejo de Seguridad.

Shertok le preguntó si se había contemplado la posibilidad de enviar una fuerza internacional a Palestina para garantizar la seguridad tras la marcha de los ingleses. Y Sobolev explicó que los Estados Unidos disponían ya en el Mediterráneo de una flota y de una aviación suficientes para mostrar la fuerza y la determinación de la ONU, y que la Unión Soviética podría trasladar rápidamente a la región dos escuadrillas aéreas, pero que, para hacer llegar tropas de tierra capaces de combatir, en caso de que resultara imprescindible, se necesitaría al menos un mes. Los judíos palestinos, sin embargo, sabían que no podían resistir indefensos, sin ayuda, durante un mes entero. Shertok preguntó también qué medidas habría sido posible adoptar contra los países que, violando la decisión de la ONU, prestaban ayuda militar a los árabes palestinos.

«Diplomáticas —respondió Sobolev—: el Consejo de Seguridad puede intimar a esos países a que pongan fin a las acciones militares e incluso amenazarlos con sanciones, pero la aplicación práctica de tales medidas solo puede formalizarse cuando se conoce el alcance de dichas acciones. Es necesario comprender que no se trata de un procedimiento rápido».

Quizás fue aquella la primera vez en que la ONU demostró su impotencia ante situaciones que requieren una intervención concreta. Los judíos palestinos comprendieron que solo podían contar con ellos mismos, ya que la comunidad internacional no los protegería y perecerían antes de que las oficinas de la ONU redactaran las resoluciones necesarias. El 30 de diciembre, Gromiko, con motivo de un almuerzo organizado en honor del gobierno de la URSS por el Comité americano de escritores, pintores y científicos judíos, reiteró el contenido de su célebre discurso ante la Asamblea General y añadió: «En estas circunstancias, la partición es la única solución viable.

Está a la vista de todos que las relaciones entre árabes y judíos se han deteriorado hasta tal punto que los dos pueblos declaran abiertamente no querer compartir un mismo Estado. Cierto es que en la Asamblea General hemos oído decir que los árabes estarían dispuestos a constituir un Estado

binacional, a condición de que la población judía resultara minoritaria y de que, por tanto, el componente árabe fuera el principal y el determinante. Sin embargo, es evidente que este tipo de solución, que no prevé la igualdad de derechos para los dos pueblos que habitan Palestina, no allanaría en el futuro las relaciones entre árabes y judíos y sería, por el contrario, fuente de nuevas fricciones y dificultades entre las dos comunidades.

Sería sumamente injusto —prosiguió Gromiko— no tener en cuenta la legítima aspiración del pueblo judío a crear su propio Estado, especialmente habida cuenta de lo que sufrió durante la Segunda Guerra Mundial, pero también porque él, al igual que el árabe, tiene profundas raíces históricas en Palestina […]».

De conformidad con la resolución del 29 de noviembre, la ONU constituyó una Comisión para Palestina —integrada por Bolivia, Dinamarca, Panamá, Filipinas y Checoslovaquia— que debería haber asistido a árabes y judíos en la creación de un aparato administrativo listo para entrar en funcionamiento cuando las tropas británicas se retiraran.

El 5 de enero de 1948, la oficina de Oriente Medio del MID informó al viceministro Valerian Zorin de que el embajador egipcio en Moscú estaba tratando de averiguar si «el gobierno soviético tenía intención de mantener firme su posición sobre la cuestión palestina, o si los países árabes podían abrigar la esperanza de un replanteamiento de la URSS mediante la amenaza de destruir todas las organizaciones progresistas, comunistas incluidas, presentes en sus Estados».

Pero la presión no surtió efecto alguno: Stalin tenía la firme intención de constituir el Estado judío, y los árabes pasaron rápidamente de las amenazas a las acciones antisoviéticas. En Damasco, ya el 30 de noviembre de 1947, durante una manifestación de protesta organizada por las autoridades contra la resolución de la ONU sobre la partición de Palestina, habían asaltado la sede de la Asociación de Amistad Soviético-Siria, donde se había instalado una exposición enviada desde Moscú, que fue destruida.

Tras interminables dilaciones y con manifiesta desgana, las autoridades prometieron investigar el incidente. Solod, a raíz de una entrevista con Jamil Mardam Beg, primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores sirio, comunicó a Moscú: «No hay razón para creer al ministro de Asuntos Exteriores sirio cuando afirma que "la investigación" dará sus resultados, dado que fueron precisamente sus hombres quienes instigaron la agresión a la sede de la Asociación».

Por su parte, los dirigentes de la Agencia Judía se quejaron con los diplomáticos soviéticos por la venta de armas a los árabes por parte de Checoslovaquia, que así obtenía ganancias de la cesión de material bélico alemán y, al mismo tiempo, promovía su industria militar. Una política que a los soviéticos les pareció incorrecta, hasta el punto de que el 22 de enero Zorin envió un memorando a Mólotov:

«Según comunica el camarada Bódrov[55], encargado de negocios en Checoslovaquia, el gobierno checo ha vendido armas (morteros, minas y municiones) al gobierno sirio.

Al mismo tiempo, los checos se han negado a vender armas a la Agencia Judía, que lo había solicitado en noviembre del 47 […]. Habida cuenta de la posición que hemos adoptado sobre la

[55] Mijaíl Bódrov se convirtió en 1958 en embajador en Israel (N. del A.).

cuestión palestina, consideraría oportuno encargar a Bódrov que llame la atención de Gottwald[56], en la primera ocasión, sobre el hecho de que en este momento, mientras la situación en Palestina se vuelve cada vez más tensa, la venta de armas a los árabes por parte del gobierno checoslovaco puede ser utilizada por los angloamericanos contra la Unión Soviética y los países de nueva democracia. Adjunto un borrador de telegrama para Praga».

Zorin había sido embajador en Praga hasta hacía poco tiempo y disponía de todos los elementos para tener un cuadro fidedigno de la situación en el país, pero sobre su memorando Mólotov anotó, el 27 de enero: *Dejar en suspenso*. Cuestiones delicadas como el suministro ilegal de armas no podían tratarse a través de los canales diplomáticos habituales.

A finales de enero, la representación soviética ante la ONU comunicó a Moscú: «El gobierno de Londres prepara a sus agentes desplegados en los países árabes para apoderarse de Palestina tras la retirada de las tropas inglesas. Con este fin, se instiga y aviva artificiosamente el odio nacional y religioso, y se promueven y organizan enfrentamientos armados». Según los diplomáticos soviéticos, Inglaterra pretendía entregar toda Palestina a Transjordania para poder instalar allí sus propias bases.

Stalin no quería en modo alguno que eso ocurriera, y la creación, lo más rápidamente posible, de un Estado que no acogería bases inglesas era el mejor medio para impedirlo. En Nueva York, el 26 de enero, Epstein deploró ante Carapkin la decisión de los Estados Unidos de imponer sobre el material bélico destinado a Palestina un embargo que representaba un duro golpe para los judíos: los árabes compraban armas a Inglaterra a través de Irak y Transjordania, mientras no había quien las vendiera a los judíos palestinos. «Hay que tener en cuenta —dijo Epstein— que en el Departamento de Estado son muchos los que albergan sentimientos proárabes y antijudíos. Y, además, sobre el propio Departamento se hacen sentir con fuerza las presiones de las grandes compañías petroleras americanas que tienen concesiones y otros intereses en los países árabes».

Ni Marshall, ni Forrestal, ni el contraalmirante Roscoe Hillenkoetter, director de la recién creada CIA, eran proclives a abastecer de armas a los judíos palestinos, pues consideraban a los dirigentes sionistas demasiado bien dispuestos hacia los comunistas, y a los futuros gobernantes de Israel, en especial Ben Gurión, conocido por su orientación prosocialista, poco fiables. Los servicios secretos americanos temían la eventual presencia de tropas soviéticas en Oriente Medio, que, a su juicio, podría favorecer el estallido de una revolución en la región. Es posible que aquellas alusiones a los supuestos simpatías procomunistas de los líderes judíos palestinos fueran meros pretextos.

Hillenkoetter, durante la guerra, había trabajado en los servicios secretos de la flota del Pacífico y, antes de ser nombrado director de la CIA[57], había estado en París como agregado naval. Como

---

[56] Klement Gottwald, secretario general del Partido Comunista Checoslovaco, era jefe del gobierno y en 1948 se convertiría en presidente de Checoslovaquia (N. del A.).

[57] En julio de 1947 el Congreso de los Estados Unidos había aprobado una ley de seguridad nacional que contemplaba la creación del Consejo de Seguridad Nacional, un único Ministerio de la Guerra, un Comité de Jefes del Estado Mayor y la CIA, cuyo director, civil o militar, debía ser nombrado con la aprobación del Senado. En 1953, el artículo de la ley relativo al subdirector fue modificado de modo que no pudiera nombrarse simultáneamente a dos militares para los dos cargos de mayor rango: si el director era civil, el subdirector debía ser militar, y viceversa. La ley, además, prohibía conferir a la CIA «el control sobre la aplicación de la ley, la función de garante de la seguridad interna, y también el derecho a desarrollar actividades policiales y a enjuiciar y llevar ante los tribunales». En otras palabras, la CIA, dedicada a las

agente, se había sentido en el deber de estudiar las obras de Marx, Lenin y Stalin, y no perdía ocasión de lucir alguna cita de los clásicos del marxismo. James Vincent Forrestal, en cambio, antes de la guerra había sido un importante hombre de negocios con grandes intereses en el ámbito de la extracción del petróleo de Oriente Medio. Alentaba, por tanto, la colaboración con los países árabes al tiempo que se oponía al nacimiento del Estado judío, y cuando en 1940 se convirtió en asistente de Roosevelt, luego en viceministro de Marina, siguió sosteniendo la necesidad de cooperar con los árabes, cuyo petróleo era indispensable para la supervivencia de América. Los Estados Unidos habrían prescindido fácilmente, pues, de la alianza con el Estado judío.

A Truman se le escapó la progresiva melancolía involutiva que aquejaba al ministro de Defensa y que lo condujo al suicidio, pero hasta el momento en que no se arrojó por la ventana, la política militar de los Estados Unidos siguió siendo elaborada por un hombre con la mente perturbada que iba perdiendo lentamente la razón.

Había caído en la trampa tendida por sus propios agentes, que le informaban de que «los emisarios comunistas incrementan su actividad en los países de Oriente Medio, incluidos los productores de petróleo, de los que depende el mundo libre», y para Forrestal el petróleo importaba más que ninguna otra cosa; la misión de la política exterior americana debía ser, por tanto, garantizar el suministro de petróleo a las fuerzas armadas. «Sencillamente no comprenden —decía a sus interlocutores— que cuarenta millones de árabes echarán al mar a esos cuatrocientos mil judíos y habrá terminado. Hay que pensar en el petróleo; debemos estar del lado del petróleo».

En la época en que Forrestal era solo un hombre de negocios, las grandes compañías y los bufetes de abogados más importantes no contrataban a judíos, y la formación adquirida en ese ambiente antisemita acompañó al ministro también dentro de la administración: durante su mandato, en el Ministerio de Marina los judíos no tenían ninguna esperanza de hacer carrera.

Como él pensaban no solo los ricos directivos de las compañías petroleras, sino también los altos funcionarios del Departamento de Estado como Acheson y los responsables de los asuntos de Oriente Medio, e incluso Marshall, quien temía que una guerra entre árabes y judíos pudiera interrumpir los suministros de crudo y comprometer así su grandioso plan de reconstrucción de la economía europea, cuya demanda de petróleo estaba cubierta en un 80% por Oriente Medio. En realidad, el temor al chantaje petrolero era ficticio.

Cierto es que el rey de Arabia Saudita había declarado a los petroleros americanos: «Puede que, en determinadas circunstancias, me vea obligado a introducir sanciones contra sus compañías. No por voluntad propia, sino porque me sería imposible resistir la presión de la opinión pública árabe», pero, según los cálculos de los expertos, el petróleo saudita no sería indispensable si Irán, por ejemplo, aumentara su producción. Ibn Saud evidentemente fanfarroneaba: el dinero de la Aramco era su única fuente de ingresos y la amistad de los Estados Unidos la única garantía de independencia de Arabia Saudita.

Los reyes de Irak y Jordania, hachemitas, hijos de aquel Husein al que él había destronado, odiaban a Ibn Saud y estaban dispuestos a derrocarle en cuanto perdiera la protección americana. Por eso el saudita, pese a detestar a ingleses y americanos, los colmaba de atenciones. En enero de 1948, a

---

actividades de espionaje, debía operar únicamente en el extranjero, mientras que en territorio americano solo podía actuar frente a objetivos extranjeros. El primer subdirector fue Edwin Wright (N. del A.).

Anthony Eden, que había ido a visitarle, el rey le obsequió con una espada cuya preciosa vaina de oro y perlas ocasionó alguna dificultad aduanera al futuro primer ministro británico a su regreso a casa.

Influyentes políticos y funcionarios gubernamentales instaban a Truman a no comprometerse concretamente con la constitución de los dos Estados de Palestina: la idea moriría por sí sola. Y Truman se negó durante mucho tiempo a recibir a Weizmann, pero al final, el 19 de marzo, mantuvo con él una entrevista secreta, informal y muy conmovedora como la primera vez, al término de la cual prometió llevar a la práctica la resolución de la ONU.

Precisamente ese mismo día Warren Austin, representante americano en el Consejo de Seguridad, lanzó un desafío a su presidente declarando inaplicable la resolución sobre la partición y anunciando un cambio de rumbo en la política de los Estados Unidos que contemplaba para Palestina, ante todo, una administración internacional y el restablecimiento del orden público en el país. Truman se enteró de las declaraciones de Austin por los periódicos de la mañana y anotó, estupefacto, en su agenda: *Está claro que el Departamento de Estado ha dado la vuelta a mi línea política. ¡Y me entero por los periódicos! ¡Maldita sea! Me hacen quedar como un mentiroso sin palabra. En el Departamento siempre ha habido alguien que quería cortarme el cuello, y ahora lo han conseguido […].*

En ese momento crítico, una vez más fue Stalin quien acudió en auxilio de los sionistas. El 9 de abril, Mólotov le había escrito: «Envío, para su confirmación, un borrador de instrucciones para el camarada Gromiko de cara a la reunión de la Asamblea General». Sobre la cuestión palestina, Gromiko debería hacer valer la resolución sobre la partición de Palestina adoptada por la Asamblea General el 29 de noviembre del 47 […] y rechazar, criticándola, la propuesta americana de tutela sobre Palestina […]. Stalin, que presionaba cada vez con más fuerza para la constitución del Estado judío, aprobó el borrador de Mólotov. La actitud antisionista de los políticos americanos no tuvo otro efecto que el de consolidar en los dirigentes soviéticos la intención de utilizar el Estado judío en función antioccidental, y en Nueva York los diplomáticos soviéticos combatieron codo con codo junto a los sionistas.

Carapkin rechazó la propuesta de establecer sobre Palestina la tutela de la ONU: «Nadie puede poner en duda el alto nivel cultural, social, político y económico alcanzado por el pueblo judío. Un pueblo como este no puede ser sometido a tutela, sino que tiene derecho a su propio Estado independiente». El 20 de abril, Gromiko intervino en la reunión de la Primera Comisión del segundo período extraordinario de sesiones de la Asamblea General de la ONU y, acusando a los Estados Unidos de estar interesados únicamente en el petróleo y no en el destino de los pueblos, rechazó su propuesta de tutela y reiteró: «La delegación soviética considera que la resolución sobre la partición de Palestina es justa, y que las Naciones Unidas deben adoptar las medidas más eficaces para ponerla en práctica».

PARTE II

LUNA DE MIEL Y DIVORCIO

Un informe del 13 de abril de 1948, elaborado por la oficina de Oriente Medio del MID [Nota del traductor: *Ministerio inostrannykh del* (МИД), Ministerio de Asuntos Exteriores de la URSS] «Sobre la situación en Palestina a raíz de la resolución de la ONU para la partición del país», da testimonio de la solidaridad que en aquel entonces la diplomacia soviética manifestaba hacia los judíos obligados a empuñar las armas para defenderse de los árabes, y de la actitud bien distinta reservada a estos últimos: *Las organizaciones árabes más importantes —el Comité Supremo Árabe y la Oficina Árabe— que conservan un carácter feudal-burgués, se han pronunciado, inspiradas por los ingleses, contra la creación del Estado judío y contra la partición de Palestina* [...] *Las intervenciones armadas contra los judíos, desencadenadas con renovada virulencia en diciembre del 47, continúan hasta hoy. Para participar en la lucha en apoyo de los árabes, confluyen en Palestina traidores y quislings de todo el mundo: los hombres de Anders, musulmanes bosnios excolaboracionistas de la Alemania nazi, prisioneros de guerra alemanes huidos de los campos de Egipto, «voluntarios» procedentes de la España franquista. En aplicación de las decisiones de la Liga Árabe, los países miembros envían a Palestina formaciones armadas. Una de ellas, compuesta por voluntarios sirios, iraquíes y libaneses, penetró en el país a través de la frontera siria el 9 de enero del 48 y atacó dos aldeas judías, pero fue después obligada a replegarse y regresar a Siria* [...] *Entre enero y marzo, numerosas unidades árabes motorizadas cruzaron la frontera de Palestina armadas de morteros y armas automáticas, suministrados a través de los países árabes por Inglaterra* [...] *Al expirar el mandato, el próximo 15 de mayo, Abdallah se propone apoderarse del país por medio de la Legión Árabe de Transjordania, ya estacionada en Palestina* [...] *Enfrentamientos armados, acciones de francotiradores, incursiones de uno y otro lado están en curso ininterrumpidamente desde hace cuatro meses en la frontera entre Jaffa y Tel Aviv. Las carreteras solo pueden transitarse con escoltas bien armadas y las columnas de vehículos judíos que enlazan Tel Aviv con Jerusalén corren continuamente el riesgo de ser asaltadas y saqueadas. Los árabes atacan de manera organizada y sistemática los asentamientos judíos en todo el país, mientras que los pueblos diseminados al sur en el desierto del Néguev, o al norte en Galilea, están completamente aislados del grueso de la población judía, concentrada sobre todo en la franja costera: defenderlos o garantizar sus comunicaciones es una tarea casi imposible para la milicia judía, que es semiclandestina. Además, los judíos no reciben refuerzos del exterior. Entre muertos y heridos sufren numerosas bajas que no son repuestas, con consecuencias fatales para la resistencia de esta pequeña comunidad de seiscientas cuarenta mil personas* [...]. Este tipo de documentos procedentes del Ministerio de Asuntos Exteriores soviético, que permanecieron secretos y bajo llave durante varias décadas, contradice la versión del conflicto árabe-israelí adoptada posteriormente, cuando Moscú comenzó a tratar a Israel como un país enemigo.

Los soberanos de los Estados árabes estaban decididos a impedir la aparición de un Estado judío en el mapa de Oriente Medio y tampoco tenían intención alguna de favorecer la constitución de un Estado destinado a los árabes palestinos, por quienes no sentían ningún interés. Egipto pretendía repartirse Palestina con Transjordania, pero temía que Abdallah, su rey, pudiera llevarse la parte del león.

El 30 de abril, Solod tuvo una conversación con Hamid Franjié, ministro de Asuntos Exteriores libanés y miembro de uno de los clanes más influyentes del país, quien le comunicó que los países

árabes habían acogido la propuesta lanzada por el rey Abdallah de Transjordania de ocupar Palestina. Este gozaba de bastante popularidad entre las masas árabes —lo que lo hacía odioso a los gobernantes de los Estados vecinos, temerosos de ser derrocados— y abrigaba el propósito de constituir la Gran Siria, unificando Siria, Líbano, Transjordania y Palestina. *Cuando le pregunté — escribió Solod en su informe para Moscú— si aludía a toda Palestina o únicamente a la parte árabe, Franjié me respondió que la parte árabe no tenía ninguna necesidad de ser ocupada y que, por tanto, era preciso el control sobre toda Palestina* [...] *Franjié me explicó también que Transjordania, al no ser miembro de las Naciones Unidas, no tiene obligación alguna hacia esta organización.*

Los árabes aguardaban la terminación del mandato británico para invadir el país con sus tropas y entretanto habían adiestrado formaciones militares específicas para atacar a los judíos palestinos. Se trata de formaciones citadas en los documentos diplomáticos soviéticos como el Ejército de Liberación Árabe, encabezado por Fawzi al Qawuqji, quien durante la guerra había mandado, con el grado de mayor, las unidades árabes integradas en la Wehrmacht. Tras la derrota nazi había logrado refugiarse en Oriente Medio, donde había reanudado su antigua actividad antijudía. Por lo demás, como bastantes criminales de guerra alemanes que huyeron a Oriente Medio, segunda opción solo detrás de América Latina para rehacer una vida.

En los países árabes eran, en todo caso, bien tratados, no eran entregados a los ingleses y podían trabajar tranquilamente. Alois Brunner, apodado «Eichmann número dos», miembro de la Gestapo y responsable de la deportación de los judíos de Eslovaquia y Grecia, se ocultó en Siria, donde fueron halladas sus huellas. Localizada su casa en Damasco, el Mossad le envió un paquete bomba que le provocó la pérdida de tres dedos de una mano; pero las autoridades sirias negaron conocer su verdadera identidad. El ejército de Anders estaba formado por exsoldados polacos y tenía una historia larga y complicada. Tras la invasión de la Unión Soviética por parte de la Alemania fascista[58], Moscú había cambiado de actitud hacia los polacos, a quienes consideraba de nuevo aliados. En el verano de 1941, con el asentimiento del gobierno polaco en el exilio, el general Anders constituyó en territorio soviético una formación militar polaca. Esta, sin embargo, guardando memoria del reciente aniquilamiento del ejército polaco a manos del Ejército Rojo, se negó a combatir a los nazis junto a los rusos.[59]

El gobierno polaco en el exilio tuvo que desplegarla en Oriente Medio. Tras la guerra, los soldados de Anders se negaron a regresar a Polonia, donde habían llegado al poder los comunistas, y

[58] La terminología soviética, retomada aquí evidentemente por el autor, hace con frecuencia un uso descuidado de "fascista" como sinónimo de "nazi", con alguna confusión manifiesta en el plano histórico (N. del E.).

[59] Probable alusión a la masacre de Katyń. Entre marzo y junio de 1940, en el bosque de Katyń, en territorio ocupado por el Ejército Rojo tras la partición de Polonia entre la URSS y el Tercer Reich en 1939, fueron fusilados diez mil oficiales polacos, a los que se sumaron, en las semanas siguientes, otros doce mil civiles. El descubrimiento de las fosas comunes fue denunciado por los alemanes tras la invasión de la URSS, pero los aliados, al igual que la Cruz Roja, prefirieron no recoger la noticia para no perjudicar a los soviéticos. El gobierno polaco en el exilio, en cambio, rompió relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. Solo en 1990 los rusos asumieron la responsabilidad de la matanza, que hasta entonces habían intentado atribuir a los nazis. El Ejército polaco del general Władysław Anders combatió en Oriente Medio, en Irak y en Persia. El 25 de enero fue trasladado a Italia, donde participó en diversas batallas, entre ellas la de Monte Cassino, y en la liberación de Bolonia (N. del E.).

prefirieron alistarse como mercenarios en ejércitos diversos. Los musulmanes bosnios, citados también en los documentos del MID, eran exvoluntarios de una división de las SS constituida con la contribución del Gran Muftí de Jerusalén, Amin al Husseini, quien en el otoño de 1941 había sido invitado a Berlín por los alemanes. Recibido por Hitler y por Himmler, había pasado luego en la capital alemana todo el período de la guerra, apoyando sin descanso el exterminio de los judíos. Tras la guerra había regresado a Oriente Medio, donde había proseguido su actividad antisemita, aunque privado ya del apoyo de los nazis.

Apenas aprobada la resolución de la ONU sobre la partición, se presentó ante el Gran Muftí un joven oficial egipcio, Gamal Abdel Nasser: «Necesitan oficiales —comenzó Nasser— para mandar y adiestrar a los voluntarios. Muchos oficiales egipcios estarán encantados de formar parte de su ejército y están a su disposición». En ese mismo momento, otro oficial egipcio, el teniente coronel Hassan Ibrahim, futuro miembro del Consejo Revolucionario y ministro en el gobierno de Nasser, partía hacia Damasco.

Se presentó ante Fawzi al Qawuqji y le propuso elaborar un plan de acción común. Se acordó que la aviación egipcia atacaría las colonias judías para aterrizar después en los aeropuertos sirios, mientras la artillería, al mando de Ahmed Abd el Aziz, abriría fuego sobre los asentamientos judíos al sur de Jerusalén.

EL PUENTE AÉREO CHECOSLOVAQUIA-PALESTINA

El 5 de diciembre de 1947, unos días después del voto de la Asamblea General de la ONU que sancionaba la constitución de dos Estados en Palestina, Estados Unidos prohibió la venta de armas en Oriente Medio. El Departamento de Estado declaró además que no expediría pasaportes a quienes pretendieran alistarse en ejércitos extranjeros, medida que afectaba a los judíos estadounidenses dispuestos a prestar ayuda a Israel.

Los servicios secretos británicos vigilaban a los sionistas más conocidos y pasaban al FBI los nombres de los estadounidenses que luchaban a favor de Israel, quienes eran puestos bajo control por el contraespionaje estadounidense. También Golda Meir, que se había trasladado a Estados Unidos para pedir a los judíos que apoyaran a Israel, era siempre seguida a todas partes por agentes del FBI. Golda recaudó mucho dinero: cincuenta millones de dólares que debían servir para armar al aún inexistente ejército de Israel.

Los servicios secretos británicos y estadounidenses trataban de impedir por todos los medios la compra de armas destinadas a los judíos palestinos, mientras que Londres seguía suministrando armas a los árabes alegando que se trataba de contratos estipulados con anterioridad, que no podía rescindir. Así, mientras el mundo árabe seguía recibiendo armas en grandes cantidades, los judíos palestinos decidieron dirigirse a los soviéticos. El 5 de febrero de 1948, Moshé Shertok [Sharett] se reunió con Gromiko y le rogó que interviniera, por una parte, para bloquear la venta de armas checoslovacas a los árabes, y por otra, para hacer desistir a Yugoslavia de su negativa a vender armas a los judíos. Stalin ya había impartido la orden de armar a los judíos palestinos para que pudieran defender su Estado, que estaba a punto de constituirse, por lo que Gromiko, sin rodeos diplomáticos, preguntó a Shertok si los judíos estaban en condiciones de descargar a su llegada las armas que les fueran vendidas.

Shertok telegrafió inmediatamente a Ben Gurión, quien dio inmediatamente una respuesta positiva. Los gobernantes checoslovacos siempre habían simpatizado con los judíos palestinos, y el primer presidente del país, Tomáš Masaryk, había apoyado calurosamente a los sionistas. Su hijo Jan, después de la guerra, se convirtió en ministro de Asuntos Exteriores y favoreció la emigración de los refugiados judíos a Palestina. El 10 de marzo de 1948 murió en circunstancias poco claras, a consecuencia de una caída desde una ventana de su alojamiento de servicio. Oficialmente se habló de suicidio, de malestar psíquico, de dificultad para afrontar problemas personales.

Pero tanto dentro del país como en Occidente circularon rumores según los cuales habrían sido agentes soviéticos (que en Praga se comportaban como amos y tenían a los políticos checoslovacos bajo control) quienes arrojaron al ministro por la ventana. Jan Masaryk tenía en gran estima la colaboración con Moscú, pero era un obstáculo para los comunistas checoslovacos, que habían tomado el poder en el país y, sin embargo, no se atrevían a jubilarlo debido a su gran autoridad internacional y al ilustre nombre que llevaba, pues su padre había fundado la República y había sido también candidato al premio Nobel de la Paz.

A diferencia de lo que ocurrió en otros países de Europa del Este, tras la liberación en Checoslovaquia habían regresado los líderes de antaño, como el presidente Edvard Beneš y el ministro de Asuntos Exteriores Jan Masaryk, quienes intentaron establecer relaciones amistosas

tanto con las potencias occidentales como con la Unión Soviética. En Praga se constituyó un gobierno de coalición dirigido por el comunista Gottwald, y por un momento pareció que pudiera existir una democracia pluralista muy cercana al Kremlin. Pero no duró mucho. Cuando el gobierno checoslovaco decidió adherirse al Plan Marshall, Stalin explicó a Masaryk que si Praga apreciaba la amistad de la URSS, debería renunciar a ese plan. Y Checoslovaquia obedeció. Stalin, sin embargo, ya no necesitaba ni a Beneš ni a Masaryk, y además en Checoslovaquia el Partido Comunista estaba perdiendo apoyos. Moscú decidió, por tanto, intervenir para modificar radicalmente la situación. La ocasión se presentó cuando los ministros no comunistas solicitaron verificar la actividad del Ministerio del Interior, y en particular de la Dirección General de Seguridad del Estado, controlada por los comunistas y por sus consejeros moscovitas. Los comunistas se negaron a dar cuenta de la acción de los servicios de seguridad, por lo que el 20 de febrero de 1948 los ministros no comunistas dimitieron confiando en que Gottwald, como es práctica en un país democrático, convocaría nuevas elecciones. Fue una ingenuidad.

Los comunistas constituyeron destacamentos de milicias obreras y salieron a la calle, y Gottwald decidió formar un gobierno monocolor comunista. Encontrando la oposición del presidente Beneš, amenazó con movilizar la milicia obrera y solicitar la intervención de los carros de combate soviéticos. El 27 de febrero, Beneš se rindió y los comunistas tomaron el poder en todo el país. El golpe de Estado estaba consumado. El 10 de marzo, Jan Masaryk fue encontrado muerto bajo las ventanas de su alojamiento. La Unión Soviética conquistó Checoslovaquia, pero dio comienzo la Guerra Fría. El golpe de Estado en Praga suscitó en Occidente el temor de que algo similar pudiera ocurrir también en otros lugares, y el presidente Truman vislumbró en ello el inicio del avance comunista en todo el mundo. Dos meses después, en abril de 1948, los países europeos firmaron el Pacto de Bruselas, que debía tener carácter defensivo e impedir todo intento de derrocar a los gobiernos democráticos.

La constitución del poderoso bloque militar de la OTAN, el incremento de los gastos militares de Estados Unidos y el rearme de Alemania representaron la respuesta a los hechos de Praga y obligaron a la Unión Soviética a tomar contramedidas que pesarían como rocas sobre la economía socialista.

Por tradición, Checoslovaquia vendía armas a quienes —por razones políticas— no podían ser abastecidos directamente con armas soviéticas, como había ocurrido, por ejemplo, con los partisanos griegos que en 1947, tras el fin del conflicto mundial, estaban empeñados en la guerra civil. Esperando que crearan las condiciones para una revolución que llevara al poder a los comunistas, Stalin los había apoyado y había incluso proyectado, sin hacerlo finalmente, reconocer al Gobierno Democrático Provisional griego dirigido por el general Marcos Vafiadis[60].

[60] Algunos años después de estos acontecimientos, en diciembre de 1958, Praga se dirigió a Moscú para solicitar un dictamen sobre la petición de compra de armas —formulada a través de una empresa costarricense ficticia— presentada por unos guerrilleros cubanos encabezados por un entonces desconocido Fidel Castro. La venta fue autorizada, aunque se trataba de armamento obsoleto perteneciente a los nazis y de algún material de fabricación checoslovaca. Un año más tarde, en septiembre de 1959, el nuevo gobierno cubano hizo llegar a Moscú, a través de la representación polaca en Suiza, una nueva solicitud de armas, esta vez más modernas; para la transacción debía utilizarse una empresa austriaca controlada por los cubanos. El Ministerio de Asuntos Exteriores y la oficina exterior del Comité Central se declararon contrarios: ¿quién era, en

De los suministros militares a Palestina se encargaron en Praga dos exponentes destacados del PCC, ambos emigrados a Moscú en los años treinta: Bedřich Geminder y Bedřich Rejcin. Geminder había trabajado en el Komintern, y Rejcin, más tarde, había combatido con el general Svoboda, dirigido el contraespionaje del Estado Mayor de la Defensa y se había convertido finalmente en viceministro de Asuntos Exteriores. También Vlado Klementis, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, era un partidario de Israel.

Checoslovaquia destinó uno de sus aeropuertos al envío a Israel de armas y municiones: equipamientos, artillería, morteros y aviones de caza Messerschmitt, armas que ya habían sido dotadas al ejército alemán, lo que hacía prácticamente imposible remontarse a quién las había vendido a los judíos palestinos. El agregado militar estadounidense en el Líbano, sin embargo, informó a Washington de que en un pequeño aeropuerto del valle de la Becá, aterrizaban por la noche aviones que transportaban armas destinadas a las formaciones militares judías de Palestina, y su colega en Praga comunicó a sus superiores que, con el evidente consentimiento del gobierno soviético, el ejército checoslovaco estaba alistando voluntarios para el Estado judío.

Truman fue informado por el almirante Hillenkoetter del envío clandestino de armas desde Checoslovaquia a Oriente Medio, realizado además con aviones estadounidenses. Pero cuando Marshall advirtió al embajador estadounidense en Praga de su intención de protestar ante las autoridades checoslovacas, este respondió que no serviría de nada: Praga tenía extrema necesidad de divisas y la venta de armas proporcionaba óptimos beneficios.

En la ruta Checoslovaquia-Palestina volaban pilotos veteranos de la Segunda Guerra Mundial, muchos de los cuales eran estadounidenses. Más tarde explicarían así qué les había impulsado a arriesgar la vida: «Debíamos recorrer dos mil quinientos kilómetros, y el combustible en los depósitos solo garantizaba dos mil. Así que añadíamos un depósito suplementario externo, que hacía el avión pesadísimo. Volabas sabiendo bien que no podrías aterrizar más que en el destino: en Grecia te habrían secuestrado la máquina y la carga, en cualquier país árabe te habrían matado sin más. Pero cuando se llegaba a Israel, se era recibido por hombres mal vestidos y sin afeitar, que comenzaban inmediatamente a descargar el avión; no tenían armas y las necesitaban absolutamente para sobrevivir. En el hotel, por la noche, te dabas cuenta de que el aspecto demacrado de esos hombres te recordaba a los judíos deportados a los campos de concentración. Pero estos no se dejarían matar. Había que ayudarlos. Por ello, a la mañana siguiente estabas listo para partir de nuevo, aunque cada vuelo pudiera ser el último […]».

La embajada estadounidense en Praga amenazó con privar de la ciudadanía a quienes se prestaban a transportar ilegalmente armas a Palestina, violando la ley aprobada en 1940, que prohibía a los ciudadanos estadounidenses alistarse en ejércitos extranjeros si ello no estaba «aprobado por una ley de los Estados Unidos» y que preveía una multa de hasta dos mil dólares o la reclusión de hasta tres años. El 7 de agosto de 1947, el Departamento de Estado emitió una circular según la cual los ciudadanos estadounidenses que se hubieran alistado en un ejército extranjero serían «privados de la ciudadanía y del pasaporte estadounidenses durante todo el período en que estuvieran alistados». El agregado militar en Praga propuso al Ministerio de Defensa advertir a las tripulaciones de que

---

definitiva, ese Fidel Castro? ¿Y por qué irritar a los americanos por su causa? Sin embargo, Jruschov ordenó el envío de las armas de todos modos, como si presintiera que la victoria de los guerrilleros cubanos podría brindarle nuevas oportunidades (N. del A.).

si no regresaban inmediatamente a su país serían derribadas en vuelo por los cazas estadounidenses, pero Washington rechazó la propuesta.

Entretanto, los suministros de armas desde Checoslovaquia continuaban aumentando, como informó a Truman el director de la CIA: «Checoslovaquia es la base principal para las operaciones de una organización clandestina muy ramificada que hace llegar materiales bélicos a Palestina por vía aérea». El gobierno de Estados Unidos protestó oficialmente ante el gobierno checoslovaco e informó a las Naciones Unidas de los suministros clandestinos de armas en Oriente Medio. El Departamento de Estado declaró que los estadounidenses involucrados en estas transacciones deberían ser privados de su pasaporte, pero el gobierno checoslovaco respondió que los estadounidenses a los que se refería la nota habían abandonado el país ya hacía tiempo.

Los servicios de espionaje militar estadounidenses, entretanto, localizaron rápidamente un pequeño aeropuerto en las cercanías de Bratislava, desde el que partían cargamentos de armas y donde instructores checoslovacos y soviéticos adiestraban a los israelíes en el vuelo. Los pilotos, al regresar de Palestina, transportaban cargamentos de naranjas destinados a los niños checoslovacos.

Los militares israelíes compraban a bajo precio viejos cazas ingleses Spitfire y restos alemanes Me-109, que, no lejos de Brno, eran desmontados y enviados a Israel. Los pilotos voluntarios llegaban clandestinamente al aeropuerto checoslovaco de České Budějovice, donde aprendían a conocer las máquinas que iban a pilotar y partían luego hacia Israel. En el mismo lugar se instruían también tanquistas y paracaidistas. Mil quinientos soldados de infantería israelíes se prepararon en Olomouc, y otros dos mil en Mikulov, constituyendo la «Brigada Gottwald», que llegó a Palestina pasando por Italia. El personal sanitario se instruyó en Velká-Štrebna, los radiotelegrafistas en Liberec, los electromecánicos en Pardubice, mientras que profesores soviéticos daban a los jóvenes israelíes lecciones sobre temas políticos.

A la compra del material bélico en Checoslovaquia estaba destinado Israel Tal, que había mandado con el grado de sargento un destacamento de ametralladores en el ejército británico, y que se convertiría en general y jefe de las tropas acorazadas israelíes. También Mordechai Hod, de origen ruso, comandante de la aviación militar y futuro general, hizo su aprendizaje en Checoslovaquia. Durante la guerra de los Seis Días fueron sus pilotos quienes destruyeron la aviación egipcia en tierra. «No sabemos —recordó Golda Meir— si habríamos podido resistir sin las armas y las municiones compradas en Checoslovaquia y transportadas a través de Yugoslavia y los Balcanes, en aquel terrible inicio de la guerra, antes de que la situación cambiara en junio del 48. Durante las primeras seis semanas pudimos contar con las ametralladoras y las municiones que el Haganá había conseguido comprar en Europa del Este, mientras que incluso Estados Unidos había puesto el embargo sobre el envío de armas a Oriente Medio. A pesar de que posteriormente la URSS nos haya adversado duramente, el reconocimiento de Israel por parte soviética fue entonces importantísimo para nosotros. Por primera vez, después de la Segunda Guerra Mundial, las dos mayores potencias apoyaron al Estado judío de común acuerdo, y nosotros supimos que no estábamos solos, a pesar de que estábamos en peligro mortal. De esta conciencia y del estado de terrible necesidad, extrajimos aquella fuerza, si no material al menos moral, que nos condujo a la victoria».

Desde Checoslovaquia, las armas llegaron oportunamente. El 29 de marzo de 1948, los judíos palestinos desembalaron y montaron los primeros cuatro Messerschmitt Bf-109. Una columna militar egipcia, con sus carros de combate, se encontraba a pocos kilómetros de Tel Aviv. Se habló de evacuar la ciudad, pero perder Tel Aviv significaba ser derrotados. Ben Gurión no disponía de tropas capaces de defender la ciudad, pero hizo elevar en vuelo los cuatro aviones. Solo regresó uno, pero los egipcios, al ver que los judíos disponían de aviación, se detuvieron y no osaron atacar la ciudad, a pesar de que estaba indefensa.

Checoslovaquia suministró armas y municiones a los judíos palestinos, pero era el espíritu combativo el que era altísimo en los soldados judíos, que sabían que solo podían vencer o morir, que no tenían espacio para retroceder o huir. Con las armas recibidas, las formaciones judías rechazaron a los árabes. El Ejército de Liberación constituido por el Gran Muftí fue derrotado, y destacamentos de la autodefensa judía ocuparon los centros estratégicos de Haifa y Jaffa.

Las potencias occidentales presentaron al Consejo de Seguridad de la ONU un proyecto de declaración «sobre la introducción de armas en Palestina, vía marítima y terrestre», claramente dirigido contra los judíos y la inmigración judía. Gromiko, sin tener tiempo de consultar a Moscú, expresó una protesta inmediata y pidió confirmación *post factum* a su gobierno. Un telegrama de Mólotov le comunicó la aprobación del Politburó.

Moscú, sin embargo, se preocupaba por respetar las formas. El 22 de mayo de 1948, ya después de la constitución de Israel, el ministro de Asuntos Exteriores Shertok telegrafió a Epstein encargándole solicitar al Departamento de Estado el envío urgente a Israel de cazabombarderos y artillería antiaérea y anticarro. La respuesta estadounidense, obviamente, fue negativa. Shertok entonces envió nuevas instrucciones a su emisario: *Diríjase inmediatamente a la embajada soviética para solicitar a Moscú el mismo tipo de ayudas.*

La oficina de Oriente Medio del MID estaba entonces dirigida por Ivan Bakulin, un diplomático de la escuela de Mólotov, que había ingresado en el Comisariado de Asuntos Exteriores en 1939 y durante la guerra había estado al frente de la oficina de cuadros del Comisariado de Asuntos Internos y luego fue embajador en Afganistán. El 5 de junio, Bakulin escribió al viceministro Zorin: *En relación con lo comunicado por el camarada Gromiko sobre las solicitudes de los representantes de Israel, considero posible:*

1. *Aconsejar a Praga y a Belgrado, en vía reservada, a través de nuestros embajadores, que faciliten la compra y el envío a Palestina de aviones y artillería por parte de emisarios de Israel, teniendo en cuenta que, a pesar de la resolución del Consejo de Seguridad sobre la prohibición de introducir armas en los países árabes, estos últimos tienen la posibilidad de obtenerlas en cantidad de los depósitos y las bases inglesas desplegados en Transjordania, Irak y Egipto.*

2. *Evitar conceder a representantes del gobierno de Israel permisos para trasladarse desde Checoslovaquia a la Unión Soviética a fin de negociar la compra de aviones, en cuanto ello será competencia de la misión diplomática de Israel en Moscú, cuya institución ya ha sido aprobada por el gobierno soviético.*

Pero Zorin corrigió a su poco diplomático subordinado: *No podemos actuar con tanta imprudencia. Hemos votado por el cese el fuego en Palestina y debemos evitar realizar gestos que podrían volverse contra nosotros.* Los suministros de armas, sin embargo, continuaron, pero a través de intermediarios, para que no se pudiera acusar a la Unión Soviética de violar las decisiones de la ONU.

EL EJÉRCITO EGIPCIO ATACA ISRAEL

Presentado el estallido de la guerra, los diplomáticos estadounidenses en servicio en el consulado de Jerusalén se abastecieron de generadores eléctricos, gasolina y agua potable. En marzo, un funcionario de la embajada fue secuestrado por unos terroristas árabes, pero el intérprete árabe que lo acompañaba logró convencer a los malhechores de que lo liberaran. Resultó ser un terrorista incluso el chófer del cónsul general: al volante de un automóvil repleto de explosivo, en el que ondeaba la banderita estadounidense, se lanzó al patio del cuartel general de la Agencia Judía. Logró huir, pero el coche al explotar causó la muerte de varias personas. Unos días más tarde, George Parrow, radiotelegrafista del consulado estadounidense, fue raptado por desconocidos e interrogado durante veinticuatro horas para que contara todo cuanto sabía sobre la explosión, y finalmente entregado a una comisaría de policía. Este episodio no sirvió para mejorar las relaciones entre los judíos palestinos y la diplomacia estadounidense.

Truman, entretanto, se había cansado de ver boicoteada su política en Oriente Medio y sustituyó al responsable para las cuestiones palestinas en el Departamento de Estado por un simpatizante de los sionistas. El 12 de mayo, dos días antes de la expiración del mandato británico sobre Palestina, el presidente convocó a su personal para una última reunión en la Casa Blanca, durante la cual su consejero Clark Clifford dio a conocer la intención de Truman de reconocer al Estado judío tan pronto como fuera proclamado. Mientras Clifford hablaba, Marshall se puso rojo como un tomate: «Si hace esto —dijo mirando al presidente a los ojos—, en las elecciones de noviembre votaré contra usted». Era inaudito: en la Casa Blanca nunca se había oído nada semejante.

Sin embargo, mientras podía a su antojo sustituir a los funcionarios del Departamento de Estado en vísperas de las elecciones, para Truman habría sido desastroso granjearse la enemistad de uno de los hombres más populares del país. Así que dijo que lo pensaría y pidió que lo dejaran solo. En realidad, el presidente ya había decidido, por peligrosa que pudiera ser la oposición de Marshall, no permitir que, justo antes de la consulta electoral, los adversarios republicanos pudieran pintarlo como un malvado dispuesto a impedir a los judíos palestinos tener su propio Estado. Marshall, por su parte, hizo todo lo que pudo para evitar la proclamación. Al día siguiente, 13 de mayo, entregó al presidente un amplio informe sobre la situación en Palestina, que se cerraba así: *El Estado judío no podrá en modo alguno resistir mucho tiempo, rodeado como está de un mundo árabe hostil.*

Además, advirtió amenazadoramente a Shertok que no contara con la ayuda estadounidense en caso de agresión y aconsejó a los judíos palestinos que no se apresuraran a proclamar la constitución del Estado para no correr el riesgo de ser aniquilados. De regreso a Tel Aviv, Shertok informó a Ben Gurión de las palabras del Secretario de Estado y observó tímidamente que quizás, dada la situación, sería mejor esperar. Pero Ben Gurión consideraba que, habiendo esperado ya dos mil años, los judíos no podían ciertamente ser acusados de escasa paciencia, y perder tiempo ahora sería estúpido. El Estado de Israel fue proclamado el viernes 14 de mayo de 1948 a las cuatro de la tarde en el bulevar Rothschild, en la sede del Museo de Tel Aviv. Ben Gurión leyó la Declaración de Independencia: «Expulsado de ella con violencia, el pueblo judío ha permanecido fiel a su tierra […]. Plenamente conscientes de este vínculo histórico, de generación en generación los judíos han intentado regresar a establecerse en su antigua patria, y en las últimas décadas han llegado a ella en masa para defenderla, para hacer florecer los desiertos, hacer revivir la antigua

lengua, construir ciudades y aldeas, crear una comunidad que hoy está en crecimiento […]. Por ello, nosotros, representantes de la población judía, en el día en que expira el mandato británico, en virtud de nuestro derecho histórico y natural y de la resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas, proclamamos la fundación del Estado judío, el Estado de Israel […]». Inmediatamente después, Ben Gurión se dirigió a los árabes palestinos y a los Estados árabes: «Invitamos a los hijos del pueblo árabe que viven en el Estado de Israel a salvaguardar la paz y a participar en la construcción del Estado sobre la base de una plena igualdad de derechos civiles […]. Tendemos una mano de paz a todos los Estados vecinos y a sus pueblos y les hacemos un llamamiento para que colaboren con el pueblo judío […]». Los miembros del Consejo Nacional firmaron la declaración de independencia y cantaron el *Hatikvah*[61]: *Mientras en lo profundo del corazón / el alma judía se conmueva / mientras la mirada se vuelva hacia Oriente hacia Sion / no está perdida nuestra esperanza / de ser un pueblo libre / en la tierra de Sion y de Jerusalén.* Toda la ceremonia duró quince minutos. Hoy, recordando el pasado, se puede decir que la historia de Oriente Medio habría tomado otro rumbo si los países árabes limítrofes no hubieran decidido inmediatamente sofocar al Estado judío.

Cuántas guerras y cuántas víctimas se habrían ahorrado si los gobiernos árabes hubieran sido menos egoístas, si hubieran aceptado serenamente el nacimiento de Israel, que no representaba una amenaza, y hubieran consentido a los árabes palestinos constituir su propio Estado. Durante todo el siglo XX, los árabes, de hecho, contra su propio interés, han respondido «no» a toda propuesta. Si en 1919 no se hubieran opuesto a la Declaración Balfour, la exigua población judía de Palestina no habría obtenido más que una limitada autonomía, y los judíos habrían tenido que conformarse con la condición de minoría nacional dentro de un Estado árabe, como los cristianos maronitas en el Líbano.

Si en vísperas de la Segunda Guerra Mundial los árabes hubieran acogido la propuesta británica de constituir en Palestina un minúsculo Estado judío y un gran Estado árabe, Israel con su pequeñísima extensión habría resultado verdaderamente minúsculo. En 1947, los judíos palestinos tuvieron que elegir entre la posibilidad concreta de crear su propio Estado sobre un territorio muy circunscrito y la continuación de una lucha sin esperanza para obtener toda Palestina. No reflexionaron largo tiempo y en el mapa político del mundo apareció el Estado de Israel. Hombres sabios, no inclinados al fanatismo, no podían hacer una elección diferente.

Los árabes palestinos, al contrario, entre la posibilidad de constituir un Estado sobre el territorio asignado por las Naciones Unidas y la lucha por tener toda Palestina, eligieron esta última. El Estado palestino por el que los árabes luchan desde tantos años y por el que han sacrificado tantas vidas, propias y ajenas, habría podido surgir en mayo de 1948. Pero quien lo impidió no fueron los judíos, sino los gobiernos de los Estados árabes que, con sus posturas intransigentes, impidieron de hecho a los árabes palestinos proclamar su propio Estado. Y así comenzó la tragedia de Oriente Medio.

Apenas unas horas después de la fundación de Israel, el ministro de Asuntos Exteriores egipcio comunicó al presidente del Consejo de Seguridad de la ONU que el ejército de su país había cruzado la frontera para restablecer el orden en Palestina. El sábado por la mañana, aviones árabes

[61] «La esperanza», una pieza que se convertiría en el himno nacional israelí, compuesta en 1878 por Naftali Hertz Imber, un judío galitziano, y musicada en Palestina en la década de 1880 del siglo XIX (N. del E.).

bombardearon la central eléctrica y el aeropuerto de Tel Aviv, provocando la muerte de cuarenta y cuatro civiles. Los ejércitos árabes, que contaban con una fácil victoria, se enfrentaron a una resistencia encarnizada. En el frente meridional, las tropas egipcias fueron cercadas en la región de Faluya, donde quedaron atrapadas durante un mes y medio.

Los militares árabes trataron de identificar las causas y de encontrar a los responsables de aquel fracaso, y se sintieron traicionados. Entre los oficiales se encontraba también el futuro presidente del país, Gamal Abd al-Nasser. *Recuerdo los días pasados en la trinchera* —escribió luego Nasser. *Pensaba a menudo que nos encontrábamos en un agujero cavado en la tierra, rodeados de enemigos, con armas inadecuadas y municiones insuficientes, por culpa de hombres ambiciosos e intrigantes, que jugaban con nuestro destino y que nos habían enviado a la guerra sin preparación. Combatíamos en Palestina, pero nuestro corazón estaba en la patria, y pensábamos que lo que estaba ocurriendo en Palestina era comparable a lo que ocurría en Egipto. Nuestro país vive las mismas dificultades y está también devastado por enemigos, engañado y obligado a luchar sin preparación.*

Mientras las formaciones judías de combate repelían el avance egipcio, Shertok, recién nombrado ministro de Asuntos Exteriores de Israel, el 15 de mayo envió un telegrama a Mólotov en nombre del gobierno provisional: *Tengo el honor de comunicarle, rogándole que informe a su gobierno, que el Consejo Nacional del Estado judío, compuesto por los representantes elegidos de las organizaciones judías de Palestina, se reunió ayer 14 de mayo al expirar el mandato británico. En virtud de la resolución adoptada por la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas con fecha 29 de noviembre de 1947, ha proclamado la fundación de un Estado judío independiente en Palestina, que asume el nombre de Estado de Israel […] El Consejo Nacional ha invitado a los habitantes árabes de Israel a regresar a la senda de la paz y a hacer su parte en el proceso de desarrollo del Estado, con plena igualdad de ciudadanía y de representación en sus órganos directivos, provisionales y permanentes. El Consejo ha ofrecido también la paz a todos los Estados y pueblos vecinos […] En nombre del Gobierno provisional de Israel solicito el reconocimiento oficial del Estado de Israel y de su gobierno provisional por parte de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas […] Aprovecho la ocasión para expresar, también en nombre de los judíos de todo el mundo, la consciente y profunda gratitud de la población judía palestina por la posición asumida con firmeza por la delegación soviética en la ONU a favor de la constitución de un Estado soberano judío en Palestina; por la coherente promoción de esta idea, a pesar de todas las dificultades; por las expresiones de sincera solidaridad con el pueblo judío a causa de los sufrimientos padecidos en Europa a manos de los verdugos nazis; por la reafirmación del principio que considera a los judíos de Palestina un pueblo merecedor de soberanía e independencia.*

Stalin decidió reconocer al Estado judío.

El 18 de mayo, Mólotov telegrafió a Shertok: *Le comunico que el gobierno de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas ha decidido reconocer oficialmente el Estado de Israel y su Gobierno provisional […].*

Sin embargo, los primeros en reconocer a Israel *de facto*, con un procedimiento diplomático abreviado, fueron Estados Unidos, y ello ocurrió diez minutos después de la proclamación del Estado, cuando en Washington había pasado la medianoche. El reconocimiento estadounidense de Israel *de iure* data en cambio del 31 de enero de 1949. Los estadounidenses quisieron esperar el resultado de las elecciones en Israel, porque la CIA había pronosticado la victoria de las izquierdas y el advenimiento de un gobierno prosoviético. El fulminante reconocimiento del Estado judío, sin embargo, le costó muy caro a los diplomáticos estadounidenses: unos días después, el conserje del consulado y el radiotelegrafista del agregado naval fueron abatidos por desconocidos. El 20 de mayo, un francotirador disparó contra el cónsul y el vicecónsul sin alcanzarlos, pero diez minutos

después, en la avenida trasera al consulado, hirió mortalmente al cónsul general Thomas Wasson, que regresaba de la reunión de la comisión de la ONU para el armisticio. Wasson murió en el hospital al día siguiente.

La actitud del gobierno estadounidense hacia los judíos palestinos no mejoró: *La llegada a Palestina de tantos refugiados de Europa* —escribió el Secretario de Estado interino Robert Lovett al Secretario de Defensa Forrestal— *proporciona a la Unión Soviética una excepcional posibilidad de penetración en esta región estratégicamente tan importante. Es necesario enviar a nuestros agregados militares en Israel específicas instrucciones para que observen los movimientos de los soviéticos y aprendan a conocer su táctica.*

Los israelíes, por su parte, mantenían cierta frialdad con respecto a los militares estadounidenses. El agregado aeronáutico coronel Archibald, que disponía de un avión personal, fue advertido de que si abandonaba la ruta establecida, se le abriría fuego, y no se trataba de una broma, pues en marzo de 1949 el avión de Archibald fue ametrallado y obligado a aterrizar.

Los agregados militares estadounidenses, que eran en realidad agentes secretos, protestaron ante su Ministerio: *Estados Unidos dispone de datos relativos a la estructura de las fuerzas armadas de casi todos los países salvo Israel, la Unión Soviética y algunos de sus satélites. Israel se ha negado incluso a proporcionarnos información marginal como la de las insignias y la ubicación de sus tropas.* Diplomáticos y agentes estadounidenses tenían el cometido de proporcionar noticias sobre la presencia soviética en Palestina. Inmediatamente después de la proclamación de la independencia, el Departamento de Estado recibió una noticia según la cual ocho mil exoficiales y soldados del ejército soviético habían llegado en socorro de los judíos, pero Thomas Wasson, encargado de verificar la cifra, telegrafió a Washington: *Se trataba solo de rumores, charlatanerías, verdaderas tonterías.*

"VIVA LA AMISTAD SOVIÉTICO-ISRAELÍ"

Del diario de David Samóilov, joven poeta excombatiente:

16 de mayo: Ha nacido el Estado de Israel. Hay algo grandioso en esto, pero difícilmente el resto de la humanidad lo percibirá. ¿Es la voz de la sangre que habla en mí? Si este Estado sobrevive, quizás se nos respete un poco más, pero también seremos considerados extranjeros en todas partes, incluso donde hemos plantado raíces milenarias.

20 de mayo: Israel se bate soberbiamente. ¡Pero qué puede hacer un puñado de hombres contra la indiferencia del mundo! Nadie entiende cuánto más trivial sería la vida en nuestro planeta sin esta tribu ardiente y obstinada.

El 30 de mayo, el Comité Antifascista Judío envió a Weizmann un mensaje de saludo —largamente elaborado y sometido previamente a la aprobación del Comité Central— que decía, entre otras cosas: *Por primera vez en el curso de su historia, rica y sufrida, el pueblo judío ha encontrado un auténtico defensor de sus derechos y de sus intereses: la Unión Soviética, amiga y protectora de todos los pueblos.* Muchos judíos soviéticos, entre ellos también oficiales veteranos, se declararon solidarios con Israel y dispuestos a trasladarse a Palestina en socorro del Estado judío. El legendario tanquista David Dragunski, condecorado dos veces con el título de Héroe de la Unión Soviética, propuso formar una división y enviarla a Palestina. El joven héroe no podía prever que, en el futuro, convertido en general de cuerpo de ejército y ya anciano, sería llamado a dirigir el Comité Antisionista de la Opinión Pública Soviética, para "desenmascarar la política agresiva de Israel y los crímenes del sionismo internacional". Los excombatientes judíos, por número de condecorados, solo eran superados por los rusos y los ucranianos, y como creían sincero el apoyo del gobierno soviético a Israel, pensaban estar en línea con la política oficial.

Aún antes de la proclamación de la independencia, hacia mediados de abril de 1948, Lemberg, un abogado de Výborg que durante la guerra había sido capitán del cuerpo de ingenieros y estaba pluricondecorado, escribió a Vyshinski una carta todavía conservada en los archivos del Ministerio: *Sobre la necesidad de enviar un número considerable de cuadros judíos desde la URSS a Palestina.* El exoficial proponía trasladar a Palestina cincuenta mil judíos soviéticos dispuestos a defender a la Unión Soviética en su frente palestino. Vyshinski pasó el informe a Borís Stein —consejero del MID, estudioso de la historia y exrepresentante soviético en Italia— quien tres días después lo devolvió con dictamen negativo. El experto funcionario escribía que el escaso peso específico de una Palestina judía en Oriente Medio no impediría a Inglaterra y a Estados Unidos hacer de los países del área una base antisoviética. Además, sostenía Stein, los sionistas, dada la naturaleza de clase de su movimiento, apoyarían a Estados Unidos antes que a la Unión Soviética. Pero los judíos soviéticos, que no pensaban en la lucha de clases, estaban entusiasmados por la creación del Estado de Israel. Intentaban sinceramente ayudarlo y hablaban y escribían de ello abiertamente. El olor a quemado solo fue advertido por funcionarios muy cautelosos: el 18 de mayo, el vicesecretario responsable del Comité Antifascista Judío, Grigori Jeifets[62], se apresuró a informar al Comité Central del PCUS: «Como consecuencia de los recientes acontecimientos de Palestina, muchas personas se dirigen en persona o por teléfono al Comité Antifascista Judío pidiendo ser enviadas allí como voluntarios "en la lucha contra el agresor y los fascistas" […]. Entre otras, hay solicitudes

[62] «La esperanza», una pieza que se convertiría en el himno nacional israelí, compuesta en 1878 por Naftali Hertz Imber, un judío galitziano, y musicada en Palestina en la década de 1880 del siglo XIX (N. del E.).

de empleados del Ministerio de Armamentos y de oficiales del Ejército soviético que expresan el deseo de ayudar al pueblo judío en su batalla contra el agresor inglés […]. Al Comité también ha llegado noticia de colectas de fondos para la compra de armas […]». Jeifets estaba consternado y pedía indicaciones al Comité Central. Los funcionarios del CAJ habían comprendido inmediatamente que debían dar prueba de "patriotismo soviético" mostrándose contrarios a la emigración a Palestina: Israel estaba destinado a los judíos de otros países, a los judíos carentes de una "patria socialista". Jeifets confeccionó listas de nombres de judíos que se habían dirigido al Comité pidiendo ir como voluntarios a Palestina a luchar junto a Israel contra los árabes reaccionarios, y las pasó al Ministerio de Seguridad "para las medidas oportunas". Tan diligente vigilancia, sin embargo, no lo salvó del arresto en 1952. Se le perdonó la vida quizás porque era un exchequista y no fue fusilado con los demás activistas del Comité, pero fue condenado a veinticinco años de reclusión. El 24 de mayo de 1948 se celebró en Moscú una velada en memoria de Solomon Mijoels, director artístico del Teatro Estatal Judío y presidente del CAJ. Las trágicas circunstancias en que había perdido la vida no eran conocidas entonces, y solo mucho tiempo después se supo que había sido asesinado por los chequistas, por orden secreta de Stalin. Se escenificó un accidente: Mijoels y su acompañante habrían sido arrollados por un camión en Minsk. La puesta en escena era burda, nadie le prestó fe, y el rumor de que Mijoels había sido asesinado se difundió rápidamente. Sin embargo, el artista fue enterrado con todos los honores, ya que desde arriba no llegaron indicaciones en contrario. A la conmemoración asistió también el famoso escritor Iliá Erenburg: «En esta velada dedicada a la memoria de Solomon Mijoels, gran actor y hombre, quiero recordar la sed inmortal de justicia de un pueblo que, sofocado en los guetos, ha luchado por la libertad, ha cantado para otros y para otros se ha levantado. Mientras nosotros aquí recordamos al gran dramaturgo y actor soviético, en algún lugar lejano vuelan bombas y disparan los obuses: los judíos del joven Estado defienden sus ciudades y sus aldeas de los mercenarios ingleses. La justicia se enfrenta una vez más con la avaricia. La sangre corre por el petróleo. Yo nunca he compartido las ideas sionistas, pero hoy no estamos hablando de ideas, sino de criaturas vivientes. Estoy seguro de que en la ciudad vieja de Jerusalén, en los sótanos donde tienen lugar los combates, la figura de este gran ciudadano soviético, gran artista y hombre, empuja a los soldados al heroísmo […]. La prensa soviética condena a los árabes reaccionarios que intentan estrangular al Estado judío».

Tras el discurso de Erenburg, Shertok sondéo el terreno con Mólotov sobre la posibilidad de abrir inmediatamente en Moscú una misión diplomática israelí compuesta por un enviado o un encargado de negocios y un cónsul general, y de instituir simultáneamente en Tel Aviv una misión soviética del mismo nivel.

Al día siguiente, Mólotov, con la aprobación de Stalin, envió a Tel Aviv un telegrama de asentimiento. La Unión Soviética fue la primera en reconocer al Estado judío *de iure*: su primer embajador, Pável Yershov, fue acogido en Israel con honores particulares. La embajada estadounidense envió a Washington un amargo y circunstanciado informe sobre la llegada de los diplomáticos soviéticos que, a pesar de la hora avanzada, habían encontrado una gran multitud esperándolos para saludarlos. Única consolación: el descontento de las cansadas camareras del hotel, donde, aunque eran las tres de la mañana, los soviéticos habían exigido que se les sirviera una comida de cinco platos.

En la ONU, entretanto, los diplomáticos de la URSS continuaban defendiendo a Israel de los intentos de los países árabes y de Inglaterra de limitar "su derecho de soberanía". El representante soviético en el Consejo de Seguridad solicitó el retiro inmediato de Palestina de las formaciones militares extranjeras, es decir, de los ejércitos árabes dispuestos a sofocar al Estado judío en su nacimiento. Y la ONU envió trescientos observadores militares que, en Jerusalén, registraron continuas violaciones del alto el fuego por parte de los árabes. La Unión Soviética era, en esos momentos críticos, el único aliado de Israel, y los dirigentes del país se dirigieron siempre a ella.

El 9 de junio de 1948, Shertok telegrafió a su representante en Estados Unidos, Epstein: *Le ruego solicitar a los representantes soviéticos – ya sea en Nueva York o en Washington a su discreción – que examinen la oportunidad de una misión especial nuestra a Moscú compuesta por Namir, Ben-Aron y Perlson, para tratar posibles compras de armas y de víveres. Los delegados están listos y solo esperan ser autorizados a partir, en cuyo caso solicitarán los visados a su llegada a Praga o a Varsovia. La cuestión es de máxima urgencia. Dé confirmación telegráfica e informe a Golda Meyerson.*[63]

Y el 16 de junio le envió otro telegrama desesperado:

La grave situación energética nos obliga a enviar un emisario a Rumania para negociar la compra de gasolina. El buque cisterna debe llegar absolutamente mientras esté en vigor el armisticio. Le ruego solicitar a la delegación soviética que apoye nuestra solicitud ante el gobierno rumano.

Finalmente, el 23 de junio, el ministro de Asuntos Exteriores instó a Epstein a reunirse con Gromiko para discutir la venta de aviones y armamento pesado que debían entregarse incluso después de la eventual expiración del alto el fuego, subrayando que las condiciones impuestas por el armisticio no prohíben la compra de armas en el extranjero.

En ese período, Gromiko, después de nueve años al otro lado del océano, estaba concluyendo su mandato en Estados Unidos y se preparaba para regresar a casa. Mólotov lo quería en Moscú a su lado y lo nombró primer viceministro. Pero mientras Mólotov promovía su carrera, Vyshinski adversaba con igual franqueza a ese rival tan lanzado, que además era veinticinco años más joven que él. Andréi Gromiko había estado ausente de Moscú demasiado tiempo y era ajeno al círculo de intrigas, delaciones y golpes bajos de los funcionarios. Vyshinski, en cambio, se manejaba en él como pez en el agua. A ocupar el puesto de Gromiko en la ONU fue Yákov Malik, también nombrado viceministro de Asuntos Exteriores. Tenía apenas cuarenta años —pocos para un cargo diplomático tan importante— y había estado en Japón durante toda la guerra. Único entre los embajadores de los países aliados, había visto arder Tokio bajo los bombardeos estadounidenses de la primavera de 1945 y había vivido Hiroshima y Nagasaki.

Para representar a Israel en las Naciones Unidas en ese momento estaba Abba Eban, que había nacido en Sudáfrica y había estudiado en Londres. Muy dotado para las lenguas, conocía, además del griego antiguo y el latín, también el árabe, el farsi, el hebreo y el arameo. A los veintitrés años recibió un encargo en Cambridge para la enseñanza de las lenguas orientales. Durante la Segunda Guerra Mundial ingresó en el ejército británico y prestó servicio en Egipto, donde conoció a su futura esposa, cuya hermana a su vez se casaría con Jaim Herzog, más tarde jefe del Estado Mayor del ejército de defensa israelí. En 1942, el mayor Eban fue enviado a Jerusalén para reclutar judíos

[63] Era el verdadero apellido de Golda Meir. Véase la explicación en el cuerpo del texto, en la página 148 (N. del E.).

destinados a unidades especiales. En 1947 entró en diplomacia y fue incluido en la delegación de la Agencia Judía en la sesión de la Asamblea General. En mayo de 1948 pronunció su primer discurso en la ONU, impugnando las argumentaciones de la delegación estadounidense que se oponía a la partición de Palestina, y se mostró como un excelente orador, no solo por su perfecto conocimiento del inglés, sino sobre todo por su capacidad de persuasión. Tras la discusión sobre las medidas de represalia que debían adoptarse contra los terroristas, que se desarrolló en el Consejo de Seguridad y que terminó con la condena a Israel, Eban regresó a Jerusalén. Indignado por la acción cometida por los militares israelíes[64] y conteniendo a duras penas la ira, pidió cuentas a Ben Gurión de aquella operación. «Yo también tenía dudas —respondió con astucia el primer ministro—, pero cuando leí tu intervención en el Consejo de Seguridad, me convencí de su necesidad».

De regreso a Estados Unidos, Abba Eban telegrafió a Shertok el 23 de julio de 1948: *Hoy he tenido una primera conversación larga y muy cordial con Malik, que ha apreciado nuestros éxitos militares y ha hecho algunas observaciones sobre el impacto que las derrotas pueden tener en los regímenes árabes. También ha aprobado nuestra solicitud de ingresar en la ONU, pero nos aconseja prepararnos adecuadamente porque considera que todo depende del apoyo de Estados Unidos. Espera que la misión de Golda Meyerson sea autorizada lo antes posible.* Moscú percibía la derrota de los ejércitos árabes como una derrota de Inglaterra y se complacía en ello, considerando que esta última había perdido ya sus posiciones en todo Oriente Medio.

Con otro telegrama del 12 de agosto, Eban informó a Shertok sobre una nueva conversación con Malik: *Se ha dicho admirado de las gestas militares de Israel […] Nadie habría podido esperar una victoria semejante. El señor Malik me ha referido también que todas las delegaciones concuerdan ya en considerar la creación del Estado un hecho incontrovertible […] He entendido que la parte soviética, considerando haber acertado al tomar posición, cuenta ahora con cobrar los debidos dividendos. Malik, en efecto, se ha declarado convencido de que nosotros sabremos apreciar el apoyo recibido de los países del Este y de los Balcanes como posición favorable de la URSS […] Los soviéticos consideraban su decisión de apoyar al Estado judío perfectamente congruente y apropiada respecto a los fines que se proponen alcanzar en Oriente Medio […].*

Mitrofan Fedorin se había diplomado en 1941 en el Instituto de Lenguas Orientales y había luego prestado servicio como correo diplomático en la embajada soviética en Irán. En 1943 había sido enviado como becario a la embajada en El Cairo y en 1948 a Israel, donde el 14 de agosto presenció, como segundo secretario de la misión diplomática soviética y como representante de la Asociación Pansoviética para las Relaciones Culturales con los Países Extranjeros, la reunión de la Liga para la Amistad con la URSS, organizada con ocasión de la llegada de la misión soviética. Alrededor de dos mil personas se apiñaron en el cine "Ester", uno de los más grandes de Tel Aviv, y otras mil se quedaron fuera del local para escuchar los discursos que se retransmitían por altavoces colocados en la calle.

En el escenario del presidium destacaban un gran retrato de Stalin y la inscripción: "¡Viva la amistad entre el Estado de Israel y la URSS!". Cada vez que se nombraban a la Unión Soviética y a sus representantes, en especial a Gromiko, en la sala estallaban los aplausos. El coro de la juventud

[64] Probable alusión a la masacre perpetrada por el Irgún en la noche del 9 al 10 de abril de 1948 en la aldea árabe de Deir Yassin. El Irgún Zvái Leumí (Organización Militar Nacional, conocida también como Etzel) fue escindido de la Haganá y ha sido considerado tanto un grupo terrorista como un movimiento independentista (N. del E.).

obrera ejecutó el himno israelí y luego el soviético. "La Internacional" fue cantada por todos. Finalmente resonaron canciones soviéticas como "La marcha de los artilleros" y "La canción de Budyonny".

A representar a Israel en Moscú iría Golda Meir, pero antes de consentir su entrada en la Unión Soviética, Vyshinski solicitó el parecer del ministro de Seguridad del Estado, general Víktor Abakúmov, quien no encontró nada que objetar.

EL COMPAÑERO STALIN ENCARGA A ERENBURG

Golda Meyerson había nacido en Kiev antes de la revolución. Su abuelo prestó servicio durante treinta años en el ejército zarista, su padre era carpintero, y la familia vivía miserablemente: cinco de los ocho hijos murieron en edad temprana y muchos amargos recuerdos acompañaron a Golda durante toda su vida. «Recuerdo claramente las conversaciones sobre un pogromo que se esperaba de un momento a otro. Ciertamente yo entonces no sabía qué era, pero comprendía que se trataba de algo relacionado con nuestro ser judíos y con esa multitud canallesca armada de cuchillos y bastones que recorría la ciudad vociferando contra el pueblo judío».

Era todavía muy pequeña cuando la llevaron a América, y por ello ya no hablaba ruso. Se casó con Maurice Meyerson, también emigrado de Rusia, socialista, contrario al sionismo, pero que por amor a ella aceptó trasladarse a Palestina, donde encontró trabajo como cajero. Temperamento, energía y determinación llevaron en cambio a Golda a la política. No le gustaba que le recordaran que era mujer. A un periodista que le había preguntado: «¿Qué efecto produce ser una primera ministra mujer?», replicó: «No sé, nunca he sido un primer ministro hombre». Vestía siempre trajes o chaquetas oscuras, llevaba broches de buen gusto y un pequeño reloj; tenía los dedos manchados de nicotina porque fumaba cigarrillos fuertes y sin filtro, el mentón masculino, la mirada seria a veces iluminada por una cálida sonrisa.

Los sionistas querían olvidar su vida en la diáspora: como muchos otros, todos los dirigentes israelíes, con un acto que quería simbolizar un retorno al origen bíblico, adoptaron apellidos hebreos y nombres bisílabos y llanos. Golda Meyerson se convirtió pronto en Golda Meir; Moshé Shertok cambió su apellido por Sharett; Shimon Perski, futuro ministro de Asuntos Exteriores y premio Nobel de la Paz, lo cambió por Peres.

El 7 de septiembre, Mólotov acogió con gran cortesía a Golda Meir, primera embajadora de Israel en Moscú, y le hizo muchas preguntas sobre la situación en Palestina. Golda dijo, entre otras cosas: «Como consecuencia de esta guerra, el gobierno de Israel ha madurado la convicción de tener que, probablemente, plantear el problema de las fronteras, para que resulten defendibles más fácilmente y con mayor eficacia de lo que lo son las fijadas por la resolución del 29 de noviembre». En otras palabras, declaraba irreales las fronteras establecidas por la ONU: para poder defenderse, Israel debería extender su propio territorio. Mólotov no encontró nada que objetar. Su asistente e intérprete, Oleg Troianovski (hijo del primer embajador soviético en Estados Unidos), anotó la respuesta evasiva del ministro: *El gobierno de Israel deberá reflexionar sobre el tema. Pero personalmente, Mólotov considera que el Estado de Israel ha empezado bien, que existen las bases para constituir un Estado fuerte.*

Golda Meir era una mujer extraordinariamente segura de sí misma. La certeza de sus razones nunca la abandonaba y era capaz de transmitir también a los demás su seguridad. Probablemente fue la diplomática israelí más eficaz.

El 13 de septiembre, el coronel Johann Ratner[65], agregado militar ante la misión diplomática israelí, se presentó en la Dirección General para las Relaciones Exteriores del Ministerio de Defensa para

[65] Ratner había nacido en Odesa y, en su momento, había servido al zar como simple granadero en el tercer regimiento Samara de la división de Moscú. Tras la revolución, combatió en las filas del Ejército Rojo. En 1923 emigró a Palestina, donde enseñó arquitectura. Fue uno de los fundadores de la Haganá y, antes de la

una conversación con el general Iliá Saráev y con su vicepresidente. A los funcionarios del Ministerio, Ratner solicitó material didáctico soviético para los institutos israelíes de estudios militares, y la admisión de algunos oficiales en las academias militares soviéticas.

Saráev respondió que, al entrar ambas cosas en las competencias del gobierno, la embajadora Golda Meyerson debería dirigirse al Ministerio de Asuntos Exteriores en calidad de representante del Estado de Israel, o bien promover un paso oficial del gobierno israelí ante la misión diplomática soviética en Tel Aviv. El 14 de septiembre, Golda Meir realizó su primera visita a Zorin, el viceministro de Asuntos Exteriores que tenía la delegación para Oriente Medio y que fue su principal interlocutor en el período de su misión en Moscú, y planteó de inmediato el problema que se volvería crucial en las relaciones entre los dos países. *Meyerson* —anotó Zorin en su relato de la conversación— *declaró que el problema judío puede ser resuelto definitivamente solo a través de una masiva inmigración de judíos a Israel. Repliqué que la inmigración no puede ser el único medio para resolver la cuestión, ya que muchos judíos no querrán abandonar los países en que se encuentran para establecerse en Palestina, y añadí que en un Estado socialista como la URSS la opresión de las minorías y la discriminación contra los judíos han sido eliminadas para siempre […] Meyerson se abstuvo de hacer más comentarios sobre el tema.*

El 17 de agosto, Pável Yershov presentó las cartas credenciales al primer ministro Ben Gurión. En las calles cercanas a su hotel se agolpaban muchas personas que habían acudido a saludarlo con sincero calor. Ante la residencia del primer ministro le recibió un piquete de honor de cuarenta soldados. La orquesta tocó el himno soviético y el *Hatikvah*. Tras la ceremonia de entrega de las credenciales, Ben Gurión dijo a Yershov: «El pueblo de Israel está agradecido a la Unión Soviética por el apoyo moral que le ha prestado en la ONU. El Estado hoy es más fuerte y la gente, sobre todo la juventud, es consciente de luchar por su país y por sus ideas. Hay que reconocer que sabe hacerlo realmente bien, como ha demostrado en batalla. El ejército ha recibido de Checoslovaquia y de Yugoslavia una gran cantidad de armas, incluida la artillería de la que estábamos completamente privados al inicio de la guerra».

En Israel, donde apenas se habían apagado los combates, la vida era dura, y también los diplomáticos soviéticos podían comprobarlo a pesar de vivir en una situación privilegiada. En septiembre, Yershov se quejó con Walter Eytan, secretario general del Ministerio de Asuntos Exteriores israelí, de que los edificios destinados a la misión y a la residencia de los funcionarios no se hubieran terminado aún. Además, habían surgido dificultades también con los abastecimientos: a los diplomáticos no se les asignaban cartillas de racionamiento, y Yershov, en el restaurante del hotel, se había visto rechazar una segunda taza de café.

Para aliviar la situación de Israel, la Unión Soviética intentó obtener de los países árabes el retiro de las tropas de Palestina. El 26 de agosto, el viceministro de Asuntos Exteriores Gromiko preparó las instrucciones para la redacción de una propuesta de resolución que la delegación soviética en la ONU debería presentar a la Asamblea General cuando se discutiera sobre Palestina: *La Asamblea General considera necesario el inmediato retiro del territorio de los Estados, judío y árabe, de Palestina —cuya constitución ha sido sancionada por la resolución del 29 de noviembre de 1947— de todas las tropas y de todo el personal militar extranjero, y pide al Consejo de Seguridad que adopte medidas adecuadas para impedir que se renueven las acciones de guerra en la región.* La referencia era a los ejércitos árabes presentes en Palestina,

---

guerra de independencia, dirigió la oficina de planificación del Estado Mayor del futuro Ejército de Defensa de Israel (N. del A.).

que aún no habían renunciado a destruir Israel. El 17 de septiembre, las instrucciones fueron aprobadas por el Politburó: la Unión Soviética mantenía su pleno apoyo a Israel. Pero Golda Meir, que no podía conocer las decisiones del Politburó, precisamente ese día se reunió con Fiódor Gúsev y expresó la esperanza de que también durante la inminente sesión de la Asamblea General la delegación soviética mantuviera una posición favorable a Israel. «La posición de la Unión Soviética al respecto —respondió Gúsev— es bien conocida por la ONU. Nuestro país comprende las dificultades que el joven Estado judío debe afrontar y considera que sabrá superarlas».

Entretanto, en Palestina, ese mismo día, fue asesinado el conde Folke Bernadotte, el mediador de la ONU para Palestina[66]. Le dispararon mientras atravesaba la frontera de la zona neutral de Jerusalén, junto con el jefe del grupo de observadores de la ONU, el coronel francés Serault. Su coche se había tenido que detener por una barrera colocada en medio de la carretera. Los asesinos nunca fueron encontrados, pero se sospechó que eran extremistas israelíes. El Secretario de Estado interino Robert Lovett instituyó una comisión de investigación sobre el atentado a Bernadotte. Desde Jerusalén, los diplomáticos estadounidenses hicieron saber que el día del asesinato los consulados checoslovacos en esa ciudad y en Haifa habían trabajado hasta tarde para expedir el visado a treinta militantes involucrados en el asunto que habían partido para Praga al día siguiente. El agregado aeronáutico estadounidense en Checoslovaquia fue encargado por Washington de controlar las listas de pasajeros de todos los vuelos procedentes de Israel. Los estadounidenses suponían que el asesinato había sido organizado por los servicios secretos soviéticos y checoslovacos. En cambio, la revista soviética *Nóvoye Vremia* publicó un artículo que acusaba a los ingleses del asesinato.

Dos días después de la muerte de Bernadotte, el agregado militar estadounidense Nicolas Andronowicz se encontraba en el Sporting Club de Jerusalén. En la mesa contigua a la suya, un grupo de israelíes comentaba el atentado: «El próximo de la lista es el cónsul estadounidense. Pronto tendrá lo que se merece». El cónsul general James MacDonald no subestimó la amenaza e informó de ello a Washington. El Departamento de Estado recomendó al Ministerio de Defensa reforzar el contingente de marines adscrito al consulado, llevándolo de trece a veintisiete unidades. Pero el Ministerio de Asuntos Exteriores israelí prohibió a los marines andar armados por las calles, incluso cuando escoltaban a los funcionarios del consulado.

Bernadotte consideraba fallida la resolución de la ONU sobre la partición y consideraba más justo crear un solo Estado, unificando el Estado de Transjordania (en el que incluir también el territorio árabe de Palestina) y el Estado judío. La aplicación de esta idea habría comportado la desaparición del recién nacido Estado de Israel del mapa político del mundo, por lo que tanto los judíos palestinos como Stalin se oponían a ella.

En vista de la discusión del proyecto de Bernadotte en la Primera Comisión de la Asamblea General, Mólotov, de acuerdo con Vyshinski, sometió a Stalin un borrador de instrucciones para la delegación soviética. Proponía rechazar el proyecto de Bernadotte, que preveía la

[66] Bernadotte se había labrado una reputación dudosa: durante la guerra había dirigido la Cruz Roja sueca y fue acusado de colaboración con los nazis. Los servicios secretos alemanes, en efecto, se habían servido de la Cruz Roja, y tras la guerra muchos nazis huyeron del territorio del Reich derrotado provistos de documentos expedidos por dicha organización (N. del A.).

desmovilización de las tropas en Palestina y una redefinición territorial que habría privado a Israel de cuatro quintos de su superficie en favor de Transjordania. Stalin aprobó. Instruido por Moscú, Dmitri Manuilski, representante de Ucrania en el Consejo de Seguridad, rechazó el proyecto de Bernadotte tendente, dijo, a destruir Israel. Los diplomáticos soviéticos reivindicaron la rigurosa aplicación de la resolución del 29 de noviembre de 1947 y se opusieron a la modificación de las fronteras en Palestina y a la cesión de territorios a los árabes.

En cuanto a los refugiados árabes, el problema no era de gran interés para la diplomacia soviética, y el MID propuso que «la cuestión [fuera] resuelta mediante negociaciones directas entre las partes interesadas, es decir, entre el gobierno de Israel y el del Estado árabe de Palestina». La posición soviética era muy conveniente para Israel, que no quería en absoluto el regreso de los refugiados palestinos, considerados enemigos del Estado judío y temidos como posible quinta columna. En el otoño de 1948, Manuilski planteó la propuesta de trasladar al Asia Central soviética a los árabes que habían abandonado Palestina. Los dirigentes soviéticos no consideraban la vicisitud de los refugiados como una tragedia: los judíos de los países árabes (¡unos novecientos mil!) se habían visto obligados a abandonar casas y propiedades y a huir de los lugares donde habían nacido. Medio millón de ellos se estableció en Israel, donde comenzó una nueva existencia.

Los diplomáticos soviéticos consideraban, por tanto, que los árabes no dispuestos a quedarse en Israel pudieran establecerse en los países limítrofes; un intercambio de población de este género no les parecía inusual. A finales de la Segunda Guerra Mundial, en septiembre de 1944, Stalin y el Comité Polaco de Liberación Nacional habían firmado un acuerdo sobre el "repatriamiento de la población ucraniana de los territorios adquiridos por Polonia, y de la población polaca de Ucrania soviética", según el cual los polacos abandonarían Volinia y Galitzia, y los ucranianos los distritos de Beszczady y Chełm; en otras palabras, todos los polacos en Polonia y todos los ucranianos en Ucrania. A los ucranianos de Polonia que hubieran decidido voluntariamente trasladarse a su patria histórica se les condonarían las deudas contraídas en Polonia y se les asignarían parcelas de tierra en Ucrania. Pero al 1 de marzo de 1945, menos de cien mil personas habían aceptado la propuesta: es muy difícil dejar lugares en los que se han echado raíces. Entonces se recurrió a la fuerza. La milicia y los destacamentos del ejército polaco rodearon las aldeas, dieron a los campesinos algunas horas de tiempo para prepararse y luego los empujaron hacia el ferrocarril y los cargaron en los vagones. Quien no obedecía, era golpeado. Stalin había encontrado sensata esa operación, y no comprendía por qué no se podía hacer lo mismo en Oriente Medio.

No le gustaba, en cambio, el sincero interés de los judíos soviéticos por Israel y su deseo de ayudar al Estado judío. Curiosamente, en ese mismo período el director del FBI, Edgar Hoover, escribió al presidente Truman en un mensaje reservado: «Una fuente conocida por su fiabilidad nos ha comunicado que los rusos se disponen a trasladar a Palestina unos doscientos mil judíos comunistas convencidos». Hoover consideraba comunistas a todos los sionistas, pero Stalin pensaba de manera diferente y dio orden de explicar la política del partido a los judíos soviéticos.

El 18 de septiembre, mientras estaba de vacaciones, recibió una nota de Malenkov, secretario del Comité Central que lo sustituía en el Politburó: *Al Compañero Stalin. Estamos un poco retrasados con el artículo sobre Israel que nos había solicitado antes de partir, ya que Erenburg ha regresado a Moscú solo ahora. Kaganóvich, Póspelov, Ilichov y yo hemos hablado con él. Erenburg ha aceptado escribir el artículo, pero se opone a firmarlo con otros. Le envío el artículo de Erenburg titulado "Respuesta a una carta". Si usted no tiene objeciones,*

pensamos publicarlo en la Pravda el 21 de septiembre. Sobre este documento aún es legible la anotación de uno de los secretarios particulares del Jefe: *El compañero Stalin aprueba.*

La actitud de Stalin hacia Erenburg sigue siendo un enigma. Una vez convocó a Aleksandr Fadéev, que era el responsable de la Unión de Escritores, y le dijo: «Oiga, compañero Fadéev, debe ayudarnos. Usted no hace nada para ayudar eficazmente al Estado en la lucha contra sus enemigos. Le hemos dado el altisonante título de secretario general de la Unión de Escritores de la URSS, y usted ni siquiera se da cuenta de que está rodeado de espías internacionales de grueso calibre». «¿Y quiénes serían esas espías?». Stalin sonrió, una de esas sonrisas que habían provocado incluso mareos a varias personas y que, como Fadéev sabía bien, no presagiaban nada bueno. «¿Por qué habría de decírselo yo, cuando usted tiene el deber de saberlo? Pero ya que es tan imprudente, compañero Fadéev, le diré yo dónde buscar y cómo serle de ayuda. Usted sabe muy bien que Iliá Erenburg es una espía internacional. Y entonces, le pregunto: ¿por qué ha callado, por qué no nos ha lanzado ni una señal?».

En cambio, a principios de 1949, cuando el ministro de Seguridad Abakúmov presentó a Stalin una lista de personas a arrestar en relación con el caso del Comité Antifascista Judío, donde figuraba también el nombre de Erenburg junto al cual estaba anotado: *Según nuestros agentes, en 1938, cuando estaba en España, hablando con el escritor francés trotskista André Malraux, Erenburg atacó al compañero Stalin […] Los chequistas, entre el 40 y el 47, han podido registrar diversas manifestaciones antisoviéticas de Erenburg contra el Estado y la política del partido.* Stalin, que anotaba concienzudamente los nombres que quería condenar con dos letras, "Ar." ("arrestar"), marcó el de Erenburg con una especie de signo de interrogación, y Poskrebyshev anotó: *Comunicado al compañero Abakúmov*, es decir: "No tocar a Erenburg".

Quizás Stalin apreciaba sus extraordinarias cualidades de publicista, y cuando necesitó a alguien que pudiera pronunciarse sobre Israel con autoridad para el país y para el mundo, y que pudiera formular lo que Stalin quería oír decir, ese alguien fue Erenburg. El artículo fue publicado en la *Pravda* y leído atentamente no solo por el público soviético, sino también por los diplomáticos extranjeros, a los que les quedó inmediatamente claro que la intervención de Erenburg no podía ser casual. Pero ¿qué había querido decir Stalin, por su intermedio? En primer lugar, sobre la actitud que debía asumirse respecto a Israel.

Es simple —escribió Erenburg—. *El gobierno soviético ha sido el primero en reconocer al nuevo Estado, y, cuando el ejército de Israel tuvo que defender su tierra de la invasión de las legiones árabes comandadas por oficiales ingleses, protestó enérgicamente: la solidaridad de los soviéticos se dirigió a los agredidos y no a los agresores.* En segundo lugar, sobre el nacimiento de Israel como solución de la cuestión judía: *Aquí debo dar una opinión negativa […] He admirado a los combatientes de Israel rechazar con coraje los ataques de los mercenarios ingleses, pero sabía que la solución de la "cuestión judía" no está en los éxitos militares en Palestina, sino en el triunfo del socialismo sobre el capitalismo […] Todo ciudadano de una sociedad socialista considera a los habitantes de cualquier país burgués, Israel incluido, como caminantes perdidos en un bosque oscuro […] El destino de los trabajadores judíos en el mundo no está ligado a la suerte del Estado de Israel, sino a la suerte del progreso, del socialismo […] Los judíos soviéticos no miran a Oriente Medio, miran al futuro. Y yo creo que los trabajadores israelíes, que aspiran a la justicia y están lejos de la mística sionista, hoy miran al norte, a la Unión Soviética, que marcha a la cabeza de la humanidad hacia un futuro mejor.* Los diplomáticos israelíes captaron el sentido del mensaje, y el 24 de septiembre Golda Meir dirigió un telegrama a Shertok: *El artículo de Erenburg es favorable a Israel y contrario al sionismo: rechaza la idea de un retorno desde la URSS […].*

En efecto, durante una recepción en la embajada checoslovaca, Erenburg intentó explicar al consejero israelí Mordechai Namir que Israel no debía tratar de inducir a los judíos soviéticos a emigrar, porque, al hacerlo, provocaría una agria reacción de las autoridades en perjuicio de todos.

Pero los diplomáticos israelíes se resistían a comprender ese discurso, porque hacia ellos, y hacia el Estado que representaban en Moscú, el poder soviético se mostraba extremadamente benévolo, limitándose a prohibirles establecer relaciones a nivel personal con los judíos soviéticos. Mólotov había dado disposiciones para que se redujera la frecuentación entre funcionarios de la embajada israelí y fieles de la sinagoga moscovita, después de haber recibido de los chequistas del Consejo para los Asuntos Religiosos, instituido ante el Consejo de Ministros, una carta que expresaba el descontento de la Lubianka por los contactos de los israelíes con ciudadanos soviéticos.

El 6 de octubre, el agregado militar, coronel Ratner, telegrafió a Ben Gurión, que era también ministro de Defensa: *Hoy he tenido una conversación de una hora y media con el general Antónov, que actualmente sustituye a Vasilevski. A nivel de agregados militares, este tipo de coloquios es absolutamente inusual, y se me ha rogado que no hable de ello con los colegas de los demás países. Es por tanto necesario el máximo secreto al respecto.*

Se ha hablado del curso de los enfrentamientos, de los ejércitos de la coalición árabe, sobre todo del iraquí, de las minorías nacionales de Oriente Medio, del carácter, mando y equipamiento de nuestras fuerzas armadas. Además, se ha aludido a una posible reanudación de las acciones militares, a la importancia del Néguev y de Jerusalén y también a la eventualidad de un apoyo por parte suya, en forma de adiestramiento del cuerpo de oficiales (cursos de corta y larga duración), de suministro de material bélico que perteneció a los nazis, y de su transporte (aéreo o naval). Antónov ha dicho que, por cuestiones formales, ahora deberá someter estas cuestiones al Ministerio de Asuntos Exteriores soviético, al que compete la decisión. Entretanto, en el curso de los próximos días, usted deberá comunicarnos qué tipos de armas solicitar y en qué cantidad.

El general Alekséi Antónov era el primer vicejefe del Estado Mayor y durante la guerra había gozado de la estima y el respeto de Stalin. Una conversación suya con un agregado militar extranjero revestía carácter excepcional. En este caso estaba demostrando la continuidad de la línea política estaliniana en Oriente Medio: los judíos soviéticos no irían a Palestina, pero el Estado judío recibiría ayudas militares como avanzada en la lucha contra los imperialistas occidentales.

El 8 de noviembre, Ben Gurión envió al agregado militar israelí en Moscú una larga lista de materiales bélicos que habría querido obtener de la Unión Soviética: carros de combate T-34, artillería con obuses, aviones de caza y bombarderos con piezas de repuesto, lubricante y municiones. Pero el general Antónov no la recibió, porque había sido repentinamente nombrado vicejefe de las fuerzas armadas del distrito militar del Cáucaso, donde había sido trasladado.

El 9 de noviembre, Golda Meir telegrafió a Walter Eytan la relación de una conversación suya con Mólotov, preparada por sus colaboradores: *Golda, Namir y Ratner han presenciado con sus familias el desfile, que ha sido una magnífica demostración de fuerza; luego Golda se ha dirigido al ayuntamiento de Moscú para participar en la sesión conmemorativa, a la que ha asistido también Mólotov. Esa misma noche, Golda, Namir y Ratner han sido acogidos con mucho calor en casa de Mólotov.*

De aquí en adelante —reservado.

Mólotov ha ofrecido una copita de vodka a Golda, que ha elogiado el desfile y ha dicho: "¡Si solo pudiéramos tener nosotros algunas de las armas que hemos visto en el desfile!". Y Mólotov: "Las tendrán. También nosotros empezamos con poco". Larga y conmovedora ha sido la conversación en yidis con la esposa de Mólotov, que nos ha elogiado por la frecuentación de la sinagoga. Ha pedido que le presentaran a Sara, la hija de Golda, y a Jael, la hija de Namir. Ha hablado con ellas como una madre y una hermana, y al final ha dicho: "Espero que todo vaya lo mejor posible en su país; sería un bien para todos los judíos". Ha habido también un intercambio de ideas con Pópova, responsable del Comité Femenino Antifascista, con el poeta Mijalkov, autor de la letra del himno soviético, y con otros. [Golda] se ha encontrado dos veces con Erenburg, que sin embargo ha evitado la conversación. En el desfile, Ratner ha sido el único entre los agregados militares extranjeros con quien se ha entretenido Slavin, el vicepresidente de Antónov.

Las relaciones entre israelíes y soviéticos en ese momento debían ser bastante amistosas, si Ben Gurión pudo solicitar armas y Mólotov, que nunca se comprometía, prometió venderlas. El 24 de noviembre, Ivan Bakulin informó a su superior, Valerián Zorin: *El 11 de noviembre pasado, la embajadora de Israel en Moscú, Golda Meyerson, y el agregado militar de la misión, Ratner, me han transmitido la solicitud de ayudas militares en armas pesadas y otros equipos para el ejército israelí. El coronel Ratner ha precisado que Israel necesita sobre todo artillería y aviación, y que en la solicitud enviada por el gobierno de Israel se especifica el tipo de armas pesadas y de otros equipos. He respondido que informaría del asunto a los dirigentes del Ministerio.*

Bakulin propuso responder: *El gobierno soviético, aunque manteniéndose atento a la suerte del Estado de Israel, cuyos derechos a una existencia independiente y autónoma defiende, no desea sin embargo entrar en conflicto con la decisión del Consejo de Seguridad sobre la cesación de las hostilidades y sobre la prohibición a los países miembros de la ONU de suministrar armas a los países beligerantes en Palestina.* La Resolución n.º 50 del Consejo de Seguridad del 29 de mayo de 1948 imponía, en efecto, el embargo sobre los suministros de armas a los Estados involucrados en el conflicto palestino. Zorin anotó sobre la propuesta de Bakulin: *Al compañero Bakulin. Prepare un apunte a nombre de Mólotov.* El hecho era que Stalin no quería suministrar armas directamente. Por tanto, a nivel oficial, a través del Ministerio de Asuntos Exteriores, los israelíes recibieron una negativa. Las armas, sin embargo, fueron suministradas por terceros.

El 2 de diciembre, mientras estaba en París para la sesión de la Asamblea General, Vyshinski recibió la visita del primer ministro del Líbano, Riad Bey Solh, quien durante la conversación afirmó decididamente: «En Palestina no puede existir un Estado judío independiente». «El Estado de Israel ya existe —cortó Vyshinski— y tiene derecho a defender sus propios intereses».

De regreso de París, el ministro de Asuntos Exteriores Shertok informó a su gobierno: «El bloque oriental nos apoya firmemente […]. La Unión Soviética también. Los rumores que se han difundido en el país sobre un presunto cambio de posición por su parte son infundados […]. En nuestra primera conversación, por la parte rusa estaban presentes Vyshinski y Malik […]. Yo he explicado por qué el Néguev es tan importante para nosotros y Vyshinski, dirigiéndose a Malik, ha dicho: "Tienen razón". El hecho de que no se haya dirigido a mí, sino a Malik, significa a mi parecer que deben haber tenido una discusión sobre el tema y que Malik, probablemente, se ha mantenido firme en la resolución del 29 de noviembre. Luego Vyshinski ha añadido: "Tienen razón en todo". Con la URSS tenemos un excelente entendimiento en la mayoría de las cuestiones. Los rusos desean conocer con todo detalle nuestra posición […] y en el Consejo de Seguridad se comportan no solo como nuestros aliados, sino incluso como nuestros emisarios. Asumen cualquier cometido

[…]. Rusia y sus aliados disponen de hasta seis votos y Malik se ha disculpado por no haber logrado hacer eliminar de la resolución un pasaje desagradable (el punto sobre Bernadotte). He respondido que no era particularmente importante, que nos había ayudado seriamente de todas formas, y que no siempre se puede tener todo».

LA CLAUSURA DEL COMITÉ ANTIFASCISTA JUDÍO

El 20 de noviembre de 1948, Stalin firmó una resolución secreta de la Presidencia del Consejo de Ministros: «Disolver inmediatamente el Comité Antifascista Judío; cerrar sus órganos de prensa; confiscar todos los documentos; por el momento no arrestar a nadie». Al día siguiente, funcionarios del Ministerio de Seguridad del Estado registraron la sede del Comité, se llevaron toda la documentación que encontraron y precintaron el edificio. El 10 de diciembre, Mordechai Namir, en ese momento encargado de negocios *ad interim*, telegrafió al director del departamento para Europa Oriental del Ministerio de Asuntos Exteriores de Israel, Fridman: *La placa del Comité Antifascista Judío ha sido retirada. Consideramos que la organización ha sido clausurada.* Sin embargo, incluso después de esta comunicación, Shertok tuvo aún ocasión de hablar largamente y de argumentar sobre la importancia de la inmigración judía a Israel tanto con Zarapkin como con Vyshinski, quien naturalmente no compartía su punto de vista, pero se mostraba afable, entraba en el fondo de las relaciones bilaterales y prometía discutirlo para llegar a una solución. Reiteró que, en las Naciones Unidas, Unión Soviética e Israel uniendo sus fuerzas habían logrado alcanzar los objetivos que se habían fijado.

Los diplomáticos israelíes no conocieron la suerte de los miembros del Comité Antifascista Judío, ya que los periódicos no dieron noticia ni de su arresto ni del proceso, pero la clausura del Comité se venía preparando desde hacía tiempo: el 26 de marzo de 1948, Abakúmov había escrito en un informe para el Comité Central: *Sobre la base de investigaciones realizadas por nuestros agentes, el Ministerio de Seguridad del Estado ha podido establecer que los dirigentes del Comité Antifascista Judío, nacionalistas y activos filoamericanos, de hecho desarrollan una actividad antisoviética. La orientación proestadounidense del Comité ha resultado evidente, en particular después del viaje de Mijoels y Fefer a Estados Unidos, donde tomaron contactos con activistas judíos destacados, algunos de los cuales están vinculados a los servicios secretos estadounidenses […] Entre los nacionalistas judíos arrestados recientemente, el Ministerio de Seguridad del Estado ha identificado a muchas espías estadounidenses e inglesas, hostiles al régimen soviético y dedicadas a actividades subversivas.*

La sentencia definitiva del proceso al Comité Antifascista Judío, constituido en 1941 para combatir el nazismo, debería haber demostrado cómo todos los judíos eran espías estadounidenses al servicio de amos de ultramar. Pero el debate se tuvo que celebrar a puerta cerrada porque los acusados, a pesar de los terribles maltratos que causaron incluso la muerte de algunos de ellos, no quisieron declararse culpables. Los investigadores habrían querido obtener confesiones sensacionales, como la planificación de un atentado contra Stalin, actividades de espionaje y sabotaje. Pero los imputados, incluso bajo tortura, no podían decir nada de eso: eran personas que habían actuado en teatro, escrito versos, cuidado enfermos.

Eran todos judíos: Veniamín Zuskin, actor; Lina Shtern, académica; Perets Markish, Lev Kvitko, Semión Galkin, David Gofshtein, escritores; Borís Shimeliovich, jefe del hospital "Botkin"; Solomon Lozovski, exmiembro del Comité Central del Partido Comunista Panruso (bolchevique) y viceministro de Asuntos Exteriores […]. Fue un proceso étnico: actores famosos, escritores, médicos, que ciertamente no habían atentado contra la vida del compañero Stalin, no habían cometido actos de espionaje o sabotaje ni siquiera realizado propaganda antisoviética, se sentaban en el banquillo de los acusados y eran juzgados, no por un crimen, sino por su origen. A pesar de las injurias y las torturas, estas personas desmejoradas y no jóvenes dieron ejemplo de fortaleza de

ánimo y de coraje. El presidente del tribunal, general Cheptsov, cuestionó a los imputados su deseo de escribir en su propia lengua materna, de publicar libros en yidis, de tener su propio teatro donde montar espectáculos en hebreo, de mantener escuelas en las que se enseñara el hebreo y, dirigiéndose a uno de los acusados, amonestó: «¿Por qué un comunista, escritor, marxista, intelectual y progresista judío siente la necesidad de confraternizar con papas y rabinos oscurantistas, y de consultarles sobre sermones, breviarios, pan ácimo y carne *kosher*?».

El poder exigía la completa asimilación de los judíos, como hoy se exige para los rusos en algunas de las repúblicas de la ex Unión Soviética. Un militar ignorante, al ver al escritor Abraham Kogan corregir errores en el acta de su propio interrogatorio, lo golpeó y dijo: «Conoce el ruso, este canalla, ¡pero escribe en hebreo!». El amor por la propia cultura era considerado nocivo y antipatriótico. Pero ni el general ni los jueces podían considerarlo suficiente para justificar el fusilamiento. Arriesgando su carné del partido, su carrera y quizás también su vida, Cheptsov pidió al Comité Central que devolviera el expediente a los investigadores para una investigación suplementaria. Pero Malenkov se negó: «Usted quiere ponernos de rodillas ante estos criminales. La sentencia ha sido aprobada por el pueblo, y de este asunto el Politburó ya ha discutido tres veces. Aténgase a sus decisiones». Y en efecto, el proceso contra el Comité Antifascista Judío comenzó el 8 de mayo de 1952 en la prisión de Lefórtovo, pero ya un mes antes, el 3 de abril, Semión Ignátiev, nuevo ministro de Seguridad del Estado, había enviado una nota a Stalin proponiéndole eliminar a todos los imputados. Stalin aprobó, perdonando solo a Lina Shtern, bióloga de fama mundial llegada de Suiza para participar en la edificación del socialismo, que fue condenada a diez años de reclusión. Los demás fueron todos fusilados.

Pero volvamos a 1949. El 11 de enero de ese año, Fridman tuvo una conversación con el consejero Mujin de la misión soviética en Israel, que sustituía a Yershov, retenido en casa por una leve indisposición. *Mujin* —escribió en su informe el diplomático israelí— *se ha dicho admirado por las capacidades que hemos demostrado durante las recientes operaciones militares, se ha informado sobre los estados de ánimo que circulan en nuestro ambiente y ha querido saber si pensamos mantenernos firmes o no en el conflicto con Gran Bretaña.* Los ingleses habían reforzado sus posiciones en Egipto. Precisamente en los cielos sobre la base donde se habían acuartelado, el 7 de enero los israelíes derribaron cinco cazas ingleses confundiéndolos con egipcios. Inmediatamente los estadounidenses les advirtieron de la posibilidad de que, en virtud de un tratado anglo-egipcio de 1936, Inglaterra declarara la guerra a Israel. Moscú estaba satisfecha; los israelíes, en cambio, se preocuparon no poco, aunque siguieron contando con el apoyo soviético. Pero las relaciones entre los dos países ya se habían deteriorado, la luna de miel había terminado y los israelíes, que no se habían dado cuenta, continuaron insistiendo en el traslado a Israel de las familias de los emigrados a Palestina, que era una cuestión muy espinosa para los funcionarios soviéticos. El 21 de enero, Bakulin escribió a Yershov: *Como usted sabe bien, últimamente la prensa israelí publica cada vez más a menudo artículos y noticias hostiles a la URSS, que a menudo quedan sin réplica por parte nuestra […] Pensamos que la publicación de un boletín a cargo de nuestra misión en Tel Aviv podría informar a la opinión pública sobre la real situación en la URSS y sobre las opiniones de los soviéticos en relación con las cuestiones internacionales, y contrarrestar seriamente la propaganda antisoviética.* Posiciones antiisraelíes aparecieron entretanto en la prensa soviética. El primero de febrero, Fridman se quejó con Yershov del tono malévolo de un folleto sobre Israel publicado por las ediciones de la *Pravda*, de artículos aparecidos en el periódico *Trud* y de las transmisiones de Radio Moscú.

Yershov, que tenía una actitud pacífica y benévola, le propuso no prestarles demasiada atención, observando que también en la prensa israelí habían aparecido artículos poco amistosos hacia la Unión Soviética. Fridman replicó que se trataba de periódicos privados, no controlados por el gobierno de Israel, mientras que en la URSS la situación era completamente diferente. Pero estos argumentos no eran aceptables para Moscú, que no creía que la prensa pudiera asumir posiciones independientes.

El 7 de febrero, a las siete de la tarde, Valerián Zorin convocó a Golda Meir y le leyó una declaración «sobre la actividad ilegal de la misión de Israel en Moscú tendente a inducir a ciudadanos soviéticos a renunciar a su ciudadanía para luego emigrar a Israel, y sobre la difusión de un boletín de información destinado a particulares y organizaciones públicas soviéticas». Fue la primera amonestación de ese tipo, en claro contraste con la cordialidad que anteriormente había caracterizado las relaciones entre los dos países. Los chequistas del Consejo para los Asuntos Religiosos habían solicitado esta intervención, ya que el boletín traía muchísimas informaciones sobre la emigración a Israel de judíos procedentes de todo el mundo. «El Ministerio de Asuntos Exteriores —leyó Zorin— considera varias actividades de la misión israelí tendentes a favorecer la emigración hacia Israel completamente incompatibles con una actitud leal hacia la Unión Soviética».

En su informe, luego, Zorin escribió: *Golda Meir se ha mostrado visiblemente turbada […] y se ha apresurado a responder que la misión no tenía ni podía tener intención de violar las leyes de la URSS. Quizás se habían cometido errores, imputables, sin embargo, solo a la escasa familiaridad con la práctica diplomática.* Golda Meir comunicó a Zorin que muchas personas se habían dirigido efectivamente a la representación israelí manifestando el deseo de partir, pero habían sido invitadas a solicitar la correspondiente autorización a las autoridades soviéticas. Admitió sin embargo que la misión había transmitido cartas a familiares de judíos residentes en Israel.

Zorin entonces le explicó que «se había tratado de un error, ya que la representación no estaba autorizada a enviar cartas si no era a través del Ministerio de Asuntos Exteriores». Golda Meir prometió que no se repetiría y preguntó con aire desorientado a quién estaba permitido enviar el boletín de la misión que, inicialmente, había sido enviado a organizaciones públicas, a los periódicos, a las bibliotecas, a las comunidades religiosas y a los tres koljoses judíos. Zorin respondió que las diversas misiones presentes en Moscú enviaban su boletín a los miembros del cuerpo diplomático. Ante las insistencias de Golda Meir: «¿Pero a las bibliotecas y a las redacciones de los periódicos, se lo puede enviar?», Zorin respondió negativamente. Dos días después de esta conversación, Golda telegrafió a Shertok: *El tono ha sido frío y cortés y el contenido muy severo. Prácticamente, hemos perdido las últimas oportunidades, porque se nos ha prohibido absolutamente responder a las cartas de los judíos locales. Hemos solicitado el texto de la nota, pero Zorin ha respondido que no se trata de una nota, sino de una declaración verbal y, por tanto, el texto escrito no se entrega.*

El 13 de febrero, el embajador soviético en Estados Unidos, Aleksandr Paniushkin[67], invitó a comer a su colega israelí Epstein, que entretanto también había cambiado su apellido y ahora se

[67] Los israelíes ignoraban que Panjushkin trabajara para el NKVD desde 1938 y que, cuando los servicios de inteligencia fueron unificados en un único Comité adscrito al Consejo de Ministros, hubiera sido nombrado secretario general del mismo. Llegó a Washington —donde ejercía simultáneamente como rezident soviético— en 1947 (N. del A.).

llamaba Elat. Sobre la conversación entre Elat y Paniushkin, Shertok escribió a Golda Meir que había sido informal y centrada en las noticias publicadas por la prensa estadounidense acerca de una posible adhesión de Israel al Plan Marshall. *Paniushkin ha declarado que los rusos no pretenden nuestro ingreso en su bloque porque saben que la mayoría de los ciudadanos israelíes no es comunista, y que nos quieren absolutamente independientes de influencias y control extranjeros. Elat ha desmentido las noticias sobre el Plan Marshall, ha reiterado nuestra firme decisión de mantenernos independientes, y ha confirmado nuestro deseo de mantener con la Unión Soviética relaciones amistosas.*

El 25 de enero de 1949 se celebraron en Israel las primeras elecciones políticas. La izquierda fue derrotada y los hechos desmintieron las previsiones del Departamento de Estado, que había pronosticado la toma del poder por parte de los comunistas, a los que fueron en cambio solo cuatro escaños. Sin embargo, diplomáticos y agentes secretos estadounidenses empeñados en Israel continuaron informando de «un peligro rojo creciente». El encargado de negocios *ad interim* Richard Ford envió a Washington un informe de catorce páginas titulado "Comunismo en Israel", cuyo paso más notable es el relato de la excursión a una aldea en la frontera con Transjordania, donde el diplomático estadounidense había encontrado a tres israelíes recién llegados de la Unión Soviética: *«Los tres tenían el cuello taurino, hombros de gorila y cabeza gacha típicos de los campesinos rusos y parecían recién salidos de la estepa. Está claro que tendremos que hacer esfuerzos heroicos para detener la penetración comunista ya en pleno avance».*

El Mapam[68], de orientación socialista de izquierda, que había sido constituido en 1948 y que había recibido ayudas de la Unión Soviética, conquistó diecinueve escaños en la Knéset[69]. Su líder era Moshé Sneh (Kleinbaum), nacido en Rusia y exjefe del Haganá, convertido posteriormente en secretario general de la Liga para la Amistad con la Unión Soviética, también sostenida económicamente por Moscú[70].

A su llegada a Israel, diplomáticos y agentes soviéticos tomaron el camino más fácil: entablaron buenas relaciones con quienes simpatizaban con la Unión Soviética, y por tanto también con Sneh, el cual los frecuentó en calidad de líder del partido. Generosamente les dio las informaciones de que disponía, que no tenían sin embargo carácter de secreto. Ben Gurión, en efecto, que no apreciaba a los socialistas radicales, había encargado al contraespionaje que los tuviera bajo control. Moshé Sneh era lo que en el lenguaje del espionaje se llama "agente de influencia". En 1953 ingresaría en el Partido Comunista de Israel. Su hijo Efraín se convirtió en un importante médico militar, fue viceministro de Defensa y ministro de Sanidad.

Si el padre hubiera sido sospechoso de espionaje, difícilmente su hijo habría podido convertirse en general y hacer una carrera política tan importante. En todo caso, ciertamente eran muchos, entre

---

[68] Mapam es la sigla de Mifleget Ha-Poalim Ha-Meujédet (Partido Unido de los Trabajadores), ala izquierda del movimiento Poalé Sión (Obreros de Sión), cuya ala derecha, encabezada por David Ben Gurión, tomó el nombre de Mapai (Mifleget Ha-Poalim Eretz Israel, Partido de los Trabajadores de Israel) (N. del E.).

[69] Knéset, «reunión, asamblea». Parlamento del Estado de Israel (N. del E.).

[70] De Sne se afirma que era agente soviético. Era médico y en 1939 fue reclutado en el ejército polaco. Cuando el Ejército Rojo ocupó Polonia, fue hecho prisionero —corría el año 1939— y algunos estudiosos sostienen que, para salvar su vida, aceptó colaborar con los servicios soviéticos. Los hombres del NKVD que lo interrogaron no sabían nada de Palestina, ni querían saberlo; no queda claro, por tanto, por qué habrían de reclutar a judíos polacos que habitualmente encarcelaban, como ocurrió con Menahem Begin, hombre de extrema derecha y futuro primer ministro de Israel, condenado por sionista e internado en un campo soviético (N. del A.).

los jóvenes sionistas, los que eran socialistas convencidos y simpatizaban con la Unión Soviética. A mediados de los años treinta había residido en Palestina el célebre cantante ruso Aleksandr Vertinski: *Tel Aviv* —escribió— *es una ciudad de provincias, pequeña, modesta, bastante limpia, construida por pioneros llegados de todas partes del mundo, en su mayoría profesionales: médicos, abogados, arquitectos, estudiantes. Fascinados por la idea de tener una verdadera patria, nada más llegar se pusieron inmediatamente a trabajar y construyeron calles, casas, roturaron la tierra. Lo hicieron todo por sí mismos, sin desdeñar los trabajos más humildes. En Palestina se habla o el antiguo hebreo, una lengua muy bella que refleja el carácter ardiente de esta estirpe milenaria, o el ruso.*

En Jerusalén, un admirador suyo le mostró los lugares santos cristianos y luego lo invitó a su casa. *Cuál no fue mi estupor* —recordará Vertinski— *cuando, al entrar en su despacho, vi colgado en la pared un enorme retrato de Stalin. Había vagado por grutas y altares, en una penumbra mística, perfumada de incienso e iluminada por trémulas velas y el fulgor de lámparas de aceite y, de repente, el retrato de Stalin. "He aquí hasta dónde ha llegado la influencia de este hombre, pensé, ¡en la cuna del viejo mundo!". Quedé tan impactado que estuve un buen rato con la boca abierta mirando el cuadro.* Y después de la guerra, naturalmente, muchos sionistas se sintieron agradecidos al Ejército Rojo por haber derrotado al nazismo. No dejaban de brindar a la salud de Stalin y durante mucho tiempo no quisieron reflexionar sobre lo que había ocurrido en la Unión Soviética en el período estaliniano.

Los dirigentes del Mapam se desencantaron de Stalin solo cuando Mordechai Oren, que era miembro de su partido, fue procesado en Checoslovaquia como "sionista y espía", pero a pesar de ello muchos miembros del partido continuaron manteniéndose fieles a la Unión Soviética. Yaacov Arié Hazan, uno de los responsables del partido, nacido en Brest-Litovsk, afirmaba aún en 1951: «El sionismo ha podido alcanzar su objetivo solo gracias a la revolución rusa». E incluso durante el "caso de los médicos" que conmocionó a Israel, Hazan, ya diputado en la Knéset, continuó repitiendo: «Este proceso no nos concierne y no puede modificar nuestra opinión sobre los países socialistas».

Solo un año después de la muerte de Stalin, los dirigentes del partido declararon firmemente: «Nosotros ya no dependemos de la Unión Soviética», aunque el secretario general, Meir Yaari, insistió en su esfuerzo por conciliar sionismo y leninismo[71]. Los líderes del partido continuaron, no obstante, considerando a la Unión Soviética como una segunda patria hasta la guerra de los Seis Días, cuando se dieron cuenta de que Egipto pretendía destruir el Estado judío con armas soviéticas.

[71] De joven, Yaari había sido seguidor de Lev Tolstói y de Aaron David Gordon, quien consideraba el trabajo manual y el retorno a la tierra condiciones indispensables para la regeneración de los judíos en Palestina. Durante la Gran Guerra había combatido en el ejército austrohúngaro; en 1920 emigró a Palestina y fue a trabajar a un kibutz, predicando un socialismo de raíz bíblica (N. del A.).

LA HISTORIA DE MÓLOTOV Y SU ESPOSA

Viacheslav Mólotov perdió su puesto de ministro de Asuntos Exteriores el 4 de marzo de 1949. Fue un duro golpe, aunque conservaba su puesto de miembro del Politburó y, como vicepresidente del Jefe, era el número dos en el país. Stalin, sin embargo, había ido minando sistemáticamente su prestigio, eligiendo como blanco a su esposa. Polina Zhemchuzhina (Karpóvskaya) tenía siete años menos que Mólotov. Nacida en Ekaterinoslav, desde los catorce años había trabajado como cigarrera en una fábrica de tabaco. En mayo de 1917 enfermó de tuberculosis y tuvo que dejar el trabajo. Después de la revolución se alistó en el Ejército Rojo y en 1918 ingresó en el Partido.

Un año después fue contratada por el Comité Central para realizar trabajo político con las mujeres en Ucrania. Conoció a Mólotov en una reunión en Petrogrado y en 1921 lo siguió a Moscú, donde continuó su trabajo como profesora en el comité de partido del distrito Rogozhko-Simonovski. Ese mismo año se casó con Mólotov. Tras el matrimonio, Zhemchuzhina se puso a estudiar: en 1925 se diplomó en la Universidad Obrera "M.N. Pokrovski" y en 1927 completó los cursos de marxismo de la Academia Comunista. Durante ese verano se convirtió en secretaria de célula en la fábrica de perfumes "Novaya Zariá" —de la que sería directora en 1930— y durante un año trabajó aún como profesora-propagandista para el comité de partido del distrito Zamoskvorechie. En septiembre de 1930 fue nombrada directora de la fábrica de perfumes "Novaya Zariá". Anastás Mikoyán escribe en sus memorias que en aquella época Stalin tenía en gran estima las opiniones de Polina, y ella trataba de hacerle comprender que las mujeres soviéticas no necesitaban solo jabón, sino también perfumes y cosméticos. Zhemchuzhina continuó su ascenso en el sector de la industria jabonera y cosmética, hasta convertirse en vicecomisaria del Pueblo para la Alimentación.

En enero de 1939, Stalin la nombró comisaria del Pueblo para la Industria Pesquera y dio disposiciones para que ingresara como miembro candidato en el Comité Central y como diputada en el Sóviet Supremo de la URSS[72]. Fue condecorada con la Orden de Lenin, la Bandera Roja del Trabajo, la Estrella Roja y la Insignia de Honor. Pero en ese mismo año, Stalin cambió bruscamente de actitud hacia Mólotov, quien a partir de ese momento cesó de tener con el Jefe una relación dialéctica, para convertirse en un subordinado como todos los demás. Stalin continuó consultándole sobre las cuestiones más importantes, pero había decidido mantenerlo a distancia, cortando las relaciones de amistad de otros tiempos. Ya en 1937, el Politburó había despedido a algunos colaboradores de Mólotov, sin que este pudiera hacer nada por impedirlo. Ahora, sin embargo, Stalin quiso golpearlo en su punto débil: su esposa Polina. En 1939, Mólotov, que era ya jefe del gobierno, fue nombrado también comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores.

Se considera que de este modo Stalin quería conferir mayor importancia a la política exterior, pero en realidad ese nombramiento marcó el inicio de la caída en desgracia de Mólotov, que se encontró de hecho excluido de todas las demás actividades de gobierno. La esposa, entretanto, tuvo que enfrentar dificultades mucho más graves. El Comisariado para Asuntos Internos abrió un expediente a su nombre con la acusación de "mantener relaciones con enemigos del pueblo y espías", acusación que en realidad podría haber sido dirigida al propio Stalin, visto y considerando

[72] En la Unión Soviética, era el nombre dado al órgano legislativo federal, articulado en dos cámaras: el Soviet de la Unión y el Soviet de las Nacionalidades (N. del E.)

que era precisamente él quien daba cargos de gran responsabilidad a personas que luego él mismo declaraba enemigos.

El 10 de agosto de 1939, el Politburó aprobó una resolución, clasificada como "expediente especial", es decir, documento de máxima reserva, que definía a la esposa de Mólotov —aunque el nombre de él no se mencionaba— como imprudente y superficial en sus relaciones: *en el círculo de sus conocimientos se han infiltrado no pocos elementos hostiles que han sido así facilitados en su actividad de espionaje.* El Politburó encargó a la NKVD que "verificara cuidadosamente toda la documentación relativa a la compañera Zhemchuzhina", y hábiles funcionarios de la Seguridad fabricaron rápidamente testimonios sobre su participación en "actividades de espionaje y sabotaje" que presentaron al Comité Central. Pero Stalin, satisfecho con haber mellado la reputación de Mólotov, por el momento la perdonó. El 24 de octubre, el Politburó volvió a examinar la conducta de Zhemchuzhina, y calificó de "calumniosas" las acusaciones más graves que se le habían hecho y las excluyó del nuevo dictamen, que sin embargo confirmó tanto la "imprudencia" como la "superficialidad".

Zhemchuzhina fue removida de su puesto de comisaria del Pueblo para la Industria Pesquera y degradada a directora de una industria textil de nivel regional. En febrero de 1941, la XVIII Conferencia del partido la excluyó de la lista de miembros candidatos al Comité Central. Después de la guerra, Stalin pareció querer perdonarle sus viejos pecados, y en octubre de 1945 pudo regresar con un cargo de prestigio al Ministerio de Industria Ligera de la URSS. Pero, evidentemente, Stalin no había renunciado a ajustar cuentas con Mólotov: en octubre de 1946, Zhemchuzhina fue relevada de su cargo y puesta en situación de expectativa. El Ministerio de Seguridad abrió otro expediente a su nombre. El 29 de diciembre, Abakúmov y el vicepresidente de la Comisión de Control del Partido instituida ante el Comité Central, Matvéi Shkiriatov, informaron sobre la nueva investigación al Politburó, que estableció:

1. *La Comisión de Control ha comprobado que Polina Zhemchuzhina ha mantenido durante mucho tiempo relaciones con nacionalistas judíos, políticamente poco fiables y sospechosos de espionaje; ha participado en el funeral de su líder, Mijoels, y conversando con el nacionalista judío Zuskin*[73] *sobre las circunstancias en que el actor había encontrado la muerte, ha proporcionado a elementos hostiles la posibilidad de difundir rumores provocadores y antisoviéticos sobre su final; ha participado en ritos religiosos en la sinagoga de Moscú.*

2. *A pesar de la amonestación del Comité Central de 1939, sobre su "superficialidad" en el trato con personas políticamente poco fiables, Zhemchuzhina ha ignorado la recomendación del partido y ha continuado comportándose de manera políticamente indigna. En virtud de lo anterior, Polina Zhemchuzhina es expulsada del Partido Comunista Pansoviético (bolchevique).*

Todo esto fue leído en presencia de Mólotov, quien no se atrevió a decir una palabra en defensa de su esposa, pero en el momento de la votación se atrevió a abstenerse. Por este gesto natural, pero para aquellos tiempos valiente (otros dirigentes del partido, enloquecidos por el terror, pidieron que se les permitiera matar con sus propias manos a sus familiares que habían sido declarados enemigos del pueblo), fue más tarde obligado a justificarse. Stalin le dijo: «Debes

[73] Veniamin Lvóvich Zuskin, «artista del Pueblo» de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia, galardonado con el Premio Stalin y actor del Teatro Judío de Estado, fue fusilado en 1952 (N. del A.).

divorciarte de tu esposa». Mólotov, que amó a Polina devotamente toda su vida, y que llevaba siempre consigo una fotografía de su esposa y de su hija, regresó a casa y le refirió las palabras de Stalin. Y ella, que no carecía de carácter, replicó: «Si eso es lo que quiere el partido, nos divorciaremos». Tomó sus cosas y se trasladó a casa de una pariente: esa era su manera de divorciarse de Mólotov.

El 20 de enero de 1949, en un intento de salvarse, Mólotov escribió a Stalin una carta de arrepentimiento: *Considero políticamente errónea mi abstención durante la votación en el Comité Central sobre la expulsión del partido de Polina Zhemchuzhina. Tras una atenta reflexión, declaro aprobar la decisión del Comité Central, que responde a los intereses del partido y del Estado, e indica la correcta interpretación del concepto de fidelidad al Partido Comunista. Reconozco asimismo ser gravemente culpable por no haber sabido impedir a tiempo a Zhemchuzhina, persona que me es querida, cometer pasos en falso y mantener relaciones con nacionalistas judíos antisoviéticos como Mijoels.* La carta de Mólotov representa el límite de la humillación a la que el sistema podía llevar a un hombre.

Sentimientos como el amor por la propia esposa y el deseo de defenderla eran considerados crímenes políticos. Una semana más tarde, el 26 de enero, Zhemchuzhina fue arrestada. A los miembros del Comité Central se les envió un extracto de su expediente, lleno de particulares repugnantes inventados por los investigadores con el evidente propósito de ridiculizar a Mólotov. Los servicios secretos afirmaban que Zhemchuzhina había traicionado a su marido y proporcionaban incluso los nombres de sus supuestos amantes. Cuando en 1953 fueron procesados Beria y sus cómplices, los investigadores reencontraron a algunos de aquellos a quienes se habían arrancado testimonios contra Polina Zhemchuzhina. Entre ellos estaba el director de un Instituto de Investigación Científica, que había sido arrestado y torturado por orden de Vsévolod Merkúlov, comisario de Seguridad del Estado y primer vicepresidente de Beria. Sobreviviente, el testigo contó en el proceso lo que había sufrido: *«Desde el día del arresto fui golpeado sin piedad con barras de goma en los órganos genitales, tres o cuatro veces al día, incluso en días festivos. Cuando perdía el conocimiento, para hacerme reaccionar, me vertían agua encima, me quemaban con cigarrillos encendidos y luego volvían a golpearme. En el ambulatorio me medicaban, luego me ponían en aislamiento y al día siguiente me golpeaban de nuevo […]. Querían que declarara que había sido el amante de Zhemchuzhina y que era un espía. No podía calumniar a esa mujer declarando algo falso. Nunca he sido un espía, pero ellos me repetían que solo debía emitir una breve admisión de culpabilidad dirigida al comisario del Pueblo: el texto me lo sugerirían ellos».*

En 1955, Samuil Mikunis, secretario general del Partido Comunista de Israel, se encontró con Mólotov en el hospital central de Moscú y le preguntó indignado: «¿Cómo ha podido permitir, usted, miembro del Politburó, que arrestaran a su esposa?». Ni un músculo se movió en el rostro de Mólotov: «Precisamente como miembro del Politburó tuve que aceptar la disciplina de partido. Y obedecí». En realidad, no fue cuestión de disciplina. El arresto de su esposa fue para él una verdadera tragedia, pero Mólotov no se atrevió a oponerse a Stalin porque, de lo contrario, habría corrido la misma suerte que Polina.

El Ministerio de Seguridad del Estado se proponía hacer comparecer a la esposa de Mólotov, la judía Zhemchuzhina, entre los acusados en el proceso contra el Comité Antifascista Judío. A su marido se le cuestionaban las relaciones establecidas con el Comité a través de ella, y se le acusaba de haber apoyado prácticamente el traslado de los judíos —que se habían quedado sin techo a causa de la guerra en Ucrania y Bielorrusia— a las casas de los tártaros deportados de Crimea. Aún hoy no se sabe quién ideó el nefasto "proyecto Crimea"; ciertamente ni Mijoels ni los demás

responsables del Comité consideraban aceptable la idea de ocupar las casas que los tártaros habían tenido que abandonar. Dentro del Comité, sin embargo, había algunos funcionarios (que posteriormente fueron identificados como agentes secretos infiltrados por el Comité Central), los cuales sostuvieron activamente esa idea y finalmente indujeron a Mólotov a discutirla. Según Stalin, los judíos habrían querido lograr allí donde en 1920 había fracasado el general contrarrevolucionario blanco Wrangel: arrancar la península de Crimea a la Unión Soviética y hacerla ocupar por los estadounidenses. Mólotov se daba perfecta cuenta de que no había perdido la confianza de Stalin por culpa de su esposa, sino que, al contrario, era ella quien había sido encarcelada a causa de él. «Es a mí a quien querían alcanzar. Y trataban de hacerle confesar que también ella formaba parte del complot. Querían humillarla para doblegarme. Seguían convocándola e interrogándola, para inducirla a declarar que yo en realidad no aprobaba la línea general del partido».

Cada día, sin poder ayudarla y sin siquiera atreverse a pedir noticias de ella, Mólotov pasaba con su limusina negra y su escolta frente a la Lubianka, donde se desarrollaban los interrogatorios de Polina. El 29 de diciembre de 1949, una Comisión Especial del Ministerio de Seguridad la condenó a cinco años de confinamiento que debía cumplir en la región de Kustanái, en Kazajistán. Durante su detención, Beria, de vez en cuando, tranquilizaba a Mólotov, susurrándole: «Tu esposa está viva». Pero entretanto, casi para humillarlo, en lugar del ministerio de Asuntos Exteriores le asignaron primero la oficina de metalurgia y geología del Consejo de Ministros, luego la de transportes y comunicaciones. Mólotov pasaba sus jornadas en el Kremlin, en una enorme oficina de la que se alejaba solo para comer, leyendo los periódicos y los noticiarios de la TASS. No tenía nada que hacer, Stalin no le telefoneaba ni lo convocaba. Uno de sus asistentes recordó: «En ese período era penoso incluso solo mirarlo».

Los historiadores intentan hoy explicar el comportamiento de Stalin, y algunos lo atribuyen a un supuesto odio hacia los judíos, o a una forma de paranoia o trastorno mental. Todos estos factores han tenido ciertamente un papel crucial, pero el núcleo de la cuestión es otro: Stalin se preparaba para un nuevo conflicto. Hoy la expresión "guerra fría" ha perdido ya su siniestro significado original, pero en la época de la que hablamos ambas partes ya habían declarado, al menos en el plano psicológico, una guerra "caliente". Stalin debía movilizar al pueblo para esta nueva guerra, señalarle al enemigo exterior y los vínculos de este con un enemigo interior. Así pues, el asesinato de Mijoels, el proceso contra el CAJ, el subsiguiente arresto de los "médicos asesinos", serían atribuibles a la decisión de Stalin de hacer aparecer a los judíos soviéticos como quinta columna de Estados Unidos.

En marzo de 1949, la secretaría del Comité Central aprobó un "Plan de iniciativas para intensificar la propaganda antiamericana". Se trataba de conferencias, libros, películas y obras teatrales de contenido antiamericano. A los responsables políticos del ejército se les dijo claramente que la próxima guerra se libraría contra Estados Unidos y que, puesto que en Estados Unidos eran los judíos quienes dirigían el curso político, los judíos soviéticos podrían resultar todos traidores. Por lo demás, algunos de ellos ya estaban implicados en actividades subversivas o de espionaje por cuenta de los estadounidenses. De ahí, pues, la necesidad de una gran cohesión del pueblo y del aniquilamiento del enemigo interno, en vista de una nueva, Gran Guerra.

Iliá Erenburg escribe, haciendo balance de su vida: *Más tarde me devané los sesos para entender por qué Stalin se había abalanzado contra los judíos. Yakov Surits me contó que aún en el 35, cuando era embajador en*

Alemania, había hecho un informe a Stalin sobre la política de los nazis y, entre otras cosas, también sobre el furor del antisemitismo. Y Stalin de repente le había preguntado: "¿Pero los judíos de Alemania tienen realmente una orientación antialemana?". Creo que Stalin creía en la existencia de vínculos de encubrimiento entre hombres del mismo origen, y, en efecto, persiguiendo a los "enemigos del pueblo", no perdonó a sus parientes. Pero no solo eso: cuando ordenó la deportación de sus lugares de origen de pueblos soviéticos enteros, todos indistintamente sufrieron las consecuencias, incluidos los dirigentes del partido, los miembros del gobierno, los Héroes de la Unión Soviética. Ahora bien, el antisemitismo tiene una larga tradición, pero yo nunca había oído hablar de antiingushismo o de calmucofobia. Se dice que Stalin era consecuente en sus ideas: pues bien, en este caso hay que suponer que persiguió a los judíos porque los consideraba peligrosos en cuanto que todos los judíos tienen el mismo origen y varios millones de ellos viven en América. Pero estas son solo hipótesis y yo no puedo decir nada con certeza, porque no sé y no entiendo.

En público, sin embargo, Stalin, que se preocupaba por no pasar por antisemita y por proteger su propia imagen, elegía cuidadosamente las palabras, no se permitía expresiones antijudías, pero tenía en cuenta la nacionalidad de las personas. Stalin era muy atento a la etnia, y a este propósito Jruschov cuenta de un encuentro con unas mujeres procedentes de un koljós de Georgia, organizado en Moscú antes de la guerra, cuando Beria era todavía secretario del Comité Central del partido de la república caucásica: *«Entre ellas había una famosa recolectora de té. Beria la presentó diciendo: "He aquí una mujer maravillosa, la mejor recolectora de té. Una georgiana". Stalin la miró y dijo: "Es armenia". Beria replicó: "Pero no, es georgiana". Entonces Stalin ordenó: "Pregúnteselo". La mujer resultó ser armenia, fue apartada y desapareció».*

Jruschov confirma tanto el antisemitismo de Stalin como su cuidado en ocultarlo: *«Stalin habría aniquilado a quienquiera que fuera sorprendido calificándolo de antisemita, pero en realidad lo era, ¡y vaya que lo era! Yo mismo, cuando regresé a Moscú desde Ucrania, después de la guerra, recibí de él la orden de limpiar de judíos la organización del Partido de Moscú. Todo había comenzado en una fábrica aeronáutica, donde los jóvenes habían manifestado descontento y la iniciativa había sido atribuida a judíos. Stalin me dijo: "Hay que responder. Para el final del turno, arma de bastones a los rusos, ¡para que les den una lección a esos judíos!". Beria y Malenkov me dijeron con maldad: "Bueno, ¡manos a la obra!"».*

Konstantín Símonov, por su parte, recuerda que en la primavera de 1952, durante la discusión sobre las obras presentadas al Premio Stalin, el Jefe pronunció un verdadero monólogo, indignado por el hecho de que junto al seudónimo literario se indicara el verdadero apellido de ciertos autores: *«¿Por qué se comporta uno de este modo? Si una persona ha decidido adoptar un seudónimo, y lo ha hecho de manera totalmente voluntaria, tiene pleno derecho a ello. Pero evidentemente a alguien le gusta subrayar que tiene dos apellidos, quizás para hacer saber que es judío. ¿Por qué difundir el antisemitismo? ¿A quién beneficia?»*. Dijo esto, porque sabía que sus palabras darían inmediatamente la vuelta a Moscú. Pero en su círculo más restringido se expresaba de manera diferente. Según el vicepresidente del Consejo Viacheslav Malyshev, que anotaba cuidadosamente las palabras del Jefe en su agenda, en la reunión de la presidencia del Comité Central del primero de diciembre de 1952, Stalin afirmó: *«Todo judío es un nacionalista, un agente potencial de los servicios estadounidenses. Los nacionalistas judíos se consideran en deuda con Estados Unidos, que habría salvado a su pueblo. Y entre los médicos se anidan muchos judíos nacionalistas»*.

VYSHINSKI, MINISTRO

Quien sustituyó a Mólotov al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores fue Andréi Vyshinski, quien asumió también la dirección y el control de todos los servicios secretos soviéticos, hasta entonces dependientes de la Seguridad del Estado y del Estado Mayor, y ahora unificados en el recién constituido Comité de Información ante el Consejo de Ministros. Los diplomáticos extranjeros desconfiaban de él, sabían que con él era imposible negociar, hallar mediaciones, ya que Vyshinski ni siquiera se esforzaba por argumentar a sus interlocutores las propuestas soviéticas.

Se estaba ya en plena guerra fría y Stalin probablemente consideraba que el período de las verdaderas e importantes negociaciones había concluido: en la mesa de negociaciones ya no se podía obtener nada; había llegado el momento de exhibir la fuerza. Para esta tarea, Vyshinski era perfecto. Él fue, quizás, el primer jurista en mostrar cómo en un tribunal es posible prescindir de pruebas, cómo basta con recurrir al insulto: "Fétida carroña, estiércol, desecho nauseabundo, perro inmundo, canalla maldita".

Dean Acheson, también jurista, pero con otra concepción del derecho y de la jurisprudencia, calificó a su homólogo como "un canalla nato, pero digno de mención". Cuando quería, en efecto, Vyshinski sabía ser refinado, cortés e incluso agradable. Durante su mandato se acentuó el defecto estructural más grave de la diplomacia soviética, que veía a sus miembros abstenerse sistemáticamente de expresar opiniones y juicios. Mólotov alguna vez dijo la suya, pero Vyshinski no pudo permitírselo. Y en los niveles inferiores nadie osaba apartarse de las decisiones tomadas y aprobadas por los superiores, no solo en materia de política exterior, sino también respecto al lenguaje utilizado. Se temía como al fuego la introducción de elementos de novedad, y a los superiores se les transmitían siempre los mismos grises informes. Los diplomáticos soviéticos, Vyshinski incluido, no captaban los cambios en curso en el mundo. Moscú seguía contando con el agravamiento de las contradicciones entre las potencias imperialistas, y consideraba a Francia e Italia, donde había fuertes partidos comunistas, como el eslabón débil de la cadena. Los informes que Vyshinski enviaba a Stalin referían constantemente éxitos de la diplomacia soviética, empeñada en fomentar divergencias entre Europa occidental y Estados Unidos.

El 8 de marzo de 1949, Ben Gurión formó el nuevo gobierno de Israel. Comentando el acontecimiento, en un informe fechado el 15 de marzo, Bakulin subrayó que Sharett había nacido en Jersón, Ucrania, y que el ministro de Transportes, David Remez, en 1925 había estado en Moscú visitando la Exposición de Agricultura con una delegación de los obreros judíos de Palestina, y en mayo de 1943 había hecho donación de un convoy de medicamentos al Ejército Rojo en nombre de los judíos palestinos. Y añadió algo absolutamente inédito: *Cuando Golda Meir fue destinada a Moscú como representante de Israel, el compañero Zarubin nos informó de que en los círculos progresistas de los judíos londinenses se la consideraba un agente de los servicios de información estadounidenses.* En ese nuevo gobierno, a Golda Meir se le asignó el Ministerio de Trabajo y Previsión Social, lo que significaba que pronto dejaría Moscú.

El 18 de marzo de 1949, Mordechai Namir, en ese momento encargado de negocios *ad interim*, envió a Fridman un telegrama sobre la campaña en curso contra el cosmopolitismo: *Los*

representantes de los países occidentales prevén el inicio de un nuevo curso oficialmente antisemita y vislumbran en los ataques al sionismo los pródromos de un empeoramiento de las relaciones entre Rusia e Israel. No estoy inclinado a compartir ese punto de vista.

El 14 de abril, Golda Meir se despidió del ministro de Asuntos Exteriores soviético, y en esa ocasión confirmó que Israel no albergaría bases militares extranjeras en su territorio y que el Estado judío no entraría en alianzas constituidas contra terceros países y "en particular contra la Unión Soviética, ya que la amistad con la URSS es uno de los pilares de la política de Israel". Replanteó también la cuestión de la compra de armas soviéticas y del adiestramiento de oficiales israelíes en la URSS, recordando las conversaciones mantenidas sobre el tema entre Ratner y el general Antónov. En el informe que hizo del coloquio, Vyshinski escribió haber respondido diciendo que la cuestión era "compleja y espinosa, y podría crear una serie de dificultades".

El acta israelí recoge más detalladamente la conversación: *En su momento, habíamos solicitado al general Antónov que nos proporcionara algunos tipos de armas y nos diera la posibilidad de realizar cursos de especialización para nuestros oficiales. Los documentos relativos fueron transmitidos al señor Bakulin. Quisiera llamar su atención sobre este problema. "En lo que respecta al suministro de armas —respondió el ministro soviético—, no conozco el estado de los documentos, porque he estado mucho tiempo en el extranjero. Creo que se han ocupado de ello nuestros militares. Me informaré. Pero debe comprender que este problema comporta no pocos peligros y dificultades". El ministro estaba de buen humor y bromeó: "Bastaría con que os diéramos una pistola, para que se diga que os hemos vendido la bomba atómica. Y luego dirán también que está naciendo una alianza agresiva entre Unión Soviética e Israel, países unidos por Karl Marx, socialista y judío […] Pero, volviendo a los problemas militares, trataré de saber más".*

El 11 de mayo, gracias al empeño de la Unión Soviética, Israel fue admitido en la Organización de las Naciones Unidas. El discurso de saludo dirigido por el representante de Polonia al nuevo miembro de la comunidad internacional fue muy elocuente: *"Se ha cerrado el período del interés sentimental por la suerte de Israel, y ha comenzado el de la colaboración basada en intereses comunes. El pueblo judío, que recorre la vía de la paz y del progreso, puede contar con Polonia, la Unión Soviética y los países europeos de democracia popular, y ciertamente no olvidará que estos países le han sido amigos en el período crítico de su constitución".*

Israel había ganado la primera guerra. Charles Knox Jr., consejero de la embajada estadounidense en Tel Aviv, escribió al Departamento de Estado: *Con respecto a las continuas e infundadas alusiones a una especie de "arma secreta de Israel", estoy profundamente convencido de que esta arma está constituida por tres elementos: 1) determinación, 2) coraje, 3) necesidad. La victoria obtenida por el ejército israelí, formado en gran parte por civiles, sobre las fuerzas árabes dotadas de superioridad numérica y mejores armamentos, es una de esas victorias que no se pueden explicar desde el punto de vista técnico y lógico.*

Pero esa primera victoria no trajo la paz. Ya en julio de 1948, el almirante Hillenkoetter había escrito a Truman: *es probable que los árabes den un apoyo incondicional a las acciones de los guerrilleros, cuyas incursiones, junto con la falta de reconocimiento político y las sanciones económicas, mantienen a Israel completamente aislado de los demás países de Oriente Medio. En esta situación, la seguridad del Estado estará siempre en entredicho, mientras que la economía se verá sofocada. Así pues, el futuro mismo de Israel dependerá en gran parte de la buena voluntad de algunos Estados ajenos a la región.*

Y cuando, el 13 de enero de 1949, con la mediación de la ONU representada por Ralph Bunche, se inició en la isla de Rodas la negociación israelo-egipcia para el armisticio, el propio desarrollo de las negociaciones demostró que los países árabes no se habían resignado a convivir con Israel: en la sala donde estaban reunidos los emisarios de todas las partes implicadas, los egipcios ignoraron a los israelíes y hablaron solo con los funcionarios de las Naciones Unidas. En Rodas se estaban llevando a cabo también las negociaciones con Transjordania, mientras que las que con Siria comenzarían el 4 de abril en la "tierra de nadie" que separaba a los dos países. Con el Líbano, los israelíes negociaban en una aldea fronteriza. El 24 de febrero, Israel firmó el acuerdo de armisticio con Egipto, y un mes después, el 23 de marzo, con el Líbano.

Antes del inicio de las negociaciones oficiales, Daniil Solod, enviado soviético en Líbano y Siria, había recibido la visita de Joseph Salem, de religión cristiana y exministro del gobierno libanés, quien le había dicho en vía reservada: "El Líbano quiere un Estado judío en Palestina, porque se aliará con los cristianos libaneses, contra los países musulmanes circundantes, los cuales, si debieran atacar a los judíos, terminarían inevitablemente por perseguir también a los cristianos del Líbano". *"En cuanto a las relaciones actuales entre Líbano e Israel"* —prosigue el relato de la conversación redactado por Solod— *"Salem ha dicho que su hermano, el coronel Tawfik Salem, jefe del Estado Mayor del ejército libanés, ya se ha encontrado dos veces en la frontera palestina con emisarios del mando judío, que le han entregado las condiciones puestas por Israel para un armisticio permanente con el Líbano"*. El 3 de abril, Israel concluyó la negociación del armisticio con Transjordania y el 20 de julio con Siria. Los acuerdos fijaron la línea de demarcación, que sin embargo, se precisó, no representaba "una frontera política o territorial".

Estados Unidos, Inglaterra y Francia asumieron el papel de garantes de los acuerdos y, en particular, de la integridad territorial de los Estados firmantes dentro de los límites establecidos por el armisticio. Israel y Transjordania iniciaron negociaciones de paz que suscitaron, en el otoño de 1950, las protestas de la diplomacia árabe por el ambiente amistoso que el rey Abdalá se esforzaba por instaurar en Jerusalén entre judíos y jordanos, y se tranquilizaron solo cuando el rey fue asesinado y la Liga Árabe bloqueó las negociaciones.

Según el Consejo de Seguridad de la ONU, con la firma del armisticio desaparecieron las condiciones que habían provocado el embargo sobre el suministro de armas a todos los países involucrados en el conflicto. Israel, en cambio, esta vez habría querido mantenerlo, temiendo que la compra de armas pudiera empujar a los países árabes a una nueva guerra. Pero las potencias occidentales no lo apoyaron y la Unión Soviética, lealmente, se abstuvo. Los israelíes habían cometido, sin embargo, un error de valoración: el 25 de mayo de 1950, Inglaterra, Francia y Estados Unidos se declararon dispuestos a examinar las solicitudes de compra de armas tanto de los países árabes como de Israel. Era un paso muy importante, pues por primera vez Occidente estaba dispuesto a vender armas a Israel.

Interviniendo en la Knéset, Sharett afirmó que la resolución de la ONU sobre la partición de Palestina había sido anulada por la agresión de los países árabes contra Israel, dando a entender que, si los árabes no habían reconocido las fronteras establecidas por la comunidad internacional, también el Estado judío podía hacer lo mismo. Moscú no se sintió turbada por la toma de posición del ministro. Stalin consideraba que quien gana una guerra tiene derecho a una expansión territorial, como por lo demás él mismo, en 1945, había hecho extendiendo las fronteras de la Unión Soviética.

El 29 de junio de 1949, Vyshinski recibió a Mordechai Namir, que venía en calidad de nuevo representante israelí a entregarle copia de las cartas credenciales, y le dijo: "Subestiman injustamente sus éxitos. Su situación es más que buena y no hay motivo para preocuparse". Namir respondió invitando, en nombre del gobierno israelí, a un representante de la Unión Soviética a trasladarse a Israel para una visita amistosa: "No lo tome como una injerencia en los asuntos internos de su país —añadió en broma—, pero nuestro pueblo y nuestro gobierno estarían particularmente encantados de acoger a Andréi Gromiko, cuyo nombre en Israel es bien conocido hasta por el último de los escolares".

Namir, naturalmente, no podía estar al corriente de las pésimas relaciones entre Vyshinski y Gromiko. Mientras fue ministro, Mólotov había abiertamente protegido a Gromiko, e igualmente abiertamente Vyshinski había detestado al joven rival en ascenso. Ahora que ministro era Vyshinski, para Gromiko habían llegado días oscuros. Ciertamente, Stalin lo conocía bien y nada se podría haber hecho contra él sin la aprobación del Jefe, pero el ministro lo espiaba, trataba de sorprenderlo en falta, se quejaba de la escasa madurez política de su vicepresidente ante los miembros del Politburó. De modo que las cariñosas palabras de Namir hacia Gromiko no hicieron sino irritarlo.

Y, sin embargo, en Israel la gente sentía efectivamente un sentimiento de reconocimiento hacia Gromiko, hasta el punto de que la Liga para la Amistad con la URSS propuso incluso dedicarle una calle de Tel Aviv. Vyshinski no pudo ignorar la propuesta oficial del embajador israelí y dos semanas más tarde, el 14 de julio, envió a Stalin un apunte al respecto sugiriendo rechazar la invitación ya que *la visita sería utilizada por el gobierno israelí para consolidar su propia posición de cara a la negociación con EE.UU. e Inglaterra para obtener un nuevo préstamo, y para aflojar la presión de los anglosajones sobre las cuestiones de las fronteras, los refugiados árabes y Jerusalén […] Además, la visita a Israel de un exponente soviético daría pie en el extranjero a una serie de interpretaciones equívocas, ciertamente aprovechadas por EE.UU. e Inglaterra para reforzar su propia influencia y para empeorar nuestras relaciones con los países árabes.* El Jefe apoyó a Vyshinski y Gromiko perdió la ocasión de ver el país que había contribuido a hacer nacer con tanto empeño.

El nuevo representante de Israel, Mordechai Namir (Nemirovski), nacido en la región ucraniana de Jersón en 1897, sabía tocar el violín, se había licenciado en economía en la Universidad de Odesa y había emigrado a Palestina en 1924, dejando en Jersón a su madre y una hermana. Como era habitual, el Ministerio de Seguridad, a petición del Ministerio de Asuntos Exteriores, había preparado una información sobre él: *Consta en los archivos que los dirigentes del Mapam, en el momento de su partida para la URSS, encargaron a Namir que tomara contacto con los judíos nacionalistas para fomentar la emigración hacia Israel. Hasta ahora no consta, sin embargo, que Namir haya realizado ninguna acción calificable como nacionalista y antisoviética.*

El 8 de julio, Namir presentó las cartas credenciales al presidente del Sóviet Supremo de la URSS, Nikolái Shvérnik, y estaba presente también Gromiko en calidad de viceministro de Asuntos Exteriores. En su informe telegráfico a Sharett, Namir calificó de "óptima" el ambiente de la conversación. Shvérnik le había hecho varias preguntas y Gromiko había comentado muy benévolamente los éxitos de Israel. En suma, oficialmente y en el escenario mundial, la diplomacia soviética seguía apoyando a Israel.

El 31 de agosto, Bakulin elaboró las líneas de intervención de la delegación soviética en la cuarta sesión de la Asamblea General de la ONU sobre el problema de los refugiados palestinos, que no contenían una sola palabra de condena hacia Israel. *El problema de los refugiados palestinos* —decía el documento del MID— *es fruto de la política de ciertos círculos monopolísticos angloamericanos, los cuales han obstaculizado una solución pacífica de la cuestión palestina y han creado las condiciones para el enfrentamiento militar en Palestina, que ha causado grandes sufrimientos tanto al pueblo judío como al árabe […] La delegación soviética considera que para resolver definitivamente el problema de los refugiados es necesario que los países árabes e Israel estipulen la paz, y que se ponga rápidamente en práctica la resolución de la Asamblea General del 29 de noviembre de 1947 relativa a la constitución de un Estado árabe independiente en el territorio asignado a la componente árabe de la población de Palestina […].*

En el momento de la proclamación del Estado de Israel, los notables árabes, prometiendo que aniquilarían rápidamente a los judíos, habían convencido a los palestinos para que abandonaran momentáneamente Israel para regresar una vez que su tierra hubiera sido liberada; y aún, en 1950, los responsables del Comité Nacional Árabe de Haifa se declaraban orgullosos de haber sido ellos quienes evacuaron a toda la población árabe de la ciudad. Pero el Ministerio de Asuntos Exteriores soviético estaba perfectamente al corriente de las verdaderas razones por las que los países árabes, mientras seguían planteando la cuestión de los refugiados, de hecho, no hacían nada por socorrerlos.

En un informe de la misión soviética en el Líbano, dirigido a Zorin el 14 de abril de 1949, se lee: *Los países árabes insisten en el regreso de todos los refugiados no porque no tengan modo de ubicarlos entre ellos o en la zona árabe de Palestina, sino porque quieren disponer, dentro del Estado judío, de una especie de quinta columna que, en caso de un nuevo conflicto, pueda asegurar un fuerte apoyo al avance árabe.* El 3 de septiembre de 1949, la oficina de Oriente Medio del MID preparó un voluminoso documento titulado "La cuestión palestina", en el que se señalaban claramente los responsables de la primera guerra árabe-israelí, entre los cuales no figuraba Israel: *Es sabido que a provocar la agresión árabe en Palestina fueron los ingleses, que han usado las mezquinas aspiraciones nacionalistas de los árabes para empujarlos a hacer la guerra a los judíos. A pesar de todos los esfuerzos realizados, los imperialistas ingleses y americanos no han logrado impedir el nacimiento y la consolidación del Estado de Israel, que se ha convertido ya en una realidad […].*

Sin embargo, la línea proisraelí en política exterior se acompañaba de un creciente antisemitismo dentro del país. Los funcionarios del Comité Central se jactaban abiertamente, con los colegas de los partidos comunistas hermanos, del compañero Zhdánov porque había echado a muchos judíos del aparato. Varios judíos ocupaban aún posiciones de relieve y daban notables contribuciones a la investigación en el campo de la ciencia, la medicina y el arte, suscitando la envidia sobre todo de los colegas que temían su competencia. Los muchos funcionarios toscos e ignorantes llegados a la cúpula de la nomenklatura[74] del partido gracias a las "purgas" queridas por Stalin, odiaban a cualquiera que fuera diferente, por ello, tanto en el grupo de los "cosmopolitas sin patria" como en el de los "médicos saboteadores" fueron incluidos también algunos intelectuales rusos, por un

[74] Nomenklatura, en español «nomenclátor» o «lista». En su prefacio al libro de M. S. Voslenskij *Nomenklatura, la clase dominante de la Unión Soviética* (Londres, 1985), Milovan Đilas escribió: la revolución ya había creado en el seno del partido un estrato monopolístico y privilegiado de la sociedad soviética. A lo largo de un proceso articulado en diversas etapas, ese estrato consolidó y legitimó su posición. No se limitó a aislarse de la sociedad, del pueblo y del resto del mundo, sino que instituyó incluso en su propio interior una jerarquía de rangos y barreras sociales: eso es la nomenklatura (N. del E.).

lado, para ocultar el carácter antisemita de la campaña en curso, por otro para deshacerse, sin aspavientos, también de ellos.

Bajo el nazismo, la persecución de individuos considerados judíos no de sangre, sino de espíritu, se llamaba "lucha contra el judaísmo blanco". En la URSS, en la lucha contra los "cosmopolitas" se distinguió una compacta legión de delatores profesionales, por regla general gente sin ningún talento que esperaba hacer carrera destruyendo y eliminando a los colegas. *El odio hacia los judíos* —había escrito en su tiempo el eminente filósofo ruso Nikolái Berdiáiev— *es dictado a menudo por la búsqueda de un chivo expiatorio. Cuando los hombres se sienten infelices y atribuyen sus propias desgracias personales a calamidades históricas, buscan un culpable sobre quien volcar la responsabilidad de todos los males. Ello no honra a la naturaleza humana, pero el hombre siente alivio y satisfacción cuando se encuentra un culpable y se le puede odiar y castigar.*

La "purga" afectó a todo el país. Muchos judíos fueron apartados de los sectores científicos y médicos, de las universidades, de la administración estatal, de las fuerzas armadas. El 5 de octubre de 1949, Namir telegrafió a Sharett: *La sinagoga estaba a rebosar. Miles de personas, entre ellas muchos jóvenes, permanecían en la calle. Pero a diferencia del año pasado, nadie ha osado dirigirnos la palabra*[75]*. Solo miles de ojos nos han mirado fijamente mientras entrábamos y salíamos; muchos nos han saludado, pero con cautela […] Este año la hostilidad hacia los judíos ha aumentado. Cada vez más a menudo los judíos son considerados poco fiables y potenciales espías. En las fábricas y en las oficinas se oye decir: "Idos a vuestro país, idos a Israel" […] Muchos judíos temen ser expulsados de Moscú, que se ha convertido en el refugio de cuantos han escapado al exterminio nazi […].* Diez días después, Sharett respondió a Namir: *Debemos lanzar una campaña en la prensa judía internacional, sobre todo estadounidense, y también en la prensa no judía, para dar a conocer la verdad sobre el problema de los judíos soviéticos […].*

En realidad, los israelíes no sabían qué hacer. Callar sobre la campaña antisemita en curso en la Unión Soviética sería vergonzoso, pero hablar de ella significaba, en primer lugar, perder el apoyo de la URSS y, en segundo lugar, agravar la condición de los judíos soviéticos. Era una situación sin salida. Los diplomáticos israelíes en servicio en Moscú consideraban que pronunciarse sobre el antisemitismo de las autoridades soviéticas era peligroso y también inútil. Arie Levavi[76], que desde 1948 era cónsul ante la misión israelí en Moscú, expuso a Sharett su opinión en estos términos: *"Ahora más que nunca, un vínculo fuerte nuestro con los judíos soviéticos es percibido por las autoridades como un ataque a la base de su política ideológica, como una brecha insidiosa abierta en la barrera de aislamiento que se han construido […]. Temen el espionaje y la formación de una quinta columna […]. Las denuncias públicas no mejoran en absoluto la situación de los judíos soviéticos, mientras que pueden quebrar las relaciones israelo-soviéticas".* Los diplomáticos israelíes podían invitar al silencio a su gobierno, pero no estaban en condiciones de influir en la prensa y en la opinión pública. Israel fue desde el principio un Estado democrático, en el que la libertad de expresión de los medios de comunicación de masas privados fue limitada solo por la censura militar, circunscrita, por lo demás, a pocos asuntos. Todo lo demás —política exterior e interior, políticos, jefe del gobierno incluido— podía ser objeto de discusión, de crítica

[75] Con motivo del Año Nuevo judío, el 4 de octubre de 1948, Golda Meir y la primera misión diplomática israelí visitaron la sinagoga de Moscú, aclamadas por una multitud entusiasta de aproximadamente treinta mil judíos.

[76] Arie Levavi había nacido en Vilna y por ello hablaba ruso; había estudiado luego en la Universidad de Heidelberg, pero tras el ascenso del nazismo se trasladó a Palestina y durante la guerra sirvió en el ejército británico (N. del A.).

e incluso de ironía. Y políticos y periodistas israelíes no callaron sobre lo que ocurría en la URSS, suscitando la irritación de dirigentes y diplomáticos soviéticos que no lograban creer que la prensa pudiera ser libre.

El 7 de diciembre de 1949, Yershov envió a Anatoli Lavrentiev, uno de los viceministros de Asuntos Exteriores, una nota titulada "Propaganda antisoviética en la prensa israelí": *El presente documento ilustra los métodos y objetivos de la propaganda antisoviética difundida por la prensa israelí, y está acompañado de una gran cantidad de material publicado entre mayo y noviembre del año en curso, que demuestra cómo la prensa reaccionaria israelí lleva a cabo su campaña de manera sistemática. Dado que por nuestra parte no ha habido la debida reacción, ni a nivel diplomático ni a nivel de prensa en los medios israelíes, la propaganda antisoviética se intensifica rápidamente y sobrepasa todos los límites observados, por lo común, en presencia de relaciones diplomáticas normales.*

La irritación hacia Israel tenía también otras causas. El 5 de diciembre de 1949, Sharett había reiterado: *"En política exterior Israel se atiene al no alineamiento, y no se alineará con ninguna de las partes involucradas en la guerra fría […]"*. De hecho, sin embargo, Israel se encontraba cada vez más a menudo junto a los países occidentales, suscitando el gran desagrado de Moscú, que reivindicaba su propio papel en la creación del Estado judío, al que reprochaba una desleal falta de agradecimiento.

La ONU ofrece a la diplomacia de todo el mundo la posibilidad de encontrar acuerdos y negociar compromisos garantizando consultas y conversaciones a puerta cerrada. Pero en aquellos tiempos se podía hacer poco con los compromisos. Los diplomáticos soviéticos transformaron la ONU en un lugar de enfrentamiento, de disputa, de insultos. El 13 de diciembre, Gideon Rafael, representante permanente de Israel ante la ONU, informó a Sharett de una conversación con Semión Zarapkin, que era el número dos de la representación soviética. Zarapkin le había hecho más bien pesadas reconvenciones: *"Vuestras intervenciones en la Asamblea General demuestran claramente que estáis pasando al lado de Estados Unidos. Nunca os habéis alineado contra los estadounidenses en ninguna cuestión, mientras que en muchos problemas vitales para la Unión Soviética nos habéis votado en contra"*. Y había citado la votación sobre el proyecto de una resolución de condena de los presuntos preparativos para una nueva guerra mundial por parte angloamericana, y reiterado que, mientras desde el punto de vista soviético ese había sido el más importante de los puntos del orden del día, la delegación israelí no solo había votado en contra, sino que se había incluso asociado a la resolución contraria.

La actitud de los soviéticos hacia Israel iba rápidamente empeorando. El 22 de marzo de 1950, Valerián Zorin transmitió una nota a Mijaíl Súslov, secretario del Comité Central del PCUS: *A completamiento del perfil sobre el sionismo, enviado a usted el 21 de marzo, le transmito en doble ejemplar un escrito sobre el mismo tema, producido por la oficina de Oriente Medio del MID, que recoge las intervenciones de los líderes sionistas y evidencia su actitud hacia la URSS y los países de democracia popular. El escrito en cuestión contiene también información sobre la actividad hostil a la URSS y a los países de democracia popular desarrollada en el último período sobre todo por exponentes del Estado de Israel […].*

Mijaíl Súslov, un joven y prometedor funcionario del partido, había llegado a los altos niveles del aparato del PCUS cuando Stalin, en la primavera de 1946, lo había hecho llamar a Moscú desde la provincia para encargarle la oficina de política exterior del aparato del Comité Central. Una oficina que, sin embargo, no se ocupaba de política sino más bien de vigilar la actividad de los partidos comunistas extranjeros, a los que otorgaba fondos. Súslov fue encargado también de seguir el

desempeño del Comité Antifascista Judío, cosa que no le entusiasmó en absoluto: creado durante la guerra en función antinazi, el Comité no solo había agotado su cometido, sino que era ya fuente de irritación para Stalin. Súslov propuso de inmediato cerrarlo, pero se adelantaba a los tiempos y, en ese momento, su propuesta no fue aceptada.

Sin embargo, en la posguerra él construyó su carrera sobre campañas ideológicas impregnadas de antisemitismo, escribió informes sobre las instituciones "contaminadas" por los judíos, preparó para Stalin y Zhdánov, el ideólogo del Politburó, informes sobre los ámbitos científicos y culturales, en los que *"se habían arraigado servilismo y adulación hacia los extranjeros, y escaseaban vigilancia y sentido patriótico soviético"*. Así, mientras en mayo de 1947 Mólotov, Vyshinski y Gromiko, por indicación de Stalin, argumentaban a favor de la constitución del Estado de Israel, Súslov presentó a Zhdánov un informe "Sobre la contaminación judía y los graves errores políticos cometidos por la VOKS"[77]. Posteriormente, hizo llegar a todas las instituciones soviéticas la orden de presentar cada año al Comité Central un informe sobre los dirigentes, indicando su etnia.

Fue inmediatamente evidente, incluso para quienes estaban lejos de la política, que el Comité Central se estaba interesando solo por el número de judíos presentes en los cuadros, y que solo serían juzgados positivamente los informes que hubieran certificado la destitución de los funcionarios judíos de los cargos de mayor responsabilidad. Las tablas, preparadas por el aparato para los dirigentes, indicaban la rápida disminución de cuadros dirigentes de origen judío a nivel republicano y pansoviético, y en 1952 ya no se encontraría ni un judío entre los primeros secretarios regionales o provinciales del partido, o entre los secretarios del Comité Central de alguna de las repúblicas de la Unión[78]. El aparato dirigido por Súslov "limpió" de judíos muchos medios de comunicación, controlando sistemáticamente una redacción tras otra. Más tarde la "purga" afectaría a las organizaciones artístico-profesionales y culturales, a los institutos científicos y a las universidades. Sobre este tema, Súslov recibió un apunte de Yuri Zhdánov, jefe de la oficina "Ciencia" del Comité Central e hijo de Andréi Zhdánov: *En muchos Institutos de la Academia de Ciencias los cuadros son reclutados tendenciosamente sobre la base de criterios étnicos […] En el ambiente de los físicos teóricos y de los físicos químicos se ha constituido un grupo —del que forman parte L.D. Landau, M.A. Leontóvich, A.N. Frumkin, Ya.I. Frenkel, V.L. Ginzburg, E.M. Livshits, G.A. Grinberg, I.M. Frank, A.S. Kompanéyets, N.S. Meiman, etc.— que detenta una especie de monopolio sobre el cuadro de los Institutos de investigación física y química, y solo apoya a los miembros del grupo que son todos de origen judío.*

Los mencionados en la lista de Zhdánov hijo eran los nombres de insignes científicos y futuros premios Nobel. Perdiéndolos, la ciencia soviética se habría empobrecido, pero ello no turbaba a los burócratas del Comité Central, que decidieron no obstante reducir el número de judíos —en aquel tiempo muy alto— entre académicos, docentes e investigadores. Llegados a este punto, el profesor Ígor Kurchátov, que por entonces dirigía el proyecto soviético de la bomba atómica,

---

[77] Vsesoyúznoe Óbshchestvo Kultúrnykh Svyazéy s Zagranitsey (Asociación Pansovíetica para las Relaciones Culturales con el Extranjero) (N. del E.). Más tarde, en junio de 1950, Suslov y sus colaboradores redactaron para el Politburó un proyecto de resolución secreta sobre las «Medidas para la eliminación de las deficiencias detectadas en los procedimientos de contratación y formación de cuadros, debidas a los graves errores políticos de los dirigentes del Ministerio de la Industria Automovilística y de Tractores» (N. del A.).

[78] Cfr.: G. V. Kostyrchenko, *Tájnaya politika Stalina* (La política secreta de Stalin) (N. del A.).

intervino para explicar con claridad a Beria que, sin esos hombres, no se podría hacer la bomba. Beria habló de ello con Stalin, y a los físicos se les dejó en paz. Pero solo a los físicos.

La misión israelí mantenía informado a su gobierno sobre la campaña antisemita en curso en la Unión Soviética, o más exactamente sobre lo que de ella trascendía a la superficie. En respuesta, el 8 de marzo de 1950 Sharett escribió a Namir: *Somos realmente impotentes ante esta desgracia. Precisamente estos días, gracias a nuestra infatigable acción, hemos conseguido un gran e imprevisto éxito para la liberación de otra comunidad que se debatía en las garras de un régimen represivo y parecía condenada al aniquilamiento: aludo, naturalmente, a la decisión de las autoridades iraquíes de permitir la emigración de los judíos a Israel. Así pues, hemos logrado ejercer alguna influencia, mantener contactos, actuar e interactuar incluso en Irak, donde reinan una durísima tiranía y el fanatismo más inculto, y en cambio en la URSS solo podemos observar y registrar lo que ocurre, y además solo parcialmente.*

Entretanto, la misión soviética en Israel informaba a Moscú: *"La política exterior del actual gobierno de Israel, ambigua, evasiva, hostil hacia la URSS y los países de democracia popular, se ha convertido en un instrumento del bloque angloamericano y está comprometiendo la independencia del Estado, conquistada apenas un año y medio atrás gracias al apoyo de la Unión Soviética".* El 25 de marzo de 1950, el periódico *Literaturnaya Gazeta* publicó un artículo firmado por Oleg Prudkov, joven colaborador de la redacción de exteriores, que acusaba al primer ministro de Israel, Sharett, de ser un "calumniador". Sharett convocó al embajador Yershov y le expresó su indignación, pero el representante soviético lo interrumpió diciendo que no *"pretendía discutir del artículo, ya que la Literaturnaya Gazeta no era un órgano del gobierno soviético"*, sabiendo bien que precisamente por eso el periódico había sido elegido para la publicación de la pieza.

La posición de los diplomáticos soviéticos en Tel Aviv se hacía cada vez más marcadamente antiisraelí. El 30 de abril de 1951, Yershov telegrafió a Moscú: *Este año parece inoportuno enviar el habitual telegrama de felicitación firmado por Shvérnik con ocasión de la fiesta nacional. El Estado de Israel, que hace tres años obtuvo la independencia, la ha perdido ya en buena parte al entrar a formar parte del campo imperialista de EE. UU. e Inglaterra […] La actitud hacia la URSS es hostil. La propaganda antisoviética es ya sistemática y cada vez más difundida.*

Pero en otras partes del mundo los diplomáticos soviéticos continuaron manteniendo una actitud amistosa hacia el Estado judío. El 9 de junio de 1950, Yákov Malik recibió a su homólogo israelí, Abba Eban, que estaba acreditado también ante el gobierno de Estados Unidos. Estaba presente en la conversación otro miembro de la delegación israelí, Gideon Rafael. *El coloquio ha durado más de una hora* —anotó Abba Eban— *y, sin embargo, al final no fue fácil para nosotros despedirnos del señor Malik. Como desertan sistemáticamente de los organismos de las Naciones Unidas, sobre los representantes soviéticos no pesa la actividad cotidiana de las comisiones y los comités internacionales, y ellos pueden por tanto mantener libremente largas y circunstanciadas conversaciones con sus invitados. Además, la representación soviética, que se ha aislado voluntariamente, parece ajena a la realidad y es evidente el deseo de sus funcionarios de extraer de cualquier fuente externa informaciones, impresiones y valoraciones de cualquier género. En particular, ello nos concierne a nosotros, porque los soviéticos parecen pensar que tenemos muchos contactos en EE. UU. y que podemos llegar a conocer a fondo tanto la política oficial como la "sombra" de ese país.*

La Unión Soviética estaba ya en abierto contraste con las Naciones Unidas: en 1950 los soviéticos querían bloquear la reelección como secretario general del noruego Trygve Lie. Llegado a Nueva York, Vyshinski, que era universalmente reconocido como un excelente orador, sin par entre los

diplomáticos occidentales, había hecho un largo alarde de elocuencia, pero a pesar de ello el noruego fue reelegido. Los delegados soviéticos tomaron ostentosamente a ignorarlo. Yákov Malik habría contado complacido a su joven colega, Víktor Israelian, que, en aquella época, cuando se encontraba con Trygve Lie en la sede de la ONU, preguntaba en voz alta: "¿Por qué los guardias dejan entrar a extraños en las oficinas de las Naciones Unidas?".

En octubre de 1950, Namir fue llamado a su país, donde se convirtió en secretario general de la Histadrut. Antes de partir, visitó a Gromiko, quien se mostró extremadamente cortés: "Usted está contento porque vuelve a casa, nosotros estamos tristes porque nos deja". En la recepción ofrecida por la embajada checoslovaca, Namir conversó con Gromiko y con su esposa Lidia, que tenía un gran ascendente sobre su marido, y que *se prodigó en cumplidos y se dijo apenada por mi partida* —informó Namir en su telegrama al Ministerio— *no pude por menos que conmoverme por esas palabras sencillas y cordiales, pronunciadas con un calor todo ruso, sin sombra de formalidad diplomática.*

El 4 de octubre, el Ministerio de Asuntos Exteriores israelí solicitó, como es habitual, el beneplácito para el nombramiento de su nuevo embajador en la Unión Soviética, Shneur Zalman Shazar (Rubashov), que era entonces ministro de Instrucción y Cultura y cuyo primer documento firmado por él en esa calidad había sido el decreto sobre la instrucción general y gratuita en Israel. Los diplomáticos soviéticos solicitaron la aprobación de la Seguridad del Estado. En su respuesta, el primer viceministro, general Serguéi Ogoltsov (el mismo que había organizado el asesinato de Mijoels en Minsk), calificó de "hostil" la actitud de Shazar hacia la Unión Soviética, y recordó la condena a diez años de reclusión por "actividad nacionalista antisoviética" dictada contra su hermano, que aún era ciudadano soviético. Informado, Stalin dispuso que se respondiera a los israelíes diciendo que para la candidatura del embajador habían "surgido algunas dificultades". Así, Shazar, que en 1953 se convertiría en presidente del Estado de Israel, no fue a Moscú, a donde en su lugar llegó Shmuel Eliashiv, miembro del comité ejecutivo de la Histadrut desde 1945 y, a partir de la constitución del Estado y hasta 1950 —año en que fue nombrado embajador primero en Checoslovaquia y luego en Hungría— director general para Europa Oriental en el Ministerio de Asuntos Exteriores israelí.

El 31 de agosto de 1951, Eliashiv se presentó de visita al viceministro de Asuntos Exteriores Aleksandr Bogomólov[79], un hombre que prefería escuchar más que hablar. El diplomático israelí le pidió que apoyara en el Consejo de Seguridad la propuesta del Estado judío contra el bloqueo del canal de Suez para los barcos con destino a Israel, llevado a cabo por los egipcios. *"La delegación soviética en la ONU —recordó Eliashiv— nunca ha votado contra nosotros y confiamos en que también esta vez la posición del gobierno soviético no cambie"*. Precisamente en ese año, 1951, la correspondencia entre varias embajadas soviéticas y Moscú registró por primera vez propuestas de apoyo a los países árabes contra el imperialismo estadounidense. Particular simpatía iba entonces a Siria, que era el más antiamericano de los Estados árabes.

El 4 de octubre, Shmuel Eliashiv telegrafió al Ministerio de Asuntos Exteriores de Israel: *En vísperas del Año Nuevo judío estuvimos dos veces en la sinagoga. Como siempre, miles de personas, entre ellas muchos jóvenes,*

[79] De formación pedagógica, docente de química en los Cursos de especialización para oficiales del Ejército Rojo y de materialismo dialéctico en el Instituto Pansoviético para la Industria del Cuero «Kaganóvich», ingresó en el aparato del Comité Central en 1939; fue posteriormente secretario general del Ministerio de Asuntos Exteriores y, durante la guerra, enviado ante los gobiernos en el exilio en Londres. Tras el conflicto, fue embajador en Francia y finalmente viceministro (N. del A.).

se apiñaban para rezar. El ambiente a nuestro alrededor era tenso, la gente tenía miedo de acercarse a nosotros. Alguien intentó intercambiar algunas frases y dos personas lograron pasarnos información sobre la condición de los judíos. Los espías dentro de la sinagoga seguían cada uno de nuestros pasos.

Sin embargo, Yákov Malik, mientras fue representante ante la ONU, mantuvo contactos personales cordiales con los colegas israelíes, así como Vyshinski, que se concedía afables conversaciones con los diplomáticos de Israel. El 6 de enero de 1952 recibió a Sharett en la embajada soviética de París. Sharett había nacido en Rusia y fue llevado a Palestina a los trece años; había estudiado en Estambul y durante la Gran Guerra había combatido en el ejército turco con el grado de teniente. Posteriormente organizó la policía judía que enfrentó los pogromos contra los judíos en Palestina. Sharett hablaba árabe con fluidez, entendía a los árabes y conocía su cultura. Su familiaridad con las sutilezas de la diplomacia oriental le facilitó el enfrentamiento con Vyshinski. El israelí era una persona muy precisa, de memoria excepcional, y durante las negociaciones se distinguía por su obstinación.

Los dos ministros conversaron largamente y Sharett, que redactó luego un detallado informe sobre el coloquio, comenzó con lo que para él era la cuestión más importante y, para el soviético, la más espinosa. *"Con el permiso del señor Vyshinski y, espero, sin abusar de su paciencia, quisiera abordar un problema, por lo demás ya tratado en el curso de encuentros anteriores. Se trata simplemente de una pregunta: ¿vendrá alguna vez un tiempo en que los judíos soviéticos puedan trasladarse a Israel?".* Vyshinski habría querido responder de inmediato, pero viendo que Sharett no había terminado, tomó papel y lápiz y se puso a escribir. *"La Unión Soviética es el único país del que no han llegado judíos a Israel, y esto nos entristece y nos preocupa —continuó Sharett. No podemos aceptar esta situación; la suerte del pueblo judío es diferente a la de los demás pueblos, que viven cada uno en su propia tierra. Para los judíos, expulsados de su tierra y dispersos por el mundo, la liberación nacional comienza con el regreso a la patria. No logramos entender por qué la Unión Soviética debe obstaculizar el curso de la historia del pueblo judío".* Vyshinski movió la cabeza, miró severamente a Sharett y dijo que los puntos de vista sobre el curso de la historia de un pueblo pueden diferir. *"Nosotros no tenemos dudas sobre la dirección en que se mueve la historia judía contemporánea —objetó Sharett—; éramos polvo esparcido sobre la faz de la tierra, pero hemos sabido reunirnos. La Unión Soviética nos ayudó a convertirnos en un Estado y ello no será nunca borrado de los anales de nuestra historia. Pero esta no concluye con la conquista de la independencia. Solo los judíos soviéticos no toman parte en este proceso; hace algún tiempo, nuestro representante en Moscú tuvo ocasión de abordar con usted la cuestión de la repatriación de los parientes cercanos, es decir, de la concesión de visados de salida para Israel a ciudadanos soviéticos cuyos familiares viven en nuestro país. ¿Podemos esperar que el problema se resuelva y que al menos en estos casos los judíos soviéticos puedan reunirse con los de Israel?".* Vyshinski comenzó a responder, hojeando de vez en cuando sus apuntes. Su voz delataba una irritación mal contenida y que terminó por estallar: *"La Unión Soviética se ha alineado con Israel en los momentos más dramáticos —recordó. Quisiera equivocarme, pero tengo la impresión de que también en el futuro momentos difíciles esperan a Israel, que podrá sin embargo contar siempre con el apoyo de la Unión Soviética. ¿Y cómo se comporta Israel hacia la Unión Soviética? ¿En qué ocasiones la apoya? En las relaciones entre Estados no es costumbre pedir apoyo sin ofrecer reciprocidad. ¿Qué estáis haciendo estos días en la ONU? No solo no nos ayudáis, sino que incluso asumís posiciones hostiles a la Unión Soviética. Me doy cuenta de que no os es fácil poneros contra Estados Unidos, porque dependéis económicamente de él. Pero ¿no habríais podido al menos absteneros? El apoyo que habéis dado a la posición estadounidense ha amargado profundamente a mí y a mis compañeros. No nos importa cómo voten Costa Rica u Honduras. ¡Pero Israel?! Estamos llegando a la conclusión de que hayáis optado por un decidido apoyo a los enemigos de la Unión Soviética".*

Sharett lo interrumpió: *"Usted sabe muy bien que en el Consejo de Seguridad hemos votado por la candidatura de Bielorrusia en contra de la posición de Estados Unidos"*. Esta observación provocó en Vyshinski una nueva explosión de rabia: *"Votando a favor de Bielorrusia, Israel ha cumplido su deber sobre todo hacia sí mismo más que hacia la URSS —escandió. Estaba en cuestión un principio básico, y los estadounidenses lo estaban pisoteando. ¿Cómo puede Israel fiarse de la amistad de un país como Estados Unidos? Estados Unidos proporcionará ayudas a Israel solo mientras pueda servirse de él, porque actúa siempre y solo sobre la base de sus propios intereses. Si estos cambiaran, los bandidos os estrangularían sin vacilación. ¿Entonces vendríais a pedir ayuda a la Unión Soviética? ¿Con qué derecho? Si esta fuera una conversación oficial la cortaría aquí, observando solamente que, visto que usted no comprende la esencia de la política soviética, no me siento obligado a darle explicaciones. Esta, sin embargo, no es simplemente una conversación oficial, sino un coloquio con Sharett, hacia quien siempre he sentido sentimientos de simpatía personal y respeto. Estoy por ello dispuesto a darle ulteriores explicaciones. Vuestro embajador ha discutido efectivamente conmigo el problema de la reunificación familiar. Pero durante el año pasado he estado enfermo durante seis meses por problemas cardíacos, y no he podido ocuparme de nada. También ahora debería cuidarme. Pero a mi regreso de París reexaminaré la cuestión. Si se trata de ancianos cuyos hijos viven en Israel, o al contrario de jóvenes que en Israel tienen a sus padres, no hay ninguna razón para hacer sufrir innecesariamente a estas personas. Pero el problema se ha planteado de manera bien distinta, en términos de emigración, y de emigración no se habla ni siquiera"* —cortó Vyshinski.

"El ordenamiento soviético no la prevé. Por lo demás, en este plano el problema no existe: no se puede confundir a los judíos soviéticos con los de otros países. Yo, por ejemplo, tengo muchos conocidos judíos, y sé que a ninguno de ellos se le pasaría ni remotamente por la mente emigrar a Israel o a otra parte. Y no hay de qué extrañarse: en la URSS los judíos gozan de plena igualdad y ocupan puestos importantes en todos los sectores. Baste citar a Lázar Kaganóvich, uno de los dirigentes más conocidos y queridos de la Unión Soviética".

Apenas Vyshinski calló, Sharett dijo enseguida: *"Tengo en gran consideración la confianza que me demuestra, y por ello también yo le hablaré abiertamente"*. Una vez dicho lo que tenía que decir, Vyshinski se había relajado y había recobrado una buena disposición de ánimo. Por ello interrumpió a Sharett, diciendo: *"No hay cuestiones marginales que puedan cambiar mi actitud personal hacia usted. Poco antes he perdido un poco el control y lo siento de verdad. Olvídelo"*.

"Comprendo bien lo que ha querido decirme —comenzó Sharett con calma—, permítame hacer alguna observación: está claro que, considerados los principios a los que nos atenemos, no podíamos más que votar por Bielorrusia. Pero queda el hecho de que esto ha estropeado, y no poco, nuestras relaciones con Estados Unidos. Teniendo en cuenta nuestra completa dependencia de las ayudas estadounidenses —a propósito, me alegra oír que comprenda cuánto las necesitamos— esa decisión no ha sido fácil de tomar. Utilizando solo nuestros recursos, nunca podríamos poner en pie una economía capaz de absorber a los cientos de miles de refugiados ya llegados o en llegada. EE. UU. —la administración estadounidense, y por tanto no solo los judíos de América— es nuestra única fuente de ayudas desde el exterior". "Comprendo su punto de vista —dijo Vyshinski—, pero francamente no lo comparto. Esta, por lo demás, es solo mi opinión, y podemos discutirla no como representantes de nuestros dos Estados, sino más bien como si estuviéramos discutiendo entre exalumnos de la misma universidad. Personalmente, considero que el camino por vosotros emprendido no conduce a la independencia, sino al servilismo económico y político".

"Si por miedo a hallarnos 'serviles' —objetó Sharett— renunciáramos a las ayudas estadounidenses, cesaríamos rápidamente de existir. Y no estoy hablando solo de ayudas económicas: necesitamos muchas armas porque estamos rodeados de enemigos. Pero por muy vitales que sean para nosotros las ayudas desde el exterior, estamos firmemente decididos a no apoyar ningún género de maniobras agresivas contra la Unión Soviética. Sabemos bien que la prensa soviética sigue dando noticia de fantasmales bases estadounidenses en construcción en nuestro país y calificándonos

de instrumento de oscuras maniobras de Estados Unidos, pero son todas informaciones carentes de fundamento". "Nunca hemos dicho nada de eso sobre vuestra cuenta" —observó Vyshinski.

"Ello, no obstante —replicó Sharett— la prensa soviética da este tipo de informaciones". Vyshinski callaba y Sharett intentó un enfoque diferente: *"Nosotros tenemos interés en mantener una posición internacional de equidistancia, pero la Unión Soviética en esto no nos ayuda. Nuestras relaciones con los judíos estadounidenses se intensifican, mientras que con los judíos soviéticos no tenemos ningún contacto. Obviamente, en este plano la balanza se inclina en favor de EE. UU.".* Ante estas palabras, Vyshinski reaccionó con vehemencia: *"Pero Israel no comprende que Estados Unidos favorece estas relaciones solo por interés? Los judíos estadounidenses que llegan a Israel no son sino instrumentos de Washington". "No me refería a los que se trasladan definitivamente, que además son poquísimos. Hablo de los judíos estadounidenses que visitan Israel y a los que también nosotros podemos hacer visita". "Eso es otra cosa —se zafó Vyshinski—; se trata de turismo y en efecto en la Unión Soviética el turismo sufre por falta de medios: el Estado está empeñado en la reconstrucción de posguerra y no dispone de fondos para promoverlo. Pero con el tiempo la situación cambiará".* Sharett vio que el coloquio había tomado un callejón sin salida y comprendió que no había avanzado ni un paso. *"Nos gustaría, para poder precisar y aclarar nuestra posición sobre esta cuestión, tener la posibilidad de encontrarnos una vez con Stalin".*

"El compañero Stalin tiene bien claro este problema" —escandió Vyshinski, advirtiendo en las palabras de su interlocutor la hipótesis de que el Jefe pudiera no estar del todo al corriente. Despidiéndose, Sharett retomó: *"Sabemos que muchos judíos soviéticos se sienten parte integrante del Estado y no piensan en absoluto en marcharse. Pero ¿es posible que haya muchos otros que elegirían el regreso a Israel, si se les diera la posibilidad?".* Vyshinski reiteró: *"No hay nadie que lo desee". "Porque no es posible"* —le recordó Sharett. *"No hay solicitudes de visados de salida —replicó fríamente Vyshinski— y no consta que alguien quiera partir. Los judíos soviéticos no pueden desear abandonar el país porque son parte integrante de la sociedad soviética. Se daría cuenta usted mismo, si viniera a verlo".* Era una broma, pero Sharett lo tomó en serio: *"En efecto, quisiera pedir autorización para venir a la Unión Soviética".* Con embarazo, Vyshinski se dio inmediatamente cuenta de que había dicho demasiado, pero se repuso rápidamente: *"Seré feliz de recibirle".* No era que fuera una invitación propiamente dicha, pero los dos ministros se despidieron afablemente. El acta de la reunión fue enviada también a la representación israelí en Moscú y el 1 de febrero Eliashiv expuso abiertamente a Sharett su propio punto de vista: *He leído con gran atención el relato de tu conversación con Vyshinski […] Creo que, por tu parte, ha sido un error no ir solo, mientras que, contrariamente a su costumbre, Vyshinski no iba acompañado. Esto significa que estaba dispuesto a hablar libremente y es posible que la sola presencia, incomprensible para él, de una tercera persona, lo haya irritado ulteriormente y empujado a mantener un tono oficial […] No puedo imaginar que Vyshinski pudiera perder los estribos estando a solas contigo, sin miradas extrañas […].* Eliashiv se dijo también preocupado por el comportamiento de la delegación israelí en la Asamblea General de la ONU, donde consideraba *"que se había producido un claro distanciamiento de la política de no alineamiento". Si contamos realmente con obtener de la URSS algo en el plano de la emigración, y si la cuestión de los judíos soviéticos es verdaderamente vital para nosotros, debemos tener en cuenta los intereses de la contraparte, de la que depende la solución del problema. No podemos olvidar que pedimos un gesto en claro contraste con la realidad soviética y con una rígida praxis que mantiene esas fronteras herméticamente cerradas. No podemos esperar que las autoridades de la URSS dejen de lado los principios si continuamos apareciendo a sus ojos como alineados en el campo adversario […] En definitiva, también en el curso de esta sesión, a pesar de la sumisión mostrada a los árabes, los rusos no han emprendido ninguna acción contraria a nuestros intereses, y no han votado junto con los países árabes sobre las cuestiones que nos interesan […] Estoy firmemente convencido de que los judíos soviéticos son extremadamente sensibles a nuestra política y no quieren ver a Israel alineado con los enemigos de su país. Esta gente está ligada a su patria no menos*

de lo que lo están a la suya los judíos de otros países […] Se puede decir que incluso rezan para que Israel no aparezca ante la URSS con las vestiduras de enemigo, que temen cada uno de nuestros movimientos, cada votación, y sufren terriblemente cuando los periódicos dan noticia de alguna acción nuestra considerada hostil […] Se me podría objetar que la diáspora no responde de la política de Israel y que Israel determina su política sobre la base de sus propias exigencias e intereses. Si este planteamiento sabe ya a dogmatismo en sí y por sí, aplicado al Estado judío resulta sencillamente ajeno a la realidad; las categorías emocionales y racionales que aquí rigen son completamente diferentes de las de otros lugares.

Lleva fecha 23 de febrero de 1952 un apunte de Gromiko: *Al Compañero Stalin, I.V. El 8 de diciembre pasado, el embajador Eliashiv ha entregado al MID una nota de su gobierno que replantea el problema de la concesión a los judíos de visados para salir de la URSS y reunirse con sus familiares en Israel […] Dado que la solicitud ha sido reiterada varias veces y en más de una ocasión, se considera oportuno proporcionar a nuestro embajador en Israel, compañero Yershov, instrucciones para una adecuada respuesta que presentar al ministro de Asuntos Exteriores israelí Sharett en el curso de una de sus habituales visitas al Ministerio. Yershov deberá señalar que el planteamiento dado al problema por la nota del 8 de diciembre constituye una injerencia en los asuntos internos de la URSS e ilustrar las normas que, sobre la base de la legislación vigente, regulan los viajes al extranjero para todos los ciudadanos soviéticos.*

Pero, entretanto, Vyshinski había mantenido su promesa y, tras la conversación con Sharett, había efectivamente encargado a su asistente, Borís Podtsérov, que averiguara el estado de los documentos sobre la reunificación familiar. El 6 de abril recibió el borrador de un apunte "Sobre la salida de ciudadanos soviéticos a Israel" dirigido al vicejefe del gobierno, Mólotov, por los responsables del Departamento Consular y de la oficina de Oriente Medio: *En conformidad con la indicación de no obstaculizar la salida permanente a Israel de ciudadanos soviéticos judíos, se comunica lo siguiente: 1) Según los datos proporcionados por la Policía, en el corriente año 1952 se han presentado seis solicitudes de salida. Al momento no se ha adoptado ninguna decisión al respecto y los expedientes están ahora a examen de los mismos órganos de policía que posteriormente procederán a transmitirlos a la Comisión competente instituida ante el Comité Central del PCUS. En cuanto a los años anteriores, en 1948 fueron acogidas dos de las seis solicitudes presentadas, en 1949 cuatro sobre veinte, en 1950 ninguna de las veinticinco presentadas, en 1951 cuatro sobre catorce. 2) A conclusión del examen de los expedientes personales de los ciudadanos que han presentado solicitud de salida a Israel durante el año en curso, se considera oportuno satisfacer dichas solicitudes ya que se trata de personas entre los cincuenta y dos y los setenta y siete años, cuyos hijos se encuentran en Israel y están dispuestos a asumir el costo del sostenimiento de sus propios padres. El MID recomienda la transmisión al Ministerio de Seguridad del Estado (compañero Ignátiev), a la Policía (compañero Leóntiev) y a la Comisión para los visados de salida del Comité Central del PCUS, de instrucciones relativas a la concesión de los permisos de salida a Israel a las personas en cuestión. 3) En relación con las solicitudes presentadas en 1951, que no han tenido éxito, se considera oportuno el reexamen de estas por parte de la Comisión del Comité Central, y la expedición de los visados solicitados, si no existen particulares impedimentos […].*

Vyshinski no andaba lejos de la verdad cuando había dicho a Sharett que, entre los judíos soviéticos, nadie pedía partir para Israel: era bien sabido que una solicitud de ese tipo podía comportar la pérdida no solo del trabajo, sino también de la libertad.

Con la firma de un tratado comercial fechado el 1 de marzo de 1952, Israel se comprometió a suministrar a la URSS cincuenta toneladas de plátanos y treinta mil cajas de naranjas. El 19 de mayo, un segundo tratado estableció que a cambio de otras cincuenta mil cajas de naranjas, la Unión Soviética enviaría productos petrolíferos a Israel.

El 12 de ese mismo mes, Yershov envió a Moscú el informe político relativo al año recién transcurrido: *Para Israel, 1951 ha señalado el fin de la independencia, tanto en economía como en política interna y exterior. La política económica del gobierno, basada en préstamos e inversiones estadounidenses, arrastra al país hacia una catástrofe que la clase dirigente cree poder superar entregando el país a Estados Unidos […] La actitud hacia la Unión Soviética es cada vez más hostil […] En consideración de lo expuesto, para plantear nuestra posición hacia Israel se considera oportuno: 1) Suspender todo apoyo político hacia él en las cuestiones planteadas en la ONU; 2) Suspender la inmigración a Israel de judíos procedentes de países de democracia popular, ya que esta inmigración acrecienta sus potencialidades […].*

El 3 de mayo de 1952, el gobierno de Israel decidió trasladar a Jerusalén la sede del Ministerio de Asuntos Exteriores. De hecho, la medida no se aplicó inmediatamente. El 27 de junio, Vyshinski telegrafió a la representación soviética: *Es indispensable seguir con atención la reacción de los representantes de Estados Unidos, Inglaterra y Francia ante la iniciativa del gobierno israelí sobre el traslado de la capital a Jerusalén, y proporcionar oportunamente información y una opinión sobre la posición que debemos asumir al respecto.* La respuesta llegó el 10 de julio firmada por Aleksandr Abramov, encargado de negocios *ad interim*[80]: *No hay que olvidar que más de ochocientos mil refugiados árabes, bárbaramente expulsados por los judíos, continúan arrastrando su mísera existencia fuera del país. El reconocimiento de Jerusalén como capital de Israel por nuestra parte quebraría nuestras relaciones con los países árabes y también con otros países musulmanes y católicos […]. No es oportuno que nuestra representación se traslade a Jerusalén […]. En el caso de que, al traslado del Ministerio de Asuntos Exteriores, siguiera también el de las representaciones diplomáticas de Estados Unidos, Inglaterra, Francia y otros, la cuestión de un desplazamiento nuestro deberá ser discutida de nuevo en la eventualidad de utilizar nuestro traslado como medio de presión sobre el gobierno israelí.*

[80] Antes de ser nombrado consejero en la representación en Israel en 1952, Abramov había sido representante de la URSS en Finlandia y posteriormente embajador en Suecia (N. del A.).

PERSONA NON GRATA

En enero de 1952 se celebró en El Cairo la elección de los nuevos dirigentes del círculo de oficiales del ejército. Fueron elegidos hombres decididos a combatir la corrupción de la administración estatal, y ello irritó al rey Faruk, quien hizo cerrar el círculo, después de haber confiscado su tesorería. Provocó así una fuerte reacción por parte de los oficiales, que desembocó durante el verano en una sublevación que tendría graves consecuencias para toda la región. Los rebeldes tomaron inmediatamente contacto con las embajadas de Estados Unidos, Inglaterra y Francia y, aunque más tarde sostendrían haber temido la intervención de las tropas británicas estacionadas en la zona del canal de Suez, en ese momento pidieron precisamente a los ingleses que impidieran a los tanquistas egipcios fieles al rey avanzar sobre El Cairo.

Los ingleses no intervinieron, pero el 26 de julio el rey Faruk abdicó y fue enviado al exilio. Israel acogió con satisfacción la noticia del derrocamiento de la monarquía egipcia, considerando que con el nuevo gobierno sería posible encontrar un acuerdo y concluir la paz. El 10 de agosto, David Ben Gurión, en un discurso pronunciado ante la Knéset, dio un juicio positivo sobre los nuevos dirigentes egipcios y afirmó que entre el Estado judío y Egipto no existían motivos de contienda, y dijo, además: "La colaboración con Israel habría permitido a Egipto superar las dificultades políticas y sociales que se encontraba en ese momento afrontando". Apenas una semana más tarde se expresó favorablemente sobre el general Mohammed Naguib, uno de los jefes de la revolución egipcia, observando: "Hoy, como por lo demás en el pasado, no existen razones para un conflicto político, económico o territorial entre nuestros países". Era una evidente invitación al diálogo, secreto o público.

El general Naguib había asumido el papel de primer ministro y Gamal Abd al-Nasser el de viceprimer ministro y ministro del Interior, pero ya en 1954 Nasser sustituyó a Naguib, se convirtió en jefe del gobierno y en funciones de presidente. En 1956 fue confirmado presidente y comandante en jefe de las fuerzas armadas. Nasser concentraba todo el poder en sus propias manos, sin intención de compartirlo con nadie más, y abolió el cargo de primer ministro, para luego restablecerlo solo en 1964, cuando sintió consolidada su posición.

El 26 de agosto, Yákov Malik recibió en la sede de la Representación soviética ante la ONU a su colega israelí, Gideon Rafael. "Los árabes han armado un escándalo por el traslado del Ministerio de Asuntos Exteriores a Jerusalén —dijo Malik—, pero nadie les presta atención. Lo que no se entiende es más bien por qué vuestros amigos estadounidenses se entrometen en vuestros asuntos internos y se declaran contrarios al traslado […]. A nuestro juicio, solo Israel tiene derecho a decidir dónde colocar este o aquel Ministerio: ni la ONU ni los gobiernos de otros países tienen derecho a intervenir". Rafael preguntó: "¿Entonces podemos esperar que no insistáis en discutir sobre Jerusalén durante la próxima sesión?". "Cierto —respondió Malik—, no pretendemos discutir ni el problema de Jerusalén ni el palestino". Malik quiso conocer la actitud de Israel hacia el nuevo gobierno egipcio: "¿Qué hay detrás de la llamada que vuestro primer ministro ha lanzado a Naguib desde la tribuna de la Knéset? ¿Esperáis realmente encontrar un entendimiento con ese dictador militar?".

"No sé si la llamada será atendida —respondió Rafael diplomáticamente—, por ahora estamos a la espera de una respuesta de los egipcios. No nos corresponde a nosotros elegir el régimen de los países con los que deseamos vivir en paz".

El representante israelí abordó luego la cuestión del canal de Suez, que los egipcios mantenían aún cerrado a los buques de carga con destino a Israel, en violación de la resolución del Consejo de Seguridad del 1 de septiembre. Malik lo interrumpió: "¡¿Cómo?! ¿No ha cambiado nada? ¿No habéis encontrado ningún modo de hacer llegar los barcos hasta Israel?". Rafael le explicó que las disposiciones al respecto no habían sido abrogadas por las autoridades egipcias, y Malik dijo que la Unión Soviética, contraria en general a los bloqueos marítimos, lo era en particular en el caso de Suez.

Al responder, Gideon Rafael recordó la discusión en el Consejo de Seguridad del año anterior y citó a Semión Zarapkin, el vicepresidente de Malik, pero este lo interrumpió observando irónicamente: "Pobre Zarapkin, ¿cómo va a vivir sin la cuestión palestina? Nadaba en ella como pez en el agua". Dos días después se hizo público que Zarapkin había sido destinado a otro cargo y que no regresaría a la ONU.

El 19 de octubre de 1952, el encargado soviético *ad interim* en Israel, Aleksandr Abramov, escribió a Moscú: *Últimamente el gobierno israelí ha cambiado radicalmente de actitud hacia la Unión Soviética, como lo demuestran los discursos abiertamente hostiles de Ben Gurión y de Sharett y la publicación de libros y artículos calumniosos contra el Partido y el gobierno soviético […] Sería quizás oportuno aplazar el nombramiento del embajador y sobre todo elevar el rango de nuestra misión diplomática de legación a embajada, como ha solicitado el Ministerio de Asuntos Exteriores de Israel […].* Solo en las capitales árabes se registraba la satisfacción por el cambiado rumbo de la política soviética, y los diplomáticos de Oriente Medio en servicio en Moscú apreciaron la posición de la prensa soviética sobre Israel.

La propaganda estaliniana era muy eficaz: "Nuestra moral se mantenía alta por un patriotismo ideológico, fruto de la victoria obtenida por el pueblo soviético en la Segunda Guerra Mundial y de la lucha contra el cosmopolitismo que nuestros dirigentes conducían con éxito", recordará Vasili Makárov, "entonces aún estudiante del Instituto Militar, pero que alcanzaría la cúpula del Estado Mayor. Éramos muy combativos y ardientemente en lo íntimo deseábamos otra pequeña guerra victoriosa".

Los documentos hoy disponibles demuestran que los servicios secretos soviéticos consideraban efectivamente inminente una nueva guerra.

El presidente del Comité de Información, Valerián Zorin, el 8 de febrero de 1952 envió a Stalin un informe: *Estados Unidos* —escribía— *pretende acelerar los preparativos para la guerra contra la Unión Soviética, e intensifica con tal fin tanto la reconversión de la economía de los países occidentales hacia sectores de interés bélico, como la constitución de un bloque de fuerzas militares agresivas. Han logrado así poner en marcha una profunda reorganización de los órganos directivos de la OTAN, obteniendo la institución de organismos permanentes que de hecho están dedicados a la aplicación de los preparativos de guerra […].*

Podrían ser calificados de desinformación deliberada, pero no agentes del espionaje: reflejaban la valoración de la situación dada por Stalin, que los analistas del Comité de Información se limitaban a respaldar con "hechos". Otro informe de Zorin dirigido a Stalin el 5 de junio añade: *Para consolidar una cabeza de puente en el Mediterráneo, los altos mandos políticos y militares de EE. UU. intentan constituir,*

además del de Oriente Medio, un bloque político-militar que incluya Yugoslavia, Grecia, Turquía, otros países mediterráneos, Austria y quizás Italia.

En junio de 1952 llegó a Moscú el nuevo embajador estadounidense, a quien Truman consideraba particularmente adecuado para la misión que se le había confiado, ya que conocía bien el ruso y la Unión Soviética, donde ya había estado anteriormente. George Kennan contaba con reunirse con Stalin, pero bien pronto se dio cuenta de que era considerado como un enemigo. Encontró Moscú gris y melancólica y no apreció en absoluto el constante, patente y masivo seguimiento de los hombres de los Servicios de seguridad soviéticos. A mediados de septiembre, mientras se dirigía a Londres para una reunión de la OTAN, hizo escala en el aeropuerto de Berlín y, a un periodista que le preguntaba cómo se encontraba en Moscú, Kennan respondió con franqueza: "Durante la guerra estuve bajo arresto en la Alemania nazi. En Moscú nos tratan más o menos de la misma manera. La única diferencia es que podemos salir de casa y caminar por las calles. Bajo escolta". Sus palabras no pasaron desapercibidas. La *Pravda* publicó una seca réplica y el 2 de octubre el encargado de negocios estadounidense fue convocado al Ministerio de Asuntos Exteriores, donde se le comunicó que el embajador había sido declarado persona non grata. Kennan no pudo regresar ni siquiera para recoger a sus familiares. En la embajada estadounidense en Moscú quedaron poquísimos diplomáticos, mientras que también el embajador Paniushkin regresaba a su país. La completa ruptura de las relaciones diplomáticas parecía inminente.

Pronto Moscú acusaría a Estados Unidos de interferir en los asuntos internos de la URSS, hasta el punto de preparar atentados contra Stalin y otros dirigentes del país, y las habituales medidas represivas no se hicieron esperar: denunciado como cómplice de supuestas espías estadounidenses, fue relevado de su cargo y arrestado el general Nikolái Vlasik, exresponsable de las guardaespaldas de Stalin. Para conocer los estados de ánimo del país, el jefe leía con atención todos los informes procedentes del Ministerio de Seguridad, y por tanto sabía que la gente había depositado en el fin de la guerra la esperanza de una vida mejor. Los campesinos habían anhelado la disolución de los koljoses, y muchas otras voces corrían por el país; las expectativas fueron defraudadas y a ellas sucedió la desilusión.

La Seguridad sospechaba de aquellos que habían podido observar, aunque fuera de pasada, la vida de los occidentales, como los veteranos del Ejército Rojo o los prisioneros que durante la guerra habían sido deportados y enviados a trabajos forzados por los alemanes. A finales de 1946 comenzó el hambre. La sequía y una mala cosecha provocaron un encarecimiento de los productos adquiribles con las cartillas de racionamiento, por lo que se difundió el descontento: muchos creyeron que el país se estaba preparando para una nueva guerra. El 27 de septiembre, un decreto "Sobre el ahorro del pan" redujo el número de categorías de ciudadanos asignatarios de cartillas de racionamiento e infligió un golpe terrible a cuantos fueron privados de ellas.

El costo de los alimentos se duplicó, pero la prensa no hizo mención de ello, enfatizando más bien noticias como la reducción del precio de productos no de primera necesidad. Esta propaganda produjo una enorme impresión, tanto que, a distancia de décadas, muchos recordarían con nostalgia que había habido tiempos en que los precios bajaban[81]. El viento de la guerra fría contribuyó a disipar la ola de inquietud y de crítica a las autoridades. En cuanto se ventiló la hipótesis de otra guerra, los estados de ánimo cambiaron. Con tal de conservar la paz, la gente se

[81] Para mayor profundización, cfr. el almanaque *La década estaliniana de guerra fría* (N. del A.).

mostró dispuesta a nuevos sacrificios, pero, naturalmente, fue necesario hacer sospechar de la presencia de "enemigos internos" a los que desenmascarar y reducir a la impotencia.

EXPLOSIÓN EN TEL AVIV

El ministro de Seguridad del Estado, Ignátiev, era un funcionario de carrera que había llegado casi por casualidad a la Lubianka, y la presión a la que fue sometido fue tan intolerable para él que le provocó un infarto. Le sucedió su vicepresidente, Serguéi Goglidze, hombre de Beria con una larga experiencia en los servicios de información y excomisario del Pueblo para Asuntos Internos de la República de Georgia, que desde hacía tiempo dirigía de hecho todo el aparato de la Seguridad. Fue precisamente Goglidze, el 4 de diciembre de 1952, quien presentó al Comité Central una larga relación "Sobre la situación en el Ministerio de Seguridad del Estado y sobre el sabotaje en la Sanidad". Durante la reunión, Stalin manifestó irritación y descontento por la "holgazanería y la corrupción" que reinaban en el Ministerio, y por "la entumecida vigilancia" de los chequistas.

Se decidió reorganizar los Servicios de Seguridad, reuniendo en un solo Servicio de Información todos los organismos, como ya en la época de la reconfiguración de la NKVD. Stalin dio precisas instrucciones, y en la nueva organización la Primera Dirección se ocuparía del espionaje, mientras que la Segunda del contraespionaje, comprendiendo también una sección para la "lucha contra el sionismo". El 13 de enero de 1953, la *Pravda* publicó el comunicado de la TASS "Arrestado un grupo de médicos envenenadores", y un artículo no firmado "Espías y asesinos disfrazados de médicos". Los soviéticos supieron así que la Seguridad había "descubierto un grupo de médicos terroristas dispuesto, manipulando las terapias médicas, a acabar con la vida de los dirigentes de la URSS".

El comunicado proporcionaba también los nombres de los médicos detenidos: seis apellidos judíos, tres rusos. *La mayoría de los miembros del grupo terrorista* —añadía el comunicado— *estaba vinculada al "Joint", una organización internacional judía nacional-burguesa, creada por el espionaje estadounidense […] Uno de los arrestados, M.S. Vovsi, ha declarado a los investigadores haber recibido del "Joint", directamente desde EE. UU. y a través del doctor Shimeliovich y del nacionalista burgués judío Mijoels, la orden de exterminar a los cuadros dirigentes de la URSS. Otros miembros del grupo (V.N. Vinográdov, M.B. Kogan y P.I. Egórov) estaban desde hacía tiempo al servicio del espionaje inglés.*

Eliashiv informó a Tel Aviv sobre "el caso de los médicos", y al día siguiente el director general del Ministerio de Asuntos Exteriores israelí dirigió a sus representaciones en el extranjero una serie de instrucciones: *El comunicado soviético no menciona a Israel y, por el momento, nuestros representantes no deben emitir declaraciones oficiales al respecto […] Téngase presente que Israel no tiene interés en entrar abiertamente en conflicto con la Rusia soviética […].*

Pero callar era imposible. El 19 de enero, Moshé Sharett intervino en la Knéset: "El Estado de Israel no puede permanecer en silencio ante el intento de lesionar el buen nombre del pueblo judío. El gobierno israelí ha considerado siempre que las relaciones amistosas con la Unión Soviética constituyen uno de los pilares de su política internacional, y ha tenido en gran cuenta el significado que ellas revisten para el pueblo judío. Es pues con gran pesar e inquietud que sigue la campaña de calumnioso antisemitismo oficialmente desplegada en la Unión Soviética". El 20 de enero, Ben Gurión envió una carta a los miembros del gobierno: *Yo no puedo absolutamente aprobar el régimen bolchevique, que no representa un Estado socialista, sino una reserva de esclavos. Es un régimen fundado en el asesinato, la mentira y la opresión del espíritu, la negación de la libertad para obreros y campesinos […] Pero contra*

un régimen solo se puede luchar con las armas de la ideología; aquellos que creen que en Rusia hay socialismo y que la URSS ha liberado a la humanidad no son criminales, solo están en un error […]

Cuando, sin embargo, Rusia adopta un comportamiento hostil hacia el pueblo judío dirigiendo calumnias sanguinarias quizás más sucias e infamantes que las medievales, entonces la cuestión adquiere otro aspecto. No debemos hacer nada que pueda empeorar la posición de los judíos en Rusia, y me doy cuenta de que somos impotentes ante un gigante como la URSS; sin embargo, no podemos ni debemos callar […] Si realmente Rusia no se hubiera preocupado por la opinión pública mundial, no habría entrado en la ONU. En realidad, la Unión Soviética hace todo lo posible por conquistar el favor de la opinión pública en Asia, África, América y también en Europa occidental […]

Hay momentos en que una nación debe plegarse a imperativos morales, aunque a primera vista ello parezca no convenirle. Ahora nosotros no podemos callar, sino que debemos rechazar estas terribles calumnias y exigir (aunque sabiendo ya que no tendremos respuestas en la práctica) libertad de salida del país: "Deja ir a mi pueblo […] Stalin no es antisemita. De los semitas se despreocupa, pero necesita, para sus fines políticos, mover falsas acusaciones a los judíos y al Estado judío".

Ben Gurión estaba muy cerca de la verdad. El 22 de enero, Eliashiv escribió al Ministerio: *La cuestión no está aún cerrada y por ahora solo podemos hipotetizar su alcance sacando alguna conclusión sobre la base de las primeras noticias publicadas […] A diferencia del proceso de Praga*[82]*, aquí las acusaciones se refieren*

[82] El 20 de noviembre se abrió en Praga el proceso contra el ex secretario general del Comité Central del Partido Comunista Checoslovaco, Rudolf Slánský, quien durante la guerra había dirigido el movimiento partisano y en 1944 había sido uno de los promotores del levantamiento en Eslovaquia. El proceso tenía un carácter marcadamente antisemita: once de los catorce acusados eran judíos; entre ellos se encontraba Arthur London, ex viceministro de Asuntos Exteriores, quien más tarde relataría que, durante los interrogatorios, ante cada nuevo nombre mencionado, el instructor preguntaba si se trataba de un judío o no y, al copiar el acta, escribía «sionista» en lugar de «judío»: «Pertenecemos al aparato de Seguridad de una república democrática. La palabra *žid* tiene una connotación despectiva, de modo que escribimos "sionista"». Arthur London intentó aclarar al ignorante instructor la naturaleza política y no étnica del término «sionista», pero este respondió: «No es cierto. Además, me han dicho que lo escriba así. También en la Unión Soviética la palabra *žid* ha sido prohibida y se escribe "sionista"» […]. En ese proceso, el sionismo fue el cargo de acusación más grave. El fiscal afirmó: «El sionismo se ha convertido en fiel servidor de los círculos más activamente reaccionarios e inhumanos del imperialismo mundial. La adhesión al sionismo debe considerarse uno de los peores crímenes contra la humanidad». El objetivo era convencer al país de que Israel, ciego instrumento de los Estados Unidos, constituía una terrible amenaza, puesto que sus agentes —los judíos— habían penetrado en todas partes. En Israel, el proceso suscitó pavor e indignación: el sionismo era la idea del retorno de los judíos a Palestina, y por tanto el deseo de un judío de vivir en un Estado judío ¿constituía un «grave crimen contra la humanidad»? El Ministerio de Asuntos Exteriores israelí impartió a sus representaciones en el exterior las siguientes instrucciones: «Evitar el contacto con los representantes checoslovacos, sin descuidar por ello las normas de una cortesía elemental». Once de los acusados fueron condenados a muerte y tres a cadena perpetua. La sentencia fue ejecutada el 3 de diciembre. Los cadáveres fueron incinerados y las cenizas, recogidas por oficiales del Ministerio soviético de Seguridad en un saco de yute —de los que habitualmente se usan para las patatas—, fueron esparcidas al viento en una carretera de las cercanías de Praga. El presidente Klement Gottwald declaró públicamente: «La instrucción y el proceso contra este centro de conspiración antiestatal han puesto de manifiesto un canal adicional a través del cual la traición y el espionaje penetran en el Partido Comunista: el sionismo». A partir de ese momento, el término dejó de utilizarse para designar simplemente la aspiración de los judíos a trasladarse a Palestina, sino para referirse a lo que los nazis habían definido como «judaísmo mundial». Las palabras pronunciadas por el jefe de Checoslovaquia significaban que cualquier judío podía ser calificado de sionista, es decir, de traidor y espía, y resonaron de modo particularmente siniestro, pues se hacían eco de las pronunciadas por Stalin el día anterior en la reunión de la Presidencia del Comité Central para definir la línea política que debían seguir todos los países socialistas (N. del A.).

solo al "sionismo" y no al Estado de Israel […] Es posible que esté en curso una lucha subterránea entre grupos diferentes dentro de las estructuras de poder. Los servicios de seguridad interna han estado durante muchos años en manos de Beria, y hasta hace muy poco tiempo su nombre era siempre citado por los analistas junto al de Malenkov. Pero, como es sabido, en los últimos meses, este último ha ascendido muy alto y es probable que detrás de los recientes acontecimientos haya un intento suyo de deshacerse definitivamente del rival aún capaz de hacerle frente. La campaña tiene también el objetivo de intensificar el control de la policía sobre la población, y asustarla instaurando un clima en el que resulte imposible cualquier acción adversa a las autoridades […]

Es probable, por lo demás, que en el Estado se hayan abierto brechas que requieren una "mano fuerte" en todos los sectores […] Por qué hayan sido los médicos el blanco es difícil de decir, pero algunos sostienen que se trata de la continuación de la campaña iniciada ya hace tiempo contra los intelectuales […] Hasta que el Estado de Israel no sea explícitamente puesto bajo acusación, nosotros (como Estado, gobierno, Knéset y representación diplomática) debemos evitar cualquier tipo de reacción. Puede ser que más adelante ocurra algo más que nos imponga una respuesta enérgica, y también es posible que, en consecuencia, se llegue a la ruptura de las relaciones diplomáticas o a una drástica reducción del personal diplomático por ambas partes. Pero nosotros no debemos favorecer una evolución de este género, ni realizar gestos que pudieran lesionar los intereses israelíes.

El 24 de enero, la oficina de Oriente Medio informó a Vyshinski de los comentarios de la prensa occidental sobre el "arresto en la URSS de un grupo de médicos envenenadores". Los periódicos occidentales, al citar artículos como "Agentes sionistas del espionaje estadounidense", publicado por la revista soviética *Nóvoye Vremia*, preanunciaban una inminente ruptura de las relaciones diplomáticas con Israel. Vyshinski fue también puesto al corriente de las reacciones de los dirigentes de Israel y en particular de la declaración de Abba Eban, que había llamado la atención de la ONU sobre "el proceso de Praga", las consecuencias del antisemitismo y la campaña en curso contra Israel en algunos países".

El 22 de enero, el periódico israelí *Davar* publicó en la portada del suplemento una fotografía de cinco años de antigüedad que retrataba a Golda Meir saludada por los soviéticos ante la sinagoga en octubre de 1948. Los diplomáticos israelíes en Moscú se asustaron: no se podía haber elegido un momento más inoportuno, y el 28 de enero Eliashiv telegrafió al Ministerio: *La publicación de la foto proporcionará el pretexto para acusar a nuestra representación de "mantener relaciones clandestinas y de fomentar desórdenes". El tono de las intervenciones de la prensa israelí, como también el discurso de Eban en Estados Unidos, me alarman y me inquietan, porque parecen querer intencionadamente lanzar un desafío, y también aludir al deseo de acelerar la ruptura de nuestras relaciones con la URSS […].* En realidad, esa foto ya no podía influir en la política soviética, que había cambiado de rumbo, y cualquier esfuerzo contrario por parte de Israel estaba destinado al fracaso.

Entretanto, por primera vez, Moscú manifestaba interés por los países árabes. El 29 de enero, Semión Kozyrev[83], representante diplomático en Egipto, visitó al general Naguib, recién llegado a la cabeza del país. Tras la conversación, Kozyrev envió a Moscú un informe bastante escéptico, un pasaje del cual, irrelevante para el autor, atrajo en cambio la atención de los destinatarios. Kozyrev había hablado a Naguib de los intentos angloamericanos de reunir a los países de la región

[83] Kozyrev había comenzado su carrera como obrero textil, estudió posteriormente derecho e ingresó en el aparato del Consejo de Comisarios del Pueblo; en 1939, en tiempos de la «purga» emprendida por Mólotov en el Comisariado de Asuntos Exteriores, entró en la carrera diplomática. Cuatro años más tarde se convirtió en secretario general del Comisariado. Tras la guerra dirigió la oficina «Europa 1» y en 1950 fue nombrado representante plenipotenciario en Egipto. Posteriormente llegaría a ser viceministro (N. del A.).

en un solo bloque militar, cosa que obviamente era desagradable para Moscú, y de repente el primer ministro egipcio exclamó: "¿Qué habría hecho usted en mi lugar? ¿Está la URSS dispuesta a vendernos carros de combate, aviones y otros armamentos?".

Kozyrev respondió que los carros de combate y los aviones son mercancías particulares y preguntó dónde adquiría Egipto armamento en ese momento, dando así a entender a su interlocutor que no quería profundizar en el tema. Y se equivocó. El 10 de febrero recibió instrucciones de Vyshinski: *Si Naguib volviera sobre la cuestión de la venta de armas, hay que comunicarle que el gobierno soviético no está interesado en una transacción de ese género, pero que podría tomarla en consideración si fuera de interés para el gobierno egipcio.* Kozyrev tuvo que reconocer su error y prometer remediarlo. Pero el intento de acercamiento a Egipto fracasó. Naguib, convertido en presidente de la República el 18 de junio de 1953, declaró que no quería volver a plantear la cuestión de la compra de armas.

El 2 de febrero, Sharett envió un telegrama al embajador israelí en Washington, Eban: *No considero que el comportamiento hostil de Moscú refleje un nuevo rumbo político, sino más bien que sea fruto de una tendencia general a consolidar el régimen. Podría también preludiar una guerra. Se concreta en acciones sanguinarias, en el endurecimiento de los controles, en la búsqueda de "chivos expiatorios" y de todos los individuos considerados poco fiables […].* Aunque no podía prever los dramáticos acontecimientos de los que sería testigo apenas una semana más tarde, el ministro no se equivocaba. El 9 de febrero, Yershov comunicaba a Moscú con un telegrama cifrado: *Una bomba ha estallado en el interior de la representación, a las 22,35 horas del 9 de febrero, causando la rotura de todos los cristales y el deterioro de los marcos de puertas y ventanas en el primer, segundo y en parte en el tercer piso del edificio. Han resultado gravemente heridas la esposa del embajador y la esposa del administrador, así como el chófer Grishin, y han sido trasladados al hospital en ambulancia […]*

De una primera comprobación resulta que los terroristas han penetrado en el interior del territorio de la representación abriéndose una brecha en la red de protección que la rodea. Este acto de sabotaje es fruto de la campaña antisoviética llevada a cabo en los últimos tiempos por el gobierno israelí. Solicito autorización para presentarme mañana ante Sharett, para expresarle la más viva y dura protesta. Consideraría oportuno, en atención a lo ocurrido, romper las relaciones diplomáticas con el gobierno israelí. Ruego responder inmediatamente.

El representante de la VOKS en servicio en la embajada, Mijaíl Popov, contó más tarde que los terroristas habían colocado la bomba en el jardín, bajo un banco de mármol, y la esposa del administrador, que se encontraba pasando cerca en el momento de la explosión, había sido gravemente herida en los pies, y los médicos le habían extraído de debajo de la piel una miríada de fragmentos de piedra. El chófer había perdido un diente a causa de una esquirla, que le había partido un labio. La esposa del embajador se encontraba junto a una ventana del segundo piso y había sido herida en el rostro.

Ese mismo día, las autoridades israelíes emitieron una declaración: "El gobierno de Israel está profundamente turbado e indignado por el atentado criminal cometido esta noche contra la representación diplomática soviética en Tel Aviv". E interviniendo en la Knéset, Ben Gurión dijo, entre otras cosas: *"Los delincuentes que han cometido este gesto criminal son enemigos de Israel, más que feroces adversarios de un estado extranjero. Si el móvil de su innoble acción ha sido un malentendido patriotismo judío en defensa del honor de Israel, permítanme decir que precisamente con este absurdo desafuero lo han mancillado"*. También el presidente de la Knéset emitió una declaración. El presidente del país, Yitzjak Ben Tzví, envió una carta a la representación soviética, a la cual, el 10 de febrero, también el Ministerio de Asuntos Exteriores israelí expresó su profundo pesar presentando sus disculpas.

Pero todo ello ya no podía surtir efecto alguno. La explosión había proporcionado a los soviéticos la ocasión para manifestar toda su hostilidad hacia el Estado judío. El 11 de febrero, la cuestión fue discutida en los más altos niveles y los funcionarios de Asuntos Exteriores fueron encargados de preparar una nota del gobierno soviético relativa al atentado. El 12 de febrero a la una de la madrugada, Vyshinski convocó al representante diplomático israelí Eliashiv por solo siete minutos, y le leyó la nota de protesta del gobierno soviético, que decía: *El 9 de febrero, algunos malintencionados, con la evidente connivencia de la policía, han hecho estallar una bomba en el territorio de nuestra representación, dañando el edificio y provocando la herida de la señora Yershova, cónyuge del embajador, de la señora Sísoyeva, esposa de un funcionario, y del señor Grishin, empleado […]*

A la vista de la patente e indiscutible participación de exponentes del gobierno de Israel en la sistemática campaña de instigación al odio y a la hostilidad hacia la Unión Soviética, resulta evidente que las declaraciones emitidas y las disculpas presentadas por el gobierno israelí han de ser consideradas falsas, así como tendentes simplemente a confundir las huellas de los autores del acto terrorista del 9 de febrero y a eludir cualquier responsabilidad […] El gobierno soviético llama al embajador y a todo el personal en servicio en la misión soviética en Israel y rompe las relaciones con el gobierno de Israel. El gobierno soviético declara asimismo inoportuna la ulterior presencia en Moscú de la representación diplomática israelí, que deberá por tanto abandonar inmediatamente el país.

Por disposición de Malenkov fueron llamados también el corresponsal de la TASS y el representante de la Sovékportfilm[84]. En Israel quedaron solo el representante de la Sociedad Rusa de Palestina y seis colaboradores de la misión del Patriarcado de Moscú, dos organizaciones que podían proporcionar una excelente cobertura a las espías. El general del KGB Ivan Zaitsev, por ejemplo, trabajó en Israel de 1951 a 1957 bajo la cobertura de colaborador de la Sociedad Rusa de Palestina.

La tutela de los intereses soviéticos en Israel fue asumida por Bulgaria, mientras que los intereses israelíes en la Unión Soviética serían gestionados por los Países Bajos. Los demás países socialistas, disciplinadamente, manifestaron a Moscú el deseo de romper también ellos las relaciones diplomáticas con Israel. Pero la URSS lo consideró inoportuno.

La ruptura de las relaciones diplomáticas por parte de la Unión Soviética conmocionó a los israelíes: Stalin no había roto con Yugoslavia incluso cuando los periódicos soviéticos llegaron a calificar a Tito de "perro sanguinario". ¿Por qué con ellos se había comportado de manera diferente?

Stalin consideraba a Israel una criatura suya, pero no se tomaba demasiado en serio al Estado judío, así como, por lo demás, después de él, harían sus herederos. Pero ¿qué lo decepcionó realmente? Se puede decir que en cierto sentido había obtenido lo que quería: Inglaterra, al abandonar Palestina, había comprometido su posición en Oriente Medio. Estados Unidos no la había reemplazado en el control de la región, y tras el nacimiento de Israel se había formado un vacío de poder, que ofrecía nuevas oportunidades a la Unión Soviética.

No solo Israel, sino también los países árabes, se dieron cuenta de que las nuevas relaciones de fuerza entre las potencias mundiales imponían ya tener en cuenta el punto de vista y las opiniones de Moscú. Stalin, sin embargo, no estaba en absoluto interesado en maniobras diplomáticas

[84] Vsesoyúznoe ob'yedinéniye po ekspórtu fil'mov (Ente Pansovíetico para la Exportación de Películas) (N. del E.).

tendentes a consolidar el prestigio del Estado. Lo que quería era una réplica del experimento español, que había visto a las brigadas internacionales, junto con consejeros militares soviéticos y una consistente representación de la NKVD, dirigir el país, guiar las operaciones militares, imponer al gobierno la línea política y decidir de la vida y la muerte de cualquiera. Si a finales de los años treinta hubieran ganado los republicanos, España se habría convertido en una república soviética. Stalin permitió, pues, el éxodo de los judíos de los países de Europa del Este hacia Israel, y los abasteció de armas porque esperaba que aquellos exiliados, provenientes de países diferentes y que hablaban lenguas diferentes, se unirían en nuevas brigadas internacionales y escucharían la voz de Moscú. Pero los judíos llegados a Israel desde todas partes se sentían diferentes de rusos, alemanes y franceses que habían ido a combatir a España en los años treinta.

Los hombres de las brigadas internacionales eran huéspedes en tierra española, mientras que en Palestina los judíos sentían que habían regresado a su hogar, a su país, y lo defenderían hasta la última gota de sangre. Y esta conciencia cementó rápidamente el vínculo entre hombres venidos de los lugares más dispares, que inicialmente ni siquiera tenían una lengua común para comunicarse entre sí. Además, los israelíes habían ganado la guerra de independencia, superando a ejércitos árabes de gran longitud numéricamente superiores. El Estado judío tenía una necesidad desesperada de recursos humanos y de armas, pero no de una ayuda militar directa.

La diferencia entre España e Israel estaba representada sobre todo por los principios democráticos sobre los que el Estado judío había sido edificado. Los políticos israelíes no pusieron en duda la capacidad de vivir en democracia de los judíos a pesar de que provenían de situaciones tan diversas, ni hipotetizaron la necesidad de introducir el estado de emergencia durante los conflictos. Los fundamentos de la democracia se revelaron la base más sólida de aquel país en guerra, en el cual, sin embargo, cada uno era libre de sentir y de expresar cualquier opinión. Como hemos visto, unos meses después de la proclamación del Estado, en Israel se celebraron las primeras elecciones políticas y los hombres de izquierda, los comunistas y los fervientes admiradores de la Unión Soviética, no pudieron discutir la aplastante victoria de Ben Gurión, aunque siguieron combatiendo su línea política. Podían criticar a los ministros y al jefe del gobierno, pero no negarles el derecho, conferido por la mayoría de los electores, de determinar la política del país.

En la Knéset se discutía de todo públicamente, excepto cuestiones militares, de industria bélica y de espionaje. En otras palabras, el Estado constituido en Palestina era muy diferente del que Stalin había idealizado. Era realmente independiente: quería comprar armas soviéticas, pero no pidió el envío de divisiones para estacionar en su territorio. El sistema económico israelí, sobre todo la organización del sector agrícola tenía mucho en común con el socialismo, pero los israelíes no se disponían a edificar una sociedad verdaderamente socialista. Las expectativas de Stalin habían sido defraudadas. Y entonces el Jefe hizo lo que hasta entonces había evitado cuidadosamente: empezó a identificar a Israel con los judíos. Si un tiempo había pensado persuadir a los judíos soviéticos de considerarse completamente ajenos al Estado judío, ahora quiso considerar a todos los judíos del mundo como enemigos de la Unión Soviética.

Andréi Sájarov recordó que mientras almorzaba en el comedor reservado a los dirigentes del proyecto atómico soviético, en compañía del académico Ígor Kurchátov y del general de la Seguridad del Estado que seguía los trabajos de los científicos por cuenta del Consejo de Ministros, Nikolái Pávlov, la radio dio la noticia de la bomba estallada en la embajada soviética de Tel Aviv.

Y en ese momento —escribió Sájarov— *vi el bello rostro de Pávlov iluminarse triunfante: "¡Así son, los judíos! Nos atacan tanto aquí como en Palestina. ¡Ah, pero ahora se la haremos pagar!"*.

Las esperanzas del general, sin embargo, fueron frustradas por circunstancias independientes de su voluntad. A principios de 1953, Stalin comenzó a encontrarse mal. El 17 de febrero acudió por última vez al Kremlin con ocasión de la visita del embajador indio. Ya no leía los documentos que se le enviaban a su casa de campo, y había encargado la gestión de las cuestiones corrientes a Gueorgui Malenkov, que además de ser miembro de la Presidencia y secretario del Comité Central era también vicepresidente del Consejo de Ministros.

El 21 de febrero, Malik informó a Malenkov de que el día anterior el personal de la misión diplomática israelí había abandonado la Unión Soviética, cruzando la frontera con Finlandia a las 23,30 horas. Por su parte, los diplomáticos soviéticos emplearon dos semanas para tramitar los asuntos, vender las propiedades de la embajada y embarcarse en un barco turco, el *Kadesh*, que zarpó del puerto de Haifa después de haber recogido a bordo a la esposa del embajador, transportada hasta allí en ambulancia.

La ruptura de las relaciones diplomáticas parecía preludiar acontecimientos trágicos, y en Israel se preguntaban sobre la suerte de los judíos en Rusia. Pero cuando los diplomáticos soviéticos que habían abandonado Israel llegaron a Moscú, Stalin ya había muerto.

DOCUMENTOS

Informe del responsable del contraespionaje soviético en Italia, dirigido al MGB de la URSS, sobre la conferencia de prensa de Golda Meir en Roma,

29-01-1949

SEÑOR

SECRETÍSIMO

Al MGB de la URSS, al compañero PITOVRANOV E.P.

Golda Meyerson el 4 de enero llegó a Roma procedente de Tel Aviv y con destino a la URSS, donde es embajadora de Israel. La tarde de ese mismo día, para un reducido grupo de pertenecientes al "Joint" y a otras organizaciones judías, ha llevado a cabo una conferencia de prensa a la que asistieron cuarenta personas.

En el curso de la conferencia, la Sra. Meyerson mantuvo una posición antisoviética respecto a las relaciones soviético-israelíes y a la vida en la Unión Soviética.

GUKASOV

Información del servicio de inteligencia soviético sobre la intervención de Golda Meir en Roma

24-02-1949

SEÑOR

SECRETÍSIMO

Traducción del inglés

Relato de la intervención en Roma de la embajadora de Israel en Moscú, Sra. Meyerson, sobre las relaciones soviético-israelíes y la condición de los judíos en la Unión Soviética.

Golda Meyerson el 4 de enero llegó a Roma procedente de Tel Aviv y con destino a la URSS, donde es embajadora de Israel. La tarde de ese mismo día, en el consulado del Estado de Israel en Roma, se reunió con un reducido grupo de representantes de Israel en Italia, con los que conversó durante más de una hora, respondiendo sobre todo a sus preguntas.

A la primera pregunta, planteada por un miembro del partido Mapam, sobre la situación en la Unión Soviética, la Sra. Meyerson respondió: "¡Estaba convencida de que a usted le interesaba mucho más la cuestión palestina!".

A continuación, comenzó a hablar de las operaciones militares en el Néguev, sin decir nada nuevo respecto a lo que ya había sido dado a conocer por la prensa al respecto. En cambio, al abordar el aspecto político de la guerra, la Sra. Meyerson se detuvo en algunos pasajes fundamentales. A pesar de que el gobierno de EE. UU. ha planteado un ultimátum al Estado de Israel exigiendo la retirada de las tropas israelíes de Egipto y amenazando con sanciones diplomáticas en caso de negativa, la Sra. Meyerson argumentó con convicción que semejante medida por parte de EE. UU. es incompatible con su clara política filosionista. Añadió luego que Gran Bretaña ha intentado involucrar al Estado de Israel en el turbio juego entre Estados árabes e Inglaterra, pero los

estadounidenses no han querido apoyar esta iniciativa británica. Afirmó después: "No pueden ni imaginar de qué es capaz Inglaterra con tal de ponernos en graves dificultades".

La Sra. Meyerson declaró que, entre el Estado de Israel y Abdalá, rey de Transjordania, las relaciones nunca se han interrumpido y que podrían pronto consolidarse. Puso entonces en duda que Abdalá sea ciertamente un agente inglés y afirmó que él, aunque hoy es un instrumento en manos de los ingleses, podría cambiar radicalmente su política si obtuviera el mismo apoyo de otra potencia.

La Sra. Meyerson reveló también la existencia de relaciones con el Líbano y que Transjordania podría presionar a Irak para persuadirlo a entablar negociaciones de paz. Resultó evidente el esfuerzo de la Sra. Meyerson por convencer a sus interlocutores de que pronto la guerra en Palestina terminará.

Respondiendo a una pregunta sobre el fracaso diplomático de Israel por no haber logrado ingresar en la ONU, la Sra. Meyerson dijo que no lo considera como tal, ya que el ingreso ha sido denegado también a otros importantes estados, como, por ejemplo, Italia. También enfatizó la importancia de los votos de Argentina y Colombia a favor del ingreso de Israel y expresó la esperanza de que antes o después Israel entrará en la ONU. Señaló luego que Francia impide a Israel obtener una votación favorable y, en relación con ello, recordó que el presidente Truman había convocado al embajador francés en Washington y le había pedido que votara por Israel. Cuando posteriormente la delegación israelí preguntó a Schuman por qué Francia no había cumplido la solicitud de EE. UU., este respondió que esa había sido considerada por el gobierno francés una cuestión no fundamental de la política estadounidense.

En cuanto a la emigración a Palestina desde Europa Oriental, la Sra. Meyerson dijo que en Checoslovaquia la situación es satisfactoria, como lo es en Polonia, donde el cierre de la "Oficina Palestina" de Varsovia no ha afectado, según le comunicó en París el embajador de Israel en Polonia, a la emigración desde ese país hacia Israel. En Yugoslavia y Hungría la situación es favorable, mientras que son pocos los judíos emigrados a Israel desde Bulgaria. En cuanto a Rumania, la Sra. Meyerson declaró que la situación es muy seria y tensa y nadie puede prever lo que sucederá. También puso de manifiesto el hecho de que en todos los países de Europa Oriental está permitido emigrar solo a los judíos que se trasladan a Israel. La embajadora concluyó diciendo que los judíos de estos países deben emigrar lo más rápidamente posible, ya que pronto la situación sufrirá cambios negativos.

La Sra. Meyerson se pronunció entonces en contra de lo aparecido en la prensa, y por ella calificado de completamente infundado, que ha escrito que la emigración de los judíos de la Unión Soviética está en alguna medida permitida. Las opiniones sobre su desempeño en Moscú son encontradas; sin embargo, está orgullosa de que ya el primer sábado siguiente a su llegada a Moscú se hubiera dirigido a la sinagoga. La Sra. Meyerson mostró una serie de fotografías, tomadas por ella misma, que reproducen a la multitud dirigiéndose a pie hacia la sinagoga y añadió que la visita fue una gran manifestación sionista de los judíos soviéticos, por ella calificados de "judíos excepcionales, quizás los mejores". Fueron más de cuarenta mil los judíos que participaron en la manifestación, y las autoridades soviéticas enviaron a la policía para mantener el orden. El entusiasmo era tal y la acogida reservada a ella y a sus colegas, cálida. Israel está en el corazón de los judíos soviéticos, orgullosos de que su país proporcione ayudas a Palestina y el primero haya reconocido a Israel. La

Sra. Meyerson recordó que la sinagoga, al menos en Moscú, representa el lugar de encuentro de los judíos soviéticos. Leyó luego una carta recibida de un judío firmado con el apellido Ben-David, escrita en hebreo y que contenía un voto dirigido al embajador de Israel en Moscú: el voto de prosperidad para el Estado judío. El autor de la carta subraya el hecho de que solo los judíos soviéticos, ciudadanos del único país libre del mundo, pueden entender qué son la libertad y la independencia, y subraya que el mismo reconocimiento de Israel por parte de su gobierno no es casual, sino consecuencia de los arraigados principios ideológicos sobre los que se asienta el Estado soviético.

Ante la pregunta sobre Birobidzhán y la emigración judía a esa región, la Sra. Meyerson respondió que no había estado allí porque, debido a la excesiva distancia entre la parte occidental y la oriental, algunos tramos aéreos de la Unión Soviética están prohibidos a los extranjeros. Birobidzhán, por desgracia, está entre estos, y por tanto su falta de visita no puede ser atribuida al hecho de que se trate de una región judía, sino a que esa conexión aérea no es accesible. En cuanto a la emigración judía a esa región, la Sra. Meyerson señaló con ironía que sus valoraciones se basan en la prensa judía de la Unión Soviética, según la cual pocos judíos se trasladan a Birobidzhán.

Respondiendo a otras preguntas, la Sra. Meyerson dijo que muy pocos judíos en Moscú visitan la embajada israelí; que en la capital no hay escuelas judías, las cuales existen en cambio en Birobidzhán; que el hebreo no se enseña en las escuelas de la Unión Soviética; que el teatro estable judío de Moscú es pésimo; y que los sionistas están aún en prisión.

En el curso de toda la conversación, la Sra. Meyerson nunca mencionó el papel de la Unión Soviética en la cuestión palestina y no expresó una sola palabra de consideración hacia la URSS, como sería en cambio costumbre para un diplomático. Se puede suponer que el silencio de la embajadora ha sido un intento de dar a entender a los presentes que, aunque se hubiera expresado, habría sido poco halagüeña para con la URSS.

Sobre este encuentro ha habido muchos chismes. Informaciones confidenciales procedentes de los ambientes del Mapai y del Mapam demuestran que en los círculos sionistas se considera que la misión de la señora Meyerson en Moscú es un completo fracaso. En particular, su visita a la sinagoga es considerada un serio error táctico. Algunos sionistas están convencidos de que el artículo de Erenburg sobre el sionismo e Israel ha sido la respuesta a este paso en falso de la Sra. Meyerson.

Un miembro del Mapai, considerado fiable, ha declarado a sus amigos íntimos que la Sra. Meyerson ha expresado profunda insatisfacción en relación con su nombramiento como embajadora en Moscú. Parece que ha revelado sentirse completamente aislada y considerarse entre esos diplomáticos de los que controlan cada movimiento. La misma fuente, cercana al Mapai, ha declarado que la Sra. Meyerson está volviendo a Moscú solo por un breve periodo para luego dejar su puesto a Mordechai Namir, el actual consejero de la embajada. Una fuente totalmente fiable del Mapam afirma que Golda Meyerson, encontrándose recientemente en París, había expresado el deseo de acompañar a Sharett, que tenía la intención de conceder una entrevista a los miembros de la delegación soviética en la ONU. Sharett, temiendo que la presencia de la Sra. Meyerson pudiera crear dificultades durante la entrevista, se negó a satisfacer su solicitud.

NOTAS DE LOS DOCUMENTOS:

[1] El documento ha sido traducido del original ruso de la copia custodiada en los archivos de la Fundación Aleksandr Yakovlev.

[2] Ministerio de Seguridad del Estado.

[3] El documento ha sido traducido del original ruso de la copia custodiada en los archivos de la Fundación Aleksandr Yakovlev.

[4] El documento aquí traducido del ruso al español fue escrito originalmente en inglés por un agente soviético en Roma.

STALIN EL SIONISTA

El libro de título aparentemente provocador *¿Por qué Stalin creó Israel?* del periodista, historiador y escritor Leonid Mlečin, es una obra valiosa y sumamente necesaria en esta época confusa que rebosa una marea de falsa conciencia de retorno. El fin de las ideologías, anunciado una y otra vez por los apologistas del pragmatismo sin principios, fue uno de los mayores engaños postsoviéticos, porque precisamente en el contexto cultural del «fin de las ideologías» y del «fin de la historia» prosperó la ideología extrema del llamado liberalismo económico fundamentado en la fe en la infalibilidad del mercado «libre».

El libro de Mlečin, escrito en un estilo divulgativo y claro pero fundado en una documentación rica, rigurosa y actualizada gracias a la última apertura de los archivos soviéticos, es importante no solo porque permite al lector acceder a un capítulo de la historia del siglo XX —trágica y fascinante— prácticamente desconocido, sino también porque desmonta estereotipos propagandísticos, no solo y no tanto en relación con Stalin, cuanto en relación con Israel y su atormentada constitución como nación en el contexto de la legalidad internacional. Para evitar malentendidos y ahorrar a los lectores los eventuales furores de los revisionistas viscerales y acrimoniosos, el ensayo de Mlečin no pretende ni atenuar ni silenciar los crímenes de Stalin o sus gravísimas responsabilidades, sino que tiene por objetivo iluminar una verdad incontrovertible: sin la Unión Soviética dirigida por Stalin, probablemente el Estado de Israel no habría visto la luz, o su gestación habría sido mucho más trágica y quién sabe a qué precio.

Este hecho fue sostenido por las opiniones autorizadas de Golda Meir, que fue embajadora en la URSS y posteriormente primera ministra de Israel, quien llegó a decir: «Probablemente sin su ayuda jamás lo hubiéramos conseguido», y de Abba Eban, también él padre fundador del Estado sionista y posteriormente su ministro de Asuntos Exteriores y primer ministro, quien declaró: «La URSS fue la única gran potencia que nos apoyó». La primera aludía al hecho de que fue Stalin quien proporcionó a los judíos de la Palestina bajo mandato las armas ligeras y pesadas —incluidos los aviones militares—, a través de Checoslovaquia para sortear el bloqueo al suministro de armas a las fuerzas sionistas, decretado por los ingleses y respaldado por los Estados Unidos.

Aquellas armas permitieron a los combatientes de las recién nacidas formaciones israelíes, la Haganá y el Palmaj, no solo combatir a los ingleses, sino también rechazar el ataque de la legión árabe masivamente armada por los británicos, tras la proclamación del Estado. También con ocasión de la votación en la ONU sobre la resolución 181, que otorgó la sanción del derecho internacional al Estado de Israel, fue sobre todo el apoyo inmediato y decidido de Stalin, y de todo el «bloque comunista», el que garantizó la mayoría con la que fue aprobada. El análisis de Mlečin no se detiene en los pocos pero cruciales años del idilio israelí-soviético, grosso modo entre el 44 y el 49, sino que da amplia cuenta de la espantosa y minuciosa campaña antisemita que Stalin —en el año que precedió a su muerte, acaecida en marzo de 1953— desencadenó contra los judíos soviéticos tomando como pretexto el llamado «complot de los médicos del Kremlin», en su gran mayoría judíos y acusados de haber envenenado a altos dirigentes del partido, planeando incluso el envenenamiento del propio Stalin.

¿Fue antisemita el terrible dictador georgiano? Es difícil responder de manera unívoca a esta pregunta. En la época en que era comisario de las Nacionalidades, Stalin había escrito: «El antisemitismo es la herencia más peligrosa del canibalismo»; muchos de sus colaboradores más cercanos fueron judíos y estalinistas de estricta observancia. Del mismo modo que muchos judíos participaron activamente en las purgas estalinistas y ocuparon puestos clave en el infame sistema del Gulag. ¿Había cambiado de opinión de manera tan radical? Me inclino a creer que la repentina inversión de rumbo, típica de su comportamiento, se debía más bien al temor de que el vínculo estrecho y profundo entre un Estado judío y los judíos soviéticos pudiera crear problemas a su poder absoluto, y que, en consecuencia, golpeó a los judíos en cuanto tales, sin distinción, como había hecho con otros grupos y minorías.

El volumen de Mlečin tiene verdaderamente múltiples méritos por los análisis que propone, las informaciones rigurosas que aporta y las preguntas que plantea. Pero, a mi juicio, su mayor mérito es el de poner en jaque los ideologismos que todavía envenenan nuestro panorama político-cultural, tanto el de los revisionistas reaccionarios como el de signo opuesto de izquierda, todo eslóganes y ningún saber crítico, a los que conviene seguir creyendo que el Estado de Israel fue un hijo del imperialismo estadounidense, ignorando el hecho de que en los años del nacimiento del Estado judío ardía en los Estados Unidos el macartismo, conocido como caza de brujas comunistas, pero que en realidad fue también una furiosa y bien orquestada campaña antisemita.

Las víctimas del macartismo fueron en su mayoría aplastante judíos y semijudíos. En el Departamento de Estado y en los círculos del poder político-económico, en aquellos años estaba muy extendida la ecuación judío/sionista = comunista. *¿Por qué Stalin creó Israel?* ofrece la valiosa oportunidad a cada lector de abordar con la mirada de la contradictoria complejidad los acontecimientos históricos que aún influyen en el debate político-cultural.

Moni Ovadia

BIBLIOGRAFÍA

R. Balbi, *Hatikvà. Il ritorno degli ebrei nella Terra Promessa*, Laterza, Roma-Bari 1983.

E. Barnavi, *Storia d'Israele. Dalla nascita dello stato all'assassinio di Rabin*, Bompiani, Milán 1999.

G. Carpinelli, C. Vercelli, *Israele e Palestina: una terra per due. Le radici della guerra, le parole del conflitto*, EGA, Turín 2005.

G. Clementi (ed.), *Israele e i palestinesi*, Carocci, Roma 1987.

A. y L. Cockburn, *Amicizie pericolose. Storia segreta dei rapporti tra Cia e Mossad dal '48 alla Guerra del Golfo*, Gamberetti, Roma 1993.

G. Codovini, *Storia del conflitto arabo israeliano palestinese*, Bruno Mondadori, Milán 1999.

F. Coen, *Israele: quarant'anni di storia*, Cde, Milán 1994.

L. Cremonesi, *Le origini del sionismo e la nascita del kibbutz (1881-1920)*, Giuntina, Florencia 1985.

C. I. De Benedetti, *I sogni non passano in eredità. Cinquant'anni di vita in kibbuz*, Giuntina, Florencia 2001.

A. Donno (ed.), *Gli Stati Uniti, la shoah e i primi anni di Israele. 1938-1957*, Giuntina, Florencia 1995.

A. Donno (ed.), *Ombre di guerra fredda. Gli Stati Uniti nel Medio Oriente durante gli anni di Eisenhower 1953-1961*, Edizioni scientifiche italiane, Nápoles 1998.

J. Golan, *La terra promessa. La nascita dello Stato di Israele nel racconto di un protagonista*, Einaudi, Turín 1997.

D. Grossman, *Un popolo invisibile. I palestinesi d'Israele*, Mondadori, Milán 1993.

C. Klein, *Israele: lo Stato degli ebrei*, Giunti, Florencia 2000.

D. Lapierre, L. Collins, *Gerusalemme! Gerusalemme!*, Mondadori, Milán 1971.

A. Levi, *Yitzhak Rabin: 1210 giorni per la pace*, A. Mondadori, Milán 1996.

B. Lewis, *La costruzione del Medio Oriente*, Laterza, Roma-Bari 1998.

V. Lutsky, *Storia moderna dei paesi arabi*, Teti editore, Milán 1979.

P. Maltese, *Nazionalismo arabo e nazionalismo ebraico. 1798-1992: storia e problemi*, Mursia, Milán 1992.

M. Massara, *Il marxismo e la questione ebraica*, Teti editore, Milán 1972.

M. Massara, *La terra troppo promessa. Sionismo, imperialismo e nazionalismo arabo in Palestina*, Teti editore, Milán 1979.

F. Massoulie, *I conflitti del Medio Oriente*, Giunti, Florencia 1997.

S. Minerbi (ed.), *Israele: mezzo secolo*, número especial de «Nuova storia contemporanea», Luni, Milán 1998.

B. Morris, *1948. Israele e Palestina tra guerra e pace*, Rizzoli, Milán 2005.

B. Morris, *Esilio. Israele e l'esodo palestinese 1947-1949*, Rizzoli, Milán 2005.

B. Morris, *La prima guerra di Israele. Dalla fondazione al conflitto con gli Stati arabi 1947-1949*, Rizzoli, Milán 2007.

B. Morris, *Due popoli una terra*, Rizzoli, Milán 2007.

F. Nirenstein, *Israele, una pace in guerra*, il Mulino, Bolonia 1996.

G. Oliva, *Le guerre del dopoguerra. Tensioni nazionali e internazionali dalla metà del Novecento*, Paravia, Turín 1997.

S. Peres, A. Arye, *Il nuovo Medio Oriente*, Morano, Milán 1994.

E. Salerno, *Mossad base Italia. Le azioni, gli intrighi, le verità nascoste*, Il Saggiatore, Milán 2010.

T. Segev, *Il settimo milione. Come l'Olocausto ha segnato la storia d'Israele*, Mondadori, Milán 2001.

V. D. Segre, *Il poligono mediorientale: fine della questione arabo-israeliana?*, il Mulino, Bolonia 1994.

V. D. Segre, *Le metamorfosi di Israele*, UTET, Turín 2008.

J. Sokolowicz, *Israeliani e palestinesi. Le radici, i fatti, le prospettive del conflitto mediorientale*, Garzanti, Milán 1990.

F. Steinhaus, *La terra contesa. Storia dei nazionalismi arabo ed ebraico*, Carocci, Roma 1985.

Z. Sternhell, *Nascita di Israele. Miti, storia*, Baldini & Castoldi, Milán 1999.

C. Vercelli, *Israele. Storia dello Stato. Dal sogno alla realtà (1881-2007)*, Giuntina, Florencia 2007.

M. Zucconi, *Il conflitto arabo-israeliano e il sistema internazionale del secondo dopoguerra*, Editoriale scientifica, Nápoles 1987.

AGRADECIMIENTOS

Se agradece al profesor Mario Lucrezio Reali, que gestionó la relación con el Autor; al doctor Liuzzi, por la revisión histórica; al doctor Adib Fateh Ali y al profesor David Sorani, por la bibliografía y la supervisión de la grafía de los términos árabes y hebreos.

NOTA DE TRANSLITERACIÓN

Para la transcripción de los términos rusos, con excepción de los nombres cuya grafía está consolidada en el uso corriente, se han seguido las reglas de la transliteración científica con las siguientes equivalencias:

c equivale a la s sorda de «zona» [Nota del traductor: en el sistema italiano, *c* ante vocal transliterada corresponde a /ts/]

č equivale al sonido ch de «mucho»

ch equivale al sonido velar fricativo como en el alemán «Bach»

ë se pronuncia *io*, siempre acentuado

j indica la i breve, como en «hiato»

š equivale al sonido sh de «show»

šč equivale al sonido shch

y indica el sonido gutturale de la i [Nota del traductor: vocal central alta, inexistente en español; aproximable a una i retrotraída]

ž equivale a la s sonora de «mismo»

ž̌ indica un sonido afín a la j francesa de *jardin*

′ palataliza la consonante precedente